

2

Protagonistas



Instituto Histórico  
de la Ciudad de Buenos Aires

# HEBE CLEMENTI

## UNA VIDA DE HISTORIA

Carmen Sesto y María Inés Rodríguez Aguilar



**GOBIERNO DE LA CIUDAD  
DE BUENOS AIRES**

Jefe de Gobierno

**Dr. Aníbal Ibarra**

Vicejefe de Gobierno

**Lic. Jorge Telerman**

Secretario de Cultura

**Dr. Gustavo López**

Subsecretaria de Patrimonio Cultural

**Arq. Silvia Fajre**

Directora del Instituto Histórico  
de la Ciudad de Buenos Aires

**Lic. Lilitiana Barela**

© 2004

Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires

Avda. Córdoba 1556, 1er. piso

(1055) Buenos Aires - Argentina

Tel: 54 11 4813-9370 / 5822

E-mail: ihcba@buenosaires.gov.ar

ISBN: 987-21092-2-2

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Dirección editorial:

*Liliana Barela*

Supervisión de edición:

*Lidia González*

Edición:

*Rosa De Luca*

*Marcela Barsamian*

Corrección:

*Nora Manrique*

Diseño editorial:

*Jorge Mallo*

*Fabio Ares*

Ilustración de tapa:

*Marcia Schwartz, Ciruelo en flor, 2003.*

Administración:

*Graciela Kessler*

*Luis Kirzman*

*Graciela Porcel*

## ② Protagonistas



Instituto Histórico  
de la Ciudad de Buenos Aires

# HEBE CLEMENTI

## UNA VIDA DE HISTORIA

Trayectoria intelectual y política

Carmen Sesto y María Inés Rodríguez Aguilar



# Prólogo

---

En los tiempos que corren ha quedado demostrado que la memoria se ha convertido en una herramienta clave en varias disciplinas y la historia oral es la que más ha trabajado con ella.

La historia oral es hoy prácticamente una “marca registrada” que definió un movimiento historiográfico cuyo objetivo era darle “voz a los sin voz”. Sin abandonar esta premisa inicial después de abundantes reflexiones acerca del alcance y limitaciones de la propuesta, hoy ha pasado a constituir una práctica “imprescindible” para el estudio de las historias contemporáneas. Cuando decimos “contemporáneas” incluimos todas las nuevas preocupaciones de la historia social (familia, mujer, vida privada, prácticas, saberes) hasta las historias políticas (militantes, dirigentes, trayectorias de vida).

Esta construcción de fuentes es una tarea indispensable para esta nueva historia que pretende a través de recuerdos, omisiones, olvidos, el registro de actores sociales para que, desde el presente, puedan recrear el pasado. Por

supuesto, este recuerdo es ya una interpretación.

Hace veinte años, comenzar a trabajar en historia oral significó adentrarnos en una nueva metodología de investigación, abrir las posibilidades temáticas y ampliar criterios acerca de los actores sociales. Quienes estamos involucrados en lograr esta labor somos la consecuencia de un largo camino.

El Instituto Histórico viene trabajando desde 1986 en la tarea de recuperación de las memorias barriales con el registro de los testimonios de los vecinos, a través de su Programa de Historia Oral.

A partir del regreso de la democracia a fines de 1983, se instala en la sociedad una necesidad de participación y movilización que se refleja en la reformulación de las políticas culturales, buscando recoger y canalizar las demandas de los vecinos de nuestra ciudad con el establecimiento de espacios para la reflexión histórica a partir de actividades desarrolladas en los mismos barrios. El objetivo primordial era la recuperación del espacio público y la puesta en práctica de políticas que permitieran la recreación de nuevos lazos solidarios vecinales tan severamente dañados en los años de dictadura.

No es casual que el comienzo de nuestro trabajo en historia oral corresponda puntualmente con este momento histórico. Tampoco es aleatorio que la tarea estuviera centrada en la historia local utilizando la historia oral y se desarrollara en los mismos barrios cuya historia era motivo de estudio.

La función social de la historia y la gestión cultural fueron los ejes privilegiados: la contribución a la reconstrucción del tejido social severamente dañado, la facilitación de creación de nuevos vínculos vecinales, la democratización del saber, entre otras premisas, fueron las instancias que junto con la investigación histórica conformaron el proyecto.

Como historiadores nuestro fin es la investigación; en el caso específico del Instituto Histórico, la historia de la Ciudad de Buenos Aires y la incorporación de testimonios orales había sido hasta entonces una fuente inexplorada.

La elección de la historia oral supuso una toma de posición desde el lugar de historiadores que valorizan e incorporan una forma diferente de encarar la investigación. También asumimos otra faceta de su trabajo,

que supone una intervención directa y constante con los vecinos de la ciudad. En algunos casos, se pondría el acento en la reflexión acerca de la historia del barrio partiendo del presente trabajando en talleres. En otros, realizarían entrevistas individuales en temas puntuales (historias de vida, de inmigrantes, de militantes).

Es también en ese momento cuando la Lic. Hebe Clementi, como directora del Museo Roca-Instituto de Investigaciones Históricas, impulsa la creación de un ámbito para el debate intelectual de la disciplina histórica en sus aspectos teóricos, acerca de la producción historiográfica y la museología.

En este clima de libertad intelectual a fines de la década de 1980, María Inés Rodríguez Aguilar, nueva directora del Museo Roca, crea allí el Programa de Historia Oral, coordinado por Silvia García y Juan Ruibal, al que se integraron Graciela Browarnick, Marina Demarchi y Ricardo Cortés quienes hasta 1994 articularon un espacio de capacitación, de elaboración y proyectos de aplicación para esta novedosa forma de hacer historia.

Hebe Clementi, como Directora Nacional del Libro, impulsa el Plan Nacional de Lectura y a través de la Bibliotecas Populares promueve la creación de ámbitos de reflexión histórica mediante la organización de talleres de historia local y regional con prácticas en la nueva metodología.

En la década de 1990, sin dejar de lado los esfuerzos por mantener y aumentar la tarea, decidimos iniciar un período dedicado a investigar y a profundizar los alcances del Programa de Historia Oral; en 1992 entonces se comienza a gestar la posibilidad de realizar un encuentro que reuniera a los investigadores, comprometidos con esta metodología con el fin de establecer una primera red de intercambio y de conocimiento de los diferentes proyectos que se estaban llevando a cabo en el país.

Es así que, Hebe Clementi desde la Fundación Otra Historia, Dora Schwarzstein desde el CEDES, primero, y Liliana Barela desde el Instituto Histórico iniciaron en 1993 los Encuentros Nacionales de Historia Oral. La responsabilidad desde entonces y hasta la actualidad ha quedado en manos de nuestro Instituto y del Programa de Historia Oral de la UBA.

La elección de este modo de trabajo por parte de quienes aceptamos este desafío tiene que ver con el compromiso ante el conocimiento, con



contribuir a la reflexión crítica para sumar visiones y aportar a su difusión. Esto hace necesario redefinir la historia, sus objetivos, sus alcances y sus propios compromisos. Si ya no discutimos las razones de su “validez científica” ni sus “leyes previsoras”, podemos sí rescatar de la historia oral su legitimidad epistemológica, sus funciones cívicas y educativas. En este contexto y bajo esta convicción se impone la decisión adulta de atreverse a bucear en el contexto social en el que esta experiencia sea más viable.

Con el convencimiento de que construir testimonios para ejercer una memoria crítica es una condición imprescindible en el logro del crecimiento institucional, es que en 1998 María Inés Rodríguez Aguilar y Carmen Sesto diseñaron el proyecto “Trayectoria de intelectuales”, con el propósito de elaborar una fuente para el registro de una reconstrucción ampliada de las condiciones de producción historiográfica y de los debates políticos e intelectuales de los que había participado Hebe Clementi, primera directora del Museo Roca al inicio de la transición democrática.

Como resultado hoy presentamos *Hebe Clementi. Una vida de historia*: una sumatoria de vida, inteligencia, sensibilidad y trabajo intelectual en todos los órdenes, un documento de cincuenta años de accionar intelectual, no sólo escrito sino actuado a través de cátedras, congresos, debates, publicaciones y confirmadas en premisas compartidas por quienes hemos intervenido en esta producción final, fruto de largas entrevistas a través de varios meses de trabajo.

Por todo lo dicho es para nosotros un orgullo publicar este trabajo dentro de nuestra colección “Protagonistas” que tiene en Hebe Clementi a “la protagonista” de una vida dedicada a la historia sin abandonar el compromiso político.

**Liliana Barela**

# Estudio preliminar

Recorrer e indagar acerca de la experiencia vital de Hebe Clementi (1926): hija, esposa, madre, historiadora, docente, investigadora, funcionaria pública y ama de casa, implicó referirnos a la cualidad histórica de mujeres pioneras que corrieron con los riesgos y el desafío de “ser para sí y en sí”, rompiendo con el modelo androcéntrico que sólo legitimaba para las mujeres “ser de los otros y para los otros”.

Estas indagaciones intentan dar cuenta de las condiciones de existencia que le permitieron transformarse en otra, salir del gineceo y llegar a ser ella misma, como una “otra” muy diferente de la que la matriz familiar y social parecía fijarle. Si bien los rasgos de un orden patriarcal aún subsisten y, en cierto modo, prevalecen en la figura materna como un objeto ideal que todavía sigue pautando el “deber ser” doméstico, con el marido, las hijas, los nietos y la bisnieta.

Este poder ser a través de la existencia nos llevó a poner entre paréntesis

supuestos y fundamentos de larga acreditación atinentes al género y la oralidad, como la naturaleza biológica femenina predeterminada o una identidad unívoca y permanente, y el lenguaje como un instrumento de comunicación entre sustancias ya terminadas: sujeto-objeto.

Una de las formas más generalizadas en las historias de vida es buscar, en el transcurso del tiempo, la manifestación del Yo y sus vivencias en un eterno presente, con la esperanza de encontrar en el pasado lo que es en el presente y a reconocernos en ese pasado. Esto nos llevó a excluir para la elaboración de las preguntas, la determinación de las etapas basadas en las cronologías vinculadas con el transcurso biológico de la vida: infancia, juventud y vejez, ya que mantienen la ficción de que los cambios son efecto sólo del paso del tiempo. Debimos enfrentar un doble desafío inherente a este género: la ilusión de una identidad siempre igual a sí misma y el prestigio que rodea a intelectuales que se han destacado en su saber específico y en el ámbito público. Estas circunstancias generan una situación de difícil confrontación, por los acontecimientos significativos en los que interviene y por el papel apreciable que desempeña, ya que de algún modo, funcionan como lección y ejemplo.

Las preguntas se orientaron hacia los puntos de corte y de discontinuidad, donde pueden observarse las estrategias que permitieron esas transformaciones y pasaron a sentirse de otro modo. En consecuencia con lo anterior, se definieron con el mayor cuidado los desplazamientos institucionales y personales, haciendo entrar en juego las dimensiones ya señaladas: público, privado, íntimo, académico y cotidiano.

Este modelo biográfico se circunscribe a las experiencias y transformaciones de los sujetos concretos vinculándolos a otras personas en situaciones prácticas, en los diferentes momentos efectuales del ser, descorriendo el velo a lo que de otro modo está siempre oculto y sustraído. Esto puso en evidencia cómo funciona el proceso de constitución de las formas identitarias de las personas, en el

entorno académico, político, cultural y familiar, lo que incluye aprender a ser mujer, y se visualizaron los dispositivos de socialización y de atribución de roles, emplazamientos y por qué no, de objetivos y aspiraciones.

El avance a nuevas formas identitarias no previstas en el paradigma tradicional, planteó otros interrogantes –aún sin examinar en la historiografía feminista local– relacionados con la contradicción permanente entre la matriz inicial de socialización y las diferentes alternativas por las que se van optando *a posteriori* que, desde nuestra perspectiva, determinó la configuración de una femineidad dicotómica, donde los flujos entre lo público, privado e íntimo por lo general, están en tensión.

De allí la importancia asignada a la matriz inicial de socialización, partiendo del supuesto de que la construcción de la identidad femenina tuvo como agentes indispensables a la familia, el entorno, la escolaridad; la interrogación se dirigió entonces al despliegue de las conductas paternas, maternas e institucionales, a partir de la especificidad impuesta en un hogar de inmigrantes y perteneciente al círculo selecto de un padre trabajador de cuello blanco, es decir, personal administrativo jerarquizado ferroviario.

En este temprano aprendizaje de género, en cuanto transmisión intergeneracional, las cuestiones aludieron al estereotipo asignado en la crianza por el rol materno, lo que pueden o no hacer de acuerdo con lo establecido para la identidad femenina, y que se reflejaba en una cotidianeidad donde constantemente se actualizaba el ser de otros y para otros, más precisamente, una imagen sacrificada y devota hacia la todopoderosa figura masculina.

Un segundo momento en la socialización genérica tuvo como contenido central la percepción de sí misma que tenía esta niña, adolescente y mujer en contextos diversos y múltiples: escuela, barrio, trabajo e interacción con personas fuera del circuito familiar, que aparece atravesado por frecuentes tensiones entre la identidad internalizada tempranamente y el acceso a otras formas de ser,

consideradas más valiosas y funcionales y, que se expresaron en normas, procedimientos y ámbitos, formales e informales.

El casamiento, la maternidad y la carrera de Historia en la UBA condujeron a tematizar una creciente autonomización, pero casi de manera encubierta, en una zona de fricción, tensión y felicidad donde se entrecruzan el cumplimiento del mandato familiar tradicional y una alternativa propia que viene directamente del campo intelectual.

Quizás el giro más propio y desestabilizador surgió del ejercicio de la docencia y la investigación, donde la razón de ser en sí y para sí proviene del advenimiento como intelectual muchas veces reñido y enfrentado con posiciones subjetivas más tradicionales: familiares, laborales y hogareñas. El ejercicio de la práctica política, de las condiciones de trabajo y la experiencia cotidiana de su vida íntima, muestran a Hebe Clementi ocupada en resolver problemas concretos y en estrecho contacto con los sectores más desfavorecidos de nuestra sociedad. Su respuesta es proporcional a los instrumentos y los medios para que aprendan a defenderse, sorteando o rodeando las limitaciones y restricciones que imponen las circunstancias históricas.

En relación con la condición de intelectual, resultó significativo el análisis de las condiciones de producción, el contenido, la circulación y la repercusión de sus obras. Este abordaje se inscribió en los paradigmas científicos contemporáneos, ya que la sitúan en problemáticas generales que, en cierto modo, prefiguran las cuestiones y debates, las formas teóricas y metodológicas de su tratamiento y el establecimiento de instituciones y circuitos académicos de pertenencia y de marginalidad.

Este enfoque permitió trascender la óptica en que las obras son la expresión única del ejercicio de la voluntad y libertad del autor en el uso de sus capacidades intelectuales sin mediación alguna, cuyo sustento es la coherencia, identidad y estabilidad de la conciencia del sujeto. Por estos motivos la interrogación se situó en un espacio donde el autor ya no funciona como el principio de unidad, sino que

esconde la decisiva influencia de todos los otros factores antes mencionados.

Por consiguiente, la producción se fragmentó en una estructura de remisión a otras obras, que les anteceden y les siguen, dentro de una serie indefinida de citas de otros textos, donde ocupan un espacio determinado en el que se reconocen y se delimitan, encontrando elementos autónomos, heterónomos y de otras múltiples formas, con un mayor o menor grado de apertura a nuevas cuestiones.

De esta manera, interesó lo editado, los manuscritos, las preguntas, los borradores que bosquejan futuras obras, los hábitos de construcción generados para un texto, los modos de relación y de interacción de trabajos que ofrecían una coherencia temática, estableciendo las sucesivas redes y tramas en que se inscriben, a fin de reconstruir las estrategias de resolución de incógnitas, de obstáculos y de desafíos de interpretación. No se dejó de lado el modo en que entran en relación esos textos entre sí, con el ámbito académico y el campo de aplicación, además, incluyendo las dimensiones en que transcurre la propia vida de este personaje.

El desplazamiento de intelectual a funcionario público puso en evidencia un corte, una discontinuidad en sus rasgos identitarios, ya que asumir esta politización implicó un desprendimiento de sí misma y un transformarse en algo distinto en un espacio extraño, cuyas reglas desconocía. Una práctica transformadora que modifica muchos aspectos en la vida de Hebe Clementi, e incluso cambia aquello que es la razón de ser de los intelectuales: la relación con la verdad. Un objetivo siempre presente en sus luchas, pero ya no como un ente universal y temporal, sino como la consecución de estos fines pequeños y particulares y desde las condiciones históricas y concretas.

El Plan de Lectura Nacional elaborado por Hebe Clementi desempeñó un papel similar, instrumentado a través de las Bibliotecas Públicas, se orientó en primera instancia hacia los marginados de la escolarización: niños, jóvenes y adultos, más tarde, se incluirán a los escolares. Pero siempre en las provincias más desfavorecidas, por

su pobreza y ubicación geográfica como las fronteras. Esas voces se escucharon en diferentes talleres: literarios, de historias y experiencias de vida, y generaron una dinámica de creación de archivos orales, de exposiciones de muy diverso tenor que, en todos los casos, fueron implementados desde esos mismos sectores sociales.

En este punto conviene una digresión que atiende a la ética de Hebe Clementi: el rasgo que marca este desplazamiento de una intelectual a una funcionaria pública fue la capacidad de desprenderse de sí misma, y del ejercicio de sus cargos, saber llegar y saber irse. No cabe duda de que esta trayectoria de vida tiene un valor docente que es fundamental para nosotros y las generaciones futuras.

**Carmen Sesto y María Inés Rodríguez Aguilar**

# La primera infancia. Y un poco antes

2 de marzo de 1999

**Carmen Sesto.** *María Inés ha armado un cuestionario sobre tu familia, una especie de genealogía posible.*

**Hebe Clementi.** Bueno, empiezo por mis padres entonces; los dos eran de una zona de Italia que se llama Las Marcas, *Le Marche*. Eran territorios aledaños a las tierras papales. Mi padre era de Montefano y mi madre, de Montefiore. El apellido de mi padre es bastante común quizá porque hay una montaña por ahí que lleva ese nombre. Pero el origen de la familia de mi madre tiene para mí una especie de seducción.

**C.S.** *¿La seducción es de ahora o de siempre?*

**H.C.** Yo diría que fue aumentando a medida que pasó el tiempo. En relación con el apellido no encontré a nadie más que lo tuviera, salvo un tío y un primo suyo. Un astrólogo me explicó que Sgolastra es una especie de anagrama de astrólogo y que la raíz *sgo* tiene siempre un sentido



relacionado con la diáspora. Yo no lo he confirmado, pero me seduce. Por otra parte, mi madre se llamaba Pascuala porque nació un domingo de Pascua. Cuando el padre fue a anotarla en los libros de la iglesia le dijo al cura que quería llamarla Ester, pero el cura le contestó que el que nace en Pascua trae su nombre puesto: tenía que llamarse Pascuala. De hecho, siempre la llamaron Esterina y sólo en los documentos figuró como Pascuala. Vivía en tierras del conde de Montefiore, y el padre de ella –Alessandro– era una especie de supervisor confiable que atendía las cosechas, hacía los jamones, el queso, las aceitunas, el vino. Todo se preparaba en la casa. Y el conde lo visitaba una o dos veces al año.

**C.S.** *¿La casa donde vivía tu madre era del conde?*

**H.C.** No puedo asegurártelo. Sólo sé que dos veces por año llegaba su hija y se quedaba a dormir ahí, en la cama que era de mi madre. Era una casa de piedra, con ventanas llenas de flores –geranios, en la memoria de mi madre– con sábanas tejidas en el telar de la casa, donde ella también tejió las sábanas, los manteles y las servilletas que trajo en el *corredo*, el ajuar con el que se vino de Italia. Ella era la última hija y habían sido en total doce hermanos. Una hermana se llamaba Palmina, otro nombre que me hace pensar que mi abuelo Alessandro pudo tener algo que ver con los sefaradíes de la diáspora mediterránea aunque nadie nunca hablara de eso. Por otra parte, tampoco sé si ese conde de Montefiore será el mismo que, junto con el barón Hirsch, hizo mucho por facilitar el éxodo de los judíos en Rusia y de Europa oriental. Pero lo que sí queda de los relatos familiares es que el abuelo parecía ser muy recto y “nunca me puso una mano encima” decía mi madre, le bastaba una mirada para imponer respeto. Tenía una yegüita blanca para tirar del carro que se llamaba Speranzí. Mi madre, antes de morir, cuando el pasado se le había vuelto totalmente presente, volvió a hablar de Speranzí. La madre se llamaba Santina, un nombre que también quisieron ponerme a mí pero dijeron que no estaba en la nómina y me pusieron Santos, que muchos toman por otro apellido mío.

**C.S.** *Contanos ahora sobre tu padre.*

**H.C.** Mi padre tenía cuatro años menos que mi madre, tema de

largo debate a lo largo de la historia familiar. Cuando se casaron, él tenía 18 años y ella, 22, una edad que –en un pueblo– es (o era) demasiada. Ella era muy menuda, bajita, graciosa. La llamaban Peppetto, que quiere decir pimienta. Era linda, tenía un pelo espeso, ondulado, una energía descomunal, muy tetona; los domingos, después de la misa, le gustaba quedarse en la plaza para bailar *tarantella*. Mi padre iba a los campos de mi abuelo para ayudar en tiempos de la cosecha y también iba su padre, las pocas veces que estaba en la casa. Porque a él, a mi otro abuelo, le tocó vivir varias guerras y dos veces estuvo en la Argentina como trabajador golondrina, para la cosecha. Una de esas veces fue cuando recién se había casado y por eso mi padre nació aquí, en Haedo. Pero tuvieron que volverse enseguida porque el dueño de la tierra, en Italia, les quitaba el predio si no estaban ahí.

Así que mi padre tuvo una vida mucho más dura que la de mi madre, que era la regalona de la casa. Mi padre, en cambio, era el mayor de sus nueve hermanos, tuvo que lidiar con ellos y manejar el arado solito porque el padre no estaba o estaba poco. Tenía veneración total por la madre, la abuela María, que se ocupaba de lo demás y cada vez que el marido volvía de las guerras del África o de la del 14, quedaba embarazada. El caso es que mi padre fue bien recibido como novio posible de Esterina, y cuando tuvo que presentarse ante las autoridades argentinas para hacer el servicio militar, a los 18 años, decidieron casarse y usufructuar el pasaje gratis para él. De modo que se casaron en el 1923. La última imagen de mi madre cuando se iba fue la de su papá quieto en el camino, mirando cómo se alejaba el carro en el que partían. Fueron a Génova y estuvieron varios días, en una modestísima luna de miel. Desde allí viajaron para la Argentina, en un barco donde tuvieron que hacer toda la travesía en espacios separados, los hombres por un lado y las mujeres por el otro.

**C.S.** *¿Tenés datos de cómo fue la llegada?*

**H.C.** Sí, claro. Los esperaba un tío de mi padre, jefe de señales en el ferrocarril, que los llevó a vivir a su casa, en Haedo. Allí estaba su mujer pero nunca supe cómo se llamaba. Sí, el apodo: le decían la Pampera que es un nombre con resonancias de campo, ¿no? Muy pronto se ganó

la antipatía de mi madre que era rápida como el rayo para esas cosas. De todas formas, trató de congeniar por un tiempo, el suficiente para buscarse otro destino. En aquella casa, dejó algunas cosas de hilo, bordadas, que habían maravillado a la Pampera. Y no la vio nunca más. Ese tío había venido a la Argentina con el abuelo Gigi, y se había quedado. La mujer era argentina, los hijos estudiaron en la universidad. Todo un destino resuelto frente a la realidad de ese sobrino recién llegado.

**C.S.** *¿Y cómo se arreglaron a partir de esa salida?*

**H.C.** Fueron a vivir a la casa de un escribano, también en Haedo. La esposa era maestra y los hijos, una mujer y un varón, estudiaban abogacía y procuración. Allí, mi madre hacía la limpieza y cocinaba pero mi padre se encerró en el cuarto: estuvo tres meses sin salir para estudiar *la castilla*. No quería que nadie se diera cuenta de que era italiano. La fecha dice algo para los historiadores de las ideas. Mientras tanto, disfrutaron de la diligencia de Esterina, de los fideos que amasaba, de su simpatía. Pero cuando mi padre encontró trabajo, también en el ferrocarril como cambista, en el lugar más bajo del escalafón, cambiaron los papeles. Porque mi madre ya estaba embarazada, bajó del barco ya embarazada. Así que fueron a vivir a unos vagones en la estación Liniers, que le alquilaron al encargado de esa playa. Mi madre puso latas con geranios y malvones, convirtió ese vagón en una casa. Y se encontró con doña Francisca, una vecina excelente con la que siguió viéndose durante más de veinte años aunque de ahí se fueron apenas nació mi hermana.

**C.S.** *¿Y cómo sigue el itinerario?*

**H.C.** Tiene su ruta, marcada sobre todo porque mi padre trabajaba en los galpones de Villa Luro que, en ese momento, por la electrificación incipiente de los coches del ferrocarril, estaban transformándose en talleres más sofisticados. Pero mi padre tenía muy buena caligrafía y la determinación absoluta de progresar. Fue ocupando rápidamente otros puestos, hasta el punto de llegar a ser jefe de personal. Con su precisión y su carácter dominante, imperioso, no es difícil pensar que fue odiado por muchos y estimado por sus superiores. Estudió inglés, taquigrafía, máquina. Un mes compró discos y fonógrafo, apenas quedaron unos

pesos para los gastos de la casa. Pero su inglés llegó a ser perfecto y, hacia el final, tradujo más de veinte libros, desde el *Martin Eden* de Jack London a textos de electrónica. Pero aquí ya vienen otros trayectos.

**C.S.** *Pensando en la vida campesina de la que provenían, te preguntaría cómo eran las fiestas en tu casa, si conservaban aquellas festividades, si había memorias de aquellos momentos.*

**H.C.** Creo que sí, pero no ritualmente sino de manera casual. Nos enterábamos de los juegos, las picardías, las hazañas. Cuando vino de Italia la hermana de mi padre, mi tía Julia, recién casada, al principio vivieron cerca de nuestra casa de Villa Luro cuidando un chalet desocupado y entonces sí las memorias se cruzaban con más interés y nos divertíamos. Esta tía *Giulia* mía era realmente divertida, hablaba mucho y tenía un sentido del humor burlón para mirar el mundo y a la gente. Pero más de una vez, lo sacaba de las casillas a mi padre que tenía muy pocas pulgas y terminaban a los gritos. En realidad, fue mientras ella estuvo cerca que se festejaron los cumpleaños y los domingos. Las mujeres hacían fideos o ravioles, alguna preparaba las masitas para el mate y los hombres, después de comer en la galería, sobre tabloncitos que se ponían a lo largo encima de unos soportes, jugaban a las cartas con algún paisano más porque en esa época siempre había algún recién llegado y hasta venía un marinero, Porfirio, que traía noticias frescas del pueblo.



# Las estribaciones de la infancia

---

12 de marzo de 1999

**C.S.** *Estuvimos pensando sobre lo que nos contaste y nos gustaría que pudieras recordar un día de tu vida en Villa Luro, un día de semana cualquiera, y un día de fiesta, con la precisión que puedas. Nos gustaría que lo pensaras desde que te levantabas hasta que te acostabas.*

**H.C.** Bueno, me acuerdo bien pero obviamente voy a mezclar las cosas. Porque en Villa Luro viví hasta los 8 años, en distintas casas. Me acuerdo de la calle Camoatí, de la calle Camarones, y de alguna otra. Sé que en una, mi madre se peleó con el dueño de casa, un napolitano que se llamaba don Salvatore. Él vivía en el fondo de un patio grande, donde había dos o tres macetones con flores. Yo, jugando, arranqué una flor. El viejo me pegó fuerte en la mano. Mi madre se puso furiosa porque el viejo estaba solo y ella era muy buena con él, lo cuidaba, a veces le preparaba caldo, le lavaba la ropa. Qué sé yo. Le gritó que se mudaba y se fue a buscar un lugar. No era como ahora. Encontró una casa a pocas cuadras y a la

noche ya nos habíamos mudado. Era una casa para nosotros solos, con puerta de alambre romboidal; había una pequeña glorieta con una mesa de cemento y dos bancos largos. Del otro lado, un jardín con un mandarinerero real que daba un torrente o una montaña de mandarinas dulces, también acelgas y margaritas. Tenía dos habitaciones, una cocina oscura como la noche en el fondo, con un fogón de hierro a leña. Mi madre hacía tostadas sobre una tenaza de cobre reluciente, con la rodaja de pan en el centro. Tomábamos mate cocido. Ese era el desayuno. La manteca era un lujo, sólo para los domingos y cuando se podía comprar. Hablo en plural porque yo era dos años menor que mi hermana pero hasta que fuimos al Liceo, hicimos todos los caminos juntas.

Atravesábamos ocho cuadras, de viento y de barro, porque estábamos bordeando la vía y el terraplén del ferrocarril Pacífico que iba a morir a la estación de Villa Real. En realidad la casa quedaba cerca pero, en aquel momento, nos parecía lejos. Y estaba el arroyo Maldonado que también bordeábamos. Tenía barrotes de mampostería, pintados de amarillo. Íbamos al convento de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, donde daban clases unas monjitas. Había un tambo y la hija de su cuidador, Eulalia, era compañera nuestra; siempre llevaba un guardapolvo gris, ominoso, que la marcaba como sierva. Tenía olor a leche y a estiércol. Para nosotras sólo era un olor raro: no sabíamos a qué. Más de una vez, nos caímos en las zanjas enormes que desagotaban los desbordes del Maldonado. Después de las inundaciones quedaba una tierra resbaladiza y nos caíamos ahí, en el fondo de las zanjas, aterrorizadas. Había que atravesar por lo menos cuatro, y siempre podíamos caerlos. Las monjitas nos prestaban ropa seca de las pupilas. Cuando volvíamos a media tarde, me acuerdo haber jugado a la rayuela sin parar, sola y contenta. Después, mi padre venía del trabajo, que todavía era en los galpones del ferrocarril, y comíamos bien temprano, con la última luz de la tarde. Una cena muy frugal, magra.

**C.S.** *¿Por qué decís frugal, magra? ¿Qué querés decir?*

**H.C.** Exactamente eso, frugal y magra. Un plato de sopa espesa, con garbanzos, quaker, porotos o unos fideos gruesos que yo detestaba. Y alguna fruta. A principios de mes, como mi padre tenía una cuota que

le acordaba la empresa para comprar en los almacenes ferroviarios, traía una panceta ahumada deliciosa, aceitunas, nueces, pasas de uvas. Eran lujos que se acababan enseguida, en menos de una semana. En esa época no existían fiambrerías y si hubiera habido, tampoco habríamos tenido plata para comprar. Pero vuelvo al plato de sopa. Cuando tenía esos fideos gruesos que yo odiaba, me daban náuseas, no la podía comer. Eso siempre me traía problemas con mi padre. Cuando digo problemas quiero decir bofetadas directas, imposiciones, gritos. Pero mi madre siempre se las ingeniaba para inventar algo diferente. Ahora me acuerdo de las flores de zapallo que pasaba por una mezcla de huevo, harina y leche, y después freía. Eran riquísimas. O hacía una tortillita con cualquier cosa. Y los domingos, pastas, que tampoco me gustaban. En realidad, detestaba el olor a cebolla, lo sigo detestando, y en mi memoria los fideos significan tuco.

**C.S.** *¿Tu mamá amasaba?*

**H.C.** Mi madre, sí, claro.

**C.S.** *¿Cómo era eso? ¿Una especie de ceremonia?*

**H.C.** No. Amasaba de noche, los sábados. Se ponía un delantal blanco de hilo, bordado, que había traído de Italia, igual que las sábanas y algunas toallas que guardaba para cuando venía el médico. Generalmente, yo me sentaba al lado de ella y tejía o bordaba vainilla. ¡Si habré hecho punto vainilla en mi vida! Mi madre dejaba la masa extendida para que se secase hasta la mañana siguiente y dejaba todo preparado para hacer el tuco. Los domingos, mi hermana y yo íbamos a misa, no en Villa Luro sino cuando nos mudamos a Versailles. Era como cumplir con un deber pero a mí me daba alegría. Ni mi padre ni mi madre venían con nosotras. Sólo para Pascuas, mi madre iba a misa los viernes santos.

**C.S.** *Hasta ahora no contaste nada de tu hermana.*

**H.C.** Bueno. Yo creo que la modalidad rigurosa de mi padre y el hecho de que él la guiara en los estudios, la convirtieron en una chica muy reservada, muy estudiosa, muy introvertida. Tanto que mi padre le



puso el apodo de *la monjita*, porque nunca decía lo que pensaba. A mí no me preguntaban pero yo igual lo decía. Y ligaba, sobre todo en la mesa. Algunas veces llegó a vaciarme un sifón entero encima. Pero mi hermana era siempre la mejor del grado y también en el Liceo tuvo el promedio más alto. Todo lo que ella aprendía pasaba a mí a través de ella. Sobre todo el inglés y la mecanografía. Mi padre había comprado una Underwood de segunda mano, que funcionó toda la vida. Ahora la tiene mi hermana como recuerdo. En caligrafía yo era pésima, mi padre me pegaba en la mano para que sostuviera la lapicera como había que hacerlo tratando de que la letra fuera más suelta. En fin, yo creo que en ese sentido me salvé de la presión paterna pero mi hermana no pudo zafar y cada vez se volvió más reservada y discreta. Ella guarda recuerdos de cuando yo todavía no había nacido, de paseos que hicieron con mi padre y con mi madre.

**C.S.** *Digamos que tu nacimiento rompió el idilio entre los tres.*

**H.C.** Bueno, no creo que tanto pero algo así. Mi madre contaba que mi padre, viéndome, decía que yo iba a ser bruta como los padres de ella, que eran campesinos. No entendía que éramos personalidades diferentes.

**C.S.** *¿Tu nacimiento fue esperado?*

**H.C.** Sí, claro. Pero seguramente esperaban que fuera un varón. La decepción fue clara. Mi madre tuvo una buena porción de abortos pero no hubo otro hijo.

**C.S.** *¿Qué memoria te queda de tu vida en Villa Luro?*

**H.C.** Me divertía mucho ir los sábados a la tarde a jugar en el terraplén del tren Pacífico que no pasaba casi nunca. Bajábamos y subíamos sin cansarnos. Parecíamos alpinistas del césped. Nos llevábamos una cantidad desmesurada de mandarinas para la sed, y eso nos daba alegría... Ir por el caminito paralelo a las vías juntando huevitos de gallo si era el tiempo, ¡eso era un hallazgo! De los vientos, las lluvias, el barro y las zanjas ya te conté. Pero en casa, con mi madre, nos sentábamos en la glorieta, bajo las glicinas, tomábamos mate de leche y conver-

sábamos. No sé de qué. A mitad de cuadra vivían unas chicas. Las llamábamos *las chicas del Águila* porque en el frontispicio de su casa había un águila. El apellido era Albarracín. Éramos buenas amigas. Jugábamos a la rayuela y una vez, con la dirección de mi hermana, hicimos en el patio, bajo la galería, una representación de la llegada de la primavera. Mi hermana Lastenia era el invierno, con un sobretodo oscuro de mi padre, una barba de algodón, con sombrero y bastón. Fue un éxito total.

Esto quiero contártelo. Una vez hicimos esos talleres que organiza el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires y se nos ocurrió representar alguna escena posible de aquella Villa Luro de los años 30. Juan Ruibal, que había tenido la idea y sabía que yo había vivido ahí, me pidió que fuera. Al final quiso que dijera unas palabras. Entonces hablé de la calle Camarones, de las chicas del Águila y de aquella representación. Cuando terminamos, se acercó una mujer linda, más o menos de mi edad, que me dijo: yo soy una de las chicas del Águila. Y lloramos juntas.

**C.S.** *Bueno. Tendríamos que pasar a Versailles, adonde decís que fuiste a los 8 años. ¿Cómo era allí un día tuyo?*

**H.C.** Antes te cuento que fuimos a vivir en una casa propia. Construida bajo los auspicios de un préstamo del Hogar Ferroviario, a treinta años o algo así. Era un lote grande, con cincuenta metros de fondo donde mis padres hicieron su quinta y de a ratos pudieron volver a ser campesinos. Nunca faltó perejil, orégano fresco o romero. Había una mata de romero enorme que crecía trepando por el alambre lindero entre nuestra casa y la de los vecinos. Teníamos tomates, zapallos. Dos veces por año, mi padre punteaba la tierra y redistribuía los espacios. Todo lo demás lo hacía mi madre, siempre con esfuerzo pero con una alegría profunda. La casa era de estilo futurista, con molduras en el frente y un jardín adelante dividido en partes iguales por un patio angosto que daba a una galería. Ahí había una planta de jazmín que siempre tenía flores y nos llenaba toda la casa de perfume. En ese lugar estaba el escritorio de mi padre con una biblioteca grande que había hecho mi tío Alfredo, el marido de Julia, un ser fuera de serie. Como ella hablaba

tanto, él había decidido callarse. Era un pan de Dios, apto para cualquier trabajo manual que uno pudiera imaginarse. ¡Hasta la heladera nos hizo, todo un lujo...!

Nuestro dormitorio estaba en el fondo, sin sol y despojado, amueblado con el viejo escritorio de mi padre y una silla. El baño era grande y no tenía calefón. Cuando lo pusimos, sólo lo aprovechaba mi padre porque decía que nosotras no íbamos a saber usarlo. Así que seguimos bañándonos con cacerolas y ollas, hasta que nos pusieron el gas y accedimos a ese placer infinito: bañarnos bajo la ducha. Al final estaba la cocina, larga, angosta y oscura, pero mi madre cocinaba los churrascos afuera, sobre un fueguito de carbón, para evitar el humo. En el medio de la casa, había un gran living cerrado con vidrios, como se usaba antes, con unos muebles intactos: era un lugar para las grandes ocasiones, que no se daban nunca o se daban poquísimas veces. Después de un tiempo, mi tía *Giulia* también vino a vivir a Versailles, en el pasaje Ferrocarril, a pocos metros de la estación y de la vía, pero ya las discusiones o las diferencias estaban planteadas, la violencia de mi padre no le caía bien a Julia, y tenía un hijo con el que yo terminaba siempre peleándome... ¡para acabar ligando una paliza de mi padre! Hasta que mi madre dijo ¡*Basta!*

**C.S.** *No me contaste todavía cómo era tu día en Versailles.*

**H.C.** Bueno, habría que recortar varios períodos. Porque te diría que ahí terminó mi infancia feliz, despreocupada, cambió mi paisaje cotidiano. El barrio era diferente, la escuela también. Vivíamos en la calle Santo Tomé, a cuatro cuadras de la estación del trencito que unía Versailles con Villa Luro donde, haciendo un transbordo, se tomaba el tren que iba y venía desde Once a Moreno y que, durante el secundario que hicimos en el Liceo 2, nos dejaba en Caballito. La estación de Versailles era una joyita de construcción, un chalet estilo inglés, con una campanita de bronce pulido que el jefe de estación –toda una institución– hacía sonar cuando el tren arrancaba. La hija del jefe era muy hermosa y se teñía de rubio, tipo mujer fatal. Se hacía notar muchísimo. El trencito tenía dos o tres vagones y era el único medio, diría yo, para comunicarse con el centro. Iba y venía por la misma vía, en un viaje que no duraba

más de diez minutos, con dos apeaderos en medio del trayecto, sólo un tablado alto y un techo de madera. Los que viajaban en el trencito se conocían de memoria y sabían todo o casi todo de los demás. La escuela donde terminamos la primaria era la Guillermo Enrique Hudson, una escuela bellísima hasta hoy, nuevísima además, en pleno gobierno del general Justo. La estación estaba en medio del trayecto así que, todo sumado, teníamos que caminar unas ocho cuadras para llegar. Por otra parte la estación era una línea divisoria entre el área *aristocrática* y el área *popular*. En la zona paqueta, había chalets de tipo inglés, construidos para gente de buen nivel y, sobre todo, para el personal jerárquico del ferrocarril. La otra, la habían loteado para hacer las casas modestas del personal ferroviario como nosotros o simplemente para *otra gente*. La escuela estaba donde terminaba la zona distinguida, muy cerca de lo que hoy es la avenida General Paz que en esa época todavía no estaba ni empezada. Era una escuela construida con mucho esmero, espaciosa y sobre todo gobernada por una directora imborrable. Se llamaba Aída y era mandona pero interesada y vehemente, de espíritu sarmientino. A mí, porque venía de una escuela de monjas, me hizo repetir tercer grado. Pero al año siguiente me hizo dar cuarto libre, así que terminé la escuela antes de cumplir los 11 años. A los 11, ya estaba en el Liceo. Mi hermana, en cambio, cursó en esa escuela sólo su sexto grado de manera que nuestras memorias son distintas. Mientras íbamos al colegio, pasábamos por un club muy pituco, con cancha de tenis y una fachada grande, donde algunas noches se bailaba. Los que iban a bailar al club podían considerarse elevados a la categoría de vecinos respetados, distinguidos. La directora me tomó simpatía porque ya entonces me gustaba la historia y la ayudaba a ordenar los suplementos de los diarios, a organizarlos por temas, en un despachito pegado a la Dirección. Me quedó una profunda devoción por ella. Pero no me acuerdo de su apellido.

**C.S.** *O sea que te levantabas bien temprano, ibas a la mañana al colegio y ¿después? ¿Charlabas con tu hermana?*

**H.C.** Bueno, de las tardes no me acuerdo. Y con mi hermana hablábamos cuando se hacía de noche, sobre todo en invierno porque teníamos mucho frío y nos pasábamos de cama para estar juntas. Mi

padre nos ponía de todo encima de la cama, hasta sillas para que nos quedáramos quietitas, pero lo que nos hacía falta era una frazada más. Mamá ya no nos acompañaba al colegio así que por el camino nos íbamos juntando con otras compañeras, yo con las mías y mi hermana con las de ella. Después, ella ingresó al Liceo y fue otra separación, porque además siempre estaba estudiando, como consagrada a eso. Por eso, *hablábamos* de noche, esa era la consigna para pasarnos de cama y hacernos confidencias, hablar del mundo, de los chicos, de las cosas que pasaban. Yo era bastante ingenua. En sexto grado, tenía una compañera muy despabilada. Era criolla y provinciana, sanjuanina, tenía ocho hermanos y era la única que venía al colegio con zapatillas. Vivía al otro lado de lo que iba a ser la General Paz. Una vez me pasó un papelito preguntando si ya había tenido mi primera menstruación. Yo hasta ahí había escuchado hablar de *desarrollarse* y, medio dudando, le dije que no. Después pregunté y me contaron. Así de ingenua era, o de chiquita. Pero era alta, ya tenía pechos, veía a los chicos y ellos me veían a mí.

**C.S.** *Iban al colegio, volvían, comían el churrasquito a las brasas y la sopa, ¿y después? ¿Hacías sola los deberes? ¿Dormían la siesta? ¿Te ayudaba tu hermana?*

**H.C.** De siesta, nada. Eso con mi madre era imposible; aunque ella sí se acostaba un rato. Mi padre, también. Después de devorarse la comida, se acostaba, dormía un rato y más tarde volvía al trabajo. Era tan *acelerado*, por decirte algo, que le exigía a mi madre que esperara parada en la puerta hasta verlo doblar la esquina, para entrar y servirle la sopa que tenía que estar hirviendo. El tiempo justo para que él llegara, se sacara los pantalones, se pusiera el pijama y se sentara a tragar la sopa a una temperatura aceptable. De otro modo, se quemaba o decía que estaba fría. Así de dependiente era mi madre. Y con una sonrisa, además. Él era una especie de ogro. Pero sacaba libros de la Biblioteca del Congreso. En las vacaciones anteriores a cumplir los 11 años, empezó a sacar de a dos tomos la *Historia del mundo* de César Cantú para leerlos a la noche. Sobre todo leía él, en voz alta, y nosotras teníamos que luchar contra el sueño mientras mi

madre tejía –pobre ángel– y cuando se le cerraban los ojos y se le caían las agujas, él le gritaba. Siempre fue un desaforado para gritar. Sí... no debe ser haber sido exactamente por eso que seguí historia. Pero algo extraño de un universo confuso y diverso seguramente se habrá instalado en mi lejana conciencia...

En cuanto a los deberes, yo –salvo por inglés– no necesitaba ayuda. En cambio mi hermana sí, siempre, porque se quedaba estudiando y le faltaba tiempo para respirar, para lustrarse los zapatos, para comer. Así que mi madre siempre apelaba a mí con el argumento: *ella está estudiando...* Yo solamente protestaba cuando me mandaba a comprar papas al puesto del mercado municipal porque allí las viejas se me adelantaban en la cola y yo, por respeto, me las tenía que aguantar. Por otra parte, mi madre siempre se olvidaba de alguna cosa. ¡Por algo sería! Yo llegaba muerta de hambre, sobre todo cuando iba al Liceo, porque eran muchas horas y no comíamos nada. Me acuerdo que ahorrábamos durante toda la semana para comprarnos una Rodhesia los sábados. ¡Manjar!

Un día que llegaba ciega de hambre, encontré la casa llena de gente y con policías. Habían entrado ladrones, se llevaron *las joyas de la abuela* que mi madre guardaba en una cartera vieja, grandota, que tenía entre las sábanas. Fue lo único de valor que se llevaron, ...tal vez porque no había otra cosa salvo los libros, ...tal vez porque se impresionaron con las fotos de mis cuatro abuelos, tan grandes, que presidían la cabecera. También se llevaron la ropa que estaba colgada en la soga, dos vestidos que yo misma me había bordado. Pero esa es otra historia. La cosa es que yo miré lo que había sobre las hornallas. Sémola con leche y cáscara de limón –me enloquecía– y matambre. ¡Cómo odié a esas vecinas que no se iban nunca! Más que hambre, lo mío era odio.

**C.S.** *O sea que la estrella, en ese período primero de tu vida, fue tu hermana...*

**H.C.** Bueno, hasta cierto punto sí. Ella era la que estudiaba, yo la que podía hacer, además, otras cosas. Pero yo no lo vivía como un desmedro, más bien me costaba entender su ansiedad.

**C.S.** *¿Cómo se vivió en la familia tu menstruación?*

**H.C.** Algo sabía porque mi hermana me precedió de lejos, y yo en realidad fui tardía pero me habían llamado la atención las toallitas blancas colgadas en la soga de la ropa. Ya te dije que la que me avivó fue esa chica, Sarmiento, cuando no supe qué contestarle. Era –y te diría que sigo siendo– ingenua.

**C.S.** *¿Pero no se dijo nada en tu casa de que ese hecho significaba que podías tener hijos?*

**H.C.** No me acuerdo. Más bien la prohibición tenía que ver con el contacto, con la posibilidad de pasear con chicos o de permitirse estar muy cerca. No íbamos a bailar. Nuestras salidas eran al cine de la parroquia para ver unos bodrios imposibles. Pero así y todo, te diré que me enamoré de un italianito recién llegado de Trieste, que todavía llevaba la ropa de *balilla* fascista. Vino a vivir casa por medio de la mía; la hermana y yo nos hicimos amigas. Le pedía a mi padre en italiano que me dejara ir a su casa y mi padre me dejaba. Entonces yo iba...

Esta primera etapa de mi infancia terminaría aquí. Con la marca de una familia inmigrante italiana, hacendosa y severa, que en parte repetía estilos y conductas heredadas. Y un ámbito despejado, casi festivo te diría, el de Versailles, que me acompañó en esta segunda parte de mi infancia. Yo diría que el fin de la escuela primaria marca esa enorme diferencia. La aparición de esta familia italiana, casa por medio con la mía, me introduce en otras emociones y en otras expectativas. Y después viene el Liceo, que es también otra de las marcas de una pubertad temprana. Apurada a lo mejor.

# Adolescencia en Versailles

---

12 de marzo de 1999

**C.S.** *Hemos estado escuchando lo que grabamos hasta aquí y nos quedan algunos blancos que vamos a llenar hoy antes de entrar en tu segunda década de vida, o más o menos, que es cuando empezás a ir al Liceo N° 2, en Caballito. Por ejemplo, ¿cuándo fue tu primer encuentro con un libro?*

**H.C.** Aquí voy a darle todo el mérito a mi padre. Lo vimos siempre metido con libros y papeles. Cuando iba a la Pitman a estudiar dactilografía y contabilidad, cuando escuchaba los discos en inglés y después escribía al dictado. Todo lo hizo solo y más tarde aprendió francés y hasta alemán, con una edición bilingüe de Pirandello. Un inglés que conoció en el ferrocarril, viudo y bastante solitario, manco de la guerra, venía a veces a casa y lo esperábamos para las fiestas porque nunca se olvidaba de nosotras. Nos traía una caja de Bonafide a cada una, con caramelos, bombones envueltos en papeles de colores, masitas. Un día se volvió a Inglaterra y nos dejó la biblioteca



de la *Enciclopedia Hispanoamericana*, con el mueble incluido. Un lujo total, que nos permitió acceder a toda la información que quisiéramos buscar. Y también algunos libros de arte, con reproducciones de paisajes en blanco y negro. No te puedo decir quiénes eran los pintores pero sé que los miramos mil veces. Revistas en mi casa no entraban, salvo *Billiken* una vez cada tanto. Y después estaban los libros de César Cantú que nos abrían la mente hacia una historia universal, llenos de nombres y pueblos extraños que escuchábamos con toda la atención que podíamos sin entender casi nada. Pero algo habrá quedado de admiración a Cantú y quizá también de imaginación fundada. Fue nuestro equivalente del *Tesoro de la juventud* que era inalcanzable para nosotras.

**C.S.** ¿Viste en esas lecturas y libros alguna imagen que te estimulara la imaginación, diferente?

**H.C.** La verdad es que no me acuerdo. Los grabados sí me gustaba mirarlos, mil veces. Hasta allí, sólo había visto películas de aventuras en África, o de indios y *cowboys* o cómicas, con el Gordo y el Flaco. Se daban en el salón parroquial y gratis, siempre que tuviéramos perforados los casilleros de una tarjeta que marcaba la asistencia. No conté nada del cura de la parroquia de Nuestra Señora de la Salud, el padre Julio Menvielle. Era flaco, narigón y pelado, muy nervioso, muy activo, y conocía a todos y cada uno de sus feligreses, sobre todo a los chicos y a los muchachos. A las mujeres, les tenía asignado el salón parroquial para aprender costura, bordado, pintura sobre género, esas cosas. Dos hermanas daban las clases, muy distintas entre sí y buena gente. Ahí, durante un tiempo, fui a aprender bordado y vainillado. A coser y a bordar me enseñó una especie de amiga de mi madre, doña Eda, que era de Milán y muy buena modista. Cuando nos cosía algo, mi madre la compensaba lavándole los platos durante muchos días. No daba nada gratis, la señora. Ella llegó a ser dama de la Asociación de Mujeres de la Parroquia y se calificó alto en ese círculo porque tenía algo de *savoir faire*; era una mujer astuta y también hermosa. Como el marido era mecánico ferroviario y tenía dos hijas más o menos de nuestra edad, nuestras familias fueron relativamente amigas. Algunas veces, en verano, íbamos a Luján a pasar el día. Teníamos pasajes gratis porque éramos

familiares de ferroviarios; llevábamos unas milanesas de oro que cocinaba mi madre y ella, doña Eda, hacía unos bizcochuelos riquísimos. Pasábamos el día al lado del río y ese era nuestro gran paseo veraniego.

No necesito decirte que el cura era el propio Menvielle de los libros nacionalistas, el aleccionador número uno de los jóvenes aliancistas y que estábamos en los prolegómenos de la guerra... pero entonces todo esto no lo sabíamos. Se decía que era muy estudioso, y que en su cuarto-despacho, estrechísimo, tenía libros apilados hasta en el suelo. Era un gran cura, un cura bueno según las madres y cuando lo encontraba en el trencito y volvíamos juntos caminando esas tres cuadras hasta mi casa, siempre me preguntaba: *¿Para qué estudiás?*, porque ceceaba fuerte. *Padre, tengo que estudiar, voy a trabajar en cuanto me reciba, no sé.* Y él indefectiblemente me decía: *Igual vaz a tener que lavar loz platos.* A cada uno le asignaba un lugar. A los varones que le parecían dispuestos y con alguna inteligencia sugería mandarlos al Seminario de Devoto: un semillero. A otros los impulsaba a entrar en el Ejército pero, como fuera, conocía vida y milagros de cada uno y ayudaba a los muchachos a encontrar su camino. También encontró fondos para crear un club espléndido, el Ateneo Popular de Versailles, donde funcionó una buena pileta para chicos y chicas, por supuesto con horarios bien diferenciados. Pero antes o después, a la entrada o a la salida, siempre había tiempo para mirarse. Había encuentros y simpatías. Mi calle tenía el movimiento que le daban los chicos que iban y venían al club. En el barrio también había una biblioteca, Luz del Porvenir, que sin hacer bandera debía ser socialista o progresista. Mi padre no nos dejaba ni pasar por adelante. Pero se habían dividido las fiestas y los programas. Las procesiones no pasaban por ahí y las carreras de embolsados no pasaban por la Iglesia. Yo digo iglesia y era una capilla de chapas pero tenía su sello, nos resultaba familiar y formaba parte de nuestro horizonte del barrio.

**C.S.** *Justamente en ese horizonte barrial, ¿qué significaba tomar el trencito y salir de Versailles?*

**H.C.** Yo diría que equivalía a respirar hondo, a abrirnos a otros horizontes. Porque teníamos una plaza hermosa, a dos cuadras, pero cuando llegó la adolescencia ya no era para nosotras. Había una calesita

pero no teníamos primitos ni amiguitos para llevar. Estaba el mercado, uno de esos circulares de la época de Justo, pero sólo íbamos cuando mi madre se olvidaba algo. También estaba la pileta, donde nadé mucho y nada mal, y la cancha para jugar pelota al cesto. Pero tomar el trencito todos los días, hacer el transbordo en Villa Luro, pasar al andén mayor y esperar el otro tren, tenía siempre su sal de aventura, de riesgo, de identificación de compañeras, qué sé yo. También de *relojear* a algunos chicos y viceversa. De todo eso se componía el viaje, los viajes de todos los días.

**C.S.** *O sea que recién te diste cuenta de que habías vivido en un barrio, un suburbio, cuando empezaste a recorrer las calles de Caballito. De otro modo, el barrio de Versailles era o había sido tu casa...*

**H.C.** Mirá, mi marido, todavía hoy, después de cincuenta años de casados, cuando discutimos me dice: *Yo a vos te saqué de Versailles*, como si me hubiera rescatado. Y es cierto. Porque aunque iba al colegio secundario, seguía muy ligada al barrio y cuando volvía, todos los días, recién ahí me sentía en mi casa, en Versailles.

**C.S.** *Por tus comentarios, uno constata que había un imaginario que los envolvía, como que —siendo hija de un ferroviario— era un ámbito de pertenencia muy digno y que tu padre fuera un empleado de categoría también te prestigiaba. Eran tiempos de cuello blanco y de ningún modo se confundía con el obrero.*

**H.C.** Desde luego que no. Y bien que lo hacía notar mi padre que era el único en toda la casa que se vestía bien. Tenía prestigio y venían a verlo desde varias cuadras a la redonda, para que ayudara a alguien a entrar en el ferrocarril. Te diría que más de uno envidiaba nuestra casa bien terminada. Muchas otras estaban siempre *en crecimiento*. Y creo que lo más nos jerarquizaba era que, siendo ferroviario, no corría el riesgo de perder su trabajo, tenía vacaciones pagas, pasajes gratis una vez al año y si tenías la mala suerte de morirte, la viuda cobraba pensión. En esos años, estas cosas eran inimaginables para muchos.

**C.S.** *La estabilidad era el valor primero. Y sigue siéndolo...*

**H.C.** Aunque los aumentos fueran mínimos. Me acuerdo de mi pa-

dre explicándonos el escalafón ferroviario, para justificar que no le aumentaran el sueldo porque si no debía moverse todo el diseño que nos mostraba en la planilla. Y entonces, seguía poniendo en un estante un sobre cerrado, una vez por semana, para que mi madre se orientara y se cuidara muy bien de seguir sus instrucciones al pie de la letra. Nuestro vecino de la derecha era conductor de tranvías, el de la izquierda era un viejo piemontés que se había ido a Italia a buscar una novia joven, treinta años menor que él pero tan dócil y tan opaca que se pasaba el día lavando el patio una y otra vez. Había una mujer que trabajaba en la fábrica textil Teubal, que entonces estaba en alza, pero el marido y las hijas se ocupaban de la casa y la comida y no era muy bien mirada por las demás vecinas, incluida mi madre. Mi padre, entonces, tenía un trabajo jerarquizado. Y cuando, siempre solo, terminó de aprender todo lo que se había propuesto saber, empezó a leer. Libros sobre las propiedades de frutas y de plantas, biografías, historia. Bueno, también debe haber leído ya antes de que nosotras nacióéramos. Porque los nombres que tenemos mi hermana y yo son raros. Ella se llama Lastenia, que era la primera y única discípula de la escuela peripatética de Platón. Nunca vi que lo escribieran bien aunque Alberdi lo da como el nombre de un ingenio del norte salteño. Y mi nombre es el de la copera de los dioses: no estuvo mal, por cierto. Yo una vez le encontré un cuaderno donde había transcritos párrafos de Nietzsche sobre el Superhombre. Quizá pensaba serlo, o creía que lo era. Cuando volvía del trabajo, antes de las seis de la tarde, se calzaba el pijama, se sentaba en un sillón de mimbre cerca del jazmín de la entrada y leía, mientras mi madre iba y venía con el mate. Eso en verano. En invierno, la única estufa Volcán que había estaba en su escritorio y allí nos sentábamos a escuchar a Cantú. Ir a nuestro dormitorio era como entrar en Siberia, no antes de pedirle la bendición. Costumbre heredada, por supuesto, aunque a veces teníamos ganas de gritarle que estábamos hartas de Cantú y de sus imposiciones. Otras veces no, íbamos como corderitos mansos. Y nos daba un beso.

Cuando llegaba la primavera, renovaba el jardín y le gustaba mucho plantar canteros de distintos colores, novedosos, se veía que recuperaba el placer que había tenido siendo chico, en casa de los poderosos del pueblo, donde ayudaba al jardinero y podaba los arbustos. Parece que

este señor quería que él siguiera estudiando porque le veía condiciones, y recién se había dispuesto la enseñanza primaria obligatoria, así que por eso ahora eran bien recibidos en los ferrocarriles como empleados y obreros. Pero no pudo ser y su destino, allá, estuvo en la chacra de los padres, medieros del gran señor.

**C.S.** *Pero vos llegaste a percibir esa preparación de tu padre, de los idiomas, de las lecturas que tenían...*

**H.C.** Ah, pero claro que sí. Yo estaba muy orgullosa de que mi padre hubiera alcanzado tanto saber. Y lo había hecho por propia determinación, sin ayuda de nadie. Pero mi madre siempre lo había secundado y no hacía más que endiosarlo, diría yo. Por mi parte, yo seguí su método para gobernar el inglés, cuando recién salí del colegio. Llevaba tarjetas en blanco donde escribía las palabras que no llegaba a entender. Después, las buscaba en el diccionario y se me aclaraba todo. Cuando empecé a trabajar, viajaba casi cuatro horas por día, así que leí toneladas. Mi padre fue traductor inicial de IBM, recomendado por un ingeniero del ferrocarril, a tal punto que le pagaron un viaje a Inglaterra para fijar algunas nomenclaturas. Pero eso fue mucho más tarde, cuando ya se había separado de mi madre.

**C.S.** *Me dejás pensando en mi padre que hizo mucho dinero como comerciante y que tenía el orgullo de ser pastelero pero siempre tuvo un profundo resentimiento por no haber podido ser un intelectual. Tu padre, llegado aquí como inmigrante, sin idioma, sin dinero, rehuyendo el desprecio de la gente por no dominar el castellano y buscando siempre esa superación... me parece admirable.*

**H.C.** Sí, es cierto. Yo decía que había que estudiarle el cerebro porque le daba para todo... pero la falta de dinero lo hizo mezquino. Fijáte que al día siguiente de recibirnos estábamos trabajando, a pesar de nuestras calificaciones, a pesar de que la rectora mandó buscar a mi madre para decirle que yo tenía que seguir estudiando... En eso fue como cuando usaba el látigo para que los hermanos lo ayudaran en el arado.

Estaba cansado, todavía era joven y era buen mozo, quería disfrutar

de la vida, tener un traje nuevo y llevar una buena corbata. Lo demás, ahora nos tocaba a nosotras.

**C.S.** *¿Y tu madre?*

**H.C.** Ella era feliz con la felicidad de nosotras. Amaba mucho a mi padre, jamás se le escapaba una crítica. Hasta que el idilio se quebró. Pero era comprensiva, generosa, inteligente. Y enormemente trabajadora.

**C.S.** *Una santa.*

**H.C.** No, para nada. Pero de un proceder muy limpio. Y muy genuina, siempre. Cuando algo se quebraba, no tenía dobleces. Tenía, sí, paciencia. Se bancó toda la vida lavando ropa en una pileta, a todos los vientos, sin techo ni mampara. Y ninguno de nosotros pensó en ella.

**C.S.** *¿A mano lavaba?*

**H.C.** Y claro. Nadie tenía lavarropas, entonces.

**C.S.** *Entramos entonces al período en que fuiste al Liceo. Pero no dijiste nada sobre tu menstruación. ¿Qué era eso para vos?*

**H.C.** Yo diría hoy que era la marca de la pubertad pero si me preguntás, te digo que no sé cómo llegué a saberlo. De eso no se hablaba. Te hablé de esa chica italiana, de Trieste, con quien tuve una amistad profunda e inaugural, la hermana de Sergio, el chico del que me enamoré por primera vez. Bueno: la madre de ella me pidió que le dijera yo qué era eso de la menstruación porque ella no se animaba. Ella, que era instruida, que había sido dactilógrafa en Pirelli allá, en Trieste, y que amaba la música y sabía cocinar tortas riquísimas, sabía coser y bordar, y le gustaban los perros... Creo que lo esencial era no dejarse tocar por los chicos. Lo demás fue viniendo solo, se fue aprendiendo.

**C.S.** *Por lo que decís, parece que era una familia muy cerrada. ¿Tuviste amigos en el colegio?*

**H.C.** La verdad que no, eran compañeras. Además mi padre era un cancerbero. Ya te conté que sólo me dejaba ir a casa de la vecina porque la hija le pedía en italiano que nos dejara. Mi madre nos mandaba a

avisarle a mi tía *Giulia*, que era el cumpleaños del hermano para que viniera a saludarlo. Las comidas en familia se cortaron cuando nos mudamos a Versailles, tal vez un poco antes. Mi padre había construido en el fondo de la casa una cancha de bochas, bastante buena. Les pidió prestado un rodillo a los que estaban asfaltando la calle y se había hecho una buena cancha. A veces venía un primo, Pipo, pero mi madre decía que era un bastardo y no le tenía confianza. También venía mi tío Alfredo, el marido de *Giulia*, que era un santo, y el mecánico, marido de la modista fina. Éramos más o menos amigas de las hijas. Digo más o menos porque siempre sentíamos que nos trataban con un dejo de superioridad. Y claro, la madre —a través de la parroquia— se codeaba con la gente digamos *poderosa* de Versailles y a las hijas las llenaba de reparos en relación con la educación y los buenos modales. Jugábamos, sí, en las noches de verano, en la esquina, bajo la luz de un farol grande, pero eso fue antes de que asfaltaran la calle.

**C.S.** *¿Y no sentiste nunca que te discriminaran porque eras hija de inmigrantes?*

**H.C.** Bueno, sí. En sexto, había una chica más grande que nosotras (y yo era la más chica del grado) de apellido Peña que tenía un desprecio total por los inmigrantes sobre todo porque (decía) *deformaban la lengua*. Y como yo escribía bastante bien las composiciones, siempre ponía en duda que las hubiera escrito yo. Hasta que un día tuvimos que hacer un retrato de alguien del colegio. Yo elegí al portero y fue una sensación. Tampoco sabía las canciones patrias porque en la escuela de monjas no las cantábamos, así que yo decía cualquier cosa, *al vientre despegado* en lugar de *al viento desplegado...* pero bueno... eso se resolvió rápido. Eran buenos tiempos, que yo llamaría sarmientinos, porque las maestras tenían una compulsiva dedicación y cuidado hacia nosotros.

**C.S.** *¿Y cómo llegó la sexualidad? Porque en esa época no era fácil verle el pito a un chico, ¿no?*

**H.C.** Bueno, yo nunca se lo vi, eso es seguro.

**C.S.** *Entonces, ¿cómo llegó lo de la sexualidad? ¿Nunca lo viste?*

**H.C.** No. A un chico, nunca.

**C.S.** *¿Y qué era la sexualidad para ustedes, entonces?*

**H.C.** Eso, la sexualidad. Te dije que tenía pechos grandes, me miraban, me decían piropos –algunos bastante groseros–. Un tipo me hizo exhibicionismo cuando yo cruzaba la calle, otro en una plaza, qué sé yo. Todo feo, pero lejano. Y después tuve una experiencia muy fea, que no voy a contar, que seguramente me ha marcado, que viví con mucha impotencia, sin vergüenza.

**C.S.** *Está bien, está bien.*

**H.C.** Me pasé la adolescencia sufriendo por la ropa que no tenía, por los zapatos que siempre eran los mismos para todo. Lo peor que podía pasarme era asistir al ensayo del coro porque todas iban con ropa diferente y yo tenía que ponerme lo mismo, sobre todo los mismos zapatos. Cuando me recibí, mi madre me compró un par de sandalias blancas con un poco de taco, en una zapatería importante, Oscaría. Eran caras, pero ella quería darme un premio de graduación, así me lo dijo. Los alaridos de mi padre cuando se enteró fueron tan grandes que todos los vecinos vinieron a ver qué pasaba. Eso, a mi padre, no se lo perdoné nunca.

**C.S.** *¿Con tu hermana no compartías gustos, observaciones sobre los chicos, me gusta este chico o...?*

**H.C.** No me acuerdo. Ella tuvo un novio que iba mucho a la iglesia y era trompetista en la orquesta del ejército. Después otro, que creo era sastre. Pero no había comentarios, más bien informes. En cambio, yo me enamoré mucho de un chico, justo en el verano anterior al principio del Liceo, ya te lo dije, era el hermano de Lida, mi amiga. Iba siempre vestido de *balilla*. Después creció y dejó de vestirse de negro. En verano, salíamos los cuatro, con mi hermana, a comprar helado o jugábamos a ver quién saltaba más alto, por ahí nos trenzábamos los dedos en la misma rama... y eso era el amor. O se sentaba al lado mío cuando íbamos a la parroquia a ver alguna película. O yo iba a la casa para aprender a



bordar unas guardas búlgaras porque quería ponerlas en el vestido que al final me robaron aquellos ladrones. Pero creo que me gustaba más todavía la madre. Era suave, a lo mejor un poco haragana, pero no se quejaba de estar en Argentina ni de haber perdido su ciudad, ni de tener que hacer todas las cosas. A veces, dejaba las sábanas en remojo tres días porque no tenía ganas de lavarlas. Otras, se ponía a hacer comida para unos amigos de Trieste. Podía ser que los amigos vinieran o que mis vecinos fueran a casa de ellos. Eran las únicas salidas que hacían. Tenía un perrito que se llamaba Fido. Ella lo amaba. A mi madre, en cambio, los perros no le gustaban para nada. Cuando Fido mordió a un chico y le tuvieron que dar las inyecciones antirrábicas que le provocaron una reacción muy mala, mi madre le echó toda la culpa a ella. Creo que le tenía una especie de envidia, porque hablaba un buen italiano, contaba cosas de Italia y del fascismo, porque mi padre la escuchaba con atención, y también porque a mí me gustaba tanto estar en su casa. Después vino lo del hijo, lo de Sergio; él empezó el colegio industrial al mismo tiempo que yo el Liceo y nos veíamos mucho menos, pero seguimos teniendo muchas cosas en común... hasta que la madre se dio cuenta y se mudaron. Quería que el hijo fuera ingeniero. Yo era un peligro. Y vernos se hizo difícil porque no combinábamos. También porque nos faltaba el abecedario del amor enamorado. Me parece que nunca nos dimos un beso abrazados. Estoy casi segura. El caso es que le dije lo que me había enseñado un amigo de ellos, muy culto: *tout passe, tout casse, tout lasse*. Y no nos vimos más.

Así, me fui haciendo joven. En marzo de 1943 cumplí 17 años. Y en diciembre, fui la responsable de despedir a mi promoción por decisión de la rectora del Liceo, que había dicho a mis padres que yo *tenía que seguir estudiando*.

Para entonces, mi hermana había abandonado el colegio el año anterior. Tenía el mejor promedio y estudiar le gustaba más que ninguna otra cosa en el mundo. Pero mi padre había encontrado un aviso de una agencia de derechos de autor que ofrecía un trabajo. Inicialmente, lo quería para él que buscaba hacer unas horas extra, aparte de las del ferrocarril. Y después la hizo ir a ella, la obligó a dejar el colegio. Fue una salvajada y una herida tremenda. Una amputación, según lo entiendo

yo. Hubiera podido ser una profesional excelente. Después dio quinto año libre con los apuntes y los libros que había usado yo y se recibió de todos modos. Pero estoy hablando de una salvajada imperdonable. Mi hermana fue totalmente víctima.

Lo que de verdad sucedía era que mi padre había zafado de la rutina, apenas tenía 40 años, era muy buen mozo y los paseos que hacía todas las tardes le confirmaban que gustaba a las mujeres. Empezó a aprender tango y de noche practicaba con nosotras.

**C.S.** *Y con tu madre, ¿cómo era la relación? ¿Hablaban con ella? ¿Les contaba cosas?*

**H.C.** Sí. Todo el tiempo. Conocíamos su casa de Italia y las costumbres del padre y de los hermanos. Cuando éramos chicas, los domingos a la tarde íbamos a un monte que llamábamos *el monte de las violetas* aunque también había frutillas, cerca de donde está hoy la avenida General Paz y también de un edificio muy viejo que había sido un convento de monjas. Mi madre aprovechaba para juntar una especie de achicoria que ella llamaba *grugni* y nos contaba que la comían en Italia.

Con mi padre, siempre estábamos en guardia porque la cólera podía surgir intempestivamente, sin ninguna razón, en particular conmigo, a lo mejor porque me sacudía de la tutela de mi hermana. No sé. Sólo me acuerdo de las comidas y de mis rechazos que siempre terminaban a los bifés, y de la injusticia de los castigos. Me acuerdo de su arbitrariedad.

**C.S.** *No contaste nada de la salida de Versailles, de Caballito. ¿Cómo era el viaje? ¿Dónde estaba el colegio?*

**H.C.** El viaje estaba lleno de novedades porque no sólo teníamos que cruzar los pasos a nivel en Villa Luro sino que, en Caballito, había que cruzar por los altos la calle Cucha Cucha y era muy lindo estar casi tocando la copa de los árboles y mirar hacia abajo. Después, teníamos que pasar por el andén opuesto y recorrer un caminito de hulla apisonada que habían hecho entre unos alambrados cubiertos de enredaderas. En primavera, se llenaban de campanillas azules y violetas. Y allí, ya estábamos en Rojas, tomábamos por Yermal, una calle de casas muy

lindas y árboles preciosos, y todo el tiempo íbamos hablando de las cosas que nos pasaban o también diciendo las lecciones en voz alta. Yo me divertía mucho. Otras chicas que venían de más allá de Villa Luro iban hasta Plaza Once y desde ahí se tomaban el subterráneo que las dejaba en la puerta misma del colegio pero nosotras, ni locas... sobre todo porque las monedas sumaban pesos. Mi hermana y yo viajábamos con pase porque presentando el boletín con buenas notas, el ferrocarril te lo daba. Mi padre siempre dio por sentado que así tenía que ser, más bien porque éramos hijas suyas que porque tuviéramos algún mérito propio.

**C.S.** *¿Qué materias te gustaban más y cuáles, no? ¿Cómo se enseñaba?*

**H.C.** No me vas a creer pero es la pura verdad: le encontraba un encanto peculiar a cada una. Hasta dibujo me encantaba. Y una profesora que tuve en segundo y tercer año que se llamaba Tamburini y era elegantísima me decía que yo tenía que dibujar porque me gustaba tanto... sobre todo, pintar. A lo mejor, que mi hija Marcia sea una gran pintora llega de allí... nada se pierde. Tuvimos profesoras de grandes apellidos: Zimmermann, Liceaga, Bengolea Zapata, Vivot Cabral, el padre de María Sáenz Quesada, la Palacios que después fue una peronista vehemente y una profesional destacada, Carman que fue presidente, o algo así, del Automóvil Club y fue nuestro médico-profesor de Anatomía, la Artundo que era un balazo en Química y que fue la primera en hacerse una cirugía estética de nariz, en Alemania. Era muy exigente pero a mí me encantaba la química. Tuve a Mascardi en Física, un profesor excelente, y no me acuerdo del nombre pero la profesora de Biología era un monumento de mujer y de sabiduría. La Bernasconi, que daba Mineralogía, también era una sabia y yo la amaba, me parece que porque me conmovía cuánto sabía y cómo lo prodigaba. Y obviamente Historia me gustaba. Era la que siempre contestaba como un lorito, la que tenía todas las respuestas, la que soplabá en las pruebas.

**C.S.** *Pero vos mezclás al profesor y su calidad con la materia en sí misma.*

**H.C.** Sí, me doy cuenta pero es la verdad. A mí me interesaba todo, qué puedo decirte. Pero si la materia estaba bien dada, me fascinaba. Creo que siempre es así. En segundo año, me senté en el último banco, con Emilce. Adelante estaban Nocetti y Pontieri. Éramos cuatro bravas y estar tan atrás nos permitía pasarnos papelitos y reírnos de todo. Y de todos. Emilce era bella, bellísima te diría. Era hija de alemanes y tenía cuatro hermanas y un hermano. Era muy discreta, apenas abría la boca para hablar pero era tremendamente crítica. El destino nos marcó. Ella era de una familia muy religiosa, dos de las hermanas eran monjas. Y cuando se estaba preparando para entrar a Bioquímica, conoció a un muchacho que estaba en lo mismo y se enamoró, cursaron toda la carrera juntos y se casó con él. Era judío, pero le dio el gusto a ella y se casaron por iglesia. Yo también me enamoré de un judío.

Tengo algo más que decir. Luego de recibirnos habíamos decidido encontrarnos una vez por año en La Ideal de Suipacha porque la que estaba en Rivadavia y José María Moreno había cerrado. Cuando llegué, el segundo año, yo ya estaba casada y les dije que él era judío. Deben haber pensado que era rico. Alguien dijo que toda la vida había creído que yo era antisemita, porque siempre estaba defendiendo a la familia, porque me peleaba con una comunista y discutía con otra que a lo mejor también era comunista durante la guerra. Yo repetía la prédica que le escuchaba los domingos al padre Julio. Pensaron que sólo porque fuera rico podía haber llegado a casarme con un judío. Me salvó otra chica, Rebeca Stolar, que dijo que ella había conocido a mi marido: los padres de ella tenían un almacén en la esquina de la casa de Goyo. Les contó que vivía con dos hermanos, que eran huérfanos y muy pobres, y que muchas veces le habían pedido fiado al padre. Por lo menos, pude defender un casamiento por amor, con un judío pobre, medio desamparado y no religioso. Quizá en otra situación, con madre y familia y sinagoga, el amor no hubiera funcionado. Pero nos enamoramos. Y nos casamos en 1945, después del golpe del Grupo de Oficiales Unidos (GOU).

**C.S.** *¿Y los métodos de aprendizaje eran modernos o tradicionales?*

**H.C.** Yo te diría que no parecían métodos *aprendidos*. Cada uno tenía el suyo. Eran exigentes pero explicaban bien. Te digo que tuve una

profesora de Francés que era un lujo, y durante dos años seguidos otra que seguramente no era francesa pero nos enseñó tanta gramática que terminamos aprendiendo muchísimo. Encima mi padre, de regalo, nos trajo la colección Larousse de obras maestras, en una edición chiquita y requetevieja, que seguramente encontró en alguna librería de remate. Y allí leímos a Balzac, a Stendhal, qué sé yo a cuántos más. Tampoco sé si entendíamos todo pero fijamos mucho vocabulario y nos abrió el mundo. Ves que hablo en plural. Porque aunque estábamos en años diferentes, mi hermana y yo teníamos un estilo de comunicación un poco telegráfico pero cordial. Los viajes en tren nos daban pie para algunos encuentros, miraditas. Ilusiones. Pero todo fugaz y casi como un juego.

**C.S.** *¿Te tocó lo de la educación religiosa en las escuelas?*

**H.C.** No, yo me recibí en 1942. Me acuerdo que la rectora me designó para despedir a mi promoción y no sabía qué decir. Siempre me perturba la multitud... aunque en realidad, ahora no tanto. Pero le pedí ayuda a mi hermana: como ella se había ido del colegio tenía un sentimiento de nostalgia más fuerte y expresivo que el mío. Pero cuando estuve en el escenario, me olvidé de todo. Me preguntaba qué estaba haciendo allí, con el ramo de flores que me habían dado mis compañeras, la veía en la primera fila a la mujer del presidente Castillo, toda pintada y gordita, que había venido al acto. Me sentí ridícula.

# El trabajo y las perspectivas. Del barrio al matrimonio

20 de marzo de 1999

**C.S.** *Retomamos las entrevistas con Hebe. Habíamos dejado terminando el colegio secundario. ¿Cuáles eran tus perspectivas y qué caminos tomaste?*

**H.C.** Bueno, eso lo contesto rápido. Porque yo me veo como un animal de *deberes*. Una muchachita regularmente despierta, siempre involucrada con el *deber hacer*. De hecho, en casa y de noche, había estudiado taquigrafía y mecanografía en la vieja Underwood, junto con mi padre y mi hermana. Había que empezar a trabajar. Una semana después de terminar el colegio, empecé a buscar trabajo en los avisos del diario. Una mañana de lluvia, llamé a un teléfono que pedía una taquidactilógrafa. Era en la calle Corrientes al 300, eran las nueve de la mañana y yo no tenía idea de dónde quedaban ni la calle ni el número. Cuando llegué a Once, estaba lloviendo a cántaros. Y tomé un taxi: el más viejo que vi porque pensé que iba a ser el

más barato. Pero había un embotellamiento en Bartolomé Mitre y el taxi tardó tanto en llegar hasta Alem que me puse nerviosa porque había dicho que iba a estar en una hora. Al final, llegué. Era una agencia de noticias financieras. El dueño era el doctor Tausk. Un austriaco, de Viena, judío, joven. Tenía un físico imponente. Manejaba varios teléfonos al mismo tiempo y el mimeógrafo trabajaba sin parar. Yo traducía lo que él escribía en inglés o con lo que él me decía en su español precario, armaba las noticias. A las diez salían las páginas, en papel amarillo, con las cotizaciones de la bolsa internacional. Las repartía un muchacho que además hacía las tabulaciones. Durante varios meses las cosas fueron bastante bien. Pero después me fui a la agencia de derechos de autor donde mi padre había empezado a trabajar el verano anterior, y adonde había ido mi hermana cuando mi padre la obligó a dejar el colegio un año antes de recibirse. Ese año, la ubicó en el ferrocarril, en la gerencia del FF.CC. Sur y Oeste que funcionaba en el primer piso de la Estación Once. Todavía está ese lugar. Pero ahora es un edificio deslucido. Antes las oficinas estaban alfombradas, revestidas con madera, todo pulido. Mi hermana entró como subsecretaria del jefe mayor, Mr. Wright, un inglés enorme, coloradote, que andaba siempre con la pipa colgada. Era la única mujer, salvo una francesa de unos 60 años que estaba en la oficina general y nunca hablaba con nadie y la secretaria personal, que era una inglesa joven y linda.

Yo me fui a International Editors. Al doctor Hugo Lifezis le gustaron mi modalidad, mi memoria y mi capacidad para resumir los contenidos de algunos libros, todos desafíos que yo acepté con gusto. El 4 de junio de 1943 hubo un golpe militar. Un mediodía, como todos los mediodías, yo volvía a mi casa para almorzar. Entre el viaje de ida y el de vuelta, me quedaban quince minutos para almorzar, cambiarme y volver a salir. Pero ese día había un clima de consternación general en el andén. Fue muy poco después cuando conocí a Goyo, que iba a ser mi marido. Pero te cuento del trabajo. El doctor Lifezis era abogado y traía la representación de varias editoriales europeas y norteamericanas y de autores notables del mundo vienés. La oficina estaba en su propia casa, un departamento grande en Tucumán y Montevideo. Tenía las paredes tapiadas con fotografías de Max Brod, Stefan Zweig, Joseph

Roth, Shalom Ash, Leo Perutz, Franz Molnar, Vicki Baum, Leon Feuchtwanger, Arthur Schnitzler y había más. Había fotos de escritores, músicos, actores y estaban todas dedicadas. La tarea era ofrecer libros, artículos, argumentos de obras de teatro o cinematográficos, operetas: era como abrir un mundo nuevo, una cultura diferente. Llegaban también cantidades de libros que mandaba, desde Estados Unidos, el doctor Horch –alguien que hacía allá el mismo trabajo que Lifezis quería hacer aquí–. Lo que yo tenía que hacer era llevar la correspondencia y sintetizar los contenidos de los libros para poder ofrecérselos a los editores argentinos. Era un movimiento que recién empezaba a existir –sobre todo con los libros– y que coincidía con el crecimiento editorial del mercado argentino. El auge tenía que ver con la crisis de las ediciones en España, por la Guerra Civil primero y por la Guerra Mundial después. Había una cantidad enorme de emigrados republicanos españoles que venían a visitar al doctor Lifezis, para pedir los derechos de alguna obra en particular o para mirar las publicaciones que llegaban. Conocí a muchos. Joan Merli, por ejemplo, que fundó la editorial Poseidón y creó los primeros libros de historia del arte, aquí. O los dueños de editorial Nova, que empezó a editar en esa época. O los de Emecé. También conocí a Sara Maglione de Jorge que había empezado en 1938 con su editorial Lautaro. Y venían representantes de teatro que en esa época era un ámbito lleno de vida. Lifezis era un gran abogado y aunque no conseguía dominar del todo el español, sabía muy bien lo que quería decir. Corregía mis notas con una precisión que me hizo aprender muchísimo. Yo también llevaba un fichaje bastante minucioso de los movimientos que se hacían con cada libro o con cada contrato en marcha y el trabajo daba sus frutos. En esas ocho horas, trabajaba sin parar. Y tenía las dos horas de intervalo para ir a Versailles, comer y volverme. Cuatro veces por día hacía *gimnasia* obligada, porque caminaba las cuadras desde Rivadavia a Tucumán ida y vuelta, vuelta e ida. No se me hubiera ocurrido –ni hubiera podido– comerme un sándwich y tomar un café, como haría hoy cualquier hijo de vecino. Pero los viajes eran útiles porque iba leyendo lo que tenía que resumir después. A veces me quedaba trabada con alguna palabra que no entendía y que le quitaba sentido a lo que leía, pero me llevaba las fichitas para anotarla y buscarla



después en el diccionario. Hugo Lifezis fue un pionero intelectual si se lo quiere ver bien, porque instaló el tema del pago obligatorio de los derechos de autor. Primero, la oficina había estado en Florida al 300, cerca de la librería El Ateneo, en un piso que compartía con la agencia de publicidad de Fabril Financiera, de Jacobo Muchnik que fue socio fundador de International Editors. Después, Muchnik creó editorial Fabril. Más tarde, en la época de la dictadura, se fue a España y fundó con el hijo otra editorial, Muchnik, con un catálogo buenísimo. Pero aquella primera sociedad se quebró, Lifezis se fue a vivir a la calle Tucumán y puso la oficina en el living de su casa.

**C.S.** *Explicá un poco mejor en qué consistía ese trabajo, además de la venta de derechos de autor.*

**H.C.** Esencialmente, yo era redactora. O pasaba a máquina los textos que hacía Lifezis. El verdadero capital de Lifezis eran sus amigos europeos que le habían confiado la gestión de sus derechos y el control de las ediciones. Pasaba lo mismo con la música, que trataba con SADAIC, y con las obras de teatro, a través de Argentores. No creas que le daban la bienvenida en todas partes. Pagar derechos de autor era algo a lo que nadie estaba acostumbrado pero poco a poco se ganó un buen lugar y las cosas iban bien. La mujer, Annie Lifezis, era fantástica. Muy exquisita, muy distante. Vienesista hasta la médula. Tenía tres gatas y las amaba. Recuerdo sus manos maravillosas. Era cultísima; igual que el marido, manejaba el inglés a la perfección y el español, mejor que él. Pertenecía al socialismo y en esa época, casi con seguridad por la ocupación de Hitler en Austria, era decididamente militante. Se vinculó con el diputado J. A. Solari que, en ese momento, dirigía la Comisión de Actividades Anti-Argentinas que llevaban adelante grupos nazis y fue ella la que lo puso crudamente al tanto de los hechos sucedidos en Austria. Trabajaba mucho en la agencia, presentaba los libros más importantes o los más originales. Era una presencia muy valiosa. Sobrevivió a su marido muchos años y terminó volviendo a Viena. Ahí murió, en el Palacio Imperial que el gobierno transformó en una residencia para ancianos ilustres y solitarios. Mi hermana fue a verla una vez que estuvo en Viena, tenía la memoria perfecta y la misma elegancia de siempre.

**C.S.** *Quiere decir que se hizo un trabajo pionero si esos controles que decís no existían antes.*

**H.C.** Quizá las leyes preveían el tema pero no había nadie que se ocupara de verificar nada. La caída del fascismo también contribuyó a que aparecieran autores italianos totalmente desconocidos y el mercado del libro se abrió en toda Europa y aquí. Pero en España el franquismo había cerrado todo y el papel anterior de proyección hacia América que había tenido España estaba en parte terminado, así que era un momento crítico. No duró tanto, por otra parte, porque en cuanto el franquismo cedió un poco en la represión, España fue reconquistando mercados al punto que la central de International pasó a Barcelona y aquí dejó una filial.

**C.S.** *Entonces en el 1943 se te fueron dando una cantidad de cambios, llámoslos institucionales. La presencia militar, tu empleo, tu noviazgo poco tenían en común con la década anterior, donde tu mundo cultural era bien diferente.*

**H.C.** Ojalá pudiera decirte que me produjeron cambios notables. Por un lado, yo no estaba politizada aunque tuviera una conciencia vaga de lo que significaban el nazismo y el fascismo en relación con el autoritarismo. Mis esperanzas estaban puestas en progresar en mi trabajo, tener un novio, casarme quizá. Tampoco esto era compulsivo, más bien lo que quería era zafar de mi casa, dar señales de que vivía en el mundo, de que podía desenvolverme. Tuve la intención de prepararme para ingresar a Abogacía, con una compañera con la que siempre discutíamos de política –ella era muy de izquierda y yo la peleaba por sus dogmas– pero fue ella la que me propuso que nos preparáramos juntas. Al final, como enseguida empecé a trabajar ocho horas y tenía ese viaje tan largo y el sueldo no llegaba ni a 100 pesos, no me quedaba resuello para estudiar. Me anoté en un curso de conversación en la Cultural Inglesa, iba a alguna conferencia que me recomendaba Lifezis y punto. Lifezis tenía muy buena relación con Alicia Moreau de Justo. El cambio del 43 lo viví con miedo porque estábamos en guerra y hasta ahí el país había mantenido su neutralidad. Los militares cambiaban casi cada semana y yo no entendía nada, aunque tenía miedo del golpe nazi

que anticipaba mi jefe y la incertidumbre era más bien general. Pero la verdad es que trabajar en ese lugar me planteaba una complejidad conceptual que antes no tenía. Estaba ante la evidencia de lo que significaba la invasión nazi a Austria, conocía los textos y las deliberaciones de Juan Antonio Solari, venían españoles de una cultura y una gracia notables que saludaban a Lifezis, le ofrecían obras o le pedían consejos. Todo esto transformó mi paisaje intelectual.

Había dos hermanas que venían siempre, una se llamaba Josefina y la otra, no me acuerdo. El apellido era Martínez Allinari y tuvieron que vender el título de nobleza para poder salir de España. Vivían traduciendo libros y cuidando a sus perros. Recogían a cuanto perro abandonado se topaban por ahí. A la segunda hermana, que en una de éstas se llamaba Carmen, digámosle Carmen, le debo el primer libro que traduje. Ella trabajaba en la editorial Juventud Argentina y confió en mí, me lo dio para que hiciera la traducción. Las dos, en cierto sentido, me tomaron bajo su protección. El libro era *Grandes poetas universales*, una serie de biografías excelentes que había escrito un matrimonio, Thompson creo que se llamaban... ¡qué mal que anda mi memoria! Ese primer libro se lo di a mi padre para que lo supervisara y corrigió algunas cosas que no me atreví a discutirle. Pero cuando me dieron el segundo, no le mostré más nada y ellas, las Martínez Allinari, me lo elogiaron y me dijeron que había mejorado mucho en relación con el primero, que les había parecido más rígido. Mi padre era muy buen traductor pero sobre todo técnico.

Mientras tanto yo estaba empezando una historia con un editor joven, que nunca tenía un peso y venía seguido a verlo a Lifezis. Él lo atendía entre paternal y divertido, y también con cierta curiosidad.

**C.S.** *Para una chica de 18 años, ¿qué era este mundo tan movilizador? ¿Encontrarte de repente con tantas cosas, no te deslumbraba?*

**H.C.** Bueno, no es para tanto. Yo tenía que trabajar siempre. Pero es cierto que el tránsito era siempre cultural y calificado. Pienso que ellos, los Lifezis, me mostraron qué era la cultura en realidad. Hasta ahí, creo que lo había confundido meramente con el saber... Ver esa casa, con esos muebles que se habían traído hasta aquí desde tan lejos, esos tocadores de cuatro cuerpos de espejos, los peines de carey, los cepillos

finísimos, los cuadros y las fotografías de tantos famosos, eso seguro que me modificó la perspectiva de las cosas. Annie no era tanto linda como elegante. Me recomendaba que me comprara la ropa en Etam, en la calle Santa Fe porque *tenían mejores diseños*, me decía. Creo que ella era más autorreferente que él, y a lo mejor mucho más fría y racional, más intelectual. En todo caso, siempre era distante. Cuando me casé con Goyo, nos regalaron un juego de cubiertos de antimonio. Una noche, los invitamos a comer y yo traté de hacer las cosas lo mejor que pude. No querrás creer que en cuanto Lifezis agarró el cuchillo se quedó con el mango en la mano, qué mortificación. Por ellos, más que nada.

Pero esto pasó después. Cuando me puse de novia con Goyo, Lifezis empezó a hacerme recomendaciones acerca de la reserva que debía mantener con respecto a los asuntos de la agencia, me decía que en Austria era un tema de ética comercial... la verdad es que preferí verlo tranquilo y me fui. Pero lo lamenté mucho. Él siempre me decía *Hebe* con la hache aspirada, como en griego, y también me decía *chica*. Se hacía los trajes en lo de un griego porque quería practicar el idioma, que lo había aprendido con los jesuitas vieneses. Venía de una familia judía no religiosa y durante tres generaciones habían sido abogados de la Corona austriaca. Para su alegría, me sustituyó un muchacho joven, yugoslavo, de Belgrado, que hoy es el heredero de la agencia. Había vivido en Viena cuando el padre era opositor del gobierno yugoslavo; después, cuando Viena cayó en poder de los nazis, volvieron a Belgrado y allí se encontraron con los comunistas de Tito, así que decidieron emigrar a la Argentina. Y aquí, en los corredores del Ministerio del Interior, volvieron a encontrarse con algunos de aquellos mismos yugoslavos que habían rehuido en la primera mudanza a Viena... así de complicadas venían las cosas europeas. Es un ser especialísimo y muy querido para mí, Nicolás Costa; hoy ya es abuelo de varios nietos y disfruta de un merecido crédito internacional. Cuando la agencia cumplió cincuenta años, él me pidió que escribiera una semblanza de International Editors así como yo la había conocido. La verdad es que la escribí con el corazón. Y cuando se hizo el festejo, en Barcelona, la casualidad hizo que mi hija mayor estuviera allí y Costa la invitó. Parece que todos lloraron un poco.

En ese mismo momento, cuando me fui de International Editors, se

produjo una vacante en el ferrocarril y aunque yo sabía menos inglés que mi hermana, era menos prolija que ella y el cambio no me gustaba, de todas maneras acepté.

**C.S.** *¿Y qué hacías allí?*

**H.C.** Pasaba textos y memorias a máquina. Informes sobre bulones que faltaban en los recuentos semestrales, cartas rutinarias. En esa época no había computadoras y el ritmo quedado de las grandes administraciones, más el tema técnico de los ferrocarriles en sí mismo, no podía resultarme interesante. Trabajaba con un irlandés que criaba pollos en la casa y, entre tantos ingleses, era el mandamemos.

**C.S.** *Ya estabas casada. No me dijiste a qué se dedicaba tu marido.*

**H.C.** Él era uno de los tantos editores que visitaban International Editors, buscando catálogos, libros o textos de autores que estuvieran de moda y que, al mismo tiempo, fueran posibles para él que no tenía un peso. Había fundado un sello, Siglo Veinte, y estaba empezando a editar. Lifezis le tenía simpatía porque era audaz, buena persona y conocía el mercado. Había estado a cargo de un sector de cultura en el Partido Comunista, en plena década del 30. Estuvo preso dos veces y lo habían torturado con picana eléctrica. A mí me gustaba esa posición de aventurero, de luchador. Sabía que era huérfano desde chico y que tenía dos hermanos menores. Eso también me conmovía. Había armado un circuito con una librería importante de Avenida de Mayo, que era el depósito de los libros que editaba. Como lo conocían, le avalaban algunos cheques para que pudiera pagarles a los impresores. Tenía unos cuantos amigos en el gremio, y era un tipo solo y decente, con mucho de pícaro de barrio pobre, que quería hacer la suya y no tener ningún patrón que lo mandara.

**C.S.** *¿Qué hacía tu marido cuando empezó a trabajar?*

**H.C.** Trabajaba en una cooperativa de la calle Cangallo, Cangallo y Bulnes. En esa época había dos o tres, muy importantes. Una en la calle Hipólito Yrigoyen –que en esa época se llamaba Victoria– que también era famosa por la red de vendedores ambulantes que tenía. La mamá de

él también había sido vendedora ambulante. Le compraban a la cooperativa y después vendían casa por casa. Goyo al principio hacía lo mismo que la madre. Pero la militancia en el área cultural del partido también le había permitido conocer gente, algunos personajes importantes que le compraban libros a crédito y también lo deben haber ayudado a decidir algunas ediciones. Lo primero que editó fue *Por la revolución, la paz*, de Romain Rolland, después *Petróleo para las lámparas de China*, un texto de Alice Tisdale Hobart, que era el best seller del momento. Era el prólogo para un trabajo sobre Confucio y mi marido lo publicó solo. Y no me acuerdo más. Había dejado de estar en el partido: siempre decía *por suerte me echaron*. Toda una saga porteña, de búsqueda de futuro y de lucha por los ideales. Pero yo todo esto iba a saberlo como a mordiscos, pasado el tiempo, y muy de a poco. Cuando empezamos a andar juntos por la calle, si se encontraba con gente que lo saludaba, le decían *chau Augusto* y cuando yo le preguntaba por qué, nunca terminaba de contestarme. Después, una vez, me contó que había trabajado en una obra de teatro y que el personaje se llamaba Augusto. Un hombre callado, mucho más que discreto, silencioso también. Pero con un gran caudal de emoción y muy buena retórica para el amor. Contradictoriamente, así fue. O al menos así lo viví.

**C.S.** *Volvamos un poco al ferrocarril. Ese mundo de la oficina del ferrocarril te habrá hecho entender más lo que era el mundo de tu padre.*

**H.C.** Mientras trabajé ahí, no entendí nada. Yo cumplía con mi tarea muy seriamente pero no tenía nada específico a mi cargo. Con el tiempo, iba a trabajar con la historia de los ferrocarriles y durante más de un año estuve yendo al archivo del Museo Ferroviario. Allí encontré el poco material que quedó en pie después del descuido en que cayó el universo ferroviario a partir de la *compra* de los ferrocarriles que se hizo durante el primer gobierno de Perón. El museo es el testigo fiel de ese mundo pautado, de esa burocracia atenta y confiable. Mi padre había trabajado sobre papel milimetrado la disponibilidad de personal del Ferrocarril Oeste, y le encargaron asistir a las tratativas entre el Gobierno y la Empresa. Tuvo un papel protagónico, si se quiere, por la patronal y por la información que daba. Pero quedó estigmatizado ante el personal, que

era muy peronista y se sentía exultante en ese momento en que el partido justicialista insistía en la apropiación del *capital del pueblo* no sólo con los ferrocarriles sino con la telefónica o la navegación de los ríos. Y con los ferrocarriles, se terminaba la concesión que había permitido la explotación de los ingleses y la posible compra venía tratándose desde hacía un tiempo.

**C.S.** *Ahora entiendo por qué dijiste antes que habías entendido más a tu papá a partir del trabajo en el ferrocarril.*

**H.C.** Creo que fue cabeza de turco del odio de los sindicalistas antibritánicos, peronistas y nacionalistas. Apareció como un *carnero*. Había bastante nacionalismo en el personal ferroviario, en realidad había bastante nacionalismo en general desde los años 30... y yo jamás escuché a mi padre hablar mal de los ingleses. En cuanto se concretó la venta, tuvo que renunciar porque le hicieron la vida imposible.

**C.S.** *Pero él, ¿qué contó de la negociación?*

**H.C.** ¿A nosotras? Nada. No sé si por preservar el secreto o porque no se lo explicaba ni a él mismo. Además, con la modalidad autoritaria que tenía debió ser bastante odiado. Él pudo seguir trabajando, podría haberlo hecho si hubiera soportado esa situación absolutamente desmedrada. Pero renunció. Alguien le ofreció trabajar para los productos Federal y salió a vender jabones por Barracas. Al final, un ingeniero inglés que lo conocía del ferrocarril le ofreció trabajar para Acrow, que iniciaba su gestión en Argentina. De modo que volvió a su medio. A través del mismo ingeniero accedió a traducir textos de informática cuando recién empezaban a aparecer e incluso viajó a Inglaterra para conformar el léxico técnico que él había propuesto. Pero esto fue después. Antes, en 1952, mis padres se habían separado. Mi madre fue a vivir sola a Moreno, en una casa frente al hospital, con un jardín que ella llenó de flores. Y antes de eso todavía, él le tradujo algunos libros a Goyo, el *Martin Eden* de Jack London, las *Memorias* de Stanley, *USA* de Gunther y otros que no me acuerdo. Después, trabajó para El Ateneo. Debe haber traducido más de veinticinco libros.

**C.S.** *¿Y vos? Volvé a lo tuyo.*

**H.C.** En el ferrocarril trabajé poco tiempo. Era un trabajo que nunca me gustó y empecé a disgustarme con la vida que hacía, con la comida que tenía que preparar cuando volvía a casa. Todo me parecía obligación de encadenada. Los domingos íbamos al Tigre porque la pasión de Goyo era remar como un desesperado. Aprendí a timonear el bote. Salíamos del Club Hispano y cuando llegábamos a la meta que él fijaba, un poco más lejos cada vez, Goyo se dormía como un lirón. Yo me iba a caminar sola por las islas, disfrutaba del paisaje y pensaba más de la cuenta. Al final, uno de esos domingos, me pesqué una neumonía que me dejó muy débil, decidí renunciar al ferrocarril y entré en una depresión fuerte. La propuesta de Goyo fue irnos a vivir a una pensión. Pusimos algunos muebles en un depósito, otros fueron a parar a lo de mi tía Julia, y nos instalamos en un petit hotel en Rivadavia y Emilio Mitre. Había una mucama joven, de pocas pulgas, que corneaba a la mujer del dueño mientras él la tenía secuestrada en la cocina. Pero teníamos una habitación a la calle, en un primer piso, bastante aceptable, y al poco tiempo Lifezis me pidió que cubriera una ausencia de modo que fue como una luna de miel renovada y por un tiempo me sentí feliz. Hasta que me aburrí de la vida de la pensión, de las tres hermanas Santamaría –a las que hoy les haría la historia de vida pero que en ese momento me parecían insufribles– y otras yerbas. Conocí a un par de italianos que se instalaron en el mismo piso donde estaba funcionando International Editors. Tenían una oficina de venta de máquinas mecánicas para la madera, un rubro que estaba muy atrasado por la guerra. Uno de ellos era bastante culto y había sido cónsul de Panamá. El otro era extraño, imaginativo y tirando a desequilibrado, salvo para los negocios. Debían haber sido fascistas, los dos, cosa que obviamente no decían. Pero conseguían permisos de importación cuando nadie lo lograba y había varios apellidos *nacionalistas* que sonaban por teléfono. Para mí fue la fascinación de oír hablar en italiano y me divertía la gente, los empresarios italianos, que llegaban para pagar las máquinas. Y además me di cuenta de que en muy poco tiempo había empezado a haber mucho dinero en juego, coches, departamentos para las hermanas que llegaron poco después.

Mientras tanto, mi marido seguía editando. Es un hombre imaginativo



y obsesivo. La madre había muerto cuando él tenía 18 años, el padre cuando era muy chiquito. Cuidó a sus hermanos todo lo que pudo, pero al final siempre se cortó solo. A mí me hablaba de libros, de teatro, de su pasado, de la revolución. Pero sólo hasta donde se lo permitía su hermetismo. Es hombre de silencios y creo que en ese primer tiempo habló para todos los años que siguieron. Al menos conmigo. Oculta lo que él reconoce como sus limitaciones pero es muy inteligente y creo que, en ese período inicial, fue diligente en la relación porque tenía miedo de perderme. Y el hecho de que no me quedara embarazada complicaba el panorama. No me concebía sin hijos pero habían pasado tres años sin novedades.

**C.S.** *Mientras estuviste en el ferrocarril con tu hermana, ¿eras su subordinada, se encontraban?*

**H.C.** Yo trabajaba en la oficina general, ella en la del jefe y su secretaria, sin tareas específicas. Yo llevaba expedientes, demandaba respuestas a las diversas reparticiones, con *memos* más que con cartas. Y por ahí había un empleado del piso que junto con los expedientes me traía declaraciones de amor muy completas. Era el más joven y el más lindo del piso y yo era la única mujer. Mi hermana siempre mirando para otro lado, encerrada en el ámbito de la jefatura.

**C.S.** *¿Ella se había casado?*

**H.C.** Bueno, ella se casó un año después que yo, con un hijo de italianos, *calabreses*. Era y es muy enérgico, muy inquieto, muy rápido. La relación con nuestros padres era difícil. Lo de *judío* le cantaba adentro a mi padre. Cuando conoció a Goyo, me dijo que cuando tuviera un hijo y se lo llevara, él iba a pensar: *¿y éste, con esa cara de judío?* Que mi cuñado fuera hijo de calabreses tampoco lo hacía demasiado feliz. Y cuando le llevé a mi primera hija, Graciela, que era un sol, la alzó con mucho cariño pero yo no podía dejar de pensar en lo que me había dicho. Sin embargo, al cabo del tiempo, a mi marido terminó respetándolo, quizá porque le daba los libros para traducir, no sé. Pero al marido de mi hermana no, y litigaban siempre por pequeñas cosas hasta que un día se fueron a las manos. Y se mudaron, porque, desde el casamiento,

vivían en el cuarto que había sido nuestro dormitorio. Pero duró poco. Fue entonces cuando decidimos ir a la pensión que te contaba antes, los cuatro.

**C.S.** *¿Cómo fue tu casamiento?*

**H.C.** Para empezar, Goyo llegó tarde al Civil. No hubo ceremonia eclesiástica, por supuesto. Fue testigo el doctor Lifezis. Vinieron a mi casa, a Versailles, donde nunca habían estado, y el novio todavía no había llegado. Seguimos ahí hasta que por fin llamó para decir que estaba esperando al sastre. Y volvió a llamar unos minutos después para decir que ya estaba saliendo. Nos fuimos a la oficina del Registro Civil de Villa del Parque. Y el novio todavía seguía sin llegar.

Mi padre, que era joven y parecía más joven de lo que era, no me hacía aparecer ridícula. En el coche, durante todo el viaje había venido diciéndome *dejalo a ese tipo, toda la vida te va a hacer lo mismo, es un tipo de la calle*. Con este anticipo, al final llegó y contó que venía en un taxi, que se quedó atascado en una barrera, que pasaba un tren de carga interminable y tuvo que esperar, que no quiso bajarse y llegar a pie porque podíamos pensar que no había venido en taxi. A mí esas cosas me hacían quererlo más.

**C.S.** *¿Y llegó lindo?*

**H.C.** La verdad que sí, con su traje azul nuevo. Muy guapo.

**C.S.** *¿Y vos qué te habías puesto?*

**H.C.** Me había hecho hacer un traje de sarga de seda celeste, que era mi color preferido. Y mi hermana me había comprado una toca discreta que me hacía sentir un poco ridícula pero que estaba bien para la ocasión. Ella me regaló dos saltos de cama, uno de brocato blanco y otro más de todos los días. El de brocato lo usaron todas mis hijas para jugar. La ceremonia en realidad no me impresionó para nada.

**C.S.** *Te paralizás afectivamente.*

**H.C.** Creo que sí. Esas cosas formales me resultan insoportables. Después, fuimos a un restaurante de Constitución, un lugar para

banquetes. Éramos trece personas: mi cuñado, quiero decir el hermano de Goyo, mis padres, mi hermana, el novio, la tía Julia y Alfredo, su marido, los dos hijos –Ítalo y Rosita–, un primo de mi marido. Y nosotros. Habíamos reservado una habitación en el hotel Du Helder, donde se reunían Manuel Gálvez y sus amigos provincianos hacia 1920, según cuenta en sus *Memorias*. A la tarde, deberíamos haber ido a la casa de una tía de Goyo, hermana de la madre. Pero a él lo ganó la tristeza, porque mi marido es de emocionarse con los recuerdos y llorar. Total, que no quiso ir. Y se acordó de que esa tía ni los había ayudado cuando se quedaron huérfanos, ni los había defendido cuando el marido los trataba mal. No le tenía rencor, pero tampoco quiso ir ni avisar. Cuando conocí a la tía, no me molestó el faltazo.

**C.S.** *¿Y la luna de miel fue en Córdoba?*

**H.C.** Sí, en Capilla del Monte que entonces estaba de moda. Me río todavía porque a la semana vinieron mi padre y mi madre. Nos habían avisado a qué hora llegaban pero nos quedamos dormidos, y a las diez de la noche nos despertaron tirando piedritas en la ventana. Habrán tenido miedo de que me hubiera asesinado. Pasamos el día entero con ellos y fue un buen broche de festejo. Era marzo del 45.

**C.S.** *¿Y cuándo fue que quedaste embarazada?*

**H.C.** Bueno, te decía que llegamos a cansarnos de la pensión. Encontramos una casa en un primer piso, en la calle Manzoni, muy cerca de Rivadavia. Villa Luro. Tenía cuartos grandes, patiecito, una azotea enorme. Compartíamos la casa con mi hermana y el marido. La cocina era muy chica, estaba encajonada debajo de la escalera, pero el resto era más que aceptable. En un momento dado, tuve que operarme de apendicitis y después quedé embarazada enseguida. Parece que tenía una adherencia en los ovarios que me quitaron en la misma operación. Quedó abierto el camino para los hijos que vinieran.

**C.S.** *¿Qué fue esto de estar embarazada?*

**H.C.** Estuve muy contenta, tanto como melancólica había estado antes. Bordé y cosí como una italiana de otro siglo, junto con mi madre.

Algunas batitas andan todavía rondando con mi bisnieta. Me gustó siempre bordar. Mi marido traía muy seguido a comer al hermano y a un primo, mi hermana le enseñaba inglés a una pareja que también se quedaba a cenar. Así que había trabajo pero también alegrías compartidas.

**C.S.** *¿Cómo fue verte crecer la panza?*

**H.C.** Nunca me preocupó demasiado la estética, al menos la mía. Estaba muy delgada por problemas digestivos, era pura panza. Fue un intermedio apacible, feliz.

**C.S.** *¿Y tu marido estaba igualmente contento?*

**H.C.** Sí, pero la alegría de mi marido dependía y depende de la mía. Yo le proporciono alegría pero, salvo la gestión de la cama, su gusto es mantenerse aislado y descansado. No le alteres el sueño, no le pidas nada desacostumbrado. Tampoco necesita ser atendido como un gran señor. Nunca fue colaborador pero yo tampoco le exigí nunca que lo fuera. Fue tierno con las bebas pero no había que pedirle más que eso, que en realidad era un deleite. Yo tenía el modelo de mi padre, de modo que lo aceptaba como era, no demandaba atenciones y todo andaba sobre rieles.

**C.S.** *Esta bebita, Graciela, ¿qué cambios trajo a tu vida esto de ser madre? ¿Modificó algo tu corazón?*

**H.C.** ¡Qué pregunta! La maternidad... dejás de ser vos misma, si alguna vez lo habías sido. El bienestar de la bebita te compromete todas las otras vivencias, todo lo remitís a ella. Es cierto que tenía a mi madre a quince minutos de viaje y, después del almuerzo, venía una correntina que me decía *che, señora*, que me ayudaba con las cosas y la llevaba a Graciela a casa de mi madre. Después, yo iba a buscarla o se quedaba allá. A veces, de noche, salía con Goyo a cenar, o al cine, generalmente los viernes. Lo iba a buscar a la editorial, que estaba en Juncal y Libertad, en un primer piso, en la misma casa donde vivía doña Petrona de Gandulfo. Generalmente, íbamos al restaurante de la esquina y a veces venía Bernardo Kordon con la mujer. Él era muy amigo de mi marido,

nunca lo vi a Goyo divertirse tanto con nadie: se reían muchísimo. Miraban el mundo y se reían. La mujer era una chilena que no me quería nada pero el diálogo verdadero era entre los varones. Ella, mientras, me contaba las invitaciones que les hacían porque tenían una vida mundana bastante intensa. Recepciones, fiestas, embajadores. Pero paulatinamente fui teniendo la convicción de que si quería algo de vida propia, iba a tener que conseguírmelo yo misma. Por eso, me levantaba tempranísimo y traducía libros interesantes. Traduje *Dragonwick*, de Anya Seton (que después fue una película buenísima que dirigió Mankiewicz), *Niñera último modelo*, un libro desopilante igual que la película que hicieron después, *Los diez mandamientos*, de Thomas Mann. Parecía que iba a quedar unipara porque no volvía a quedarme embarazada, de modo que cuando Graciela tenía 3 años decidí seguir un curso de conversación en francés con un ciego que había sacado el primer premio en la Alianza Francesa y después había estudiado Letras y había hecho una tesis sobre la ceguera en Benito Pérez Galdós. Lo conocía porque se había casado con una compañera mía de la primaria que era buenísima en matemáticas. Ellos se habían conocido dando clases en una biblioteca popular de Versailles. Su ejemplo me dio ánimos. Si él había podido superar semejante limitación, ¿por qué yo no? Y ahí me decidí. Pero mientras hacía la cola para poner mi apellido de casada en los documentos, empecé a sentirme muy mal y me di cuenta de que estaba embarazada otra vez.

**C.S.** *¿De todos modos empezaste?*

**H.C.** Me anoté en dos carreras en lugar de inscribirme solamente en una. En Historia y en Pedagogía. Si quería ser buena profesora, tenía que saber cómo. Así de simple. Mi elección por Historia estaba decidida por mi preferencia de siempre. De alma, hubiera preferido Letras pero con mi tremendo complejo de inferioridad o con mis poderosas limitaciones, me pareció menos arriesgado estudiar historia. Y por fin, *lo que natura non da Salamanca non presta...*

**C.S.** *Bueno, estamos llegando a la historia. ¿Dónde estaba entonces la facultad?*

**H.C.** Eso lo escribí en unas páginas. El efecto que me produjo el patio del fondo del edificio de la calle Viamonte y Reconquista, con esa especie de ánfora griega en el centro, rodeada de pasto, me impresionó muchísimo. Me pareció el símbolo del saber que iba a buscar, como puesto ahí a propósito para que yo lo viera en ese momento inicial. Fui feliz cuando terminé el trámite de inscripción.

**C.S.** *¿Cómo era entonces la carrera?*

**H.C.** Yo enseguida me quedé embarazada así que no cursé ninguna materia y retomé recién después del nacimiento de Marcia, mi tercera hija. Claudia, la segunda nació a fines del 52. Y Marcia, en marzo del 55. Y me recibí en seis años, en 1961.

**C.S.** *Habían pasado más de diez años desde que terminaste el secundario.*

**H.C.** Así es. Siempre experimenté esa sensación de no pertenecer a la generación que me acompañaba. Aunque yo había estado bastante activa intelectualmente, con lecturas y traducciones y solapas o trabajos que me encargaba mi marido, la verdad es que cuando me topé con Introducción a la Historia quedé fascinada.

**C.S.** *¿Conocías alguna de las materias que formaban el plan de estudios? ¿Cómo estaba organizada la carrera? ¿Había un CBC, como ahora?*

**H.C.** No. Cuando me anoté todavía había profesores de la época peronista, o recién llegados, o profesores de toda la vida... Estaban los profesores *flor de ceibo* que sufrían fuertes ataques de las juventudes políticas.

**C.S.** *¿Qué quiere decir flor de ceibo?*

**H.C.** Era un apodo despectivo para los profesores que habían dictado cátedras durante el peronismo, sustituyendo a otros de carrera. Por supuesto, hubo exageraciones que se relacionaban con la acción política pero yo me sentía ajena a todo eso. No era así para los que venían cursando materias. En historia, particularmente, el conflicto era muy recio.

Había profesores como Rodolfo Puiggrós que, aún siendo definidamente marxista, se había pasado al peronismo: tenía mucho talento y mucha seducción en sus clases. Estaba el profesor Puente que era tradicional y revisionista pero a quien nadie podía negarle sabiduría en lo suyo. A esto se agregaba la llegada de profesores que habían estado en el exilio que podían o no ser *gorilas*, como se llamaba a los que detestaban el peronismo y manifestaban esa posición y que, además, llegaban con la aureola de haber trabajado en el exterior con buena fortuna. Yo no entendía nada, era una ingenua en el sentido lato de la palabra. Pude suponer que ahí se había acabado el frenesí peronista, dados los hechos. Pero me encontré con que ya había estallado la protesta contra la Revolución Libertadora y que la confrontación seguía muy ligada a la política.

**C.S.** Bueno, pero ¿cómo era? Vos entrabas, te anotabas en un ciclo básico y directamente ibas a las clases. ¿O cómo?

**H.C.** No había curso introductorio. Lo establecieron cinco años después, principalmente el doctor Vicente Fatone y el doctor Luis Arocena. Y tuve el honor de pertenecer al área Cultura que consistía en leer y comentar textos reveladores de los valores de cada época. *El Libro de Job*, *Antígona*, *Tácito*, *El discurso del método*, *El Príncipe* y no me acuerdo de los últimos. Eran más. Fue un deleite, un postre principesco, porque el equipo se reunía con el propio Fatone que nos daba lineamientos generales. Era un grupo interdisciplinario. Algunas de las que participamos conservamos una amistad fuerte. Era en su mayoría gente de Letras que aprendió mucha historia y viceversa. Pero esto fue después, cuando ya me había recibido. Las introducciones eran Historia, Literatura y Filosofía, además de Latín que era general y se dictaba en el Aula Magna para todo el mundo, con el profesor Albesa que era un *retor* redivivo en esta ribera. Esto de las introducciones es casi un crimen porque resulta imposible abarcar tanto en tan poco tiempo. El doctor Cassani fue el teórico de Introducción a la Historia, muy joven, recién iniciando la carrera docente. Sabía mucho y nos daba pilas de libros de bibliografía. Misión imposible. De todos modos, yo escuchaba con un interés enorme. Cuando habló del libro de Bingham sobre Machu Pichu, busqué el libro y traduje

unas páginas. Aunque mi intención fue personal, cayó como meritoria y eso me dio energía para rendir el examen en diciembre.

**C.S.** *¿Y cómo te fue en Literatura?*

**H.C.** En el examen me fue más que bien, no recuerdo por qué circunstancia. Después me dijeron que Castagnino había comentado que mi examen fue muy bueno. No me acuerdo de nada, salvo del sobresaliente. Que era nota rarísima en esa mesa. Yo no recuerdo más que mis miedos.

**C.S.** *¿Y en Filosofía?*

**H.C.** A veces pienso que no pude engañar a Vasallo. Buen pensador, buen filósofo, pero daba las clases a una velocidad imposible. El examen fue pésimo porque la inseguridad siempre me paraliza. ¿Y quién puede sentirse seguro en un examen de filosofía? Tuve un 6: bienvenido.

**C.S.** *Te pregunto ahora si Introducción a la Historia te planteó problemas centrales del trabajo histórico o si fue simplemente un recorrido por fuentes antiguas y modernas.*

**H.C.** Creo que la intención fue describir a grandes rasgos las definiciones de historia, la polémica con las ciencias *duras*, los repositorios documentales, y un esbozo de las visiones totalizadoras de la historia. De todos modos, un enfoque monumental, como levantar un rincón de la cortina. Creo que es la función de las introducciones. Sólo que el silencio acerca de las interpretaciones más nuevas era deliberado. Pero uno se da cuenta andando por la historia. Primaba más la erudición que la comprensión y persistió ese enfoque cuando el encargado del curso fue el doctor Pérez Amuchástegui. Él escribió un excelente manual para ese curso que recorrió generaciones.

**C.S.** *Ahora te quiero preguntar si el peronismo, desde afuera de la facultad y desde dentro, te cambió la visión de la sociedad y la política.*

**H.C.** Te respondo rápido que sí. Y totalmente. Lo incorporé como realidad histórica. Lo tenía estigmatizado por varias cuestiones muy concretas. Primero, fue lo de mi padre que salió o debió salir del ferrocarril.



Después requisaron la editorial de mi marido por la publicación de *Petróleo para las lámparas de China* y unos días más tarde, los libros que se habían llevado dolosamente estaban en las librerías de Corrientes. Y otra cosa más: mi hermana sufrió un ataque de eclampsia justo un 17 de octubre y estábamos encima de la ambulancia y no se podía avanzar un paso frente a la multitud que acudía a Plaza de Mayo... En realidad, yo empecé a reivindicar el peronismo cuando se murió Evita, porque vi a tanta gente llorando desconsoladamente, gente humilde, bajo la lluvia, haciendo cola para llegar a la cámara fúnebre que pensé: *esta mujer debe haber hecho alguna otra cosa además de vestirse como una reina*. Y ahí, desde las tripas, empecé a leer literatura que ya estaba circulando, que reivindicaba diversos aspectos del peronismo, las medidas sociales, todo eso. De todas formas, no alcanzó para una reivindicación total frente al ejercicio compulsivo del poder que empezamos a sufrir enseguida.

**C.S.** *¿Y del 17 de octubre te quedó algo?*

**H.C.** Ya te digo que empecé a tomar distancia del ataque a partir de la muerte de Eva. Después las luchas en la universidad y la reivindicación del peronismo en la medida en que se enfrentaba con *la Libertadora* dejaban un saldo amargo que se acentuaba cuando el dictado de clases venía tan entorpecido y había más asambleas que cursos. No puedo decirte que me hubiera volcado al peronismo sino que salí de mi antiperonismo discriminatorio. Y también estaba en desacuerdo con las posiciones marxistas-leninistas-maoístas, que de todo eso había.

**C.S.** *En el 55, estaban los militares en la Universidad. Por eso te pregunto qué te dejó el 17 de octubre, si te diste cuenta, o si fue un día como cualquier otro.*

**H.C.** Y yo te contesto, a riesgo de parecerte estúpida, que mi militancia entonces era nula y te diría que la presencia de los militares resultaba tan confusa que se esperaba a cada momento una definición que sacara del caos. La imprecisión era el signo, que luego fue modulándose en un regreso a la política, en tanto se sucedían las asambleas en el Aula Magna y había una especie de violencia verbal imparable. Además del castigo de las brigadas, afuera.

**C.S.** *¿Sentías la diferencia generacional con tus compañeros?*

**H.C.** Yo me instalaba en cada materia con una dosis de alegría interior sin cortapisas. Escuchar la clase, buscar la bibliografía, entrar en la materia: todo eso era un gran programa. Siempre lo repito: recién en el último año me enteré de que la calle Florida estaba a dos cuadras de la facultad. Siempre había salido disparando hacia Alem, a tomarme el 132 para volver a mi casa rapidísimo. Y además no había demasiada confraternización, salvo con Albesa que ponía en actividad a toda el Aula Magna o cuando se instalaron las comisiones de trabajos prácticos. Ahí, como éramos menos, eran más posibles el intercambio y las consultas. Pero me hice amiga de María Rosa Labastie y con ella cursé varias materias. Ella vivía en Flores y venía a casa a las once de la noche, cuando todos dormían, y estudiábamos hasta las dos o tres de la mañana. Me acuerdo de Geografía, sobre todo. Pero después, nunca estudié con ninguna otra compañera. María Rosa era católica, militaba en la facultad y yo era neutra y, además, ignorante de manejos reales o posibles.

**C.S.** *¿Cuáles fueron las primeras materias que cursaste y qué diferencias encontraste con el estudio secundario, a la luz de los programas y las cuestiones que aparecían?*

**H.C.** Cualquier respuesta que te dé sería impropia o fragmentaria. Pero creo que todo pasaba por el profesor, él era el numen del curso. Por ejemplo Freixas, para Historia Antigua, y sus ayudantes: sabían muchísimo pero todo estaba filtrado a través de la lengua clásica. Era un mundo de perfección de acceso imposible porque, yo por lo menos, nunca alcancé esa destreza con las lenguas clásicas. Mi nota más baja fue el 5 que me saqué en griego, en el examen de *madurez* o algo así, que había que rendir al cabo de dos años de estudio y que era a elección, entre griego y latín. En latín, después de tres años, y sin la mediación de otro alfabeto, me fue mejor. Pero así como me fascinaba la cultura griega, estudiar la lengua me indisponía y me daba furia porque me arrancaba de toda la cotidianeidad. Después estaban los Institutos, que tenían ese imperio del lugar documentado, preciso, fuente de toda razón y saber. El de Historia Antigua, por ejemplo, era un cenáculo. El de Historia del Arte,

en un subsuelo de la calle Reconquista, era una especie de descenso al paraíso. Las clases de Payró eran un verdadero milagro de sensibilidad y de sabiduría. Y tuve la suerte de que fuera también jefe de un grupo que excedía la capacidad de los ayudantes y allí estuve yo. Fascinada con el curso sobre impresionismo, y el viaje a la cultura europea que implicó. Dicho sea de paso, después del primer parcial me invitó a trabajar en su cátedra y todavía guardo la cartita que me mandó. Otro lugar con magia era la biblioteca de Antropología, en la casa de Rivadavia, donde hoy funciona el mejor museo antropológico que tenemos. La biblioteca sigue siendo espléndida y las bibliotecarias son impecables y generosas. Entre el rigor de Imbelloni y toda su inagotable sabiduría y la generosidad campechana, siempre oportuna, del profesor Lafont, en ese ámbito del museo, pasé temporadas de absoluta felicidad académica.

**C.S.** *¿Y qué te parecían los programas?, porque hasta aquí todo suena más que perfecto.*

**H.C.** Decís bien. La pregunta es buena y yo me la hago muchas veces. Por qué tuve siempre ese grado de complacencia con lo que la vida me daba porque te diré que mi espíritu crítico siempre fue a posteriori. Pero ingenuamente caigo siempre en los mismos errores... o más o menos. En cuanto a los programas, como venía de ningún encuadre, me interesaban fuera lo que fuese, porque partía de mi ignorancia absoluta. Me pasó con el doctor Oría que sabía tanto pero era un *causeur*, estilo Mansilla, bueno para escucharlo pero que no te daba ninguna pista para estudiar. En cambio, tenía una jefa de trabajos prácticos, Graciela Lapido que parecía anodina y era modesta como una monja de clausura pero era oportuna y precisa en el aporte documental y eso nos daba el esqueleto de lo que después Oría rellenaba... Creo que si no se hubiera dado el 66, si yo no hubiera quedado afuera de la facultad, como una orillera, nunca habría alcanzado ese criterio que tengo hoy para el análisis histórico y para casi todo en general. Incluso me excedo, más de una vez.

**C.S.** *¿Eran clases magistrales o también los ayudantes daban clases? Y no mencionaste cómo eran los parciales.*

**H.C.** La diferencia entre el hacer y el deber es sensible. El trabajo práctico suponía una clase breve, un texto para analizar, una crítica para aportar. Y para los parciales, te diría que cada cátedra tenía su criterio. Arocena, por ejemplo, preparaba sus parciales con un cuidado y una precisión de relojero. Había que estudiar muy bien sus textos para responder como se debía. Otros, daban temas más generales que, por supuesto, permiten mayor libertad de expresión. Pero las exigencias no eran pocas, te diría.

**C.S.** *¿El examen final era con bolillero?*

**H.C.** Sí, pero era difícil exponer más de diez minutos sin que hicieran preguntas que te llevaban a otros puntos del programa. Otro que era muy rígido con las preguntas y que se ceñía muy estrictamente al programa era el profesor Julio César González. Él tomaba temas muy precisos que había investigado como nadie y no había manera de contestar si no conocías al dedillo la cuestión... que además sólo encontrabas en sus clases. Pero, al mismo tiempo, la bibliografía general te daba cuenta de otros aspectos que también entraban en el programa y en el examen, aún cuando no hubieran sido mencionados en las clases. El doctor Claudio Sánchez Albornoz daba Historia de España hasta 1492, con un rigor y una sabiduría incuestionables y con una gracia total. Era una materia difícil de aprobar, que dictaba con dos profesoras adjuntas pero si no se leían las lecturas obligatorias era imposible que te aprobaran. Él daba las clases con un desenfado absoluto, esa clase de desenfado que sólo los grandes saben tener... y tenía salidas imprevistas, muy graciosas.

En cuanto a Oría, hablaba de libros que por supuesto no figuraban en ninguna bibliografía del curso. A él lo escuché hablar por primera vez de Flora Tristán. Me fui a buscar su autobiografía en la biblioteca y me pareció una lectura... intensa, te diría. Fue un placer escondido. Con Albornoz lo que me pasó fue que elegí un tema complejo, algo así como *el papel de los infanzones* y él me dejó hablar cinco minutos antes de preguntarme qué mujeres famosas conocía en la España del siglo XI, con lo cual me sacó totalmente del tema. Me di cuenta tarde de la intención que tenía el cambio pero me instaló en la incomodidad y supuse que mi

exposición había sido muy pobre. Fui al Instituto de Historia de España, al lado del edificio de la facultad, a devolver unos libros y me preguntaron cómo me había ido. Dije que mal y me puse a llorar.

Cuando don Claudio volvió a su Instituto, le preguntaron por mí y dijo que yo era muy tonta pero inteligente. Creo que dio en el clavo. Ese *pero* está siempre ahí conmigo, con mis temas, con mis libros, con mis intervenciones.

**C.S.** *Me imagino que sobrellevar lo doméstico con tanto estudio debió ser carga pesada...*

**H.C.** No te quepa duda. Y si no hubiera sido por la presencia constante de mi madre no hubiera podido hacerlo, por cierto. Aunque yo dejaba todo dispuesto, la tarea de estar allí, de brindarse con amor, no hubiera podido delegarla en nadie más. Así que pude salir tranquila, si se quiere. Después, cuando las chicas fueron más grandes, organicé mis horarios y estaba a la hora de comer. Tardaba con la cena... en fin, no fui ninguna perfección. Los días previos a los exámenes, los fines de semana, iban a Moreno, a casa de mi madre; mi marido y yo las buscábamos los domingos y de paso almorzábamos allá, todos juntos. No es que no considerara el esfuerzo de mi madre pero, al mismo tiempo, creo que su vínculo tan fuerte con mis hijas le daba un sentido a esa viejita italiana, más fuerte que un roble y más sonriente que... ninguna otra. Para ellas tenía algo de aventura estar en esa casa. Mi madre las llevaba a comprar miel a lo de una polaca, en medio del campo, que tenía un lugar con panales y abejas. O compraba un pollo vivo en la feria y vivo lo llevaba hasta la casa y ahí lo mataba ella solita, sin misericordia. Les hacía masitas, pizza o cocinaba chorizos en la chimenea que en invierno siempre tenía el fuego encendido. Mis dos hijas mayores, que escriben, contaron algunas de estas cosas y tienen una mirada de amor y reconocimiento hacia la abuela, intacta a pesar del tiempo que pasó. Yo, en cambio, sólo puedo trabajar sobre los *marcheggianos* u ocuparme de la historia de la inmigración, para ponerla a ella y todo lo que aprendí de ella, bueno o malo, como modelo de inmigrante que construyó el país, educó a sus hijos y a sus nietos, y siguió siendo solidaria con lo mejor que tenemos.

**C.S.** *Por lo visto, no participaste de la vida política...*

**H.C.** No podía, no sabía, no quería. Además, no me quedaba un minuto. Pero te diría que, en el momento de la votación, opté por Frondizi y hasta lloré cuando pronunció su discurso de apertura. Pero enseguida sobrevino lo de *laica y libre* que, en realidad, recorre toda nuestra historia y que ya a esa altura debía haber sido materia resuelta, especialmente para una ideología como la que suponía el frondizismo. De modo que ahí inicié el retroceso. Cuando se supo el acuerdo con el peronismo para las elecciones, ni te cuento. Y después, lo del petróleo... bueno, no sé, quizá se anticipó a lo que siguió después pero, si algo vale el compás de los tiempos, él se excedió y se cavó su propia fosa. Pretendió ser demasiado zorro y tanto en la política como en la realidad el engaño tiene patas cortas. Quebrantó expectativas muy bien inspiradas y, para los universitarios, fue un sufrimiento anticipado de lo que iba a llegar muy pronto.

Por mi parte, antes de recibirme, tuve el ofrecimiento de ser secretaria técnica del Departamento de Historia. Fue una propuesta del doctor Luis A. Arocena que, en ese momento, por –digamos– la fuerza de las cosas aparecía como la más alta expresión de quienes estaban en contra de la creación de Historia Social que, junto con Sociología, eran las grandes innovaciones en las ciencias sociales. Aunque quizá la polémica venía desde más atrás, de la militancia socialista de González y de Arocena y de la posición que había asumido J. L. Romero frente a los cambios vividos. Pero era una batalla de capuletos y montescos. Decidir ser secretaria de un departamento dividido no fue inteligente pero me sentí halagada y reconocida. Acepté y, al mismo tiempo, fui o era ayudante de Julio César González en la cátedra que había elegido y sostenido, la de América Contemporánea. Me presentaba, además, al concurso de ayudantes de Historia Contemporánea que tenía que ver con mi América, después de todo, y que fue bien vista por Oría y por Graciela Lapidó. Y también fue asomando mi trabajo para la tesis de licenciatura: elegí la Guerra de Secesión norteamericana, un poco porque supuse que me iba a permitir comparar ese período con el nuestro, cronológicamente igual, y con el país dividido, Norte-Sur en el país del Norte, Rosas y Urquiza aquí, representando el interés centralizador de Buenos Aires y la actitud

del resto del país... sé que todas las comparaciones son como puntos de partida, no me engañé ni me engaño. Lo que sé es que introducirme en la historia de los Estados Unidos fue bien visto por el Departamento, como un avance sobre los enfoques habituales de historia de América que excluyen a Estados Unidos. Y de hecho, cuando durante el período del doctor Illia apareció un acuerdo para que un profesor Fullbright diera Historia de Estados Unidos, el doctor Roland T. Ely, el Departamento me asignó como ayudante. Por otra parte, la historiografía norteamericana es muy enriquecedora como metodología y como práctica; la edición de fuentes contradictorias es habitual, además de ser la vía más propicia para ensanchar el horizonte de comprensión de problemas. Traduje numerosos ensayos en ese sentido, comprimiendo un poco el texto, pero destinándolos a la lectura y a la preparación de las clases.

Mientras tanto, se dirimían las cuestiones del Departamento de Historia y se eternizaban los problemas que encubrían algunas querellas. Había dos que eran capitales: la primera era la creación de Historia Social como materia curricular, y esto suponía admitir que era necesario cambiar la ortodoxia que había prevalecido hasta ese momento. Y la otra era la creación de la carrera de Historia del Arte, independiente de la de Historia. Ya existía el Instituto de Historia del Arte, que dirigía y manejaba Payró con un grupo de colaboradoras de primera línea, como Kety Lago y Noemí Gil, pero había una enorme oposición a la creación de la carrera por parte de los demás integrantes del Departamento. Fue la anexión de Historia de la Música lo que creo facilitó o superó el cuestionamiento. Pero de todos modos, las reuniones —que tenían que aparecer en Actas— eran muy duras y evasivas. Me parece que fui bastante buena en el desempeño así que cuando me retiré, en 1966, me hicieron una cena muy paqueta en el restaurante de la estación nueva de Retiro. Y me dijeron cosas muy elogiosas. Me olvidé de las palabras pero mantengo como el perfume de un recuerdo muy valioso.

Diría también que tuve una actitud sincera y solidaria pero también cautelosa y gané el respeto de todas las fracciones que dividían a los alumnos aventajados y a los graduados o a los profesores de cualquier nivel.

Por ahí, también estuve en el Instituto Nacional del Profesorado Joaquín V. González. Me propuso el propio Julio César González para que lo reemplazara cuando a él le asignaron la categoría de profesor *full time* que le impedía seguir en el seminario. Tengo un buen recuerdo sobre todo, que es haber vencido en ese lugar la resistencia que provoqué inicialmente en el alumnado y con varios de ellos sigo teniendo muy buena relación. Aquel 1966 fue una especie de año de gracia, cuando alcanzaba a culminar mi trabajo sobre la cuestión de la Guerra de Secesión vista a través de la opinión argentina. Mientras tanto, analizaba fuentes y situaciones norteamericanas que, más tarde, me iban a permitir alcanzar una beca de seis meses en los Estados Unidos. Pero faltan cuatro años para eso. El mismo día que Onganía tomó el poder, en la Casa Rosada, ese mismo día y a la misma hora, yo estaba defendiendo mi tesis de licenciatura en el Instituto de Investigaciones Históricas Ravignani, frente a un jurado que integraban Ricardo Caillet Bois, Julio César González y –no estoy segura– creo que el tercero era Germán Tjarks.





# Al abordaje de otros mundos

---

29 de marzo de 1999

**C.S.** *Vamos a comenzar analizando la producción de Hebe en los ámbitos académicos o institucionales o en libre circulación de pensamiento. Gran parte de su producción está editada. Otra, principalmente artículos y presentaciones a congresos o debates, está apilada en algún escritorio. Quiero expresar que este tipo de trabajo que estamos haciendo, desde el punto de vista metodológico, es una experiencia que no ha sido hecha. Antes de entrar en materia, quisiéramos dejar explícita tu posición respecto de tus trabajos, viéndolos con proyección de un antes y un después, y cómo te situás internamente: si como cientista social o apostando a la divulgación porque de esto depende también la producción y la circulación del conocimiento. Primero tratamos esto y luego comenzamos a trabajar sobre tus textos.*

**H.C.** Creo que ya dije que viví mi tiempo de facultad con la cabeza metida en los libros y deslumbrada por lo que me enseñaban. No pensé nunca en la difusión

sino hasta más tarde, fuera ya del circuito educativo o institucional. Y en esto tiene un poco la clave la vida política que nos tocó. Mientras estudié, desde el 55 hasta el 61, cuando me recibí y después, hasta el 66, cuando di mi tesis de licenciatura, fue así. Si hay algún trabajo, tenía relación con la cátedra. Yo era ayudante en Introducción a la Historia que dictaba como los dioses el doctor Luis Arocena. Pero él, después del 66 volvió a su exilio o mejor, se fue a Austin. Mientras estuvo aquí hacía unas publicaciones de cátedra que eran un lujo. En eso colaboré. Pero desde que decidí especializarme en Historia de América Contemporánea, mi titular fue J. C. González sobre quien escribí unas páginas que todavía me conmueven: *Profesar la historia* les puse como título, y las leí en un congreso de Historiografía que se hizo en la Universidad de Belgrano. Pero mi América Contemporánea, o la que yo tenía *in mente*, no era la que dictaba el profesor González. Él, sin embargo, me incluía en la cátedra y yo daba las relaciones entre América y Europa, o la presión norteamericana frente a Inglaterra, o la Guerra del Guano, o la cuestión de Cuba en 1898. Son los temas que recuerdo haber estudiado. Mientras tanto, en el 61 —que fue un tiempo de inusitada apertura en la Universidad, a pesar de la resistencia al gobierno— se dictó por primera vez un seminario de Historia de Estados Unidos y vino a darlo una especie de *Kennedy brain*, un yanqui generoso, joven y muy dispuesto a ganar terreno y a hacer de eso un seminario permanente. El Departamento de Historia, que conocía mis inquietudes, me asignó como ayudante. Él vino con varios baúles de libros de toda clase y buena bibliografía crítica. Y preparamos unos apuntes encuadernados nada flacos, con traducciones mías sobre muchos temas muy meneados pero poco sabidos. Diría que fueron mis comienzos en historia norteamericana pero mi base de sustentación fue siempre mi propia historia, la argentina. No sé si operaba sobre la base sarmientina —al menos no conscientemente— pero los problemas que allá se resolvían aquí todavía estaban pendientes. El tema de la frontera fue acercándose a mí a cada paso que daba, pero la Guerra de Secesión se me aparecía como la diferencia más fuerte, sobre todo por el tema de la esclavitud. Y allí fue cuando decidí trabajar sobre el eco de la Guerra de Secesión norteamericana en los diarios y la actitud del gobierno argentino. Mientras tanto advertí que, en

esos mismos momentos, estaba gestándose la posible guerra con Paraguay, un tema que venía arrastrándose desde el principio de nuestra historia. Pero lo que me impresionó mucho fue la manera de informar que tenían nuestros diarios, los mejores. Se limitaban a transcribir largos textos de periódicos norteamericanos o ingleses y no se tomaba partido. Aunque en algún momento aparecía la advertencia de *que debíamos ser salvadores de la situación de esclavitud de los paraguayos, como el Norte estaba haciendo con el Sur en Norteamérica*.

Mientras, debo decirlo, entraba más y más en la historia norteamericana y me ayudó muchísimo Vernon Louis Parrington, una especie de Ricardo Rojas nuestro. A través de las ideas, va siguiendo la historia norteamericana. Me encontré, además, con el Período de la Reconstrucción. Los norteamericanos críticos se preguntan: ¿reconstrucción de qué?, porque es el momento en que se configura la estructura social y económica futura del área, además de la expansión hacia el área mejicana, que coincide también con la construcción de ferrocarriles transcontinentales, con el descubrimiento del petróleo y con la fabricación del acero. Nada menos. De modo que eran muchas puntas, pero para el trabajo de tesis de licenciatura, tomé la repercusión de la Guerra de Secesión en el Río de la Plata. Y fue un trabajo interesante, creo, que después incluí en el libro *Formación de la conciencia americana* donde también aparece mi trabajo sobre “El pirata Walker en Nicaragua” y el de “Panamá, 1903”. Entre todos, muestran la conducta errática de América hispana frente al asedio inglés y norteamericano.

**C.S.** Pero tu trabajo sobre la Guerra de Secesión aparece publicado por *La Pléyade* en 1972, en *Formación de la conciencia americana* mientras que tu tesis la elaboraste entre el 61 y el 66, según entiendo.

**H.C.** Es así. Ya conté que el mismo día que yo defendía mi tesis ante el jurado formado por Caillet Bois, Julio César González y Germán Tjarks, Onganía estaba tomando la Casa Rosada. Y nosotros, a diez cuadras de allí, no nos enteramos de nada hasta la noche. De modo que, licenciada flamante en Historia de América Latina, al poco tiempo me licencié de veras y abandoné mi cargo en la docencia y mi cargo de secretaria

técnica del Departamento de Historia. Cosas. Fracturas, como diría Carmen.

**C.S.** *Pero, por lo que vemos, seguiste trabajando a todo trapo.*

**H.C.** Lo que pasó fue que este profesor norteamericano, Roland T. Ely, había publicado en Sudamericana un libro, *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, donde estudiaba los libros contables de plantaciones norteamericanas en Cuba, después del Pacto del Zanjón. Ely tenía una gran simpatía real por América Latina y se casó aquí con una argentina hija de hindúes, una mujer delicada y culta, y tuvo hijos con ella. Antes de volverse, creó un Centro de Estudios Americanos o algo así que tuvo vigencia durante mucho tiempo. Aquí se aliaban los estudios de historia y de literatura, a partir de los Institutos respectivos, contactados a su vez con universidades del interior. Asistían profesores invitados norteamericanos que estaban estudiando o dando clases en distintos países limítrofes. Yo, en el primero de esos congresos o encuentros, leí un trabajo sobre *El mito agrario en la historia norteamericana*, donde obviamente me refería a la tierra disponible, al campesino inmigrante, a la frontera. Y creo que cada año presenté trabajos, sobre todo después de mi salida de la universidad porque era una manera de mantenerme en contacto. Allí, presenté también lo de Panamá que le gustó mucho al doctor Enrique Barba y creo que fue entonces cuando me dijo por primera vez que quería que fuera a dictar Historia de América Contemporánea a la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata. Esa vez estuvimos en Mendoza. También en uno de esos congresos presenté el tema de la abolición de la esclavitud donde estaba en escorzo mi tesis de licenciatura. Y otro trabajo, sobre Hoover e Yrigoyen, especie de paralelo nada desdeñable entre uno y otro, paradójicamente tan contradictorios. Esta vez, fue en Mar del Plata. Estuvo el doctor Etchepareborda a quien le gustó mucho mi trabajo y creo que, por primera vez, entró en mi campo de reflexión la figura de Yrigoyen. Cuando finalmente acepté el ofrecimiento del doctor Barba, tratando de armar el programa de una materia que no se había dado hasta entonces, me encontré con el krausismo, adjudicado a las capas medias latinoamericanas como

antecedente de la prédica democratizadora. Y ya estamos cerca de lo que vino después.

**C.S.** *A mí y a María Inés nos interesaría volver al tema de la frontera y a la alusión que hacés de Tocqueville y su idea de la democracia, frente a la Europa regresiva, que sigue debatiendo sus formas de gobierno mientras que América –asegurando la posesión de la tierra– convierte en ciudadanos a los emigrantes que quieran habitar su suelo. Esto es una aspiración en Jefferson, el redactor de la primera constitución, y es una realidad en Jackson cuando, en 1837, frente a una crisis económica tremenda, reasegura el voto del common man y regula las tasas de adquisición de la tierra.*

**H.C.** Tocqueville será libro de cabecera de nuestros hombres de Estado en la segunda mitad del siglo XIX, pero ahí se quedaron, en la exaltación de la democracia frente al sistema monárquico, sin abordar el tema del latifundio. Necesito hacer una aclaración respecto de Frederick Jackson Turner. Él escribe ese primer trabajo suyo, breve, sobre la frontera en 1893, para presentarlo ante la Asociación Histórica que equivale a nuestra Academia de la Historia. En esos momentos, está cumplida la ocupación del espacio –si se lo entiende como población por kilómetro cuadrado– y él lo da como una operación felizmente cumplida, camino a la perfección de la democracia. Así, sortea la gran cantidad de bibliografía que ha seguido a la Guerra de Secesión, importante en volumen y en calidad, pero que hacía hincapié en la guerra abolicionista como si todavía fuera un tajo sangrante entre el norte y el sur. Turner llegaba desde la historia agraria, que cultivó junto a su profesor Woodrow Wilson. Porque Wilson, antes de ser presidente, había sido historiador de la agricultura. Y Turner mostró la existencia del Oeste que hasta ese momento no tenía un bautismo histórico. Demostró además que la clave de la expansión y la riqueza la habían provisto los campos del Oeste, hacia el Norte y hacia el Sur. Era cambiar el dial, ver la realidad y desviar la cuestión de qué hacer con los esclavistas –que no eran pocos y que todavía tenían aspiraciones sobre todo expansionistas en un Caribe que había sido campo de debate desde siglos atrás y donde los esclavos negros, ahora en alguna medida libres, remitían a posibilidades expansivas–. Hay que

acordarse de que, en medio de la Guerra de Secesión, habían enviado un barco a recorrer el Amazonas y hubo tratativas para enviar esclavos del sur a las tierras intactas del área amazónica. Agassiz, el hombre de ciencia que se oponía a la teoría darwinista, iba en ese barco para probar la inmanencia de las especies. Y también iba William James: lo había mandado el padre para que pudiera eludir la guerra...

**C.S.** *Por favor, volvé a Tocqueville y a Turner.*

**H.C.** Gracias. Es cierto, la conexión es inequívoca aunque no explícita. Es Jefferson, en todo caso, el que preside este orden de ideas. Por un lado, poblar con ciudadanos. Por el otro, alcanzar la transcontinentalidad que fue su primera preocupación apenas llegó a la presidencia. En ese momento, en 1803, mandó la expedición de Lewis y Clark, dos muchachos jóvenes, de menos de treinta años, a recorrer el Mississippi hasta encontrar la salida al Pacífico. Esto era el reaseguro para comprarle Luisiana a España, cosa que concreta al cabo de muchos mapas para tener la seguridad absoluta de lo que está consiguiendo. Turner vuelve sobre este tema para mostrar de manera sintética pero definitiva que se ha logrado cubrir el territorio que había sido frontera. En esa época es notable la influencia del Capitán Mahan: era un marino que venía hablando de que el Caribe era el equivalente del Mediterráneo para Europa, y que era necesario movilizar la flota norteamericana y su política en esa dirección. Además, hay que tomar en cuenta lo que estaba pasando en Cuba y frente a España. Los comentarios de Mahan eran ardientes y muy populares entre los legisladores norteamericanos expansionistas. Turner venía a refrendar esas especulaciones. Una vez cubierta la ocupación terrestre, iba a suceder la expansión marítima seis años después... es una inferencia mía aunque el Capitán Mahan fue leído aquí muy temprano, en una traducción que editó internamente la Marina y que encontré en el Instituto Ravignani.

Me gustaría hacer un paréntesis y hablar de la biblioteca Lincoln. Ahí había unos libros excelentes, un material siempre actualizado, aparte de las tesis no publicadas que podían leerse. Uno podía llevarse lo que quería, libremente. Por desgracia, durante el gobierno de Carter se tomó la decisión de retirar los libros de historia. Dejaron algunos manuales

ilustrados realmente preciosos, diccionarios, cosas así, pero los libros aquellos, esos no volvieron nunca. La secretaria de entonces se llamaba Hebe, como yo. Era un ser excepcional y cuando pasó esto lloraba conmigo porque sentía que era un despojo injustificable. Pero bueno, eran otros tiempos, de pedagogos, de cientistas sociales, de economistas. La historia, ¿para qué sirve? Dejemos la pregunta titilando.

**C.S.** *A todo esto, ¿no te pareció un poco rosada la postura de Turner?*

**H.C.** Rosada no, pero optimista sí. De hecho, su obra posterior lo confirma porque llega hasta la época del *New Deal* y apoya muy vivamente medidas que sugiere o impone Roosevelt...

**C.S.** *Insisto en esto de tu visión optimista de la sociedad igualitaria. Vos misma, cuando puntualizás la cantidad de tierras que se reservan las compañías de ferrocarriles y cito: "Las tierras cedidas a las compañías ferroviarias hasta 1883 hubieran servido a Turner para elaborar otro tipo de conclusiones menos pacíficas y menos líricas..."*

**H.C.** Bueno, es cierto. De hecho es así. Pero la fascinación del ensayo está en el tema de la dinámica que muestra en el avance de la frontera, con leyes que aseguran la apropiación de la tierra y la formación de la nacionalidad, incluyendo al *farmer*. Aunque admito que hay mucha generalización, pero es lo que nosotros no hemos conseguido, en primer lugar, y después está la cuestión del *melting pot* que hoy se desecha para darle espacio al tema del tránsito de la identidad individual a la colectiva. Él no aborda el tema de las discriminaciones, por ejemplo. La protagonista es la tierra frente a la resistencia de los sureños y la discriminación fuerte que se venía dando contra irlandeses o italianos sin hablar de los asiáticos que se importan para terminar los ferrocarriles del Pacífico. Pero insisto, éste es otro tema aunque haya operado como disparador para la comparación con nuestro proceso, aparentemente similar. Me acuerdo de haberle preguntado a la profesora Elena Chiozza –a la que respeto y quiero muchísimo– si no le interesaba formar un equipo, y dirigirlo, para estudiar nuestra historia desde esta clave de la frontera. Recuerdo el trabajo de Scobie, por ejemplo, en el libro donde compara el proceso urquicista y el rosista... me parece que tiene que ver



con esta postura mía. Pero son apreciaciones hechas *a posteriori*. Las páginas de Turner confirman la idea de una nación en marcha, en la que sus habitantes sienten que están participando en la cosa general, por la pertenencia y por las ventajas que la centralidad les comunica. Esto no es un dogma. Y decirlo hasta me da una cierta vergüenza, pero es el tema de los textos liminares. Convencidos.

**C.S.** *Bueno, ahora sí estás hablando como una historiadora, y debo decir que el trabajo ofrece una bibliografía crítica importante que es demostrativa de tu real conocimiento de la historiografía norteamericana. Lo que no decís, lo que falta es que vos misma te sitúes en el contexto historiográfico del país, y qué se había hecho en ese sentido aquí.*

**H.C.** Ni siquiera lo pensé, aunque de hecho era una especie de novedad, aplicarse al estudio de la historia norteamericana... salvo en el ámbito del derecho o de la legislación electoral. Cuando ya estaba afuera de la universidad, me encontré con Oberdan Caletti, que dirigía en Eudeba la colección Pensamiento Fundamental. Me preguntó si tenía algo que pudiera incluirse y le ofrecí mi *Turner*. Después de un tiempo, encontré una vieja edición española de la obra de Turner. Pero ya se había publicado mi librito que tuvo varias reediciones y entiendo que se leyó en las escuelas militares...

**C.S.** *Claro que después de esto tenías todo un horizonte abierto para pensar en la inmigración y el espacio, en las contiendas internas norteamericanas. ¿Te mostró una mirada diferente en relación con lo que conocías hasta ese momento?*

**H.C.** Claro que sí. Me dejé abonado el terreno, diría yo. Supongo que allí está la simiente de un trabajo mío posterior, *El miedo a la inmigración*, que presenté en el Primer Congreso sobre la Inmigración en Argentina, que se hizo en 1992. Y después lo editamos. En ese texto, la comparación con los Estados Unidos es reveladora y me sentí segura mostrando las diferencias. Las políticas migratorias, los destinos del inmigrante planteados sin eufemismos ni concesiones: me parece que esas pocas páginas lo muestran con precisión. Este primer Congreso fue pionero, y, a partir de entonces, los trabajos sobre migrantes y

migraciones en Argentina son un verdadero aluvión. Quiero destacar el trabajo del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericano (CEMLA) que creó inicialmente el padre Luis Favero, de la Orden Scalabriniana. Ellos se ocupan del tema migratorio en el mundo entero. Y aquí también. Pero desde el concepto inicial de crisol de razas, hoy se piensa en una identidad nacional que va lográndose por una interacción con la sociedad que consiente el desarrollo individual, y en la que prevalece la justicia acompañada por una esperanza de ascenso social.

Se dejaron de lado las generalizaciones de nuestra historia anterior y ahora se estudian mucho más detenidamente cada uno de los procesos migratorios que sólo tienen en común la necesidad que los impulsa a irse o a venirse. Todo lo demás, se estudia y se analiza. También puede ser que se deshumanice, en la medida en que se hace prevalecer el dato y el documento. Lo que intento desplegar es esa dupla de la extensión y la población que, al final, es lo que quería decir Sarmiento con su civilización y barbarie. La barbarie era el desierto, la tierra sin gente, y no sigo porque enseguida viene el tema de quién tenía que poblar esa tierra, y todo se complica. En los Estados Unidos, se plantea muy rápidamente en su historia, incluso antes de independizarse de Inglaterra. Son más de cuatro millones de personas las que viven en las trece colonias, cerca del mar, y las que deciden declararse independientes. Los pioneros, que fueron impulsando ese tránsito hacia las fronteras sucesivas, tienen una vigencia total por lo menos hasta finales de la Guerra de Secesión que también se aprovecha para perseguir a los últimos indígenas, o para arrinconarlos en reservaciones.

**C.S.** *Lo que también marcás en tu trabajo es la diferencia entre esa frontera americana y la europea, que es un área imprecisa de penetración limitada por accidentes geográficos –como montañas y ríos– pero no por líneas fortificadas. Ponés de relieve que la distribución de la tierra pública fue una cuestión de estado que aseguraba con legislación esa marcha continua hacia el Oeste, superando los particularismos regionales y formando poblaciones más o menos homogéneas. Y también que fue la válvula de escape de otras cuestiones que provocaría el acceso fluido de tantos emigrantes europeos. Así, nacionalidad, democracia e indi-*

*vidualismo coexistían de manera más o menos armoniosa.*

**H.C.** Sí, sin dudas. Y eso es lo que me incentivó para escribir ese trabajito sobre Turner y lo que instaló en mi retina el tema de la frontera. Claro que ahí también estaba el tema de la esclavitud que se me planteó muy fuertemente cuando intenté hacer el paralelo posible entre esas claves de frontera en nuestra historia y en la historia norteamericana. Y me puse a estudiar el tema de la Secesión, de la abolición, que me sumergió en el comienzo de la colonia, en la trata de esclavos, en el esfuerzo cuáquero por acabar con la trata, en la campaña abolicionista, en las limitaciones y diferencias que había en el Sur –que estaba muy lejos de ser homogéneo–. En fin, todas otras cuestiones que pude estudiar aquí y después durante seis meses en los Estados Unidos, primero en la Johns Hopkins University, después en la Biblioteca del Congreso y, finalmente, en Austin, Texas, donde hay un Centro de Estudios Latinoamericanos fabuloso. Allí volví a encontrarlo al doctor Arocena, dictando algo así como cultura española, con todas las comodidades que aquí no podían siquiera imaginarse.

**C.S.** *Antes de pasar a otras cuestiones, estuvimos pensando con María Inés en tu trabajo de tesis. Mientras sacás conclusiones acerca de los informes que hacían los diarios de la época sobre la Guerra de Secesión y sobre la cuestión con Paraguay que aquí se relaciona fuertemente con la opinión de que en Paraguay no se respetan los derechos fundamentales, no se advierte que hagas una crítica de esa información más detenida, explicando conexiones y versiones circulantes...*

**H.C.** Seguramente tienen razón. No se me ocurrió. Y ninguno de mis profesores me indicó esa carencia. La verdad es que no hay –o no había– una historia del periodismo argentino para guiarme en la búsqueda, de manera que me atenía a las líneas generales de los editoriales. Me parece que es un tema que sigue siendo preocupante. Ahora, hay trabajos excelentes en ese sentido. Estoy pensando en Sidicaro y su trabajo sobre los editoriales de *La Nación* o el trabajo de Saita sobre *Crítica*, que son dos joyas de referencia. Lo que yo hice fue tomar tres diarios importantes de ese momento, e identificar sus puntos de vista no sólo en relación

con la Guerra de Secesión sino con el problema de Perú que pide solidaridad americana para la realización de un Congreso donde se plantee la presencia de la flota española en las islas del guano. Para mí era pura novedad. Pero era evidente que se transcribían textos enteros de diarios ingleses para calificar la guerra norteamericana sin que apareciera un punto de vista claro en nuestra prensa, quiero decir, claramente abolicionista. Yo diría que durante los primeros dos años de la guerra, esa fue la actitud argentina, o la de la opinión rectora del país. Recién cuando empezó a verse que triunfaría el Norte, se habla de la gestión similar que debe cumplirse con Paraguay. Este tema es importante desde donde se lo mire. Aquello de Lincoln de que un país dividido no es una casa vale para captar que se jugaba la unificación de un gran país y que la esclavitud era una rémora que debía resolverse. Al mismo tiempo, el paralelo con la indefinición de nuestros límites, el tema de los ríos, y el de las *puertas de la tierra*, que viene desde tan lejos, todo se junta y se combina en el error de la guerra. Muchos lo entendieron así y, sin embargo, debieron asistir a esa carnicería. Estoy pensando en Urquiza, en los desbandes de su tropa y en el barón de Mauá que insistía en que la guerra era la peor de las opciones. Y, por otra parte, no hace falta ser historiadora para advertir cuál ha sido el destino del área mesopotámica a la vuelta del siglo.

**C.S.** *Vos hacés una cita que no es de Sarmiento sino de Alberdi, el otro gran olvidado, para entender la formación del estado nacional que dice: “El sentido de la guerra de Norteamérica no es el mismo que el de las guerras de Sudamérica, que el de México, Perú, El Plata, etc. Ella tiene por objeto la forma de gobierno porque ella nace de la intersección del gobierno actual y de la necesidad de gobierno que deban a sus formas la eficacia y poder que no tienen los otros.” Me parece una reflexión genial.*

**H.C.** Me da frío esa lucidez de Alberdi. Yo lo he leído mucho y he fichado cantidad de cosas suyas. Con Brasil, por ejemplo, a pesar de que es antibrasileño, entiende la complejidad de esa cuestión en Urquiza, a pesar de su derrota, porque piensa que allí estaba la clave de la unidad del Estado y el proyecto alternativo frente al puerto único de Buenos

Aires. Recuerdo también su tratado sobre los derechos de aduana, un libro voluminoso que es fruto del estudio que hace sobre cómo los Estados Unidos lograron la unificación de los estados iniciales y vencieron la resistencia del último estado rebelde. Del mismo modo, su oposición a la guerra, *El crimen de la guerra*, tiene una actualidad que va a mantenerse quién sabe hasta cuándo.

**C.S.** *Es muy interesante seguir la manera cómo vas entrelazando las cuestiones políticas con las territoriales, y las relaciones internacionales y es como si estuvieras también desmadejando la cuestión de la nacionalidad y la calidad que nos atribuimos de nación importante, con un destino diverso al de las pequeñas naciones. En ese mismo sentido, la decisión de apoyar al Norte de los Estados Unidos aparece como confirmando nuestra propia gestión ante Paraguay. Y, por otro lado, la idea de afirmación de la nacionalidad, por parte de Argentina, es una decisión que se apoya en la modalidad europea de incorporación territorial.*

**H.C.** Creo que tenés razón. De hecho, los yanquis mandan una misión a Inglaterra en representación del Norte, para explicar que se trataba de la unificación del estado y no de un ataque a los intereses particulares de los ingleses que, desde luego, tenían con el Sur una actitud muy colonialista, parecida a la que durante mucho tiempo tendremos los argentinos con el mercado inglés.

**C.S.** *Se me ocurre reflexionar sobre la producción académica de esos años, que me parece bastante restringida y de escasa circulación.*

**H.C.** Es cierto. De hecho, esta relación entre ambas historias no se conocía o no se mencionaba. De la época de Ravignani hay unas colecciones preciosas de libros norteamericanos, pero en ese momento todavía no se conocía ni a Whitaker, ni a Petersen, ni los libros de Scobie. Yo creo que este libro sobre la *Formación de la conciencia americana* aunque sea tan diversificado en su temática da un enfoque totalizador y entrelazado de las Américas, lejos de las claves imperialistas que se estilaban entonces y mucho más elocuente sobre las verdaderas problemáticas comunes.

**C.S.** *También es importante aparecer despojado del contexto institucional que casi nunca da cuenta de la realidad que es –me parece– el defecto de la historia de las relaciones internacionales que resulta muy formal y explica poco.*

**H.C.** El libro lo armé estando en Villa Gesell, en un hotel que se llamaba Italia. Mientras mis hijas iban a la playa y mi marido también, yo –que me había llevado mi maquinita de escribir– me instalaba a la sombra de los árboles del jardín y me di cuenta de que cabía este enfoque de tiempos diferentes pero de problemáticas afines.

**C.S.** *Ahora quiero preguntarte si alguna vez te planteaste como dilema usar o no el apellido de casada... porque gente de tu generación por lo general ha optado por eso.*

**H.C.** No creas que es una marca de crecimiento interior, de independencia o de ocultamiento. Una vez, salió un brulote contra mí en el diario *Azul y Blanco*, porque el doctor Auzá me había invitado a dar un seminario para graduados sobre la frontera norteamericana en la Universidad del Salvador. Y entonces, en primera página, publicaron un artículo titulado “Diálogo entre lobos y corderos” donde se me acusaba de criptojudía y de pertenecer a la Internacional Comunista...

**C.S.** *¿Porque ocultabas el apellido de tu marido?*

**H.C.** Claro. Pero esto tiene que ver con mi decisión de ponerme a estudiar y precisamente historia. Fui a la facultad después de diez años de casada ¿no te lo conté ya?, resultó que había una larga cola y me descompuse. Fui al otro día y casi me desmayo: me hicieron pasar a una oficina y quedó para otro día. Pero entonces descubrí que estaba embarazada. Y me enteré también de que podía anotarme con mi apellido de soltera y así fue como resulté siendo Hebe Clementi. No estoy eludiendo la respuesta pero la verdad es que en ese momento parecía una cuestión sólo formal y me complicaba demasiado rectificar los datos. Con la ayuda de mi madre que prácticamente estaba instalada en casa, y una mujer que venía para ayudarme de mañana, más la paciencia de mi marido y los malabarismos que hacía yo para estudiar de noche, encerrada en el baño o en la cocina, estudié sin parar y con un toque de

deleite. Dormía poco, es cierto, sigo durmiendo poco. Pero me sentía leve y dichosa.

**C.S.** *Es evidente que para vos estudiar y escribir sobre lo que sabés se ha constituido en tu ser mismo, es inseparable, así como para tu marido deben ser los libros, como librero o como editor.*

**H.C.** Algo de eso, sí. Cuando decidí entrar en la facultad, mi marido no se opuso y yo me ocupé de que ni se diera cuenta de que iba a algunas clases, sólo a las que era imposible en modo alguno faltar. Lo del librero, llegó más tarde. La primera Fausto, en Corrientes y Talcahuano, se inauguró en diciembre de 1953. Me acuerdo que nos fuimos a Mar del Plata y mi marido llamaba todos los días para ver cómo iban las ventas, para saber si la recaudación iba a alcanzar para pagar el alquiler. Así que no es oro todo lo que reluce. En cuanto a mis libros editados, es cierto, debo reconocerlo. Me editó, con generosidad, más bien a contrapelo. Mejor dicho, para ser más justa, me pareció a mí que lo hacía por piedad. De hecho, nunca o casi nunca he visto mis libros expuestos... pero esto ya es harina de otro costal. Por esa cosa rara que tiene la realidad, mis libritos sobre *Las fiestas patrias*, *Cuestiones de la historia argentina* o *El miedo a la inmigración* tienen varias reediciones. No sucedió lo mismo con los libros sobre la frontera y la verdad es que alguna vez me hubiera gustado ver los cuatro juntos en una vidriera. Nunca pude darme ese gusto. Pero existen, están, aunque ahora debe haber alguno agotado.

Yo siempre obré sola, sin tutelas y sin guías, de modo que asumo todos mis errores y los remito a mi capacidad crítica que no es poca. Pero que, sin embargo, no me impidió lanzarme cuando un tema me calentaba el corazón o me interesaba por una u otra razón. Lo que aparentemente empezó siendo espacio, límites, naciones incipientes, fue derivando hacia la cuestión de la esclavitud y sus horrores, y las dificultades y complejidades del tema, sobre todo en la historia norteamericana desde antes de la independencia cuando ya había muchos libertos trabajando por la independencia. Me pareció que la

comparación con América Latina se hacía necesaria. Y creo que esto ha sido pionero y todavía hoy sigo creyendo que fue un esfuerzo meritorio. Tuvo un tercer premio nacional y me lo entregó Leloir. Me dio alegría porque estaban los militares y no hubiera querido recibirlo de otras manos...





# Cultura como preludio y clave

---

12 de abril de 1999

**C.S.** *Hay algunos trabajos breves tuyos que queremos traer aquí porque, aunque han sido tempranos –como el de Jakob Burckhardt, Crisis y visión histórica (colección de Textos y Testimonios, Departamento de Prensa y Difusión de Filosofía y Letras, 1962)–. Y lo hacemos porque nos parece que hay una unidad muy fuerte con tus reflexiones posteriores, hasta las de hoy mismo diría. Recién hablábamos de tu discusión eterna con Torcuato Di Tella sobre la idea que él tiene de la inmigración –venían como si vinieran a un hotel donde se quedaban si les gustaba y si no, se iban– disenso que parte de tu propia experiencia y de tu condición de hija de inmigrantes, cuando decís que Di Tella representa el 1% de los inmigrantes mientras que vos hablás por el 99% restante. Tu tema también son los valores que para vos son constitutivos de la acción, un tema que también discutiste en mesas sobre formación de la Nación y que te valió más de un mal momento, hasta salir del lugar con lágrimas en los ojos.*

**H.C.** Sí, es cierto. Me pasó dos veces. Sentí que el enfoque que escuchaba era hiperintelectualizado, despojado de esa realidad carnal que era la vivencia de ser hijo de inmigrante o simplemente inmigrante... y yo creo, sigo creyendo, que aún reconociendo los grados diferentes, el sentimiento de pertenencia nos alcanza con fuerza a los hijos de inmigrantes. Nadie parece darse por enterado de la cuestión de que somos sujetos históricos: la historia nos pasa por dentro. Si no, ¿qué?

**C.S.** *De eso queríamos hablar. Para vos, el elemento evolutivo en la historia –si hay uno– no es un elemento en el sentido absoluto hegeliano sino una toma progresiva de conciencia. Burckhardt ve la cultura como la variable omnicomprendida de la problemática histórica, y su fracaso es lo determinante de la crisis. Y en este trabajo al que me refiero donde incluí textos sobre Constantino el Grande y el Renacimiento italiano, marcando las tres grandes fuerzas que estructuran la realidad –Estado, Religión y Cultura– concluís con la evidencia de que son elementos estáticos, movilizadas por la cultura que es la fuerza móvil que rige todo proceso histórico.*

**H.C.** Yo estoy reconstruyendo el momento en que escribí esas páginas, para usarlas en la cátedra de Introducción a la Historia, como una teoría de la historia centrada en el tema de la cultura. Y Burckhardt, precisamente, fue el primero en mostrar el cotejo entre Europa y Rusia. Él advierte que Rusia avanza sobre Europa con la posibilidad de acceder a su cultura y observa esa bifrontalidad en la Rusia asiática por un lado y la europea por el otro, que le viene desde el fondo de los tiempos pero que, hacia fines del siglo XIX es muy fuerte y provoca adhesión a los moldes nuevos de la modernidad.

**C.S.** *Estás puntualizando lo que yo encuentro como clave de tu enfoque de la historia, donde la cultura es un elemento más movilizador que las fuerzas económicas.*

**H.C.** Bueno, Burckhardt es un gran filósofo e historiador de la cultura que puede leerse sin conectarlo siquiera con su tiempo. Yo no lo compararía con Toynbee que nunca me sedujo: le daba un remate religioso a su historia que me resultaba impostado. Burckhardt, en cambio,

se lee como Tocqueville, y en cierto modo es bueno el paralelo. Porque lo que uno ve en Rusia, el otro lo advierte en América como cultura que no ha conocido nobleza ni reyes y que realmente puede ser una sociedad democrática.

**C.S.** *Y te voy a leer un párrafo que vos escribiste para que sirva de confirmación a lo que vengo diciéndote: "...la continuidad histórica consciente constituye la tradición y nos libera con relación a ella. Los únicos pueblos que renuncian a este privilegio de la conciencia histórica son los primitivos y los bárbaros civilizados, la continuidad espiritual constituida por la conciencia histórica es una preocupación primaria de la existencia del hombre ya que constituye la única prueba de la importancia de la duración de nuestra existencia. De ahí que debemos desear que la conciencia de esta continuidad se mantenga viva en nuestras mentes". Lo escribiste vos, así que no lo inventé yo.*

**H.C.** No, si no estoy diciendo eso. Pero no me das la fecha de ese escrito.

**C.S.** 1962.

**H.C.** Claro. Era un momento en que la teoría de la historia y la filosofía de la historia eran mi preocupación más importante. Que me duró mucho tiempo, porque el doctor Ángel Castellan también era buen teorizador, muy estudioso, y nos hizo volver a leer a Collingwood, Cassirer y a Karl Löwith, y no fue muy diferente el enfoque de Dujovne en Filosofía de la Historia. Era como asomarse a un mundo con sentido que luego la historia misma, como sucesión de hechos, desmentía. Pero subsistía aquello de que el motor era la cultura y que el cambio también llegaba desde la cultura. Últimamente, he estado leyendo a Nietzsche en sus *Consideraciones intempestivas sobre la historia*. Me parece genial su clasificación de la historia y el lugar que le da a la historia crítica que urge los cambios, organiza la protesta, remite a la pasión por el presente mejor.

**C.S.** *Pero Nietzsche también plantea una patología de la historia, cuando se la trae constantemente al presente sin permitirle que se convierta en pasado...*

**H.C.** Por eso mismo, esa es la historia por la que opta, que no es la que ofrecen los museos –perdón por el Museo Roca– y no los incluye a todos sino donde la cultura se ofrece muy recortada al intentar preservar lo que se guarda, cuanto más lustrado y vistoso mejor.

**C.S.** *Cancela la relación del pasado con el presente.*

**H.C.** Lo que Nietzsche dice es que la enfermedad histórica para él es que no consideran que el pasado es pasado y no es presente y que cuando se trae al presente es el recorte lo que eso trae, el pasado pasado. Me parece el aporte que incorpora la posmodernidad.

**C.S.** *El otro elemento fundamental que creemos es una clave en tu reflexión es el problema de las crisis, y no precisamente las crisis económicas. La crisis como evolución, como cambio inusitado en el orden del pensamiento y, por tanto, más relacionado con la cultura o la perversión de la cultura.*

**H.C.** Si la palabra *valores* tuviera mejor prensa de la que tiene hoy, creo que una crisis se hace presente cuando los valores se pierden como factores básicos de la configuración social. Deriva en crisis cuando faltan los valores alternativos. Es lo que nos está pasando ahora, en relación con la vida política. Hemos luchado para que se basara en la voluntad popular expresada en el voto, fundamento que también orienta el programa de los partidos y los planes de acción social. Esto tiene también una suerte de proyección mítica, creo que es el mito de la modernidad. Pero sucede que ya no sabemos qué es lo que estamos delegando, ni cómo controlar esa delegación. La teoría de la representatividad ya estaba en el *Contrato Social* de Rousseau, y en la claridad lógica de Stuart Mill... pero el descrédito hoy es muy fuerte y no alcanzan los afiches callejeros para paliarlo ni para devolvernos seguridad. Por eso ratifico la cuestión de los valores, a los que debiéramos poder invertir de esa lozanía que reguló nuestras instituciones hasta un determinado momento.

**C.S.** *Pero yo creo que la constitución de 1994 nos propuso formas de democracia semidirectas, que me parece que contemplan esas formas*

*viables de intervención del ciudadano, incluso para proponer leyes y repudiar otras, posibilidades que son enriquecedoras, que posibilitan, que abren y que, sin embargo, no se están aprovechando.*

**H.C.** No repudio esa posibilidad, pero me parece que está más en los papeles que en el espíritu público. Lo que estoy queriendo decir, en realidad, es que yo estoy sintiéndome diferente a la que era cuando prendió en mí el fervor político. Cuando pensaba con Cassirer, o con Collingwood, o Burckhardt, yo no entendía nada de política o mejor, la excluía de mi horizonte ideológico. No sé si lo dijimos. Pero yo era inocente en este sentido. Ya hablé de esto, pero en mi casa, con mi padre empleado jerárquico de ferrocarriles, que había participado en los trámites de la venta y que terminó renunciando por la guerra que le hacían los sindicalistas tratándolo de vendepatria o algo así, en mi casa –digo– no se era peronista. Lo veíamos ligado al nacionalismo extremo, antiinmigratorio, despectivo, etc. Esto era una realidad después del 30. Y más adelante, la renuencia a entrar en la guerra que también pudo juzgarse como una actitud favorable al nazismo.

Cuando entré a la facultad, exactamente en el 55, yo desde afuera creí que el peronismo estaba acabado. Y me encontré con la revisión total y con el ataque frontal a la Libertadora y a las autoridades que gobernaban la Universidad luego de la caída del primer peronismo. Después me atrapó el estudio y no participé de los movimientos estudiantiles, por falta de tiempo, de reflexión y de conexión. Esa distancia generacional que tenía con mis compañeros seguramente debe haber formado parte del rechazo, también. Y tampoco mis profesores me alertaron sobre el peso de lo político. Castellan, por ejemplo, había sido peronista de la primera hora pero se lo devoró su afán de erudición en filosofía de la historia y jamás se le escuchó una reflexión sobre el presente... Cassani, que fue profesor de Introducción a la Historia, hizo también un enfoque del idealismo kantiano y de Collingwood, más bien para desviarnos de la interpretación marxista posible que para darnos un panorama de la teoría histórica. Finalmente, Dujovne nos habló de los valores, de Croce, de Bergson: nos fascinaba, sabía tanto. Pero en ningún lado estaba el tema que hacía ulular las aulas y las asambleas. El presente no existía.

**C.S.** *Esto que decís es verdad, claro. Pero para los 60 ya no eran tan pobres (o no lo parecían) con librerías bien dotadas... digamos que –para entonces– tu vida había cambiado, cosa que retomaremos cuando vivas el corte que el 66 te pudo significar. Pero me parece que este mismo hecho tiene o tuvo para vos su lado malo. Porque en la medida en que no pasabas por las horcas caudinas de la comunidad académica, esta te ignora. Y tenías la consecuencia: no te citaban. No se trata de que fuera una determinación expresa ni deliberada, pero desaparecías del mapa académico.*

**H.C.** Admito que esta afirmación es lógica y que debe haber sido así. Pero no tanto. Primero, ¿quién habló de pobreza? Estrechez, moderación: esas serían palabras más adecuadas. Y, en todo caso, una sensación de esfuerzo porque tenía tres hijas chicas y quería llevar adelante mi proyecto personal contra viento y marea. Librerías, así en plural, en los 60 todavía no. Estaba la de Corrientes y Talcahuano, y había otra, muy chiquita, en Corrientes y Suipacha. La de Santa Fe se inauguró recién a fines del 69. Me parece que un poco de cronología viene bien. De todas formas, hasta el 66, de hecho, seguí atentamente el camino académico y cuando salí, el libro de *Rosas en la historia nacional* fue como el antídoto de mi posición real y de mi malestar por estar fuera del ámbito que tanto me había costado ganar. Fue escrito de acuerdo con todas las reglas aprendidas y sigue siendo un buen trabajo ordenador de la historiografía que conocíamos sobre Rosas. Al margen de que yo necesitaba para mí misma ese ordenamiento, frente al suceso de haber perdido otra vez la posibilidad de tener un gobierno democrático y la irrupción de Onganía, lo cierto es que el libro fue bien recibido y tuvo críticas excelentes. Incluso hace poco, el propio presidente de la Academia de Historia, que escribió el fascículo sobre Rosas, en la *Historia* que publicaba *Clarín*, cita mi libro. Debió llamarse *Rosas en la historiografía nacional*, pero el otro se consideró más *vendedor*. Seguramente a muchos les habrá parecido ingenuo, o reaccionario, pero estoy en grado de defender cada uno de mis juicios. Salvo que hoy sería mucho más cuidadosa con el tema del asedio extranjero al puerto, frente a lo que sé del resto de América y sobre el plan europeo de regresar América a su dominio... Dios sea loado. Es como el tema del Plan Cóndor

que se entiende si se lo estudia desde todos los lugares donde se repitió la misma conducta. Esto sería lo que hoy acentuaría. Lo cual no implica cambios en las demás circunstancias que allí se plantean y la modalidad de Rosas en el uso del poder...

Lo que más me dolió del trayecto político –por llamarlo de algún modo– que asumí en mi carrera universitaria fue que, en 1973, una especie de jurado del terror decidió quién volvía y quién no. Y sé que alguien –que después parece haberse arrepentido– dijo que lo mío era interesante pero no era lo que el país necesitaba para formar al alumnado. Me salvó el honor, y la voluntad de seguir, el hecho de que el doctor Barba me ofreció dictar Historia de América Contemporánea. Creo haberla dado de la mejor manera posible, sin claves absolutas como las que se usaban entonces, sobre la dependencia, el imperialismo y otras impugnaciones virulentas que reducían cada proceso a ese mismo horizonte de combate. Aún admitiendo la razón última que nos asiste en ese sentido, creo que desde la cátedra hay que dar el proceso que ha llevado a ese resultado para no obviar el trabajo de generaciones, que es lo que nos procura sentido comunitario y de pertenencia y eso es lo que queremos afirmar.

Te pongo un ejemplo, poco conocido y menos estudiado. En el mismo momento en que se decide la Triple Alianza contra Paraguay, se está dando la invasión española a las Islas del Guano que, en ese momento, le daban al Perú una riqueza equivalente a la del Potosí colonial. Y Perú reacciona convocando a un congreso latinoamericano que no llega a ninguna conclusión por la renuencia argentina y brasileña con respecto a alguna cláusula por la posesión de territorios... Chile es la única nación americana que reacciona vivamente contra ese atentado español. Un hecho que tuvo consecuencias rigurosas cuyas alternativas sólo se dan a conocer muy rara vez. Hay solamente un libro norteamericano completísimo, *The Last Conquistadores*, de Davis, que cuenta la historia de todo el proceso. Lo demás que leí está siempre parcializado en la historia de cada país involucrado y tanto peor si se lo toma desde la bibliografía española, y ni te cuento si proviene de la Armada. Y por otra parte, aunque sea poco conocido, es una coyuntura muy reveladora de lo que estaba pasando al promediar el siglo. Situación que Europa



aprovecha o trata de aprovechar, en la medida en que Estados Unidos está atravesando la Guerra de Secesión y, por lo tanto, no puede tomar represalias –que puede leerse ingenuamente como la Declaración de Monroe, en 1824– pero que funciona como una salvaguarda para el intento de retorno de Europa. La invasión tripartita a México es otro dato del mismo período. La invocación de Santo Domingo para volver a la subordinación de España. Los problemas en Cuba donde ha prendido la ideología krausista que estuvo manteniendo viva la revolución de 1868... y que va a terminar con una fuerte represión. El propio Martí, de 15 años, la padece y afortunadamente puede salir de la isla. Insisto en esta exhibición de codicia europea porque nunca pierdo de vista la realidad de América Latina que así se junta con el ideario de la primera independencia política y con los intentos de inaugurar sociedades respetuosas de los derechos individuales.

**C.S.** *Creo que en algún lugar lo que estás diciendo se conecta con la negación que se hace de la filosofía positivista que tuvo muy mala prensa por tan diversas razones concurrentes, que hizo que no apareciera siquiera en la historiografía. Sacando el libro de Ricaurte Soler, que es bastante incompleto, no hubo por mucho tiempo ningún trabajo expresivo de ese abordaje de la filosofía positivista. Yo diría que la razón está en la cuestión del dogma, que para el positivismo –si es que tuvo algún dogma– fue el de que, a través de los hechos, podía surgir una ley de comportamiento y ese canon no tenía que ver con ninguna ortodoxia y menos la católica, sino con una pretendida ciencia de la sociedad. Ley que, por otra parte, no podía incluirse en lo que se llamaban las ciencias duras, que habían ganado status de ciencia después de una dura lucha, siglos atrás.*

**H.C.** Por cierto, el planteo del positivismo inicial era estudiar el comportamiento de la sociedad, de donde se extraían leyes que podían conocerse y, por lo tanto, rectificarse o imponerse. Al Estado no podía interesarle ese planteo y a la Iglesia, tampoco. Sobre todo a fines de siglo, la postura de la cúpula católica era absolutamente negativa. Pero, de todos modos, es un proceso lento que va ganando los espíritus y que hace a la historia de las ideas. A mí me cautiva esto.

**C.S.** *Estamos otra vez en lo que decíamos antes, las claves explicativas de tus trabajos tienen esa cualidad, que me parece importante destacar.*

**H.C.** A propósito de esto, les cuento algo que me sucedió en estos días. Me llamaron de un canal para hablar sobre la crisis de 1890 a 1930, en nuestra historia. Me dijeron que iba a tener siete minutos de tiempo para exponer. Dije que sí, sobre todo para estimular esta cuestión de los documentos históricos que me parecen un instrumento valioso para interesar a la gente más joven en la historia. Y cuando fui, resultó que me dieron todo el tiempo que quisiera porque querían que caracterizara a Yrigoyen. No es que no pudiera hacerlo pero de entrada me desconcertó. Yo estaba ahí sentada, debajo de unos reflectores infernales, sin ningún referente enfrente, teniendo que hablar sobre la crisis del 90 tal como yo la entiendo y, sobre todo en relación con Yrigoyen y Alem, como una crisis de valores que hizo que toda la gente saliera a la calle, se armaran *cantones* de lucha y se encendiera la mecha pública. Tener que articular todo ese universo tan complejo, me agarró desprevenida y, de entrada, me hizo tectear. Porque pocas cosas hay más complicadas que ese momento. Si bien existía una crisis financiera, más inglesa que nuestra, la verdadera cuestión era el rechazo al sistema corrupto de las votaciones y la exigencia de que accedieran a la ciudadanía los hijos de inmigrantes, que se sentían y eran argentinos. El 1º de mayo de ese año habían salido a la calle los obreros y aunque no estuvieron todos los que ya venían conformando una conciencia obrera todavía sin rótulo, esto señalaba también la generalización de una crisis que no se puede explicar solamente por el crack de la Bolsa. La novela de Martel, que apareció poco después, es un testimonio muy valioso sobre este momento y una lectura atenta permite ver este contexto social de protesta aun cuando Martel aprovecha para detractar la presencia de los pobres de esta tierra... Y seguir adelante con la figura y la entidad ideológica de Yrigoyen no entraba en la perspectiva propuesta, desde ya. Hay un texto de Sarmiento, de 1887, extraído de un diario que nunca vi, *El Jardín*, que trae Halperín en uno de sus últimos trabajos, donde dice: “¿Qué pasaría si a cada inmigrante que baja, que llegue a esta tierra, se le dijera usted puede ser ciudadano, vote a quien quiera de

ahora en más, sin nacionalizarlo?” Aunque no lo dice, es el proceso que se siguió en los Estados Unidos donde, aunque bien se sabe que también había lugar para el fraude que armaban los *bosses* de los partidos organizados, a la segunda vez seguramente habían entendido cuáles eran sus intereses. Aquí, el movimiento socialista (que era fuerte desde el progresismo educativo que supieron articular desde el primer momento a través de grandes figuras) se organiza como partido político en 1896. El radicalismo le había ganado de mano, como consecuencia del desencanto del 90, y por la extensión que se daba a su credo, de modo que se organiza como partido en 1892 y tiene nexos importantes con las juventudes de las provincias... como puede comprobarse después, con los movimientos previos a la Reforma Universitaria.

**C.S.** *Sigo con lo mío. Voy a leerte un párrafo de tu trabajo sobre Burckhardt, referido a las crisis y las guerras. “Y muy especialmente las guerras actuales forman parte de una gran crisis general consideradas al margen de esta y de por sí no tienen la importancia ni el alcance de las verdaderas crisis, no sacan a la vida civil de sus carriles ni desplazan en lo más mínimo aquellas miserables existencias forzadas de que hablábamos. En cambio, estas guerras acarream consigo deudas enormes, es decir, van preparando la gran crisis para el mañana, su breve duración contribuye también a privarlas del valor verdadero de crisis, no tensan las fuerzas plenas de la desesperación. Sólo a través de ellas puede afectarse la verdadera renovación de la vida, es decir, la eliminación conciliatoria de lo viejo por algo nuevo y verdaderamente renovador”.*

**H.C.** Me rindo. Y acuerdo con el rescate, pero es como si exhumaras un texto soterrado allá lejos y hace tiempo. Sin embargo, late ese entendimiento complejo de la realidad que estudio, que me deriva invariablemente a la ensayística, aunque sin omitir la disciplina académica de información y la bibliografía. Pero me disparo en las conclusiones.

**C.S.** *Ahí es donde te equivocás, porque este es un trabajo esencialmente académico. Como lo es el del revisionismo histórico que aparece en una revista mejicana, ANGLIA, Anuario de Estudios*

Angloamericanos (*Univ. Autónoma de México, 1970*). Aquí, hacés una comparación muy interesante, entre el revisionismo nuestro y el de los Estados Unidos en relación con esa fractura que es la Guerra de Secesión, y en los dos enfoques tus argumentos son irrefutables, tus fuentes precisas, y tus observaciones tienen valor permanente.

**H.C.** Porque pongo el acento en la nostalgia de unos y otros, por un dominio de señores, patricios si se los quiere distinguir, que –desde sus propias seguridades– intentan describir un bienestar social inexistente, inventado. Los patricios norteamericanos edulcoran la esclavitud de su gente, como los *señores de la tierra* argentinos –que además tienen el arma preciosa de ser descendientes de españoles y gobernar el idioma– ven a su peonada con una mirada complacida y positiva. Así como el Sur norteamericano estaba fuertemente endeudado con Inglaterra (porque, a pesar de ser dueños del *King Cotton*, necesitaban los telares ingleses) y los hacendados se gastaban el dinero en pianos y otros lujos para sus mansiones, nuestros *gauchos patricios* tenían vajilla inglesa y telas inglesas y gustos ingleses. Salvo el mate, claro, y la carne, por supuesto. Creo que cabía y cabe el paralelo. Hace unos diez años, un grupo de gente de cultura muy notoria publicó una selección de ensayos en los que se explican las razones de esta adhesión. *I Take my Stand*, se llama el libro. Recuerdo a Penn Warren y sus razones inmersas en la poesía de un sur propio y negro.

**C.S.** Pero lo que quiero destacar, volviendo al tema de lo académico, es que vos hacés un diseño de cada escuela histórica y cómo nace la idea de nacionalidad, allá y acá. A ver si te acordás de Bancroft.

**H.C.** Sí, claro, hasta tengo su libro en casa porque se me ocurre que fue uno de los primeros que ofreció una construcción de la historia norteamericana, un poco equivalente a nuestro Mitre.

**C.S.** Es lo que decís aquí, pero agregás a Vicente Fidel López, con sus diferencias.

**H.C.** Bancroft destaca el significado de que las colonias británicas estuvieran abiertas a la inmigración desde siempre. Toda la gente que expulsaban de las guerras campesinas en Alemania, o en Europa Cen-

tral, resolvía el drama emigrando. Tierra no faltaba, y no estaban solos. Los irlandeses, los escoceses también cortaban por lo sano sus diferencias con el reino: emigraban. No hay interferencia alguna del tema del capitalismo en auge ni del imperialismo que emprenden las naciones europeas sino que su interés está en mostrar cómo se arquitectura la modalidad norteamericana menos contaminada, sin interferencias ideológicas. No pone el acento en la frontera, quizá porque en ese primer momento es inexistente. Hay mucho espacio para expandirse aún antes de llegar al Mississippi y la persecución religiosa, que en Europa sigue quemando brujas, allí se disipa. William Penn es católico y crea el área de Pennsylvania anunciando que recibirá a gente de cualquier creencia mientras que Boston –que podríamos llamar el ombligo de la nación futura –tiene sus preferencias aristocratizantes. Bancroft relata despaciosamente las primeras etapas de encuentro con territorios españoles y franceses y estuvo mucho tiempo en Nueva Orleans, en la boca del Mississippi, que era el lugar en el que desembocaban los franceses del Canadá hasta que los manejos diplomáticos y la fuerza de la población *americana europea* logra el repliegue... que, sin embargo, no acaba en la destrucción de ese bellísimo testimonio de ese pasado que es Nueva Orleans. A Bancroft se lo puede leer hoy sin escurrir un solo renglón, como sucedería con Mitre si no hubiera la reserva que impone su actuación política.

**C.S.** *Bueno, es un calificativo de tu trabajo. El paralelo está hecho sobre la base de que ambos se refieren a la construcción primaria de la nación. En cuanto a Vicente Fidel López frente a Bartolomé Mitre, ¿cuáles son las diferencias que ves?*

**H.C.** Salvando estilos, que seguramente se corresponden con el carácter de uno y de otro, López deja muy abierta la puerta de la construcción definitiva. Mitre, en cambio, va decidido a la gran historia que sólo su propio diseño va a asegurar.

**C.S.** *A mí me parece que mirando a Mitre desde esta distancia de hoy, es él quien impone el mito de la nación preexistente frente a las provincias, y marca toda la historiografía posterior cuando habla de la*

*anarquía del año 20, como una ruptura a la nación previa. Creo que el trabajo de Noemí Goldman, últimamente, logra construir un discurso diferente y encara otros horizontes.*

**H.C.** Lo que yo creo es que los matices que propone Bancroft —mucho más ricos y elocuentes— derivan del hecho de que encontró un material documental enormemente más nutrido en esas primeras trece colonias. Ahí, en 1776, en el momento de la Independencia, había cuatro millones de habitantes, entre los cuales se encontraban migrantes voluntarios que no querían volver, negros libertos y luchadores sociales en busca de una sociedad libre y pacífica que adhieren a la decisión de la Independencia. No necesito decirte que la Universidad de Harvard es anterior al primer arranque. Las luchas contra los indios todavía no tienen la crudeza que van a tener más tarde, cuando empiecen a apoderarse de las tierras que hay al otro lado del Mississippi, de modo que los avances están reasegurados porque nunca son totalmente aislados, el vínculo con las ciudades existe, y configura una posibilidad de trabajo rentable a través de distinto tipo de explotaciones. Los valores religiosos son también muy fuertes, cualquiera sea la denominación, anglicana o no. Pero nunca son excluyentes. Salvo el caso de los mormones que son discriminados de forma feroz y por eso mismo buscan un área totalmente desolada junto al lago Utah, pero esto ya es hacia 1830, una fecha en la que también aparece una especie de partido político, los *know-nothing*, que repudiaban la mezcolanza de razas y creencias, y que son una suerte de protonacionalistas, muchas veces violentos. Es el mismo momento en que no permiten establecerse a los jesuitas y el *Boston College* de Boston tiene testimonios de eso. Se construyó sobre tierras que Boston destinaba a una cárcel pero finalmente se concedió a la Orden Jesuítica, a cambio de un compromiso de prescindencia en la querrela por el territorio mejicano que queda en poder de los Estados Unidos, después de la Guerra de Texas.

Pero se me ocurre comparar esa situación que describo al principio con lo que ocurre en Gaiman, si es que alguien ha estado en Trelew. Allí la gente es toda igualita, como si fueran hermanos de leche. La migración fue orientada por un sacerdote que buscaba un lugar donde pudieran practicar los principios religiosos sin intermediación de profanos o

diferentes. A pesar de que recibieron ayuda en dos ocasiones por parte del gobierno argentino, y seguramente porque se trataba de norteamericanos o ingleses, lo cierto es que sufrieron bastante al principio. Hoy es un lugar sonriente, cerrado, recoleto. Galés. No creo que nadie –o lo desconozco– haya podido hacer un estudio de la posible miscegenación con otras procedencias. Sería bueno hacerlo. Insisto, esta clave de cómo se recibe y se incorpora a la inmigración es la que todavía debemos indagar con mucha mayor amplitud.

En cuanto a Mitre, para volver a la construcción de nuestra historia, me parece que da por hecho lo que está por hacerse, no se revisa a sí mismo en ningún momento y es –sin duda– un gran escritor. Pero prefiero leer *Recuerdos de provincia* para aprender cómo era la vida en aquella época en una provincia y en un hogar, ¿cómo lo calificaríamos?... sería difícil, pero tiene que ver con la organización del poder, el trabajo de la mujer, el lugar del clero... explica mucho más que una guerra o una cifra de exportación. Y del mismo modo, leer a Álvaro Barros, por ejemplo, o a Ebelot, permite conocer mucho más de la guerra de fronteras que los partes militares.

**C.S.** *Y yo estoy pensando en Una excursión a los indios ranqueles, de Mansilla, que nos deja diferentes una vez que la hemos leído...*

**H.C.** Es por todo esto sumado que no puedo deglutir las historias generales y en cambio sí la *Historia de la literatura argentina*, de Ricardo Rojas... porque tiene esa unidad fragmentada que es la misma que arroja la historia, mezclada con el paisaje y con lo americano que te abre todos los poros. No me olvido el *Silabario* o *Eurindia*, que debieran ser lecturas obligatorias. Ni tampoco me olvido de José Luis Romero. Pero con ese Rojas, que no es el de *La restauración nacionalista* ni el de *El santo de la espada* creo que se puede enseñar nuestra historia al menos en la escuela primaria, para construir nuestra conciencia colectiva. Y noto cada vez más que las historias de las ideas son más formativas, dan más razones para sentirnos lo que somos.

**C.S.** *Me gustaría que nos detuviéramos en esto, porque es una forma de ver cómo se construye la nacionalidad y qué porción le toca a*

*la literatura para expresarlo, quizá más que a una historia preconstruida.*

**H.C.** Bueno, creo que es así. Pero reitero, una sociedad, si es realmente democrática, debe tener levadura para crecer, para absorber algunas diferencias, para reconocer identidades. A los latinoamericanos nos corresponde ese horizonte de diversidad, quizá más que a los europeos, aunque la historia más reciente está mostrando que tampoco escapan a estas cuestiones y cómo está creciendo la discriminación hacia el diferente, a espaldas de todas las formulaciones de los derechos humanos. Es como una pendiente que nos deja sin resuello pero a la vez nos restaura las fuerzas para seguir bregando. Por eso, yo haría leer a todo el mundo el trabajo de Alejandro Korn, *La libertad creadora*, sin apoyaturas críticas que muestren su escuela o que lo ubiquen en una reacción contra el positivismo y quizá también contra José Ingenieros y sus seguidores. No es por eso, sino por la manera de afirmar la libertad de creer y de obrar, y los límites que la creación pone y, en última instancia, la ética resuelve. Me parece que estoy haciendo una buena ensalada pero insisto, es la forma de conquistar una sensibilidad histórica válida para seguir siendo sujetos históricos en este mundo globalizado que, sin dudas, nos ofrece cada día una cuestión paradójica e impensable dentro de los moldes tradicionales.

Tenemos que acostumbrarnos a pensar que organizarnos ha costado generaciones, sufrimientos y equivocaciones. También hubo algunos logros que tenemos que aprender a defender. Y en este sentido el *positivismo* en general, como actitud hacia la ciencia y hacia la sociedad, ha cumplido un gran papel como generador de posibilidades, afianzador de condiciones, renovador de instituciones, protector de un genuino funcionamiento de los ámbitos deliberativos... en esto creo que el ejercicio más alentador es revisar el índice de la revista de José Ingenieros y digo el índice que fue realizado bajo la dirección y la idea de Hugo Eduardo Biagini: una lectura que desmiente las exageraciones que rodean la acción y la política de Ingenieros. Allí aparece lo más grande del pensamiento filosófico y científico de fines del siglo pasado, no solamente en su campo sino en el filosófico en general y en los nuevos caminos que se abren a la indagación sistemática. En cuanto a lo demás, su denostada *Historia de las ideas* es verdad que no se sostiene por su



campaña emblemática contra la intervención de la Iglesia Católica. Que, por otra parte, en las dos últimas décadas del siglo XIX fue estrictamente dogmática y querellante. El positivismo, el anticlericalismo y la masonería eran tres enemigos poderosos que contaban con el tiempo nuevo y la ciencia para imponerse por encima de la actitud dogmática y el *Syllabus* antiliberal que más vale no leer pero que sirvió como anatema a cuanta posibilidad planteara la nueva concepción de la vida social. Con lo cual nadie piense que lo digo desde una actitud anticatólica sino para mostrar cómo se extrapolan las verdades cuando el punto de vista se hace tajante y autoritario.

**C.S.** *Esto tiene que ver con lo que vos definís como nueva escuela histórica, un nuevo revisionismo que implica repensar los problemas de la historia nacional y del Estado nacional. Este proceso fue el que intentaste con la figura de Rosas, expurgado de los tintes sangrientos y los episodios mazorqueros para centrarte en el manejo político de la Confederación y en la política exterior que, de alguna manera, afianza lo criollo en el rechazo a lo foráneo y con esto la nacionalidad hispano-criolla, pero descuida otras constantes de nuestra formación incipiente: la escasa población, y la educación necesaria para formar cuadros que sostuvieran a esta nación incipiente. Y de esta forma también vuelve a capitalizarse al Rosas político en su incesante tanteo con referencia a Montevideo, Paraguay o los propios indios del sur pampeano.*

*Y reuniendo todo ese esfuerzo de compilar documentación y cotejarla con la realidad, van dando una lógica que produce un tipo de conocimiento. Eso es metodología, o a eso me refiero cuando insisto en que vos inauguras, en cierto modo, ese esfuerzo y que la comparación entre producción historiográfica argentina y norteamericana lleva este signo de renovación metodológica.*

**H.C.** Yo no lo pensé mientras lo hacía pero fue surgiendo con bastante claridad. El revisionismo histórico tradicional encuentra que lo inicial es el hombre de campo, el dueño de la tierra, el que domina su cabalgadura, y es un señor. El peón de campo no entra en el cuadro. Y el señor del Sur de Estados Unidos se sentía demócrata como el que más, porque la pertenencia a la sociedad la daba la acción comunal, que nunca faltaba,

tanto en el Norte como en el Sur, heredada de la acción comunal inglesa. El hecho de que esto quedara intacto, cristalizado, sin adecuarse a los cambios, y generando esa confrontación Norte-Sur que se venía evitando a través de casi medio siglo ponía la esclavitud en el centro de la contienda pero también como excusa, como si no existieran en tanto sujetos históricos sino sólo como instrumentos de labranza, y probables sujetos de una expansión hacia el Caribe (ya dije que los plantadores cubanos veían con buenos ojos este crecimiento posible) o bien el Amazonas que todavía estaba apenas explorado... El Norte veía venir las dificultades pero, al mismo tiempo, la resolución de la expansión posible hacia el oeste y el sur había sido facilitada por el Tratado de Clayton-Bulwer que consentía una especie de *statu quo* en el tema del istmo de Panamá. Por otra parte, hay en los Estados Unidos un movimiento fervoroso impulsado por cuáqueros y masones por igual, en función del abolicionismo sin más. El gobierno, los gobiernos, nunca son tajantes en sus resoluciones. Y la política de Lincoln fue mucho menos directa de lo que se piensa desde lejos. El caso es que los que buscaron la ruptura fueron los sureños.

Pero me estoy yendo por las ramas. El revisionismo del que hablo en el artículo nace en los años 30, tanto en los Estados Unidos como entre nosotros. En los Estados Unidos, está motivado por la crisis económica del 30, la penuria del campo, el cierre del mercado británico y el temor que crece en relación con el comportamiento de los negros. Porque después de combatir en la Guerra han regresado a sus hogares con el convencimiento de que la libertad de la que supuestamente gozaron desde 1867 no les ha evitado una discriminación constante, que han vivido en las filas y en el frente... de modo que la insubordinación prende y crece, y no hay manera de detenerla. Ahí es cuando surge este revisionismo edulcorado que presenta al negro educado por el amo blanco y elude expresar la violencia. Habían encontrado muchas formas de mantener la discriminación, sobre todo el examen para facultarlos al voto. Esta es una época que se designa como la de *Jim Crow*, un apodo despectivo para el liberto analfabeto y despreciado o, por lo menos, arrinconado. En adelante, no va a ser así, porque ellos mismos serán los que busquen el territorio de la igualdad. Un proceso que trata de frenar

el Ku-Klux-Klan pero que, al cabo de la Segunda Guerra, y bajo el liderazgo de Martin Luther King, ya no tendrá vallas. Hoy, los mismos africanos cultos, hablan de la *diáspora* y no de la esclavitud, con lo cual borran o escamotean las memorias de siglos de ignominia. Estamos en el buen camino, pero hay mucho que andar todavía y creo que es en los Estados Unidos donde se ha hecho más en este sentido. Esto es incuestionable, si se lo compara con cualquiera de los demás países americanos donde hubo negros desde el primer momento del descubrimiento y la conquista. No es un paraíso, claro, pero se han logrado grandes cambios.

**C.S.** *Me parece importante destacar que esta comparación entre los dos procesos de construcción de la nacionalidad, se suma a la de la secesión que se dio también en nuestro país, con Buenos Aires separada de la Confederación, un tema poco trabajado en nuestra historia en estos términos, salvo quizá el trabajo de Scobie, que fue un gran conocedor de nuestra historia. Y en una tercera opción, hablás de la recuperación del liberalismo en la medida en que arrecia en los Estados Unidos la percepción de la discriminación subsistente y, entre nosotros, el alistamiento en la lucha contra el recrudescimiento de un nacionalismo a ultranza, inspirado ahora no en las montoneras sino en el nacionalismo francés antirrevolucionario, que exalta las bondades de la monarquía. Me refiero a Charles Maurras, que aquí tuvo tantos buenos amigos, empezando por los hermanos Irazusta que vuelven de Europa con lecturas importantes de Burke (que marcás en tu libro sobre Rosas) y, sobre todo, de Charles Maurras.*

**H.C.** Es verdad, parecería que estamos dando vuelta siempre a las mismas cosas pero precisamente allí está el *quid* de la cuestión. El nacionalismo recrudescido en los años 30 está amparado, por un lado, en el fascismo que triunfa en Europa y también en la ideología del Ejército argentino que se inspira en la formación perfecta del ejército alemán en particular y en la detracción de lo político. Porque lo político, se dice, trae desorden, promueve cambios no buscados, insiste en la igualdad como norma democrática, auspicia la enseñanza gratuita, obligatoria y laica y establece el voto indiscriminado. Y ahí está el radicalismo en el

poder, a pesar de la Cámara de Senadores opositora que, en 1928, vuelve a triunfar nada menos que con una segunda presidencia de Yrigoyen. Aquí hay que ver los diarios opositores para tener una idea cabal de los términos de la oposición a Yrigoyen y de lo que representa en relación con la totalidad del electorado. Hasta *La Vanguardia*, el órgano del partido socialista, está en contra de la pueblada que supone que puede llegar a ser otro gobierno radical. Hay que leer *La Fronda* de esos días para tener la medida de ese fascismo impenitente que está palpitando. Y si se lee *La Época*, el diario radical tradicional, no se advierten complicaciones y todos son buenos augurios mientras que en *La Nueva República*, el diario de los hermanos Irazusta, se postula limitar las escuelas secundarias, la reinstalación del latín y del griego en los planes de estudio, al Presidente lo llaman *el Peludo* y además lo tildan de *rojo* por no haber combatido la Reforma Universitaria. Para ellos, la Reforma es la que genera la permanencia del comunismo en las aulas universitarias y la que sostiene un anticlericalismo que es la contrapartida de la religión.

**C.S.** *El tema central del ataque de ese revisionismo que no queremos calificar es el liberalismo. Aparece como vendepatria, negador de la pertenencia y modalidad propia, protector de judíos y de la banca judía internacional... en fin, una serie de lugares comunes que se instalan en la conciencia colectiva y llevan la oscuridad respecto de los riesgos y de las medidas atinadas que el gobierno de Yrigoyen está tomando frente a los cambios que se suceden, que nos hubiera evitado el Pacto Roca-Runciman, y que se desestima sin analizar. Vienen épocas duras en todo el mundo, con desocupación y cambios tecnológicos muy evidentes, aparte de la crisis posterior que abarca a toda Europa y a los Estados Unidos. Esa desestimación del liberalismo político y económico fue instrumentada de tal manera que todavía hoy perdura. Ahora se le ha antepuesto el prefijo neo de modo que el neoliberalismo aparece siendo el culpable de todo lo malo que pasa en la sociedad actual. No es cuestión de denominaciones, digamos, sino de circulación de ideas equivocadas, de preceptos dogmáticos, de advertencias mediatizadas por un aparato de poder que impide llegar al meollo de la verdad o de las*

*verdades. Me decido por leer una cita que vos hacés en ese artículo, de Penn Warren –uno de los que aparecen en el libro I Take My Stand–, sobre el Sur norteamericano. Dice: “Sin capacidad de aceptar el pasado, no se puede tener esperanza de futuro, porque este resurgir del pasado para ubicar las ambigüedades del presente, no debe derrotarnos para hallar un sentido en la historia y en la realidad que vivimos”. Y para cerrar este debate acerca de los revisionismos y sus restos y de la posibilidad de crecimiento que el pasado nos ofrece si sabemos mirarlo, voy a citar una crítica bibliográfica de marzo de 1971, que te hizo Gregorio Caro Figueroa, en El Tribuno de Salta, que me dio María Inés. Primero, hay un elogio por el tratamiento cuidadoso del tema pero por ahí dice que la historiografía liberal es una justificación nacional de los intereses de la burguesía comercial porteña de su política y de sus hombres, y que –en cambio– el revisionismo rosista también busca justificar los intereses pero... del saladerismo porteño. En cambio, en los 30, aparece un arquetipo de la Argentina, basado en el orden de la estancia y de un poder fuerte. Y la otra crítica que te hace es que tu trabajo está básicamente sustentado en alguien por quien vos tenés una fascinación, que es Irazusta... lo cual le da un sesgo que permite ver el revisionismo como un movimiento también heterogéneo, en el cual hay distintas posiciones de autores y en cambio prevalece la visión omnicomprensiva de Irazusta. Dice: “Gran parte del trabajo de Clementi está consagrado a la obra de Irazusta, a la que anota prolijamente y confronta con aportes provenientes de otros campos. La autora admite en su balance el proceso de formación de otros autores y del pensamiento de cada uno”.*

**H.C.** Gregorio ha sido bastante tiempo secretario de redacción de *Todo es Historia* y también redactor de *El Tribuno*, de Salta. Yo leí en su momento ese artículo y, en general, me pareció elogioso. Ahora bien, de su primera observación tomo lo que dice a favor, en el sentido de que he elegido elementos documentales válidos. Lo segundo, *que no consigo mostrar las relaciones entre la política y la historia*, lo lleva a afirmar que no termino de entender que la historiografía liberal es una justificación nacional de los intereses de la burguesía comercial porteña, de su política y de sus hombres. El revisionismo rosista también busca justificar los intereses del saladerismo porteño en tanto que, en los años 30, se trata

del arquetipo de la Argentina basada en la estancia y en el poder fuerte. Aunque es cierto que esas relaciones no están claras, tampoco me lo propuse porque el libro es un ordenador de la historiografía rosista en el tiempo y en las posiciones. Pero no puedo dar como valor unívoco el tema de la protección de la burguesía comercial porteña. Estoy pensando que los proyectos de país anteriores y posteriores a Rosas tuvieron dimensiones más amplias que surtir a la oligarquía. Y el negocio estuvo allí desde lejos, antes de Mayo... me parece que Sarmiento y Avellaneda están ahí, como dos islotes en medio de las fuerzas del mitrismo y del roquismo después, y no eran precisamente ganaderos litoraleños... En cuanto a la *creación* que intenta Mitre, me parece muy marcada por las búsquedas europeas, es tardío en reaccionar ante la invasión conjunta a México, como lo será con el tema del guano en Perú. Y, por otro lado, la cuestión de qué hizo Rosas a lo largo de su gobierno sino facilitar a los hacendados bonaerenses la exportación de cueros y tasajo, y encima no cobrarles aduana, hasta el punto de que lo empobrecieron, a cambio del apoyo que le daban... Su tan famosa Ley de Aduana que hubiera desatado la intervención europea, me parece una ley nacida para morir... y no hizo nada por actualizarla pasado el momento crítico. Pero no me parece una culpa frente a la confusión generalizada que viene llegando. Aunque también está su política con la Banda Oriental, tan falaz y tan astuta a la vez, que especula obviamente con la recuperación del área y, del mismo modo, está a punto de entrar en guerra con Paraguay por variadas razones. Se puede decir que igualmente fuimos a la guerra después... y es cierto. Pero en tiempos de Rosas cabía que prestara al Litoral la atención que merecía y no lo hizo. Finalmente, estoy discutiendo el rótulo de liberal y no la política de Rosas cuyas dificultades entiendo bien y a quien descalifico por mazorquero. Tuvimos mazorqueros hace poco tiempo, también. En cuanto a lo que decís de Irazusta, a mucha honra. Es una pluma fina, y cuando lee a Burke y se esfuerza por compararlo con Rosas y la cuestión de gobernar en América, me conmueve su adhesión al libro, a Europa, a la *extranjería*... en cambio, qué bien leemos su librito sobre el capital inglés en la Argentina, un tiempo después. Pero sigo pensando que la apoyatura que pide a Burke para justificar la centralidad de Rosas es una picardía. Mostrar la

disparidad injustificable no resiste la comparación. Pero yo respeto a la gente que merece respeto y por eso Irazusta, por sus libros, por su señorío, porque formó a gente importante en la Universidad de Cuyo –talentos de por sí, digamos, porque el talento no se enseña– por su incidencia en el orden de los días y su ecuanimidad final.

**C.S.** *Hay otra crítica, que menciona tu abstención de tratar algunos autores como Puiggrós, Oliver u Ortega Peña.*

**H.C.** Quizá es cierto. El libro está a mitad de camino o se queda a mitad de camino. Ya te expliqué que me puse a estudiar a Rosas y la historiografía después del 66, cuando estaba afuera de la facultad y lo hice porque era consciente de que lo poco que habíamos estudiado en Historia Argentina había sido como dando por sentado los errores del rosismo. Leímos a Ferré, leímos los tratados en la colección Ravignani, leímos el trabajo de Barba en relación con *Facundo*, y leímos a Miron Burguin a quien cito en mi libro, porque me pareció un libro serio y confiable. En algún lugar de extracción nacionalista, no recuerdo cuál, leí una crítica horrible al libro que calificaba a Burguin de judío hipócrita, lo digo para que se vea cómo era de antagónico el tema. Mi intención fue clarificarme y después vino la posibilidad de editarlo. Y he vuelto a pensarlo cuando Yrigoyen tuvo tanta oposición en los años 20, y cuando hay un resurgimiento del rosismo también en el área del pensamiento radical. Creo, me parece, que mi intención quedó cubierta aunque no es el trabajo de mi vida, por supuesto, pero me dio ciertas seguridades por haber compulsado prolijamente lo que leía, cosa que mientras se está en el farrago de cursar materias no siempre se puede. Si en algo me equivoqué entonces, y admitiendo que mis reflexiones me hicieron cambiar algunas convicciones, sigo siendo decididamente antirrosista y detestando el autoritarismo personalista.

## A propósito de las fronteras

---

3 de mayo de 1999

**C.S.** *Hoy vamos a introducirnos en los cuatro volúmenes que conforman tu trabajo sobre la frontera en América, pasando por artículos previos en los que se fueron enlazando modelos de espacio con la historia conocida y la política, hasta alcanzar esta nueva manera de pensar el espacio y las prácticas políticas y culturales, en América Latina, que aparece en tus cuatro libros. Reiteremos cuándo escribiste este trabajo o cuándo se publicó.*

**H.C.** Bueno, la respuesta va a ser larga. Algunas cosas hemos ido desgranando, pero yo siento que la escritura en sí me llevó dos años, empezó a publicarse en 1986 y terminó en el 88, por razones editoriales. Yo entregué el trabajo completo. Ahora bien, tal como señalás, en el medio de eso, hay una larga serie de trabajos que fui presentando en diversas ocasiones y que revelan ese avance en tiempos y situaciones que luego me permitió acceder a una interpretación global.



**C.S.** *Me parece que el tema de la frontera había sido hasta ese momento un tema profundamente ideologizado y militarizado por el Ejército y por las instituciones estatales, como una legitimación de su accionar y de su existencia, hasta de la justificación de sus accesos al poder, por considerarse moralmente más responsables de los órdenes políticos en la medida en que estuvieron a cargo de la defensa del territorio y de la modernización de sus cuadros sobre esta misma base defensiva. Lo que resulta novedoso y esclarecedor es el enfoque comparativo que te consiente tomar la frontera en América, desde la América del Norte, pasando por México, el Caribe y América Central, hasta la América del Sur y las diferencias entre Brasil y Argentina.*

**H.C.** Yo creo haber sorteado el riesgo de la banalización en el primer volumen, que dedico a precisar los diversos tipos de frontera con que se encuentra el estudioso, siguiendo el proceso americano desde el principio. Es decir, como frontera de Europa, primero, como fruto directo del descubrimiento y la apropiación del territorio, visto a la luz de la ignorancia y el sucesivo develamiento. La segunda frontera, que es la interior, y que trata de explicar las dificultades de la expansión interna y las explotaciones mineras y de plantaciones, las conductas seguidas con los aborígenes, la trata de esclavos negros, etc., y los espacios interiores que quedan por descubrir, hasta los albores de la independencia que ubicaríamos a fines del siglo XVIII y a lo largo del XIX. Finalmente, la tercera frontera que es la que todavía estamos forjando, y que debería ser la conciencia de la unidad americana. Que sólo alcanzaremos cuando quede definida nuestra identidad americana, mestiza por historia y por continuidad, y que es una frontera casi diría íntima, convencida, que se apropia de un destino que nos cabe. Y para lograr ese diseño, superando los discursos apologéticos, partidistas o economicistas, trabajé largos años, en distintos sectores del paquete que luego consigo configurar, y sin sentir la urgencia de esa propuesta unificadora. Aquí viene lo que decías antes, los trabajos previos. Pero entonces, debo volver a la Asociación de Estudios Americanos que se fundó en 1966 con la gestión del profesor americano: por primera vez en la historia de nuestra universidad, dio un curso de historia de los Estados Unidos. Ya te había contado que trajo dos baúles llenos de libros de distintas corrientes, excelentes y que el Departamento

de Historia me designó para ser su asistente. Tradujimos a pasto y editamos unos cuadernillos que no estaban nada mal. Esto fue durante la época del doctor Illia y la Asociación, dentro del clima de tolerancia política que se vivía, encontró apoyo en institutos como el Ravignani, en Historia, y el de Letras, a través del doctor Delfín Leocadio Garasa. La base de entendimiento o la propuesta era la utilización de un espíritu comparativo. Mi primera opción fue sobre la idea de frontera en Turner que terminó siendo la semilla del libro más tarde editado en Eudeba. La segunda ponencia fue sobre el mito agrario en Norteamérica, obviamente en relación con el proceso inmigratorio, las diferencias del espacio, la esclavitud en el sur, pero prevalecía esa fuerza directriz que se apoyaba en las leyes de la tierra. La comparación con nuestro proceso es realmente desoladora, sobre todo si se lee uno de los únicos tratados en circulación entonces, de Cárcano. El canon aplicado a los inmigrantes me hizo avanzar sobre la modalidad de Jackson que, por un lado, tuvo una conducta salvaje con los indios del área sudeste pero, por el otro, exaltó la posibilidad del *common man* y acabó con la República Patricia que representaron hasta ese momento los sucesivos presidentes norteamericanos. Luego vino mi salida de la universidad, como consecuencia de *la noche de los bastones largos*. La Asociación se transformó, para mí, en el único anclaje con la universidad. Allí, me puse a trabajar sobre Rosas pero, al mismo tiempo, y siguiendo el tema de la tierra y la unidad de la nación, apareció el tema posible de comparación de la década de secesión que nos es más o menos común. Desde Caseros a Pavón hubo, en realidad, una secesión. Lo estudió Scobie en nuestra historia, quizá como ninguno antes, pero la idea mía de comparar se basaba en el tiempo histórico, que era más o menos el mismo. Sin embargo, me encontré con la esclavitud que cambia totalmente la cuestión. Y fue entonces cuando me puse a estudiar la abolición de la esclavitud, allá, en los Estados Unidos, pensándolo ya como argumento de tesis. Mientras tanto, seguían dándose las reuniones institucionales anuales de la Asociación. Mi ponencia siguiente fue "Panamá, 1903" que, en realidad, tenía conexión con el avance del poderío norteamericano desde el Tratado de Clayton-Bulwer y la construcción del canal y el conflicto con Walker en Nicaragua... toda una temática novísima que

pude estudiar con claridad a partir de la batería documental oficial que hay en la Biblioteca del Instituto de Investigaciones Ravignani, a la que pude acceder por la enorme gentileza de Caillet Bois, de su mujer –Amalia– y de la bibliotecaria que es una persona encantadora y comprensiva. Es un trabajo que se abre sobre el nuevo siglo y cierra el anterior y que cronológicamente coincide con el Abrazo del Estrecho en nuestro Sur y con el acuerdo de la Guerra del Salitre... demasiados acuerdos, diría, si no fuera que la repartición de áreas entre los dos grandes era una confirmación. En adelante, el Caribe dejaría de ser territorio vedado a los norteamericanos. Y en esto estaba involucrado el destino de Cuba, perla de la corona española que se pierde en 1898. El trabajo tuvo mucha aceptación. Estábamos en Mendoza y la Universidad de Cuyo auspiciaba el congreso. Me acuerdo de haberlo escuchado a Barba, con esa presencia de gaucho imponente que tenía, contando chistes que nos hicieron reír a carcajadas. Yo no le conocía esa faceta pero los que habían sido discípulos suyos en La Plata sabían bien que Barba era gran contador de cuentos. Me refiero a Segretti, a Pérez Guilhou, a Zuleta Álvarez, a quienes aprendí a apreciar como profesionales y como personas. Ellos también a mí, me parece, por encima de las diferencias. Porque en ese momento estábamos unidos por el espíritu de las ponencias que, sobre la clave de la comprensión, iban dando un panorama mucho más extenso a nuestros horizontes de ideas. Usando la metáfora a tiro, abrían las fronteras del entendimiento.

**C.S.** *¿Y cómo fue que fuiste a Mendoza? Es raro en vos que hayas viajado.*

**H.C.** Cuánta razón hay en esa pregunta. Fue la primera vez que me fui de casa, dos días. Y me volví antes, viajé el sábado a la noche y llegué el domingo a la mañana. Se quedó mi madre, como mi ángel guardián, y mi marido con cara de pocos amigos, aunque disimulando, y no sé... siento hasta hoy la culpa de haberme ido, de no haber estado. Creo que ahora sigo igual, sólo que todo el mundo creció y no hay nadie que espere mi vuelta con ansiedad. Después me fui a Estados Unidos, con una beca de nueve meses, pero yo pedí que fueran sólo seis. Justamente me la ofreció la agregada cultural, extrañadísima de que

nunca hubiera estado en los Estados Unidos considerando todo lo que había trabajado con ese tema. Ella misma hizo todos los papeles y allá me fui. Fue en agosto de 1971. Ya mi hija mayor había alzado vuelo, a los 23 años, la segunda estaba por casarse, y la tercera de 15 o 16 años, se había ido a Brasil con tres compañeros de la Escuela Belgrano en un viaje de itinerario deliberadamente impreciso. Me fui sin tener noticias, salvo que habían llegado a Manaos y no tenían un peso. Viajé angustiada, sintiéndome fuera de lugar; esa sensación interna me duró todo el viaje, aunque me encontré con gente muy amable. Mi *hospital family* –con la que todavía nos escribimos– era buena gente, la Johns Hopkins University era de cuento, con manzanas de parque alrededor. Todo estaba bien, menos ese sentimiento de desajuste interno. Yo había preferido ir a estudiar con Hofstadter porque había leído mucha obra suya, o con H. Potter. Pero Hofstadter se murió unos meses antes de mi viaje y con Potter no me acuerdo qué pasó. Total, que fui al Southern History Institute de la Johns Hopkins que parecía el lugar ideal para mi investigación. Pero me encontré con que el director me propuso estudiar los parlamentos de los estados sureños y comprobar sus comportamientos en relación con las leyes que codificaron la libertad de los negros en el período de la Reconstrucción, después de la Guerra. Un tema imposible para mí, para mis preferencias y mis inquietudes. De manera que seguí un curso de Historia Económica, otro de Historia de las Ideas y de la Historiografía, con un ser excepcional, el doctor John P. Higham, y otro más de Historia de las Religiones. Al margen estaba la biblioteca, con todos los libros imaginables, y ahí me pasaba los días, de la mañana a la noche. Impiadosamente. Baltimore es una ciudad extraña, neutral siempre desde su historia misma, bella y con el sello del siglo XVII que fue su hora de gloria. El puerto me hizo pensar en los corsarios y las provisiones de armas de nuestros patriotas. Encontré a algunos argentinos que me invitaron a sus casas, Graciela Borinski, por ejemplo, que había sido alumna mía y allá era titular de Literatura Española –creo, no estoy segura del todo– y a otros pero no consiguieron disolver el aislamiento que sentía. Me iba a llevar unos años averiguar que es algo crónico en mí cuando estoy fuera de mi ámbito. De todas maneras, no sufría porque tenía un refugio permanente en la biblioteca, incluidos los domingos. Después,

estuve en la Library of Congress. Metía miedo salir los domingos: no había un alma en la calle. Yo entraba por la puerta trasera que estaba más cerca de la casa donde vivía y era un disfrute valioso. Sólo que era mucho menos disciplinada que la de la Universidad. Me parece que la dimensión conspira contra la eficacia. Aunque no diré que no era un buen lugar donde estudiar. Allí fue donde vi, en el fichero, una cantidad enorme de libros sobre el Caribe, la trata, las plantaciones, las posesiones inglesas, el destino de Santo Domingo... Para resumir, supe que me quedaba material para ordenar pero que, paralelamente a la abolición en Norteamérica, fue perfilándose la abolición en América Latina con sus limitaciones tremendas para convertirse en realidad. Pero lo quiero decir: cuando volví, traía tanto material que tuve que pagar un exceso de equipaje que amablemente redujeron a la mitad cuando se dieron cuenta de que la mayor parte eran fotocopias y terminaron siendo 100 dólares.

Y después me hice una escapadita al Latin American Center de la Universidad de Texas, en Austin. Allí me encontré con el hijo del doctor Arocena, un muchacho encantador que hacía el preparatorio para la Universidad y con mi profesor dilecto y distante, Luis A. Arocena, que estuvo amabilísimo conmigo... hasta me cocinó una cena e invitó a algunos profesores hispanos y a una pareja que se ocupaba de literatura latinoamericana. Creo que en ese momento se consumó la posibilidad de escribir un artículo sobre "La identidad nacional y la frontera" que apareció en un boletín de Fulbright International, con fotografía y todo. Una foto improvisada que me había sacado alguna de mis hijas.

Ahorrando como una avara fui una semanita a México, justo para conocer a Josefina Knauth, con quien compartí un número de la revista *ANGLIA*. Su libro sobre la enseñanza de la historia en México me había parecido revelador porque proponía al mundo indígena como vivo y presente. Y por otra parte, coincidió con un congreso de graduados de universidades latinoamericanas... para trabajar en el sentido de un reforzamiento de la cultura latinoamericana.

***C.S.** Volviendo a nuestro tema, sigamos con esos trabajos que te llevaba un año investigar y después formaban parte de los congresos de*

*la Asociación que lideraba, en ese momento, Rolando Costa Picazo, profesor de literatura en la UBA.*

**H.C.** Bueno, allí aparecieron los trabajos sobre el revisionismo, otro sobre la abolición de la esclavitud en América Latina –que después iba a transformar en un libro– y otro sobre Hoover e Yrigoyen que ya era la punta de otro desarrollo en el que iba a comprometerme poco tiempo después. Hoover me cautivaba porque siendo lo que se llama un *self-made man*, como ingeniero de ferrocarriles había amasado una fortuna razonable, era *white lilly*. Esto equivale a decir que mantenía la visión de la sociedad blanca y la discriminación al negro aunque no era su dirección precisa ni durante la campaña ni durante su gobierno. Pero llega al gobierno en tiempos de la segunda presidencia de Yrigoyen y, antes de asumir, viaja por América Latina buscando una situación más favorable con los países sudamericanos sobre todo, lastimados por lo que se catalogaba como usurpación del lugar de liderazgo que había tenido Inglaterra cuya última intervención, en 1903, ya marcamos antes. Fue recibido por nuestro caudillo democrático, con muy poca publicidad, mucha mesura y con alusiones bastante claras acerca del respeto a los pueblos –porque justo está en curso el tema de Santo Domingo– y, como una advertencia... aunque luego de asumir, Hoover cambió la política anterior de intervención. Al mismo tiempo, yo quería destacar el paralelo de que ambos llegaban juntos al poder por encima de una verdadera conspiración antidemocrática, en los dos mundos políticos. Y los dos tuvieron que enfrentarse con los ecos de la crisis del 30, o los prolegómenos. Nunca hubo un desastre económico mayor en los Estados Unidos que cuando falló la banca inglesa y el pago de las deudas europeas. A nosotros nos había fallado también el mercado inglés de granos y carnes que, como consecuencia de la formación del Reino Unido, tenía ahora esos mismos productos desde Canadá, Australia y Nueva Zelanda en lugar de comprarlos a Argentina... Dos caídas, precipitadas por coyunturas ajenas, en medio de las mejores intenciones. El libro de Galbraith sobre la crisis del 30 me resultó el más claro y honesto de todos los que leí sobre la crisis en Estados Unidos. Todas las medidas que tomó Franklin D. Roosevelt en el *New Deal* ya las había anticipado Hoover: no asustarse, no dejar de invertir, continuar la

producción, asistir al campo, respaldar la industria, etc., y fundamentalmente, un nuevo patrón de trato con los países latinoamericanos. No es una alabanza a Hoover pero quizá haya sido una alabanza para Yrigoyen... aunque de hecho también estaba poniendo en juego las opiniones erradas que surgen frente a las crisis, cuando pesan otros factores subjetivos que se dejan de tomar en cuenta. Tampoco era una reivindicación total de Hoover –no me atrevía a pesar de haber leído mucho sobre él– pero sí de la política cautelosa y precavida de Yrigoyen, con el Pacto de Aberdeen que hubiera impedido el Roca-Runciman de sus sucesores. Y en todo caso, también, de la valentía de Yrigoyen por expresar claramente su defensa de la soberanía de los pueblos. Un dato interesante es comparar este recibimiento con el que Hoover recibió en Brasil, donde los elogios fueron aclamaciones.

En esa época, trabajé varias veces para algunos diarios. En *Clarín*, me encantaba hacer el esfuerzo de síntesis en artículos a toda página como “La primera frontera: Jefferson” donde analizaba la política aduanera de los primeros gobiernos de las colonias liberadas. Me acuerdo de otro artículo en *La Gaceta de Tucumán*, sobre el “Aniversario de la primera colonia liberada de Europa” y comentarios de libros, notas... otra vertiente de las cosas. Ramón Leoni Pinto, un querido amigo y un gran historiador, me convocó más de una vez para *La Gaceta*. Pero antes había conocido al general Guglielmelli, durante mi brevísimo paso por la secretaría académica de la facultad, fueron seis meses y una renuncia tajante, de los que prefiero no acordarme. Pero por Guglielmelli y por su revista, *Estrategia*, sentí siempre un gran respeto. Por su amplitud de miras y su inteligencia para tratar el tema de las fronteras. Ahí escribí varios artículos, sobre Brasil, sobre el Canal de Panamá. Y también para *Todo es Historia*, muchas veces, con algunas investigaciones que me resultaron apasionantes. Respeto mucho a Félix Luna y a María Sáenz Quesada y la revista me parece un verdadero milagro y debe serlo, en efecto, en nuestro continente.

Y cuando José Luis Romero editó en fascículos una *Historia de América* para editorial Abril, colaboré con un texto sobre Estados Unidos y su expansión interna y otro, sobre la expansión en el Caribe. Pero así como Romero me hizo llegar un comentario elogioso –que con mis textos

había aprendido cosas que no sabía— el mismo argumento usaron en una especie de Asamblea del Pueblo, en 1973, para descalificarme cuando se trataba de volver a la Facultad: peyorativamente, dijeron que *yo era buena profesora y enseñaba cosas que nadie trataba pero que ahora no se necesitaban para formar el pensamiento orgánico* (sic).

**C.S.** *Se me ocurre, volviendo a tu concepción de frontera, que es como una clave diferente y llena de significación que no aparece en ninguna publicación académica y sí en otro tipo de publicaciones pero sin que la Academia la recoja en modo alguno.*

**H.C.** Bueno, yo no intenté siquiera que la conocieran. Tampoco llevé los libros a la Academia aunque no dudo que algunos miembros, que participaban también de los congresos de la Asociación de Estudios Americanos, los hayan conocido. Recuerdo que lo de Hoover lo presenté en Mar del Plata, bajo los auspicios de la Universidad. Ya mencioné que había estado el doctor Etchepareborda y que le gustó mucho mi trabajo. A él le dije que había estado leyendo la colección Pueblo y Gobierno, que hacía el Prof. Sobral. A Sobral lo conocí en Alta Gracia, una vez que hicimos ahí la reunión. Y desde ahí, me fui a Villa María donde Sobral —como un antiguo sacerdote del radicalismo doctrinario— me hizo hablar sobre la frontera pero también se habló mucho del radicalismo. Yo estaba entrando al radicalismo desde el estudio del krausismo, un tema que veía figurar en los enfoques sociológicos de América Latina, caracterizado como una ideología de la que participaban los sectores medios latinoamericanos... Total que un verano —que debe haber sido el de 1972— me llevé todos los tomos y los leí con mucho placer abajo de un lapacho, uno por uno y varias veces.

Mientras te contesto, yo misma me aburro de mí. Siempre estoy abriendo nuevos frentes, sin esperanzas de nada, más que de saber y, por eso mismo, enfrentándome con los presupuestos académicos que daban todo por resuelto, simplificando sectores de opinión, verdades que aún en el silencio siguen vivas, nuevos sujetos históricos que no eran más que cifras, como el tema del inmigrante.

El positivismo me atrajo siempre, en la medida en que resentía la clave que lo inculpaba, sobre todo a través de Ingenieros. También allí



llegué indirectamente porque el doctor Hugo Biagini me pidió que eligiera a un positivista para integrar un libro sobre este tema que estaba organizando. Opté por José María Ramos Mejía a quien le había echado un vistazo mientras escribía el libro sobre Rosas. Además, Ingenieros le rendía tributo como maestro y yo a Ingenieros lo admiraba por algunos de sus textos. De hecho, el libro que trabajosamente pudo armar Biagini y que editó Universidad de Belgrano en 1985, *El movimiento positivista argentino*, es un verdadero aporte y creo que mi trabajo es muy bueno. Fue un tiempo, el de Ramos Mejía, en el que trabajé también sobre William James. Con él y con toda su familia viví una especie de romance. La familia, la relación con su hermano Henry, con su hermana. La determinación de Henry de vivir en Europa y la correspondencia entre los dos hermanos, con la figura enigmática de la hermana entre los dos, y el perfil del padre siempre presente. Toda la vida prefirió a su hijo William y lo acicateó para que terminara sus estudios de medicina en Alemania. Cuando William escribió sus *Principios de Psicología* y los publicó, le explicó a su hermano que el contenido ya estaba muerto. No explica por qué, pero las fechas son claras. Quizá Freud por un lado y su propio sesgo parapsicológico conspiraron contra su seguridad pero esto mismo es lo que lo convierte muy vivamente en un hombre de su tiempo. Una gran figura. Cuando Estados Unidos decide intervenir en Cuba en 1898, con un grupo selecto de figuras del pensamiento y la política norteamericana, participa de una cruzada contra esa determinación que fue vivida con una gran indiferencia general... Este grupo de intelectuales sostenía que arrasar con posesiones ajenas de esa manera iba a convertir a los Estados Unidos en un imperio y éste era un riesgo del que nunca podría librarse... Aunque mi predilección no está en el pensamiento abstracto, no deja de fascinarme alcanzar algunas verdades a través de estos razonamientos. También me pasó con el libro de Henry Adams, *La educación de Henry Adams*, un clásico de la literatura norteamericana que expresa la desazón de alguien que ha sido hijo y nieto de presidentes en el mismo período, que ha sido preparado para serlo pero que se encuentra con un mundo en cambio, con el ingreso al siglo de la máquina y con una serie de transformaciones que no está en condiciones de afrontar. Era uno de los *padres de la patria*. Creo que ese fue mi penúltimo

trabajo en la Asociación. Después, ahí también cambiaron las cosas. El doctor Costa Picazo renunció porque hubo reformas estructurales... se cambió la manera de trabajar y se acordó otra dirección. Me pidieron que me integrara a un panel y yo presenté un trabajito que me gustó hacer, algo así como diez proposiciones sobre la imposibilidad de comparar las historias de Estados Unidos y la Argentina.

**C.S.** *Ves, esto es lo que decía María Inés, en el sentido de que no hiciste ningún esfuerzo para presentar tus trabajos de una manera que uno llamaría académica, no hacés análisis bibliográfico, y todo esto que decías es como un pre-texto que debiera estar en algún lugar de tu obra sobre la frontera. Recién ahora, doce años después, se está reconociendo que fuiste vos la que insertó este tema en el debate historiográfico que, desde el encuadre del espacio, se traslada al ámbito de la formación de la identidad nacional que, además de la inmigración, tiene la correspondencia que se da en toda América Latina con la miscegenación con el indígena, la admisión del otro, la aceptación del mestizaje que produce toda una población autóctona por fuera de las categorías clásicas de patricios, criollos o inmigrantes. Y sin embargo, por las condiciones de vida de los indígenas vencidos, se convierten en criollos, en mestizos de más o menos pigmento que, al final, opera como la pigmentocracia de Magnus Mörner. Me pregunto si los geógrafos leen un texto de estas características.*

**H.C.** Bueno, yo le hice leer a Elena Chiozza el primer volumen y a ella le pareció muy bueno. Incluso dijo que si no hubiera estado tan ocupada, habríamos podido seguirlo juntas. Pero no se dio. Lo cierto es que ojalá tuviera mucho más sobre las peculiaridades del espacio que no es algo inerte sino que interviene, obliga a diferentes estrategias, se reformula. No hay nada más concreto que la tierra y desde allí se parte para insertarse en la realidad y configurar una existencia.

**C.S.** *Vos lo decís en más de un lugar pero te leo lo que escribís en la página 13 del primer capítulo. "No tiene nada en común con el planteo simplemente jurídico, cuya validez los hechos prueban que sólo se refrenda mediante el ejercicio de la soberanía por parte de los países*

*que asumen el contrato jurídico”, que es lo que está en el fondo de la apropiación de la expansión y que estudiamos como nuestra.*

**H.C.** Fue una empresa gigantesca, pero quienes celebraban los tratados después debían venir a América para constatar sobre el terreno lo que se aceptaba en el papel. Me acuerdo de que Azara pasó veinte años en el área para fijar los alcances del Pacto de Permuta.

**C.S.** *¿No creés que este sea el valor mayor de tu emprendimiento? Mostrar que más allá de los límites expresos está el espacio de interacción que es, en realidad, la verdadera frontera. Con lo cual, en cierto modo, te escapás o rompés con la formulación de Turner.*

**H.C.** En parte sí, pero mientras lo de Turner es exclusivamente interno por así decirlo, en América siempre hubo poderes europeos concurrentes. El caso del Paraguay es el ejemplo más fuerte. El tema del puerto de Buenos Aires o el de Montevideo, que es toda una polémica expresa, también está en esta tesitura. Los *indios de razón*, sin los cuales no podían fundarse las ciudades y que constan en las actas fundacionales, son necesarios y sin embargo la historia los niega o los silencia. Pero fueron sujetos de nuestra historia. Y siguen siéndolo.

**C.S.** *Vos rompés, en definitiva, con el concepto de espacio vacío y mostrás situaciones concretas que interactúan entre sí y que constituyen la verdadera frontera móvil y dinámica. Das así una fluidez notable al concepto, como ha sido la historia misma del tiempo y el espacio americano. Y por otra parte, más que la línea de frontera, lo que mostrás son los distintos niveles de cambio que imponía la dinámica social y cultural. Aquí se acaba la concepción de pueblo primitivo o aborígen, y la condigna clasificación de inferiores. Algo de eso expresa Lévy-Strauss en sus trabajos, sobre todo cuando descubre a los indígenas del Amazonas donde descubre una cultura expresa que no comparte las etapas del desarrollo obvias en la cultura occidental que, por otra parte, no funcionan en el contexto americano. Esto puede probarse de mil maneras.*

**H.C.** Quisiera interrumpirte para expresar mi convicción de que el mestizo es la clave omnicomprendensiva de la historia americana y negarlo significa no sólo un error por omisión sino también una ceguera absurda.

**C.S.** *Yo diría que esto de la frontera tiene una primigenia genealogía con el tema del mestizaje: la frontera es el lugar del mestizaje. No sólo de la sangre sino de la cultura, del idioma, de la explotación posible del suelo. Son pautas que explican mucho más que un único modelo válido, como puede ser el económico concebido por la teoría marxista, por ejemplo, en donde todas las otras claves quedan como marginales o subordinadas.*

*Tu alejamiento del área académica habrá motivado el silencio hacia esos trabajos tuyos que recién ahora citan en diversas publicaciones.*

**H.C.** Me parece que el hecho de que, en primera instancia, me ocupara de la frontera norteamericana me fijó en la imagen de muchos. Me acuerdo que Luis Alberto Romero me pidió que leyera el trabajo ante una especie de cenáculo de notables, en el Centro de Estudios Sociales (CEDES), porque a él le había gustado mucho. *Te salió redondo*, me dijo. Yo, como siempre en situación de examen, me sentía incómoda. El único que me hizo una pregunta fue José Luis Moreno: quería saber cuál creía yo que era la diferencia fundamental entre la expansión norteamericana y la nuestra. Y yo le contesté que *la población*, mucho más fluida con la llegada de inmigrantes que la nuestra, hasta el punto de que son más de cuatro millones en el momento de declarar la independencia. Fue mi única experiencia y fue traumática. Ahora vos decís que hay otros que lo mencionan. En buena hora. Pero es como si fuera tarde. Por otro lado, creo que he meditado mucho sobre la situación del conquistador, del descubridor, del colonizador, en las diversas áreas, frente a las dificultades y los encuentros con indígenas, distintos, más o menos dóciles o guerreros, con la desconfianza instalada, más los obstáculos enormes para entenderse, y la brutalidad de unos contra otros, más las novedades inconcebibles que el conquistador mostraba con el caballo, la armadura, las armas europeas. De todos modos, la quema de las naves de Cortés es el hecho que refrenda la posesión y la decisión de permanecer en América, un continente todavía sin nombre. El libro de Salas, *Las armas de la Conquista*, y el diario de Alvar Núñez Cabeza de Vaca me parecen insuperables en este sentido, porque muestran la inmensidad desconocida, la posibilidad de entenderse, la presencia de tantas malinches como puedan sustraerse al miedo o a la opresión, con

dramatismo permanente, y con expectativas que se hacen realidad o que fracasan, como una explosión de lo ingenuo y lo tortuoso, de lo maravillado y lo perverso, de la ignorancia y el miedo.

**C.S.** *Ese primer capítulo, que está tan lleno de fervor y de claridad al mismo tiempo, ¿lo escribiste antes o después?*

**H.C.** Antes, desde luego. Quizá después lo corregí y le agregué algunas cosas, pero lo trabajé mucho desde la impregnación del tema que me asediaba desde hacía tiempo, desde que decidí escribirlo.

**C.S.** *Y la caracterización que hacés de regímenes feudales europeos, ¿seguirías sosteniéndola hoy?*

**H.C.** Me parece que sí, al menos la española y la portuguesa habían sido así hasta ese momento. Los estados nacionales se habían constituido con dificultades y guerras intestinas, la expulsión de moros y judíos en el caso español, la Inquisición para modular unidades de conciencia... El adelantado es superior al capitán, el capitán al gobernador, y así podés seguir en un orden institucional de subordinación ya prefijado.

**C.S.** *Pero Inglaterra y Holanda han entrado ya en un sistema capitalista, seguramente.*

**H.C.** Quizá no sea tan cierto, sobre todo lo del sistema. Inglaterra se ha enriquecido con la trata y entra posteriormente en el juego colonial. Holanda lo mismo, impulsada por el capital sefardí que le llega tardíamente y sólo después de que España pierde los Países Bajos. Porque a España le toca un período dramático de esplendor y caída que merece en sí mismo un tratamiento aparte. Pero, de todos modos, lo que sucede en la América Hispana depende totalmente de la decisión de España o de los eventos europeos. Las garantías, los cargos, las promociones, los juicios: todo deriva de las instituciones españolas y así será hasta los días previos a Mayo de 1810.

**C.S.** *Lo decís con bastante claridad: “porque esta incidencia de las ideas afecta siempre el ordenamiento histórico directo, desde que –dada*

*la bifrontalidad que siempre hay en nuestra América— aparece un circuito ideológico que varió con el pensamiento europeo y cómo siempre llega a la situación americana impidiendo muchas veces ver claramente la imposición que altera los hechos”. Salvo en el tema de la apropiación de las mujeres, que se producía libremente, en todo lo demás la sujeción al poder europeo era la medida. Aunque Lucía Gálvez, en el libro Mujeres de la Conquista presenta algunos casos de mujeres indígenas que llegaron a ser esposas de gobernadores, siempre serán casos aislados. Pero lo cierto, la única verdad absoluta, es que se impone el idioma español y la religión católica.*

**H.C.** También es interesante destacar las modalidades originales que impone cada frontera, según la gente que la habita y según el espacio que corresponda. El pionero norteamericano, el llanero venezolano, el gaucho argentino, tienen características comunes pero también rasgos distintivos, que intervienen en la plasmación de los caracteres nacionales, que prefiero como denominación antes que identidades, una palabra cada vez más gastada pero que sin duda tiñe las historias respectivas. Aquí es donde confluye el tema de la esclavitud, el de la trata —un negocio que se mantuvo impávido a lo largo de tres siglos— y la herencia de negritud que marca a toda América en mayor o menor grado, resintiendo también la estructura de una sociedad libre como se pretendió desde la revolución y la independencia, pero que se resiste a perder lo que considera un bien inmueble: el esclavo. La servidumbre del indígena, sumada a la esclavitud del negro para asegurar la explotación de riquezas mineras o de plantaciones con réditos incalculables se liga a la historia europea y a la expansión universal que emprende Europa, más allá de América y de África, hasta Asia.

Por este camino, volvemos a encontrarnos con el tema de la abolición de la esclavitud que había escrito poco antes y que me había dado un dominio documental aceptable, fundado en testimonios vinculados con la primera historia de los Estados, sobre todo en la situación de la Guerra por la Independencia. Mientras el enfoque de la frontera tiene que ver con la propiedad americana en sí misma, la explotación condicionada, la discriminación permanente, la resistencia a la presión inglesa, etc., etc. De lo formal se pasa a lo estructural, no como verdades inmanentes

pero sí graduadas de acuerdo con las circunstancias locales. Estoy pensando en Venezuela y en Bolívar pidiéndole a Toussaient l'Ouverture armas y ayuda para la guerra o el temor de Bolívar de que los mestizos pasaran a tener el poder en la Gran Colombia. Y en el caso de Brasil, que resiste la presión inglesa y recurre a los barcos yanquis, más ágiles, para burlar los controles de la armada británica, y al fin cede a la presión de los militares positivistas que –después de la Guerra de Paraguay– vuelven con la certeza de que la esclavitud es un parasitismo que retrasa la historia brasileña. Con lo cual, motivan la caída del Imperio y la creación de una República formalmente canónica.

**C.S.** *¿Pero no hay una serie de razones puramente de estrategia económica en el interés inglés de acabar con la trata?*

**H.C.** Desde luego que no todo es ideología. Lo cierto es que la campaña abolicionista es muy fuerte y apela a la conciencia y a la justicia. Hay que leer el libro de Davis para tener una medida de esta empresa que llevan adelante los cuáqueros –hasta ayer tratantes de esclavos– y sus mujeres. Y que contagian a las mujeres norteamericanas: son las mismas que les van a dar provisiones a los negros para que puedan huir hacia la frontera con Canadá. Este partido abolicionista es el que después de la Guerra de Secesión va a ocuparse de abolir la subsistencia de los códigos negros, de asegurar la educación de los negros y – poco tiempo más tarde– va a convertirse también en adalid de las luchas obreras de fin de siglo y del feminismo incipiente. No, yo creo en la revolución de las conciencias. Aunque no desconozco el peso que pudo haber tenido saber que esa población de negros desnudos no iba a hacer prosperar sus industrias textiles que cada vez les abrían mercados más numerosos.

A la pregunta de María Inés sobre el déficit de siempre en la contextualización de la historia de América, yo te diría que el libro que a mí me fascinó fue el de Jacques Attali, *1492*, un título así de simple y con tantas resonancias. Muestra los procedimientos diversos y los avances notables de Portugal contra España, los problemas de afirmación del imperio español, la occidentalización del Medio Oriente, el trabajo de Sefarad expulsado de España, después en Portugal durante medio siglo, y después desde los Países Bajos, más todo el Mediterráneo que crece

y que ingresa también en la América española o lusitana. Es como un enorme fresco a través del cual se entra en la Modernidad y la Modernidad no se concibe sin América. Nosotros, en cambio, no estudiamos nunca en conjunto sino separando las cosas. Mientras, el tema de Colón y de las carabelas sigue anunciando una América ingenua, de cartapesta. No se lee ni una sola de las muchas cartas de Colón para entender verdaderamente la enormidad de la aventura, el esfuerzo del logro y los equívocos que desde el primer momento se suscitan entre los letrados españoles y europeos... Tampoco se advierte la presencia de Portugal que madrugó las intenciones de una España recién unificada: instaló la trata más rápido que el rayo, dio la vuelta al África y ya tiene en su poder las célebres especias... El famoso Tratado de Tordesillas sanciona lo que ya es un hecho y el estudiante lo omite en la medida en que los manuales de historia también lo cancelan.

**C.S.** *A mí me interesa mucho la manera en que planteás algunos antecedentes genéricos pero después te ocupas de la situación concreta de los esclavos aún liberados que, a su vez, inciden en la conformación de los países americanos libres con lo cual ya entrás en la actualización de los problemas que todavía se viven hoy, de discriminación, de olvido, de mala distribución de la tierra, de la retórica institucional antes que el ejercicio concreto de la democracia en general.*

**H.C.** Desde mediados del siglo XIX, el tema se vuelve más complejo con la presencia de los inmigrantes porque se piensa que van a reemplazar el trabajo del esclavo o del liberto negro y esto atenta contra la posibilidad de conformar una ciudadanía igualitaria. Con lo cual, la abolición resulta ser una abstracción, el negro va a ser un forajido dentro de la estructura social latinoamericana o un sumergido en el proletariado rural o el povererío semiurbano. También quiero subrayar que Estados Unidos es el único lugar de América donde las leyes le han reconocido la calidad de sujeto histórico, marcando rumbos en la igualdad educativa y una presencia progresiva del negro en todos los espacios sociales, cada vez más libre y menos discriminada. La Segunda Guerra Mundial ha hecho mucho en este sentido.

En el resto de América, todavía es una tarea que está por hacerse.



Pero las leyes no se cumplen, la participación social no es efectiva y, para el caso, tampoco con los indígenas o los mestizos. De manera que hay muchísimo por hacer y, en este orden de cosas, mi tema pasa a ser la discriminación.

A fines del 2000, aparecerá publicado un trabajo mío para unas jornadas sobre el Mercosur que propone el equipo del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI) del que forma parte *históricamente* el doctor Gregorio Recondo, con su particular vinculación con el Paraguay y la historia que nos une. El doctor Lavopa, del CARI, ha alentado la búsqueda sobre las particularidades que muestra la convivencia en las áreas limítrofes de la Patagonia y ha sostenido, desde su dominio del encuadre legal, la visualización de la temática del Mercosur bajo la lupa de *Una historia común para la integración* que es el subtítulo de esta publicación en dos tomos. Estas jornadas tuvieron lugar en 1997, pero se publican recién en el 2000, y su presentación fue realmente una ocasión para el reencuentro y el recuerdo de aquellas otras primeras referencias socio-histórico-culturales sobre el área y las cuestiones de una pertenencia al Mercosur.

Yo presenté un trabajo que, frente a mis planteos sobre la frontera, tiene poco de novedoso. Lo llamé *Los espacios vacíos* e incorporo la problemática del Mercosur que nos ocupa en todas las naciones integrantes, porque configura la condición americana y matiza nuestras peripecias históricas muchas veces comunes. Pero también nutre nuestra ignorancia de los otros que impide la articulación de una sociedad fuerte integrada.

Son quince páginas que ofrecen una buena síntesis del papel desempeñado por esos enormes espacios que tuvo que atravesar el conquistador o el colonizador o los mismos misioneros o, llegado el caso, los bandeirantes. Se van generando regiones distintas y características, con predominio de migrantes de diversos orígenes y prevalencia de sectores indígenas importantes, más los *hijos de la tierra* que son la sucesión de los conquistadores. Básicamente, es una lectura muy atenta de documentos y trayectorias de las naciones del Plata, a lo largo de su historia y hasta hoy, cuando la percepción del espacio, el papel de las ciudades, las necesidades que imponen las comunicaciones y la

globalización actuales, adquieren toda su entidad con vigencia necesaria.

El párrafo final da cuenta del objetivo concreto de este encuadre: “Es el momento de cancelar esos espacios vacíos que nos rodean y nos confunden, de capitalizar cuanto se ha creado hasta aquí y se ha sostenido a contrapelo de divagaciones nocivas o restricciones mutiladoras. Las genuinas apropiaciones de esos esfuerzos que han hecho del continente americano un testimonio elocuente de la presencia humana redentora y constructora, a pesar de todo, debe darnos esa confianza impulsora que redima de parsimonias y racionalizaciones defensivas o retóricas. Es un desafío que puede librarse mediante actitudes generosas, enriquecida con experiencias culturales genuinas, propias, sin desmesuras pretenciosas ni criterios triunfalistas. Es el nuevo y mejor espíritu de la hora que se vive, que ha nutrido el espíritu de esta Jornada y de los trabajos, en la concurrencia de temas que plantea el tema de la frontera, expuestos con saber y puntualidad conceptual, visualizados a la hora de disponer una llegada consensuada para una historia común de la integración.” Este material fue dirigido y compilado por el doctor Gregorio Recondo y es una suerte de *opera magna* que se corresponde con sus intereses de toda la vida.

Pero para cerrar este tema, me gustaría dejar constancia de unas publicaciones mías en torno a la inmigración y la discriminación que me tuvieron preocupada durante la década del 90.

Primero, el volumen que editó el Área Cultural de la Embajada de España sobre la inmigración española que es una compilación de un seminario que yo organicé y donde hay colaboraciones importantes sobre el tema.

Y después, mi ensayo sobre *Migración y discriminación en la construcción social* que editó Leviatán en 1995 y que escribí a lo largo de varios años.

También hay un ensayo que a mí me sigue pareciendo más que bueno, que llamé “La aventura como emigración” y que integra un volumen editado por el Instituto Italiano de Cultura, con el sello de Corregidor. El volumen se llama *El viaje y la aventura* y creo que lo mío es una vuelta de tuerca sobre cómo se alimentaba la esperanza

de los emigrantes que llegaron masivamente a tierras americanas.

En 1998, edité *La historia como cultura*, una especie de testimonio de presencias en distintas áreas a lo largo de la última década y de mi preocupación constante por la historia como articuladora de la cultura.

# La historia latinoamericana. La cátedra

Junio de 1999

**C.S.** *Durante cinco años, dictaste Historia de América Contemporánea, en la Universidad Nacional de La Plata. En realidad, fuiste vos la que inauguró esa cátedra. Me gustaría que hicieras un comentario sobre cómo fue que el doctor Barba te pidió que te hicieras cargo, de qué manera organizaste el programa y elegiste la bibliografía. Había muy pocas historias de América en ese momento, faltaba la edición española de Herring y la organización cronológica que hiciste me parece que te obligaba a tener muy en cuenta los distintos desarrollos de las naciones americanas. Aunque, tal vez tenías un buen entrenamiento por tu especialización en Historia de los Estados Unidos.*

**H.C.** Me parece que nunca he tenido demasiadas seguridades en este sentido, pero sí algunos conocimientos avalados por muchas lecturas. Si uno reduce las

historias nacionales a esa nervadura intrínseca que es la organización del poder, al margen de la población americana nativa, las resultantes en mayor o menor medida son previsibles. Y la literatura nos da pautas mucho más adecuadas que la historia —me refiero a las historias generales— que están melladas por el poder. Por ejemplo, Perú, se entiende más desde la novela de Arguedas que desde los conflictos políticos hasta que no van apareciendo trabajos específicos sobre el comercio de exportación, la explotación de minerales o la construcción de ferrocarriles. Lo mismo le cabe a Colombia. Nadie podrá olvidar a García Márquez y sus *Cien años de soledad* si quiere entender algo de la entraña colombiana.

**C.S.** *Me gustaría reflexionar sobre el valor de la comparación que venías haciendo desde hacía años y que, seguramente, te alertó sobre la complejidad de plantear la historia de toda América Latina. Por otra parte, esa lectura asidua de la cuidadosa y documentada historia norteamericana te debe haber pautado sobre metodologías adecuadas.*

**H.C.** Me gustaría que fuera otro el que respondiera esta cuestión, algún alumno mío que se convirtió en profesor destacado... las memorias son válidas y confirman las afirmaciones personales. Mis ayudantes fueron Samuel Amaral y E. Sarrasqueta, recién graduados los dos, que habían asistido a un seminario que dicté en la Facultad de Filosofía y Letras —no recuerdo el tema pero seguramente habrá sido el eco de la Guerra de Secesión en el ámbito argentino—. El caso es que fueron ellos los que le pidieron al doctor Barba que se abriera la cátedra y, como eran dos buenos graduados recientes, y como a mí Barba me había conocido durante las Jornadas Fullbright en Mendoza... en fin, que llevamos adelante el proyecto. Yo estaba muy asustada y lo primero que dije fue que no estaba preparada. Él me dijo que si yo no aceptaba, no abría la cátedra. Me convenció. Creo que el programa estaba bien encarado. Y las clases prácticas fueron una joya. Los alumnos tenían que elegir un tema e investigar para la promoción, leer cuatro capítulos diferentes de cuatro libros distintos. Pero era 1972. Muy pronto empezaron tiempos muy difíciles. Si no hubiera sido por la angustia que sentía cada vez que iba a La Plata y me encontraba con ausencias o pérdidas,

alumnos que se iban a algún otro lugar, deserciones forzosas, todo lo que me hacía sentir como una traidora, habría sido intelectualmente feliz. En 1977, se canceló mi contrato. Fue un alivio, y como estaba contratada no hubo ni siquiera una nota de despedida. Otra suerte tuvo el doctor Panettieri que, afortunadamente, salió ileso de un secuestro y se fue a Bolivia.

**C.S.** *¿Y cómo te arreglaste con la bibliografía específica, que tampoco era demasiado accesible, a menos que dieras Las venas abiertas de América Latina de Galeano...?*

**H.C.** Les decía expresamente que no daba como lectura obligatoria a Galeano y que prefería que no lo leyeran para mi materia porque cancelaba la investigación histórica, en la marea de horrores y explotación que él transmite con tanta elocuencia. Es un gran libro *Las venas abiertas...*, pero yo prefería dar trabajos específicos, modelos de investigación que, en realidad, recogía de artículos del Hispanic American Historical Review. Me parece que ya lo dije pero la bibliografía norteamericana de investigación es casi siempre excelente. Cuando fui a la Johns Hopkins, me encontré con Glade, cuya *Historia económica de Perú* había estudiado bastante. Él tenía a su cargo el Instituto de Historia de Latinoamérica. Y justamente se fue enseguida a un curso que tenía comprometido en algún otro lugar. Lo digo porque su indagación sobre Perú fue pionera y su historia de los ferrocarriles me mostró a ese yanqui aventurero y capacitadísimo, Wheelwright, que trazó el primer ferrocarril en el sur de Chile y después fue al Perú y vivió una verdadera odisea. Y cuando pasó por Argentina, le explicó a Urquiza las ventajas que tendría un ferrocarril desde el Litoral a Córdoba, sin ningún accidente de terreno y fácil desde todo punto de vista. También alertó sobre el lugar más adecuado para el puerto de Buenos Aires, la Bahía de Ensenada, una propuesta que –lamentablemente– no cayó en oídos propicios... y terminamos en Puerto Madero, dejando para explotación de los frigoríficos ingleses el verdadero puerto de aguas profundas, en la vuelta del Riachuelo.

**C.S.** *Me gustaría que caracterizaras al progresivismo norteamericano que vos mencionás mucho y explicarás por qué te parece tan pertinente.*

**H.C.** Es complejo contestarte fuera de contexto. Pero es cierto, el progresivismo tiene una presencia muy relevante en la segunda mitad del siglo XIX, cuando el socialismo estaba vedado o circunscripto a eruditos sociales pero, sin embargo, se planteaba la necesidad de regular el capital y de proporcionar una mejor situación de vida a la población trabajadora. El progresivismo es un republicanismo respetuoso del voto y la legalidad electoral e instala la problemática social sin la agresividad que tendrá enseguida el anarquismo o el socialismo teórico.

**C.S.** *¿Qué libros de cuño norteamericano usabas en el curso para los distintos países?*

**H.C.** No sé si tenés algún ejemplar del programa que trae la bibliografía específica muy detallada. Pero te diré que una enunciación de títulos o autores no cubre la pregunta. Estaba muy actualizada, entonces. Ya te dije que la traducción de Herring todavía no había aparecido, ni los *Many Mexicos* de Cline, aunque sí el libro de los Stanley sobre *La herencia colonial de América Latina* y acababa de salir el libro de Tulio Halperín Donghi, que yo daba en la bibliografía, pero tuve que coincidir con mis alumnos en que era una lectura difícil. Sobre Chile, el libro de Pike —que tampoco estaba traducido— me dio luces inolvidables para iluminar su historia hasta la segunda década del siglo XX. O por ahí. Y también reuní algunos trabajos excelentes sobre la revolución de Balmaceda y la conexión con los ferrocarriles británicos en el norte salitrero. Bueno... me gusta seguir entre desmemorias: prometo buscar (si no está entre los papeles que dejé) el programa... la verdad es que estaba bien articulado... En otro orden de ideas, te diré que me quedó muy clara la distancia entre el poder y la realidad de la población aborigen, o mestiza, fuertemente ligada al origen americano. De ahí en más, ese sería el tema de mayor preocupación, que me llevaría a este tono entre plañidero y belicoso, que confirmé con mis lecturas de pensadores americanos. Y, al mismo tiempo, desde esos pensadores, se abría el panorama de una América Latina opacada por lo que llamamos *progreso* que, sin embargo, venía teniendo lecturas más que elocuentes de parte de sus pensadores. Desde la comparación entre unos y otros, surge la influencia del pensamiento socialista y los grados de ese vínculo que

—después de los años 30— en general se pierde. Estoy pensando en el relieve internacional de Ingenieros, por ejemplo, y su conexión con México en revolución. En los Flores Magon, que nadie lee, en la antesala de la revolución mejicana. En Haya de la Torre, o en los *Siete ensayos sobre la realidad peruana* de Mariátegui, que debiera ser lectura obligatoria y cuyo sentido permanece intacto.

**C.S.** *¿Cuál era tu bibliografía sobre Brasil?*

**H.C.** Hay una excelente historia económica de Celso Furtado, que sirve también como tabla comparativa para toda América Latina. Caio Prado Junior es también memorable. Hay un libro yanqui, que no sé si está traducido, de Teichert, sobre la economía brasileña y la industrialización, Volta Redonda y demás, que marcó diferencias en la actitud brasileña a propósito del poder norteamericano. Obviamente, el trabajo de Lafer, Celso, fue también señero en la descripción de la política exterior brasileña. Y tantos otros, que ahora confundiría con las bibliografías que analizamos en el Seminario de Cultura del Mercosur, que tuve a mi cargo en la Maestría del Mercosur, en la UBA, desde el Centro de Estudios Avanzados, veinte años después.

Yo diría que, hasta la crisis del año 30, me manejé con bastante seguridad. Después del 30, los problemas se hacen más financieros que políticos o económicos. Me viene a la memoria el trabajo de Herbert Klein sobre la era del militarismo *socialista* en Bolivia.

**C.S.** *Entre tus libros sobre el radicalismo, Juventud y política está muy hibridado —nos parece— con tu sensibilidad que fue politizándose en la medida que sucedían esas persecuciones que marcás en la Universidad de La Plata. Creo que ese libro es un punto de inflexión en tu trayectoria y vos misma lo decís: lo escribiste de una sentada, conmovida como estabas por la represión, por la juventud que te seguía, la oscuridad que se vivía. Me parece que vos te politizás en el verdadero sentido de lo que debe ser un político que sabe que, para la función pública, tiene que empezar por el destino del país que quiere y de su gente. De ahí, viene también tu respeto por el krausismo, tu lectura de sus textos como una suerte de revelación y también este libro sobre la*



*juventud como una manera de asumir la lucha, la responsabilidad de esta transición. Me gusta leerte esa transcripción que hacés de Alberdi, "una nación no es una nación sino por la conciencia profunda y reflexiva de los elementos que la constituyen, recién entonces es civilizada, antes había sido sólo instintiva, espontánea, marchaba sin conocerse, sin saber adónde, cómo ni por qué. Un pueblo es civilizado únicamente cuando se basta a sí mismo, cuando posee la teoría y la fórmula de su vida, la ley de su desarrollo".*

**H.C.** La verdad es que es un enunciado válido siempre aunque es sabido que Alberdi no tuvo poder alguno para poner en acto estas premisas. Otra cosa sucede con Mitre, por ejemplo, que es notable en la enunciación pero en la acción resultó obnubilado por el poder.

**C.S.** *Me parece que estás en el umbral de la concepción de la frontera como espacio no ocupado por los estados nacionales y que, si bien son una reserva para sucesivas ampliaciones, también dan la medida de la incapacidad o la imposibilidad de la expansión. Me queda claro que, desde la recuperación del espacio americano, estás pensando en diseñar el país con otra óptica posible en la que te asegurarás comparando la ocupación de las sucesivas fronteras en América del Norte... En ese análisis de la frontera, estás siempre recuperando la idea del americanismo.*

**H.C.** Es que este registro me alerta sobre la incipiente organización de los estados americanos, y las similitudes y las singularidades regionales, pero también de la presencia indígena, tan silenciada o soslayada en las historias habituales. Hay que reinsertarlas, no ya desde la antropología o la arqueología, sino como culturas sumergidas pero vitales, aprovechables, redimibles de una existencia mezquina y sin horizonte. El modelo europeo que han seguido los estados americanos no tuvo en cuenta este tema de los orígenes, lo cual es pernicioso y deviene en sociedades escuálidas. Con esto no estoy echando culpas sino verificando una realidad en la que ha habido ceguera e ignorancia para que pudiera ser detectada, dos componente clásicos de la actitud discriminatoria.

**C.S.** *Me parece que es como proyección de ese compromiso que te vas atreviendo a pensar el tema de la frontera, como categoría dinámica que va a consentir cambios... Creo que también tiene que ver con lo que Mitre expresa cuando dice que la nacionalidad va a llevar a superar el regionalismo, que es el concepto que vos también recuperás para pensar desde lo global.*

**H.C.** Creo que es así aunque no puedo afirmarte que mis mociones iniciales hayan sido tan claras. De todos modos, estaremos con este tema enseguida. Lo cierto es que la idea de unidad me surgió evidente a través de este compromiso. Seguramente incidió el clima de la época, la represión brutal, la soledad de mi casa cuando mis dos hijas menores se fueron a Europa –la mayor se había ido de casa antes y era desdichada– en fin, todo un orden diferente.

**C.S.** *Pero hay en tu propuesta inicial mucha claridad en este sentido, que supera las minucias de las historias nacionales y encara "... un orden diferente, como si nos viéramos por dentro, equilibrando impostaciones que impiden reconocernos y fiarnos a nuestra tradición más viva: eso es lo que tratamos de percibir en estos momentos de reflexión y acción concreta, vitalizada por una perspectiva de regionalización genuina. Es el momento de cancelar esos espacios vacíos que nos rodean y nos confunden, de capitalizar cuanto se ha creado hasta aquí y se ha sostenido a contrapelo de divagaciones o restricciones mutiladoras y que han hecho del continente americano un testimonio elocuente de la presencia humana redentora y constructora, a pesar de todo, que debe darnos esa confianza impulsora que redime de parsimonia y de racionalizaciones defensivas o retóricas".*

**H.C.** A la distancia me parece un poco declamatorio, pero coincido con su expreso contenido.

**C.S.** *Ahí está el factor político que hasta aquí no apareció en tus análisis, aunque no lo menciones expresamente. Estás preocupándote por el destino del país y de América. También me gustaría acentuar que esta idea tuya de frontera es distinta de lo que algunas investigaciones realizan en cuanto a la primera expansión, por ejemplo la de la provincia*

*de Buenos Aires y los sucesivos combates hacia el sur o la frontera del Chaco. Hay una concepción más abarcadora, que se instala en el crecimiento de las ciudades, el régimen de la tierra, el ingreso de inmigrantes, etc. Y por supuesto también en el destino de los aborígenes que han ido circunscribiéndose a estas áreas casi intactas, sin contacto (quiero decir) con lo que pensamos como civilización.*

**H.C.** Les presto atención a los intentos de algunos viajeros o militares que vieron este tema de la ocupación productiva, del fin del espacio vacío, como Ramón Lista, o como Pascasio Moreno, o como Fontana, que dejó un libro cautivante acerca de su experiencia en el Chaco y bautizó a Formosa, desde su belleza de paraíso terrenal. El caso del nordeste brasileño es también notable. Recuerdo que cuando Lévy- Strauss decidió trabajar sobre los indígenas del Amazonas, le recomendaron hablar antes con el diplomático brasileño en París y el funcionario le aseguró que no iba a encontrar ni un solo indígena en el área. Por todas partes, lo desconocido está dando escenario a lo aprovechable, a lo redituable. El *mal del desierto* que, para Sarmiento, era identificable con la barbarie, está en todas partes. El tema es quién se hace cargo de las explotaciones y adónde irán sus réditos.

**C.S.** *Lo que notamos María Inés y yo es que estás siempre en el tema de los orígenes, es como un continuo acumulativo, para alcanzar siempre esas mismas causales de la ignorancia, la presencia indígena, los bienes inexplorados. Es como una preocupación por el origen que no se trasciende.*

**H.C.** ¿Estás provocándome? Porque yo marco orígenes que no están explicitados como tales, pongo de manifiesto las políticas erradas o inexistentes, las nuevas fronteras que crean nuevas explotaciones –como en el caso de Venezuela y el petróleo, para decirte algo, pero se pueden encontrar ejemplos hasta el cansancio– y sin embargo no puede hablarse de procedimientos idénticos porque cada caso aporta una diferencia que es preciso evaluar y apreciar en el sentido. Vale decir, cómo incide en la calidad del poblamiento, en la formación de la nación.

**C.S.** *Pasamos a otro tema que se enlaza con éste, y es el krausismo. Aunque parezca traído de los pelos, lo cierto es que te cautivó que fuera*

*citado como el orden de ideas preferido por los sectores medios finiseculares de América.*

**H.C.** Es cierto que se dan más o menos juntos. Creo que ya lo dejé claro cuando mencionamos el tema del radicalismo. Pero me gusta recordar que cuando volvía de Estados Unidos, me hice una corrida de menos de una semana a México. Y cuando bajamos en Loreto –que en territorio norteamericano se llama Laredo por pura deformación sonora– y vi el pueblo en día domingo, y entré en una iglesia pobladísima, llena de amuletos en las paredes, vi a las mujeres de trenzas hasta la cintura con polleras anchas y largas, y ahí, en ese mismo momento, sentí que ya tenía bastante de historia norteamericana. Que, en adelante, iba a entrar en la historia de Latinoamérica. De manera que todas estas puntas se conjuran para plantearme horizontes nuevos en los que entré a explorar también desde el orden de las ideas que es donde me gustaría quedarme. Creo que entrar en el krausismo, leer a Tiberghien y captar las diferencias con los tratados de Ahrens –que se inclinaban hacia la filosofía del derecho, mientras que Tiberghien entraba a la lucha directa contra el marxismo y la historia de la Comuna que escandalizó a Europa en su momento– definían el territorio del radicalismo, diferenciado del marxismo belicoso y clasista pero, de todos modos, con un fuerte sentido de participación y de justicia.

**C.S.** *Quizá esta definición de tu trabajo tuvo que ver con la trayectoria de tus hijas y ese universo de la juventud en la década de 1970 que debió ser muy difícil de encarar, aparte del miedo que tenías. Hay algo que, en cuanto se toca, produce en vos un cierre como el del erizo, y suponemos que se trata de tu propio origen, con tu historia más íntima, que te deja en carne viva y no admite acercamiento...*

**H.C.** No creo que me cierre. Es cierto que tuve que entenderlo sólo por mí misma y que cada una de mis hijas me mostró conductas diferentes, reacciones generacionales distintas incluso entre ellas mismas que me fueron instalando en la inseguridad y, alguna vez, en el espanto.

**C.S.** *¿Qué significaron para vos los desaparecidos? Que una de tus hijas tuviera que exiliarse, que te quedaras sola en tu casa desde tan*

*pronto, que siguieras dando tus clases académicas y preparando tus libros... Algo pasa entre el 76 y el 83 que coincide con tu decisión de entrar en la vida política.*

**H.C.** Sufría cada vez que viajaba a La Plata sabiendo que iba al encuentro de ese clima de tragedia, con experiencias de ausencias o de desapariciones que estaban en el aire, como amenazas o como hechos concretos que pasaban a mi alrededor. Fue un alivio que me echaran. No podía soportar más la paradoja de estar enseñando a construir nuestro pasado americano desde una perspectiva posible y enfrentarme con ese presente trágico. Que por otra parte no negaba ni exponía. Pero todo estaba marcando mi posición crítica.

**C.S.** *No queremos hacerte querellas pero Jacques Revel acentúa el tema de la continuidad y la coherencia que debe marcar la oralidad cuando se orienta hacia la biografía. La pregunta es clara: ¿qué te pasó a vos, en esos años? ¿Estuviste en el país o afuera?*

**H.C.** La vida cotidiana, que no sé bien qué es cuando está despojada de confianza en lo que uno hace cada día para *otra cosa*, me taladraba. Era como si me hubieran sacado la tierra de debajo de los pies. La ausencia de mis hijas, eso lo pondría en primer lugar.

**C.S.** *Claro... pero mientras tanto estabas en tu casa calentita, tenías comida, ¿estaba tu mamita, también?*

**H.C.** Si me empujás así, no me voy a caer: te aviso. Lo cierto es que cuando me echaron me sentí con fuerzas propias, sin la sensación de culpa o de exposición que sentía cuando daba clases, como si me hubiera alcanzado un momento distinto de madurez y de responsabilidad.

**C.S.** *Sin embargo, seguiste atada a la comida de todos los días, no se te ocurrió romper, acabar de sostener esa montaña de la vida doméstica, cumpliendo el mandato de tu madre viejita e italiana.*

**H.C.** Tu manera de plantear las cosas tiene un tinte simplista que las vuelve rudimentarias. Creo que vos y yo hablamos desde lugares muy distintos, y desde situaciones generacionales

igualmente diferentes. Lo que para vos es *montaña de vida doméstica*, para mí pudo haber sido un espacio de conflicto interno, de tironeo diario inclusive, pero mi familia, con todos los tiras y aflojes del caso, sin duda fue mi anclaje vital más importante. Y familia es más que *montaña de vida doméstica*. Cuando lo decís así, yo veo platos sucios, camas sin hacer, ropa para lavar, y puede ser que eso sea lo que queda cuando retirás la trama de los amores, las broncas, los líos del afecto. Pero estando esta trama, es otra cosa muy distinta. Y en mi casa, eso estuvo siempre, bien vivo. Por ahí, demasiado vivo. Mi madre viejita e italiana, fue viejita al final. Hasta entonces, fue dura, vital y fuerte. Y en cuanto a lo del mandato, no sé qué decirte. Me parece un tema difícil, mezclado, y en todo caso no creo que yo haya sido ningún modelo de obediencia. Quiero decir, entre la clase de mujer que fue mi madre y la clase de mujer que fui yo, hay una diferencia enorme. Por supuesto que, con la casa vacía, se me hizo cuesta arriba. Y seguramente pensé en mandar todo al diablo más de una vez. Tuve una sensación de desarraigo, de inutilidad muy fuerte, como si me hubiera perdido a mí misma. Fue una crisis grande, y cómo seguir fue una de las preguntas cruciales. Pero fue una etapa. Me sostuvieron mucho las cartas de mis hijas: tengo carpetones llenos y, sinceramente, creí que ellas necesitaban mis *documentos* o testimonios de memorias, momentos y deseos, así que también les mandé miles de cartas.

**C.S.** *Bueno, sigo en pie con mi pregunta. ¿En qué momento se da ese giro tuyo de dejar de estar fuera de lugar... de encontrar un lugar? María Inés se acordaba de cuando te conoció, el 16 de diciembre del 1982, cuando en el Luna Park se proclamaba la fórmula Alfonsín-Martínez. Me parece que lo que ha definido esta posición política tuya debió ser la moral medida a través del comportamiento ético que el radicalismo propone desde su doctrina, que piensa un estado organizado desde el individuo, el municipio, la familia, propiciando la educación igualitaria de la mujer, como base del Estado que encuentra su regulación desde la práctica de una ética consensuada. Este krausismo tuyo aparece como una ideología de cambio.*

**H.C.** Obviamente. Es como si hubiera encontrado el camino, más allá del conformismo y de la violencia, del dogma bajo cualquier bandera, salvo la razón y la justicia.

# El acceso a la política. El radicalismo en versión personal

7 de junio de 1999

**C.S.** *Tus dos libros referidos a la política, uno, y a la economía radical, el otro, están contruidos sobre la base de un buen prólogo y una serie de documentos institucionales, periodísticos o mensajes a la Legislatura, procurando un encuadre confiable a apreciaciones que, en sí mismas, podrían ser discutibles. Al parecer, tus libros no entran entre los canónicos del partido. Nos gustaría que contaras cómo decidís estos trabajos y tu vuelco a la política.*

**H.C.** Esto se conecta estrechamente con mi frecuentación del krausismo, mi lectura de textos específicos, y de versiones, mi ingreso a la historia de este movimiento de ideas en España que es una vertiente de democracia y de apertura de horizontes. Creo que con la revolución de 1868, que instala un gobierno parla-



mentario –encabezado por un heredero saboyano, como rey– da una idea de la precariedad pero es cierto también que el apoyo del general Prim (que estuvo en la invasión a México y tuvo el valor de retirarse en cuanto conoció los intereses de Bonaparte) le dio energía a lo que duró poco tiempo pero tuvo la dinámica necesaria para impregnar el pensamiento universitario español y todo el ámbito de habla española. El krausismo está detrás de la circulación de ideas finisecular en toda América, incluyendo Cuba y en cada ámbito va a encontrar sus elocuentes impulsores, que pocas veces se remitirán a esos orígenes. Las razones son complejas y, hasta obvias, pero también necesarias si se piensa que en poco tiempo los libros de Krause y sus epígonos serían prohibidos por la Iglesia y figuran en el Index.

**C.S.** *Me imagino que también te sumergiste en la historia de España que conocemos tan mal.*

**H.C.** Era la otra cara de España en donde reconocí ideas y corrientes que aquí tuvieron, entonces, amplia aceptación y que plantean críticas a los gobiernos que sobrevienen a partir del 80. Hugo Biagini, otra vez, y también filósofos y pensadores sociales, han accedido a esta temática con trabajos muy minuciosos sobre esas mentalidades, o compilaciones de monografías como fruto del despertar a un circuito de ideas generalmente desconocido. Ese presunto alambicamiento del discurso de Yrigoyen tiene origen en esos textos de estructura filosófica, porque Krause –se sabe– ha sido contemporáneo de Hegel en las universidades alemanas y fue quien eligió Sanz del Río cuando fue becado a Alemania y regresó a España convencido de que traía la verdad. Dije antes que *descubrí* el krausismo en los libros de sociología latinoamericana que lo mencionan, como ideología común a los sectores medios de América Latina, finiseculares. Era el período posterior al 66 cuando le propuse a Susana Sambucetti esa idea de trabajar sobre fuentes conflictivas. Yo elegí el radicalismo mientras ella trabajó sobre la Revolución de Mayo. De ahí la estructura de los libros y también, en cierto modo, esa simplificación extrema del tejido social. No sé si hoy me hubiera atrevido. Sí sé que para una buena lectura de aproximación resultan más que útiles, al menos, porque por encima de la escoria del descrédito o la

exaltación doctrinaria, están los documentos, en su impavidez reveladora. Que otros me juzguen, yo aprecio esos libros.

David Rock hizo un brevísimo comentario en el *Hispanic American Historical Review* bastante despectivo y puso como ejemplo que, sobre el monopolio de carnes, ponía un solo documento. Bueno, así será. Yo también le tengo una crítica. Su trabajo sobre el radicalismo es buenísimo y el más citado. Yo creo que es notable su tratamiento del tema de los conflictos obreros, que sigue puntualmente y destaca la posición conciliadora de Yrigoyen y su insospechada habilidad. En cambio, para el tema de las medidas económicas, tiene explicaciones de un marxismo rotundo –sin mencionarlo, claro– que simplifican la complejidad que tuvo que sortear Yrigoyen ante la escasísima adhesión de la clase alta y el desprecio por la *chusma radical* sólo comparable al que iba a registrarse en los inicios del peronismo. Salvo así mi entredicho con Rock que, sin embargo, –en una comida que se hizo durante la Feria del Libro– accedió a un cruce vivo de diferencias y acuerdos que entretuvo bastante a la mesa. No sé si a Rock.

**C.S.** ¿Por qué nudos gordianos? ¿Podés explayarte en ese sentido?

**H.C.** Bueno, está implícito en lo que dije. La guerra mundial se interpone entre las necesidades, el negocio, las demandas. Tanto para granos como para carnes. Lo cierto es que el mercado es consistente pero, pasada la guerra, sobrevienen las dificultades: el movimiento obrero con liderazgo anarquista y fortalecido por la revolución rusa, la declinación del mercado inglés por la formación del Reino Unido y la provisión proveniente de Australia y Canadá, con el consiguiente debilitamiento de nuestra vigencia. Todos problemas que eran tan nuestros como del mercado mundial para cuya solución no había que esperar ayuda desde adentro, por la rivalidad que no perdonaban contra este personaje fruto de la Ley del Voto. Hay que leer la *Nueva República* de los Irazusta para tener la medida de ese rechazo, tanto mayor cuando se plantea la aspiración a un segundo mandato luego de la presidencia de Marcelo T. de Alvear, radical también –desde la actuación en el Frontón de Florida– pero perteneciente al más alto sector de la sociedad o, mejor, a las familias de más alcurnia de esta sociedad porteña y argentina. Alvear tiene todo

el respaldo de Yrigoyen, simpatía personal y simbólica también, a pesar del disenso que surge cuando él es embajador nuestro en Francia y participa de las reuniones de la Sociedad de las Naciones y recibe de Yrigoyen la orden indeclinable de retirarse de la Sociedad. En la medida se establece que las pautas deben ser avaladas por las cuatro naciones más poderosas, prescindiendo del resto. Hay un cruce de correspondencia que explica que el “sostenimiento de la neutralidad es también solidaridad con las pequeñas naciones” en el territorio de la verdadera igualdad. Digamos que el gobierno de Alvear tiene continuidad con las mejores aspiraciones radicales, con el agregado de que es momento de vacas gordas, que facilita numerosas medidas del Estado en relación con la educación, la urbanización, la extensión en provincias, el equipamiento del ejército, etc. Una época que cuenta con el aval de la oligarquía, en cierto modo. A pesar de la áspera contienda política en provincias y de la prédica del socialismo que va a mostrarse activísimo en el seguimiento de medidas de cambio.

Cuando Yrigoyen vuelve a postularse en el 28, el embate de la derecha —o será mejor decir de los conservadores-nacionalistas, una denominación que va a hacerse común a mediados del siglo—, con los Irazusta liderando el ataque contra el capital inglés y la preservación de la cultura nacional en relación con la educación, las desuniones de un partido que quiere tener un código de comportamiento ético, un componente inorgánico y discutible, sobre todo desde el ámbito religioso.

Por otra parte, esta campaña contra las premisas democráticas es común también en Europa. La postula Ricardo Rojas cuando vuelve de Alemania, la reclama Gálvez en su *Diario de Gabriel Quiroga*, la imparte Charles Maurras desde el estrado de la reacción francesa, antirrevolucionaria pero extremadamente seductora en el bagaje intelectual que trae. En ese clima de ideas, procuro mostrar cómo Alvear mantiene algunas líneas del radicalismo inicial, con relación al petróleo, por ejemplo, apoyando la construcción del Frigorífico Lisandro de la Torre, dando juego a la intervención de congresales socialistas, respetando la libertad de prensa, apoyando la cultura, y su mujer —famosamente denostada por la elite porque es cantante e italiana— propicia la creación de la Casa del Teatro y se gana, por fin, la adhesión de todos. Consiente,

de todas formas, a una elite que se hace cada vez más poderosa, que alterna largas temporadas en Europa y vive aquí en residencias palaciegas que se hace construir en áreas aristocráticas. Pero, sobre todas las cosas, mantiene la Reforma Universitaria, lo cual da lugar a un crecimiento notable en las ciencias, las letras y la evolución de las ideas cuya libertad de comunicación está asegurada. Arrecia, sin embargo, el crecimiento del nacionalismo, nutrido de todas las notas de la reacción europea que –sobre la base de una religión apostasiada y de una prédica contra el santón heterodoxo, como califican a Yrigoyen y al radicalismo– gana partido en los sectores altos del interior y en los ámbitos patricios de extracción hispana que detractan la inmigración indiscriminada. Más una buena dosis de antisemitismo que se cuele desde la configuración monolítica contra el comunismo.

**C.S.** *Vos citás aquí, en las primeras páginas, una contienda inicial de Yrigoyen con un radical destacado, debate que surge a raíz de algunas expresiones de Yrigoyen que hacen temer medidas conspirativas hacia la libertad de gestión. La repuesta de Yrigoyen deriva hacia la ética que debe estar en la base y prevalecer sobre la riqueza, en el ejercicio de la economía. Se trataba de una interpretación confusa acerca del cambio de precios del vino, eventualmente. Sobre esa base, el radicalismo va a tomar posiciones en relación con el monopolio del petróleo y con la nacionalización de la riqueza.*

**H.C.** De hecho, cuando en el Sur se descubre el petróleo y Huergo habla de los *ulanos de descubierta* refiriéndose a la voracidad de los imperios, Yrigoyen sostiene la acción del Ingeniero Mosconi, general del ejército argentino además, que se consagra al funcionamiento de YPF –un modelo que después imitan los mejicanos que triunfaron en el proceso revolucionario, cuando fundan PEMEX–. Alvear continúa esa política y, cuando llega Yrigoyen a su segunda presidencia, rechaza una solicitud norteamericana para que se le conceda a ESSO una gran extensión de tierras en Salta, cuyo gobernador está de acuerdo en conceder. De ahí la frase de que *el 30 traía olor a petróleo*, pensando en esa negativa y en la decisión de Yrigoyen de fortalecer a YPF. En cuanto a las carnes, con el Frigorífico Lisandro de la Torre, se intenta fijar un precio adecuado

para el consumo de carne de la ciudad capital, sin alterar el beneficio de los frigoríficos. En resumen, *hacen lo que pueden*, sin apearse a tremendismos, reconociendo a la Unión Soviética a pesar de las presiones de los países capitalistas, mantienen la Ley 1420 a pesar del asedio de la Iglesia, dos ingenieros argentinos preparan un informe sobre la navegabilidad del río Uruguay, se construye el ferrocarril de Haytiquina con fondos reservados del Presidente porque las Cámaras no votan el presupuesto... y mientras tanto, hay una lucha sorda entre personalistas y antipersonalistas que se presta a todas las alianzas y todos los rechazos. El avance del capital norteamericano y el impulso a industrias textiles y alimenticias de cuño norteamericano va a acentuarse con la importación de maquinaria agrícola y automóviles. Esto configura una situación totalmente novedosa e imparable que –por supuesto– mueve a la diplomacia inglesa en contra del crecimiento protagónico de los Estados Unidos y, por extensión, de nuestra apertura. La primera medida que toma Yrigoyen cuando accede a su segunda presidencia es enviar a la Cámara de Senadores un proyecto de ley para la nacionalización del petróleo. Y también, desde su discurso de apertura, anuncia la reactivación de leyes que quedaron detenidas cuando se retiró de la Presidencia. Entre ellas, la Ley Mitre, de 1903, sobre los ferrocarriles que Yrigoyen maneja con tacto. Paralelamente, circula todo un mundo de comentarios adversos, de desestima, de acusaciones, de chismografía semioficial para decirlo todo, un clima del que participan el socialismo, los sectores altos, el nacionalismo y –como novedad absoluta– un sector del ejército que, sin embargo, se mantiene dentro de los cuarteles, un sector joven presionado por J. E. Uriburu en su marcha hacia el Congreso. Pero esa es otra historia.

*Nudos gordianos*, entonces, porque son los que atan nuestra economía al comercio exterior y obstaculizan nuestro desarrollo. Amparo a la política del petróleo, control eventual de los frigoríficos, tratativas con relación a la Ley Mitre que regula los fletes ferroviarios en lugar de presentar una batalla de resultado incierto, el Pacto Aberdeen que hubiera mejorado las condiciones después empeoradas por el Pacto Roca-Runciman en 1933, que decide límites de explotación y áreas de expansión de la ganadería. Vale decir, los problemas estaban ahí ya

desde fines de la guerra y no era con hostilidad como iban a solucionarse sino con la regulación, la moderación, las innovaciones posibles. Esto mismo es lo que pondera Rock a propósito de Yrigoyen en las tratativas con los obreros, en el reclamo a Alemania por el hundimiento de naves argentinas que no incide en nuestra neutralidad pero que nos beneficia en el resarcimiento.

Los que se especializan en la cuestión del movimiento obrero no olvidan la represión del 19, en los talleres de Vasena o en la Patagonia trágica. No intento aliviar el rigor de esos conflictos sino solamente comparar con lo que sucedía en todo el mundo en ese mismo momento, incluyendo Norteamérica, ante la amenaza del comunismo que triunfaba y el florecimiento del pensamiento anarquista... por otra parte *hubo que delegar* la represión en el ejército y la policía. Esto está probado, no es relevo de culpa. Es asumir una posición solidariamente crítica. No fue la conducta que se siguió antes y después, que se robusteció después del golpe de 1930 y derivó en prisión y en tortura.

**C.S.** *Dejemos esto. Pero quiero preguntarte si volverías a escribirlo así o de otra manera.*

**H.C.** Reconozco que fue un ejercicio documental. He releído el capítulo primero, no creo que esté mal. En todo caso, responde al rescate de Yrigoyen, de su espíritu legítimamente latinoamericano, su política de acercamiento a los países vecinos, la condonación de la deuda a Paraguay, la legitimidad de la política exterior, respetada y respetuosa. Su misma entrevista con Hoover lo confirma, como creo que ya te conté. Creo que su caída es algo dramático, que tuvo una larga repercusión en nuestra historia y que significó un daño irremediable a nuestras instituciones cuando estaban en tren de fortalecerse. Un dolor.

**C.S.** *Esto se ve claro en tu libro Juventud y política en la Argentina que muestra el enlace ideológico con este período desde la juventud y continúa a lo largo del período militar, con sus idas y venidas, de modo que es un recorrido válido, y restaurador de nuestras mejores perspectivas, que se entroncan en la democracia.*

**H.C.** Antes de entrar en *Juventud y política*, me gustaría hablar de una publicación que sí encuentro en los stands del Partido Radical en ocasión de algún evento partidario. Es la cuarta carta de Yrigoyen desde la Isla Martín García.

Volvamos a *Juventud y Política*, entonces que –obviamente– se conecta con los anteriores. Tiene una vigencia total y se despegas de lo que inicialmente concebí desde el arranque de la palpación política que se vivió en los 80. Amo este libro, aunque no he vuelto a abrirlo, salvo ayer para la entrevista de hoy. Lo sigo queriendo. Está bien construido, sobre la base de la articulación de la juventud con la manifestación política a lo largo de nuestra historia. Creo que la revista *Ideas*, sobre la que estuve trabajando (y consultando también con José María Monner Sans que conoció a todos sus integrantes aunque estuvo siempre en otra vereda) fue la que me dio esta seguridad de la participación de la juventud en la construcción de nuestra historia. Digo liberal en el sentido de la libertad de pensamiento porque, precisamente, adherían o trabajaban en la revista personas que después siguieron destinos diferentes e iban a ocupar lugares distintos, ligados a sus antecedentes familiares o convirtiéndose en sujetos históricos por la fuerza de la realidad.

Y antes de la revista, que es de los primeros años del siglo XX, están los movimientos de Mayo de 1810, auspiciados y promovidos por gente muy joven (salvo Saavedra que tuvo una actuación acotada y respetable) y después tuvieron eco también en jóvenes de las provincias. Se repite esta situación con la Generación del 37 que ilumina con sus revisiones y con su reflexión, o sus lecturas de una Europa romántica, nacionalista y –otra vez– liberal en el sentido de escuchar la voz de los pueblos. *El matadero* y *La cautiva* son textos paradigmáticos de ese momento. Este movimiento, más la visión de lo que sucede en Norteamérica, remueve expectativas y los incita a la rebelión contra un orden de cosas que heredan y se proyecta a través de décadas, sin cambio y sin escuelas. Las clases de Alcorta, desde la filosofía de la Ilustración y sus epígonos, iluminan la búsqueda y los mueven a escribir ensayos, poesías, tratados que todavía siguen siendo una lectura instructiva. Se habían formado en la universidad anterior al rosismo, viajaron a Europa o se dejaron influir por los libros que llegaban trayendo tantas novedades.

Y se alistaron en la lucha por el cambio. Fraguero, Alberdi, Sarmiento, Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre, todos ellos encuentran la manera argentina de ver nuestra realidad, auspician cambios sobre la base de la educación y la reformulación de la economía, rediseñan el país y, por supuesto, también se equivocan pero los guía una fuerza nueva. Ese será el motor que va a organizar el país y con esa energía los primeros ingenieros, los doce apóstoles, van a promover la construcción del puerto, el trazado de canales, avenidas o les darán la bienvenida a arquitectos e ingenieros europeos que serán una ayuda inestimable para la construcción de ferrocarriles. Los médicos tendrán su voz, notable, Holmberg aplicará su saber a la distinción de especies animales y vegetales propias, van a fundarse hospitales con el apoyo de especialistas...

**C.S.** *Nosotros también leímos con gusto estas páginas y no encontramos disonancias para plantearte, porque en los temas conflictivos identificás las fuentes de modo que no es tu voz sino la de tus protagonistas la que aparece. Toda la cuestión del porvenir de la raza (en la que se juega nuestro futuro y donde el evolucionismo puede tener ese doble juego de esperanza y de condena) recorre centralmente nuestra ideología finisecular.*

**H.C.** Y después, está la influencia del nacionalismo francés maurrasiano que se confronta con el de origen liberal –no diré marxista, en todo caso se nutre en Mazzini– o el positivismo francés, o el italiano, que siempre tuvo una pendiente más humanizada que la que deriva en dogma... Ese papel de la juventud sigue en pie con la reacción a favor de la preservación de nuestra identidad que puede verse a la luz de un primer nacionalismo, de tipo emocional, que nos deja documentos significativos, literarios o ensayísticos, pero decididamente fruto de mentes jóvenes.

Y están los maestros *sarmientinos* que sembraron una suerte de doctrina a favor de la enseñanza y de la formación ciudadana que, sin ser específicamente joven fue sin duda joven en cuanto a la confianza invariable en la meta.

Y las primeras manifestaciones de ruptura con lo que el radicalismo



llamó el *régimen*, frente a la *causa* doctrinaria que esgrimían los filósofos de la política para llamar de algún modo a los primitivos seguidores del radicalismo político. Que fueran jóvenes aquellos a quienes apostrofó Barroetaveña con su *tu quoque*, *juventus* es significativo y, para el caso, el mismo Alvear –que después fue presidente– no tenía todavía 20 años cuando participó de los cantones revolucionarios en el 90. José Bianco tiene un hermoso trabajo sobre la juventud, en esos momentos, que debería circular para que quede incorporado a la gente inteligente que propició la politización del pueblo argentino y que adhirió al radicalismo desde temprano. No diremos que los estudiantes que estuvieron a favor de la Reforma Universitaria fueran confesadamente radicales pero abren y propician ese entendimiento diferente de la política que aportan los primeros radicales y que, una vez en el poder, tendrán total templanza frente a las rebeldías estudiantiles, en contraste con el desconcierto de ortodoxos y tradicionales. Y dónde encontrar jóvenes preocupados por el destino nacional sino en las manifestaciones de protesta de los universitarios frente a las transformaciones que mostraban Europa y América del Norte apenas terminada la Primera Guerra Mundial.

Mi libro proporciona fuentes documentales para seguir este pensamiento y recorrer las coyunturas que vive la concientización politizada de los argentinos, la reacción nacionalista que tiene buena prensa y buenos escritores para defenderse a lo largo de la segunda década del siglo y en el transcurso de los años 30. Punto de inflexión severo, frente a la bonhomía radical, que nunca mandó ni policías ni militares para enfrentarse con el estudiantado universitario en todo el país. Porque, efectivamente, en la misma prédica inicial de los 30 ya se menciona el *comunismo* alojado en las universidades y el extremismo que circula por toda la sociedad. También en este texto se habla de las prisiones y del uso de represión *mecanizada* –la picana, para llamar las cosas por su nombre– con documentación precisa que sigue la traza de las variaciones políticas, las posiciones que asume la Iglesia combatiente, la realización del Congreso Eucarístico y siempre el papel de las juventudes, sobre todo las que presentan un frente de lucha, tanto en los gremios como en las universidades.

Este segundo nacionalismo, que aparecería en los años 30, va a

poner el acento en los valores en riesgo frente al asedio comunista. Amparados en la voz de la Iglesia y en nuestra pertenencia católica-apostólica, encontrarán apoyo en la derecha francesa sobre todo y van a abominar de la confusión radical que un santón plebeyo postula con una prosa alambicada y que es, al mismo tiempo, responsable de haberle abierto las urnas a la *canalla*.

**C.S.** *Hay transcripciones de periódicos nacionalistas, de teóricos como Iburguren acerca del significado del liberalismo político y de las expresiones que aparecen en el órgano de la voz católica, a través de la revista Criterio. El miedo al maximalismo es la voz que ordena el pensamiento nacionalista, auspiciado, en primer lugar, por la Iglesia y por el nacionalismo primero, ese que –en algún momento de estas charlas– caracterizamos como emotivo y de expresión más bien literaria. Pero ahora viene una prédica organizada desde múltiples frentes que el advenimiento del fascismo italiano y de Primo de Rivera en España difundirán con la fuerza de algunos logros.*

**H.C.** Leamos a Manuel Gálvez: "...el fascismo, tal como se lo practica en Italia, es sólo una doctrina de derecha en cuanto se opone a la democracia y al socialismo; pero en lo social y en lo económico es una doctrina de izquierda en cuanto realiza una obra a favor del pueblo y conduce al socialismo de Estado. El fascismo es derecha cuando respeta la religión y establece una jerarquía; pero es de izquierda cuando disminuye el poder del capitalismo". La Liga Patriótica va a encargarse también de atacar el pensamiento liberal, apátrida y laico. Va a ser la Milicia Blanca, constituida por jóvenes distinguidos –cuyo antecedente será haber auxiliado a las fuerzas del orden en 1910, en previsión de estallidos anarquistas–. La religión católica soldará los cabos de la tradición que se han roto al *sacar a Cristo de las escuelas*, instalando las lenguas clásicas en las humanidades y el ataque frontal contra la Reforma Universitaria y sus seguidores combativos de las juventudes en todo el país. El ataque era cada vez más orgánico desde la proximidad de las elecciones de 1928 y después siguió, ya en un franco desacato que va a encontrar su cauce cuando el golpe del 30 embiste contra la estructura de las instituciones educativas y sindicales. Cuando se cumple el décimo

aniversario de la Reforma Universitaria, el 3 de julio de 1928, Coriolano Alberini, un filósofo académico y especialista en la filosofía bergsoniana, pronuncia un discurso considerablemente ácido y me gustaría citar un párrafo que menciona la vinculación despectiva que expresa acerca de la intervención política de los reformistas: "...Repito que no pretendemos negar la legitimidad de la política dentro de su lógica esfera... mas no se convierta la Universidad en arena política; de lo contrario, las necesidades de la acción pragmática perturbarán la específica vida de la casa. La existencia pasional sobre tales métodos traerá una recrudescencia del pragmatismo argentino en la Universidad".

Era un antipositivista decidido, por otra parte, y este párrafo está anunciando –en su versión más académica– las razones que van a esgrimirse en adelante contra todo el movimiento estudiantil. El punto de estabilidad hubiera sido, y siguió siendo, el del diálogo y la operatividad. Lo digo pensando en la Universidad, o en la Facultad de Filosofía y Letras, más específicamente, que conocí en el 55. Por lo menos, en el 28, había una curiosa coincidencia entre los distintos sectores, había acuerdo con respecto a la caída de Yrigoyen, sobre todo por parte de los socialistas que, eventualmente, pudieron ser buenos aliados en el respeto institucional pero que, en ese momento, fueron encarnizados enemigos. Al cabo de un mes ya estaban aceptando el error y culpando a la Iglesia por el caos en las aulas.

**C.S.** *Lo cierto es que el pensamiento nacionalista cuenta con epígonos importantes y con el apoyo de intelectuales de fuste. Se menciona en el libro la profunda incidencia que tiene este pensamiento sobre la historiografía tradicional, hasta el punto de que se crea una institución centralizadora de ese pensamiento que es el que va a prevalecer a partir de la revolución propiciada por el ejército –bajo la sigla de GOU– en julio de 1943, que tiene alternativas y escasa unidad de cuadros militares y civiles acerca de la Segunda Guerra Mundial y la neutralidad argentina.*

**H.C.** Esta instancia del revisionismo nos interesa en grado superlativo porque va a ser el instrumento del pensamiento nacionalista, prorrosista, anticonstitucionalista y, por supuesto, también antirradical y, sobra decirlo,

anticomunista. Se va a dar la paradoja de que una pluma diestra y reveladora, como la de Arturo Jauretche que está en la Fuerza de Orientación Radical para la Joven Argentina (FORJA) –un movimiento de jóvenes que despabilan el discurso radical, un poco oscurecido en ese momento, cuando privilegian las *libertades ganadas* a través del radicalismo–, que se vuelca al peronismo y se convierte en un difusor de lo mejor que detecta su populismo de alcance nacional. Y, por otra parte, la eventual dispersión de las diversas tendencias del nacionalismo va a encontrar un gran organizador conceptual y doctrinario en Jordán Bruno Genta, un personaje de notable relevancia entonces a quien el silencio marca con el olvido, al menos dentro de la sociedad civil. De hecho, Perón lo pone al frente del Instituto Nacional del Profesorado y enseguida toma medidas según su estructura fundamentalista que generan un inmediato rechazo. Tiene que renunciar rápidamente. Sin embargo, su obra es muy leída y apreciada por los sectores más radicalizados en el ordenamiento social, católico a ultranza –o tal vez sea mejor decir los que llevan adelante una verdadera cruzada anticomunista y cristiana –. Vuelven a rescatarlo cuando se organiza la Escuela de Altos Estudios de la Aeronáutica Argentina, en 1972, donde la exaltación de Cristo y la Virgen Santísima más las premisas anticomunistas de rigor configuran al verdadero soldado de Dios.

**C.S.** *También están las juventudes socialistas, las organizaciones obreras, y otras variaciones en las que se incluyen el comunismo en alza, previo a la entrada en Segunda Guerra Mundial. La llegada de refugiados españoles, hacia 1936, complica el panorama ideológico, inusitado y el movimiento editorial se acrecienta y se dispara de los controles eventuales. El libro de Carlos Iburguren, La inquietud de esta hora. Liberalismo, corporativismo, nacionalismo, es una suerte de vademécum de estas posturas opositoras y nacionalistas, unidas al menos en el rechazo de estas otras corrientes antagónicas.*

**H.C.** Entramos así en un tercer nacionalismo que hará del Ejército, o de las Fuerzas Armadas, el custodio de la argentinidad católica y apostólica, nacionalista a ultranza, con todas las simplificaciones que pueden registrarse en la historiografía nacionalista que, por otra parte,

cuenta con escritores más que expresivos y ordenadores. Estoy pensando, por ejemplo, en las numerosas ediciones de José María Rosa que hicieron muy rico a su editor. Mientras tanto, las juventudes políticas radicales encuentran un nuevo vocabulario, una postura intermedia y lúcida que les permite participar de esa hora de decisiones con un arrojo reflexivo –si cabe esta combinación aparentemente contradictoria–. Además de FORJA, de la que ya hablamos, Ricardo Rojas dará a conocer su *Radicalismo de mañana*, un texto en el cual toma partido frente a los contenidos de la Revolución del 30. Pero habría que inventariar la circulación de excelentes textos de esta filiación que suma también la invocación religiosa –Furlong, por ejemplo– mientras que la producción de la historia que quedaba por fuera se hizo más empobrecida o dificultosa en su circulación.

Deodoro Roca, con su elocuencia inconfundible, se remite al enredo general, en 1936, aludiendo a los dieciocho años del movimiento reformista: [...] “es hoy una especie de Babel universitaria. Nadie se entiende ya y todos hablan ex *abundantia cordis*. La Reforma ha encumbrado personas y personajes. Unos hablan con tonada y otros sin tonada. Unos viven nostálgicos en el pasado de la *revolución universitaria*; otros, en la *punta de agua*, en la renovada superación. Se han escrito gruesos libros. Unos hablan del 18, otros del 22, otros del 28, otros del 32, del 36. ¿Qué es todo esto? ¿Es una corriente o es un departamento de museo con muestrarios y fichas? ¿Es una cosa muerta o es cosa viva?”

Hace falta precisar cómo se articula el pensamiento de derecha con todas estas alternativas y con el desarrollo de la historia mundial; lo seguimos a Jordán Bruno Genta: “No basta el genio de los conductores ni el patriotismo inquebrantable, ni la capacidad de sacrificio de grandes pueblos para enfrentar el poder comunista sostenido por todos los secuaces del Anticristo: judaísmo, masonería, poder financiero, es decir, todas las fuerzas reguladoras de las democracias contemporáneas. Es que esas magnas reacciones nacionalistas se promovieron sobre los mismos supuestos antiteológicos y antimetafísicos en que se funden tanto la democracia jacobina como el comunismo marxista: el libre examen y el idealismo filosófico, radicalmente subjetivos e inmanentistas

(p.293) [...] El error del nacionalismo alemán estuvo en ser demasiado humano. Ahí está la verdadera razón para nosotros de su fracaso en la lucha gigantesca que emprendió contra el poder comunista y sus aliados, los judíos y los masones (p.297).”<sup>1</sup>

En el libro escribí, hacia el final, unas páginas que hoy, veinte años más tarde, suscribo. El capítulo se llama “Recapitulación” y me parece significativo que, en el momento de la restauración peronista de 1973, precedida por una agitación social generalizada, la universidad y los sindicatos hayan sido los protagonistas más destacados. Sabemos –y en primera persona– que de verdad la situación fue desenfadadamente caótica pero también fueron tiempos en que se borronearon los reparos teóricos entre estas juventudes en beneficio de la posible acción efectiva, de modo que católicos y radicales no aparecen tan diferenciados en ese momento de renovación esperanzada... y cito a Quevedo cuando dijo: “donde hay poca justicia es un peligro tener razón para enfatizar que el orden establecido encubre las más de las veces situaciones opresivas y precisamente la importancia de la historia para entender ese proceso necesita subrayarse”. Continúan algunas afirmaciones en el mismo sentido que me siguen pareciendo bien pero me gustaría transcribir un párrafo: “Lo que también ha quedado claro para los argentinos y para los que particularmente niegan el papel de la juventud en la sociedad activa es que no hubo ningún pasado de oro en donde hayan estado subordinadas, sumisas y pasivas sino, por el contrario, siempre han acompañado nuestro proceso histórico señalando la imperfección y rechazando el sometimiento. Esto es también algo que queremos relevar de este trabajo, nítidamente”.

**C.S.** *Para refrendar tu texto y el final confiado que asumís por temperamento y por posición tomada, incluimos otra cita tuya: “El arte de la coalición y las virtudes de las soluciones a largo plazo es la única*

---

<sup>1</sup> Jordán Bruno Genta. *Acerca de la libertad de enseñar y de enseñanza de la libertad. Libre examen y comunismo. Guerra contrarrevolucionaria*. Biblioteca del Pensamiento Nacionalista Argentino, Tomo VII, Dictio, 1976.

*vía en lugar de supuestas soluciones a partir de un plumazo o de un sablazo. La empresa es larga y quienes más energía tienen para acometerla, y tiempo, son los jóvenes. Y quizá también tengan la generosidad de tener menos rencores". Y con esto cerramos este comentario sobre Juventud y política y aceptamos tu entusiasta seguimiento de esta presencia de la juventud en nuestra historia que, por otra parte, significa en tu vida una especie de compulsión de la evolución de las ideas, como precediendo muchos hechos que, sin ese trasfondo, pierden mucho sentido. Por lo demás, cubrimos así tu fervor radical, que te duró bastante...*

**H.C.** En realidad, es una especie de recuperación de un período al que asistía –hablo del 70– que me hizo comprender que, detrás de la imposible inquietud, podía verse el lomo de un dinosaurio ciego. Fue lo primero que escribí cuando empecé a involucrarme con los textos de *Pueblo y Gobierno* y también el libro de José Bianco que llegó a mis manos un poco por casualidad, me impactó por su precisión y su confianza. Este libro fue escrito después de los otros libros sobre el radicalismo que le dieron cimientos y se editó tardíamente.

Pero antes de cerrar este tema, quiero mencionar un trabajo mío que valoro y que es una síntesis de la doctrina y de la trayectoria del primer radicalismo, tal como aparece en un escrito del propio Hipólito Yrigoyen de 1923. Es una especie de balance de aspiraciones y concreciones hasta ese momento en que Marcelo Torcuato de Alvear asume la presidencia. Ese texto recién se conoce en 1957, cuando lo publica el doctor Enrique Sobral, como albacea y editor de esa colección memorable de textos y documentos: *Radicalismo, pueblo y gobierno*. Un prólogo de Horacio Oyhanarte explica la procedencia del texto que Hipólito Yrigoyen le entregó a su hermano Rodolfo Oyhanarte en 1930.

Me detengo en estos entretelones porque procuran un trasfondo testimonial que revalida la personalidad de Yrigoyen y sus trabajos, en el sentido de que es portador de una doctrina cuya vigencia como plataforma de democracia sigue siendo válida para todos los tiempos. Son cuarenta páginas –las más– bien medulosas que escribí cuando había producido los trabajos anteriores, de modo que me parecen un resumen confiable. El texto tiene similitud con el *Cuarto Memorial a la Corte* que, desde su

prisión en Martín García, Yrigoyen hizo llegar a sus acusadores, con su personalísima escritura. Me gustaría incluir unas líneas que bien valen como acápite del nuevo ideario político que propone Leopoldo Lugones, el vate ideólogo de la *revolución* del 30: “El nuevo ideario político es un acto de fe en la patria pero también un diagnóstico con el objeto de desembarazarla de las instituciones extranjeras que adoptó la Argentina con entusiasmo erróneo y de la ideología liberal que, con excesiva fe, tomó por la libertad misma”.

El texto de Yrigoyen es imperdible por la expresividad y por la caracterización del fervor cívico pero también por su rectitud consecuente. El párrafo que quiero poner creo que da la exacta medida de la coherencia básica de su liberalismo político, cuya validez sigue siendo una meta cada vez más identificable y más necesaria:

“La Unión Cívica Radical fue el precioso instrumento de las libertades argentinas y, ante su imposición, a mi respecto, me incliné reverente y asumí el gobierno con todas las significaciones patrióticas que simbolizaban su mandato y como imperativo de mi augusto deber.

Mi compromiso –yo lo sabía– era difícil pero tampoco ignoraba que no hay nada más noble ni más eficiente en el hombre que la conciencia de bastarse a sí mismo, en todas las contingencias y los órdenes de la vida.

La política que apliqué en el gobierno era la que persigue la humanidad como ideal supremo de su progreso y bienestar. Aquella que hace plácida la vida de las sociedades y estimula sus actividades y venturas, en la vigencia de un ordenamiento legal equilibrado, entre las dos grandes fuerzas siempre combatientes: el capital y el trabajo. Naturalmente que me sentí atraído por el drama tremendo de los que nada tienen y sólo anhelaban un poco de justicia. Ese poco de justicia que representa el mínimo de felicidad a que tienen derecho los proletarios de todo el mundo. Esta política liberadora no fue, a pesar de ello, ni parcial ni partidaria ni menos excluyente; se fundamentó en el bien común y dio estabilidad a todos los avances y al desarrollo económico y social de la Nación.”<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Hipólito Yrigoyen. *Mi vida y mi doctrina*. Prólogo de Hebe Clementi. Buenos Aires, Leviatán, 1987.



Un liberalismo político que luego es arrasado por el vendaval y la confusión de un presunto neoliberalismo que encubre el sometimiento al mercado –nuevo estigma de nuestra civilización–, un liberalismo que hoy se corresponde más integralmente con los derechos humanos.

# La lectura como alternativa

---

21 de junio y 5 de julio de 1999

**C.S.** *En tu discurso aparece esta cuestión de los condicionantes externos. Lo pensamos con María Inés porque si hay algo que aparece constantemente en tus textos es la utopía de que sos omnipotente y no sufrís condicionantes externos. ¿Es así? ¿O es que resolvés la actitud que vas a tomar sobre la base de tu propia voluntad...?*

**H.C.** Yo diría que me encontraste, que diste en el clavo. Es así, claro. No es por omnipotencia, pero es el buen deseo de poder. Por ejemplo, desde el momento en que decidí estudiar, hice abstracción de todo lo demás... aunque creo que no descuidé a mis hijas, ni la casa, ni la comida. Dicho de otra manera, el estudio pasó a ser mi centro impulsor... necesitaba que todo lo demás anduviera bien y yo pudiera solucionar los desajustes. Pero había buena salud, mis chicas eran espléndidas y, en cuanto a mi marido, creo que lo vio como una salvación. Verme

ocupada y estar bien atendido era su mejor proyecto y se las arregló para llevarlo adelante toda la vida. No te das idea de lo que yo había bordado y cosido en los años previos a la decisión de estudiar... eso era algo que me venía desde la infancia. Aprendí a bordar, preparé cosas para el ajuar mucho antes de tener un novio en puerta. El tema, siempre, era estar ocupada, una actitud de trabajo y paciencia que era una de las imposiciones de la rutina familiar.

**C.S.** *¿Y tu cuerpo?*

**H.C.** Y dale con eso. Mirá, no estaba disconforme con mi cuerpo pero nunca me ocupé especialmente. La ducha todos los días, peinarme rápido, apenas si me ponía un poco de rouge.

**C.S.** *¿Querés decir que te bañabas sin mirarte?*

**H.C.** Bueno, era un baño para estar limpia no era una cuestión de coquetería. Los olores nunca me gustaron... y siempre tuve un maldito olfato. Te diría que mi cuerpo nunca me gustó especialmente pero tampoco me pareció abominable. Aparte no iba a reuniones que me permitieran compararme, eso también debe haber influido en esta modalidad mía que se fue acentuando con el tiempo. Creo que hasta los 45 años no usé ninguna crema. Sólo una Ponds para limpiarme la cara por la noche. Mi madre, en cambio, a pesar de ser una campesina, siempre fue coqueta y cuidaba los detalles. A mí, me estimulaba más resolver cosas que necesitan aplicación, ya fuera una comida diferente o un texto sobre la vida cotidiana. Ahora, por ejemplo, creo que soy puro espíritu... aunque necesito saber que mi bisnieta y mis nietas están bien, que me llamen... porque me devuelven la seguridad de que estoy ahí, de que todo valió la pena. Siempre fui muy sana, aunque algunas cuestiones se acentuaron con la tercera edad. Pero me aproveché de mi buena salud, abusé de mi energía, toda la vida comí pésimo. Trabajé muchas veces en contra del cuerpo y de las señales que me mandaba. Empecé a tener problemas y no les di bolilla. En fin. Hasta que me pasó lo del corazón que fue de muy alto riesgo.

**C.S.** *¿Y tu vida sexual, cómo la calificarías?*

**H.C.** Nos casamos cuando yo tenía 18 años y él, 32. Con una vida de soltero bastante trajinada por lo que pude saber. Pero de ese período suyo, sólo tengo anécdotas. Lo cierto es que nos queríamos bien y los primeros diez años, sobre todo, fueron muy intensos. Fui su fiel discípula, no encuentro otra manera de explicártelo. Cuando llegaron mis hijas, dejé de hacerme cuestiones y fui madre *full time*.

**C.S.** *¿Pusiste toda tu energía vital en eso?*

**H.C.** Sí, creo que sí. Además, gastaba una buena porción de energías en ocuparme de la comida, ir a la feria muy temprano para hacer las compras antes de llevar a las chicas al colegio, y volver, poner todo en marcha para ponerme a estudiar antes de que volvieran o para escaparme a alguna de esas clases que no me podía perder. Mi madre fue maravillosa. Se venía desde Moreno a mi casa, primero a la de Flores, después a la de Caballito, y me ayudaba. La *nonna* fue una persona esencial para todas las nietas, mis tres hijas y las dos de mi hermana. De noche, cuando todos dormían, me metía en la cocina de la casa de Flores que era angostita y mínima para que la luz no despertara a Marcia que tenía sueño liviano y un carácter más bien temible. Si tengo que evocar la vida de esos años, te diré que el renunciamiento a todo lo mío fue lo que señaló ese tiempo... aunque es cierto que nunca renuncié a la facultad que era lo único que de verdad me importaba. Pero me gustaba verlas comer con ganas. Y cuando los platos estaban lavados y las ollas guardadas, me comía un huevo duro y un tomate muchas veces sin sentarme. Mis hijas se burlaban, mi marido se enojaba, mi madre no entendía qué estaba haciendo con mi vida. Pero en medio del desorden y el humo, nunca pude tragar ni un bocado.

**C.S.** *Volvamos a nuestro tema de hoy, que es calibrar ese trabajo enorme que fue hacerte cargo de la Dirección Nacional del Libro donde implementaste un programa de proyección nacional a través de bibliotecas populares, direcciones de Cultura locales, colegios secundarios y primarias, a través de todo el país. Además tuviste un programa en Argentina Televisora Color (ATC) –Leer es Crecer– una consigna que*

*también presidió el Plan de Lectura, además de una audición de radio junto con María Ester de Miguel y María Sáenz Quesada.*

**H.C.** Estaba todo a mano, los ingleses dicen *yours for the asking*. Y efectivamente estaba en la jurisdicción de la *Secretaría de Cultura*, que a su vez tenía el control de ATC. Aunque diré que en el canal había un desorden brutal, entre los que entraban y salían y la cantidad increíble de gerentes, la acción de los sindicatos y las dificultades para establecer un plan orgánico. En el programa se contaban los avances que se hacían con el Plan en todo el país. Primero, me pedían que hubiera un conductor que llevara adelante el programa pero me opuse. Sentí que yo me bastaba para explicar de qué se trataba: las experiencias con los talleres, la diversidad de los lugares, la diferencia de la gente en los distintos ámbitos, las presentaciones de libros, de autores o de bibliotecarios. Yo quería transmitir todo eso desde la vivencia, no que fuera pura letra sin la emoción de haber atravesado las situaciones.

**C.S.** *Leo aquí la programación del Plan que elevás, a manera de memorándum, al Secretario de Cultura cuando tuviste que renunciar. Me pregunto cómo conseguiste implementar semejante proyección y quisiera que lo contaras con detenimiento.*

**H.C.** El programa era los domingos de diez a once de la mañana, un horario que, por lo menos en Buenos Aires, no era gran cosa. Pero se veía en todo el país y yo de repente me iba a Tilcara y los chicos me gritaban *ahí va la señora de la tele* o estaba en un restaurante en Neuquén y no me querían cobrar porque *el programa nos gusta mucho*, me decían. Abrimos el primer programa con la visita de una francesa encantadora que tenía un programa parecido en París que se llamaba *La joie par les livres*, como decir la alegría a través de los libros.

La primera experiencia de talleres la habíamos hecho en la misma Secretaría de Cultura y convocamos a una pléyade de talleristas acreditadas para esa clase de trabajo. Empezamos con la experiencia de *La Valija* en la biblioteca Mariano Moreno, de Bernal, creada por el doctor Juan Carlos Secondi que había sido Director de Bibliotecas en la provincia de Buenos Aires en la época de Illia. Una profesora de letras muy talentosa, Teresa Pagnota, junto con Graciela Guariglia, estuvo a

cargo de la experiencia y después escribió unas páginas que se editaron como primer testimonio del trabajo y del eco que había tenido.

**C.S.** *Contanos las dificultades que tuviste que superar en ATC.*

**H.C.** Te diría que sólo tuve algún que otro problema al principio. Después, se dejaron seducir por el tema y los testimonios vivos. Una coplera de los valles calchaquíes, una maestra patagónica, un autor o un editor notable, como cuando vino Manrique Zago a presentar sus libros sobre los italianos o los judíos en Argentina. El programa, diría yo, sedujo al equipo técnico que, después de una actitud de reticencia inicial, empezó a colaborar. Fueron muy solidarios. El último bloque del programa lo hacía mi hija Graciela con su amiga de toda la vida, Inés Fernández Moreno. Elegían un relato de algún gran escritor y una de ellas hacía un perfil del autor y la otra contaba el cuento. Una vez cada una. Se juntaban en el piso para escucharlas.

**C.S.** *¿Pero cuáles eran los contenidos de una hora entera de televisión?*

**H.C.** Material sobraba, porque el eje era la convocatoria a la lectura que llegaba a través de experiencias personales e institucionales, con el carácter de testimonios invaluableles. La gente que por una u otra razón vino al programa le dio su apoyo o tuvo el registro de la llegada que había conseguido. Comentábamos libros, mostrábamos de muchas formas lo que hacíamos, el material que editábamos y que iba dejando constancia del trabajo. Por ejemplo, en Laguna Paiva, la tallerista que iba allí, Haydée Marcilio, recibió el pedido del propio director de Cultura para que hiciera talleres en todos los niveles de educación. Ese trabajo lo publicamos con el tercer volumen. El primero fue *La Valija*; el segundo, que escribieron Graciela Perriconi y Adela Basch, fue *Patagonia* y deja una constancia bastante emocionante de las experiencias que tuvieron.

Y ya que mencionamos Laguna Paiva, que fue nudo de ferrocarriles del Litoral y ahora es una localidad yerta, hay muchos lugares en el país donde pasa eso mismo aunque quizá los despojos de los rieles sean menos impresionantes. Por ejemplo, el equipo que armaron Marilú Bou y Elida López, dos graduadas en historia que trabajaron mucho en la

Patagonia. Cuando llegaron a la biblioteca de Trelew, se encontraron con que el local era el mismo edificio de la estación de trenes que había cambiado de destino después del levantamiento de las vías... Así se hizo el primer libro que incorporó la historia oral al inventario de estrategias para la convivencia y la memoria. El libro que finalmente editamos, *Los que perdimos el tren*, es una verdadera joya de nuestro mejor folclore, que debería ser lectura para formar conciencia nacional. Hoy, los casetes correspondientes a este trabajo y otros que ellas mismas impulsaron están depositados y resguardados en la sede del CONICET, un recaudo para nada ingenuo.

Marcilio, por su parte, conquistó el área de Vinchina, a cuatro mil metros de altura. Iban juntas, ella y Elvira Ibarguen, y se trabajaba a todos los niveles. Si había un descanso, se hacían una corrida hasta la cordillera donde había unos lagos de altura que deslumbraban a Elvira, igual que las garzas rosadas. Ella había trabajado durante años en la revista *Humor* y lo que sabía le sirvió para ayudarnos a diagramar la revista que queríamos editar. Fue ella misma la que nos propuso el nombre, *La Bandada*, pero no pudimos sacar más que un par de números. Y Marcilio, Marcilio era infatigable. También fue a escuelas de frontera en la Patagonia y, después de hacer talleres con chicos y grandes, hasta les enseñó a coser a máquina.

**C.S.** *¿No había discusiones, puntos de vista diferentes?*

**H.C.** La verdad que no... Aquí la diversidad ganaba la batalla y era difícil preferir una experiencia a la otra. Me quedo sin mencionar a mucha gente valiosa pero lo cierto es que había una energía permanente, buena.

Una vez, por ejemplo, fuimos a General Alvear, en Corrientes. Una ciudad chica, de no más de 2.000 habitantes. Conseguí llevar un equipo de televisión, por primera y única vez. Hicieron algunas tomas de lugares, de casas antiguas, del campo y del río. De algunos viejos. Todo como les parecía a los camarógrafos, que aparecían y desaparecían sin aviso. En un momento dado, los buscamos y nos dimos cuenta de que se habían ido sin avisar. La verdad es que el pueblo no ofrecía ningún ambiente propicio para el encuentro, no había un solo café, ni negocios, todo se compraba en la ciudad brasileña que había enfrente. El caso es que el

tren ya no pasaba por ahí y el ómnibus venía una vez por semana. Era un lugar de vegetación prácticamente tropical, lleno de flores, de orquídeas raras, y también en un claro del monte vimos a un criollo con sus hijos chiquitos trabajando en un horno de ladrillos primitivo. Todo era rudimentario, penoso. Pero en relación con el programa quiero decir que armé un libreto con las imágenes que habían tomado los camarógrafos y salió un relato y una visión fantástica del lugar. De hecho, nos pidieron que repitiéramos el programa. Un testimonio de lo que pudo ser, y no fue, porque tuve que renunciar igual que los otros directores cuando el doctor Alfonsín dejó el Gobierno.

**C.S.** *¿Cómo llegás a la radio?*

**H.C.** Bueno... hubo diversas instancias. En el último año de la dictadura, me llamó un periodista excelente, Cavallo, que todos los domingos hacía la evaluación de lo que había pasado en las distintas décadas. En ese ciclo, trabajaban periodistas de primera. A mí me pedían que hiciera una recapitulación de los hechos desde la historia, como un relevamiento final. Cosa que hice puntualmente.

Después había participado en un programa, en radio Belgrano, que organizó el doctor Raúl Aragón. Con Aragón tengo una larga relación de profesores de historia y de vida misma y es una persona que ha estado cerca de mí en muchas situaciones. Él lo llamó *Historia sin histeria* y María Inés Rodríguez, la directora del Museo Roca, nos ayudó en la convocatoria de la gente, según los temas que se iban cambiando en cada programa. Era una buena oportunidad para confrontar las interpretaciones de nuestra historia que, por supuesto, no carece de conflictos. El doctor Marfany vino cuando hablamos de la Revolución de Mayo y discutimos bastante pero como tienen que ser las discusiones, con buenos fundamentos y honestidad intelectual.

Después, fue Radio Nacional. María Ester de Miguel nos pidió a María Saénz Quesada y a mí que cubriéramos una hora por semana. Entonces hicimos *Cuestiones en cuestión*, un título que nos encontró mi hija Graciela. Nos planteábamos cuestiones del momento, conmemoraciones o sucesos del mundo. Acordábamos los temas antes y cada una de nosotras decía lo que había pensado o preparado. Tenía buena audiencia.



Después, me pidieron que preparara una breve historia de los argentinos, desde 1810 en adelante y escribí unas veinte emisiones. Nunca escuché el programa, pero estaba en muy buenas manos. No quise desperdiciar la oportunidad de ser breve y expresiva, y por ahí debo tener los originales de esa producción.

**C.S.** *Como señala Habermas, los medios de comunicación integran ámbitos antes separados, literarios, científicos, periodísticos, creando una complicada franja para ser resuelta por intelectuales de todas las disciplinas. Y, al mismo tiempo, se trasladan las cuestiones a un lenguaje coloquial.*

**H.C.** Quizá me decís esto porque estás pensando en mi elección por la historia, como si fuera aclarándose cada vez más. Historia de la sociedad de pertenencia, para la definición de mí misma y del campo de la política que me daría alas...

**C.S.** *Hubo gente que no lo resolvió así. Y quedó atrapada en la incomunicación o la soledad. Hay algo que vos no terminás de asumir y que destaco: con estos medios de comunicación diferentes, estás operando sobre la gente y estás mostrando nuevas actitudes, modos diferentes de ver y de pensar.*

**H.C.** Yo siempre estuve convencida de que nuestra operatividad tenía ese sentido, precisamente, que ayudaba a la gente a expresarse, a conocerse, en un proceso de ida y vuelta que por fuerza resultaba una manera de historiarse. Y que, además, sorteaba el trabajo de base –lo erudito, digamos– y mostraba el fruto de esa búsqueda.

**C.S.** *Era como darle otra vuelta de tuerca a la historia, desde un lugar de convivencia y de unidad.*

**H.C.** La historia se veía como constitutiva del tejido social y de la gente, individualmente.

**C.S.** *De todos modos, hubo programas absurdos, antes y entonces, por televisión, sobre todo en el período de la dictadura.*

**H.C.** No puedo afirmarlo porque veo poquísima televisión, antes y

ahora. Pero sigue gustándome la idea de construir programas o de intervenir en documentales. Justamente en estos días tengo que ir a grabar mi parte en un *DNI* de José Ingenieros, una figura importante de nuestro pensamiento que ha sido muy desnaturalizada sobre todo por un sector católico que ataca sistemáticamente a Ingenieros en su famoso recorrido de nuestras ideas.

**C.S.** *De verdad que es una serie documental muy buena, aunque no aparecen los aspectos conflictivos, que creo que le darían otra densidad. Quiero que cuentes qué pasó con todo este proyecto cuando Alfonsín renunció y ustedes tuvieron que renunciar también a sus cargos. ¿Habrá incidido la hiperinflación en el desarrollo del proyecto? Quizá puedas contar cuál fue la reacción de la gente que recibió el programa y, del mismo modo, cuál fue tu reacción en la medida en que tenías una pertenencia política bien definida.*

**H.C.** Debo decir que el programa había seguido con la misma energía porque en realidad no era gravoso para el presupuesto. Los viajes tenían una caja diferente, los tramitaba una mujer de una capacidad extraordinaria, Lita Risso, que tenía un estilo de amabilidad constante y de firmeza al mismo tiempo y una capacidad organizativa formidable. En cuanto a los contratos, eran decididamente comunes y sin duda no afectaban la marcha de la Secretaría de Cultura. De hecho, cuando encontré años después al director —el licenciado Carlos Bastianes—, me reconoció que al final del camino se daba cuenta de que lo nuestro fue lo más importante que se hizo desde la Secretaría. Aunque el comentario llegó tarde, igual fue alentador. Pero con la renuncia del doctor Alfonsín quedamos y quedé paralizada. Después vino la decisión de que teníamos que renunciar todos, la llegada del doctor Bárbaro a la Secretaría y —lo peor de todo— del que me sucedió en la Dirección del Libro. Ni me acuerdo del nombre pero sé que a la semana había destruido todo nuestro material de archivo, las carpetas de cada lugar adonde se había ido describiendo la experiencia y cantidad de otras groserías. Él mismo renunció al cabo de unos pocos meses. El Plan de Lectura, sin embargo, siguió en pie pero entonces a cargo de la Dirección de Bibliotecas Populares, donde el doctor Juan Carlos Secondi —a quien yo

llamaba *el senador* por ese aspecto respetabilísimo que tenía— había conseguido imponer un ordenamiento fuera de serie después de la dictadura. Juntos habíamos ido a Tartagal y también a otros lugares, a reabrir las bibliotecas que habían clausurado los militares. Pero, en este caso, la persona que lo sustituyó fue excelente: Javier Fernández, un estudioso que venía de ser agregado cultural en París durante años. Y a él le mandé una nota, a través de Daniel Álvarez. Álvarez era un ser totalmente fuera de serie que había estado al frente de una biblioteca en Curuzú Cuatiá, nueva y chiquita que, bajo nuestra gestión, logró sumar un 300% más de socios, y a través de la Fundación Antorchas pudimos equiparla con computadoras y televisores. La mujer de Álvarez, además, que es profesora de matemáticas encaró todo un plan de enseñanza con las computadoras. Fue una gran experiencia. Precisamente él preparó un *estado de la cuestión* en relación con las bibliotecas populares que le alcanzó al nuevo director como una *Memoria*. Estoy segura de que debe haberle sido enormemente útil para poder seguir adelante con lo que nosotros habíamos emprendido.

Lo que la Fundación Antorchas hizo por nosotros merece un capítulo aparte. Me citaron para que hablara ante el Comité Directivo, y expusiera el Plan y la situación de las bibliotecas. Eso fue al principio de mi gestión. Y el doctor Hirsch, creador y numen de la Fundación, me acompañó hasta la puerta de salida y me despidió con unas palabras que para mí son inolvidables: *Sus bibliotecas serán mis bibliotecas*, me dijo.

A partir de ese momento, mi trato fue con el doctor Eduardo Tiscornia a quien la *Fundación* le encomendó nuestro tema. Fue entonces cuando me pidió que reuniera a los diez líderes que yo consideraba más aptos y emprendedores para darles subsidios. Allí se concertó que el doctor Tiscornia viajara hasta Curuzú Cuatiá y allí fue donde decidió el aporte que permitió ese crecimiento colosal. Justamente cuando ya estaba anunciada esa reunión —que fue en el Museo Roca— apareció un problema en Venado Tuerto, desde donde llegaban denuncias sobre la gestión de la Biblioteca Florentino Ameghino, recién reabierta después de una clausura de los militares. La acusación llegaba desde la biblioteca principal y el Obispado. Tuve que viajar hasta allí para enterarme bien de lo que pasaba. La verdad era otra, completamente otra. Llegué una tarde

muy calurosa y me encontré con un grupo bastante nutrido de chicos jóvenes, una persona que manejaba todo con mucho criterio, un espacio limpio y ordenado, con los libros clasificados y encuadernados y un movimiento de gente que se llevaba libros o los traía de vuelta. Me pareció que la persona que le había podido dar ese carácter a esta biblioteca –que había sido tierra de nadie durante la dictadura– podía ser de la partida de los diez elegidos, como uno más. Le avisé a la gente de la Fundación Antorchas y realmente la delegación que llegó impresionó muy bien al doctor Tiscornia. Total, que ellos también tuvieron una asignación sustancial. Resolvieron construir un salón importante, para múltiples usos –café, sala de conferencias, espacio de lectura– un lugar lleno de vida que se transformó en centro de mucha gente. Y siguió creciendo. Hoy es un punto de referencia de la cultura del interior. Y por supuesto de Venado Tuerto, que es un lugar único, con un pulso ciudadano que no tienen otras ciudades más importantes, incluso capitales de provincia. De hecho, siguen llegando a Buenos Aires con iniciativas válidas, conectados siempre con buenos autores, son constructivos, solidarios y, además, editan una revista cultural de excelente nivel. Se llama *Lote* y –por las colaboraciones, por su orientación, por la calidad de cada página– me parece que marca un punto cultural importante.

Pero quiero leerte un texto de Álvarez, sobre cómo pasaban las cosas: “...un grupo de dos o tres talleristas realizaban visitas, munidos de una gran valija colmada de libros adecuados para ese tipo de escuelas, desplegaban una alfombra y –abriendo un espacio en el aula– se sentaban en el suelo. Los niños elegían los libros, compartían lecturas, juegos, y actividades entre todos, acentuando el carácter horizontal y desacralizado del encuentro entre los libros, los talleristas y los alumnos”. Por desgracia, por verdadera desgracia, Daniel Álvarez murió de un cáncer fulminante muy poco tiempo después.

En esta área de las bibliotecas, no puedo dejar de nombrar a Lidia Blanco. Lidia tenía y tiene un entusiasmo que atraviesa montañas, dio explicaciones y tuteló experiencias bibliotecarias en muchos lugares chicos, en escuelas, en pueblitos, dio pautas, unificó criterios, ayudó a conectar las bibliotecas con el Plan de Lectura y fue incansable siempre en ese trabajo imposible de delegar.

**C.S.** *Me gustaría que habláramos ahora de ese otro aspecto del trabajo de la Dirección, el de impulsar la edición de algunos trabajos que introdujeron la gran novedad de la indagación oral, conducida por la profesora Marilú Bou, una enamorada de la Patagonia, que abordó como propio ese territorio y logró grandes resultados.*

**H.C.** Te diré que esas publicaciones tuvieron una recepción excelente aquí y en el exterior. La doctora Dora Schwarzstein, que tiene a su cargo en la Facultad de Filosofía y Letras el Programa para Graduados en Historia Oral, comentó estos libros en una edición de la revista de historia que edita el Instituto de Investigaciones Históricas Emilio Ravignani. El comentario fue extenso, puso de relieve la modalidad de nuestro trabajo e incluye las publicaciones que dan cuenta de las experiencias y *creaciones*, según el material que íbamos encontrando en esas ciudades o pueblos del sur. Hubo, sí, comentarios en diarios locales porque cruzaban experiencias y permitía una buena dosis de reconocimiento mutuo.

Hacia el final de mi gestión, unos meses antes de la renuncia de Alfonsín, nos quedamos sin fondos y sin posibilidad de editar otros trabajos sobre unos talleres muy fructíferos que Marilú Bou y Elida López habían hecho en el norte. Después se publicaron en periódicos de la zona y creo que fueron la semilla para otras experiencias que hicieron en esos mismos lugares.

**C.S.** *¿Cómo llegaste a formular el programa en tanto que experiencias de historia oral? Porque la historia oral implica preguntarse quién es el sujeto de la historia. ¿Llegaste desde una reflexión previa o lo hiciste tirándote al agua como es tu estilo?*

**H.C.** Yo creo, creí siempre, que el protagonista es el ser humano –en un sentido genérico– frente al medio y las circunstancias. No me desentiendo de la interpretación economicista pero siempre tuve la seguridad total de la simplificación que significa elegir ese recurso. Pero mi adhesión a la historia oral fue paulatina, no teórica si se quiere. Salvo para algunas memorias, me apoyaba en el concepto de fuente que, hasta ese momento, era totalmente inexistente en esos lugares donde se trabajó. Paulatinamente, fueron afianzándose los aspectos teóricos.

**C.S.** *¿Habías leído a Thompson, por lo menos? O contanos cómo se te ocurrió.*

**H.C.** Lamento parecer improvisada que es algo que no me gusta, pero es cierto que al principio prescindí de la teoría. La que había leído sobre el tema era Marilú Bou y ella tenía práctica de taller con el profesor Bratosevich, así que trabajó de esa manera en los lugares que visitaba como tallerista del Plan de Lectura. Me parece que el primer lugar fue Trelew. Y después, Palomo, un pueblito que apareció como consecuencia de la explotación petrolera. Mi respaldo teórico –mi único documento– podría decirte que fue un librito mínimo editado por la Unesco. Ahí se valoraba el trabajo de los talleres para incentivar la lectura y se los consideraba un medio irremplazable para una alfabetización consistente, con testimonios muy expresivos sobre el trabajo que estaba haciéndose en África. Me dije: *nosotros tenemos áreas, tenemos poblaciones aisladas, tenemos falta de comunicación en tantos lugares del país...* Y sobre la base de esos contenidos mínimos imprescindibles, inventamos un logo –que era un ombú de copa grande–, pusimos un slogan: *Leer es Crecer*, que era el concepto central de lo que queríamos hacer y empezamos a mandar un aluvión de cartas para hacer contacto con bibliotecas y secretarías de Cultura provinciales o locales. Las respuestas fueron inmediatamente favorables. Y el Plan se puso en marcha, en todo el país. Fue extraordinario, era realmente como sembrar y recoger en cada lugar donde estuvimos. La tenacidad y la visión de Marilú fueron decisivas para llevar a cabo la producción de estos libros que yo apoyé incondicionalmente hasta verlos terminados. Los publicó Ediciones Culturales Argentinas, y fue una especie de gesta en la que intervino mucha gente.

**C.S.** *Recuerdo que en el taller de serigrafía que teníamos en el Museo Roca hicimos el clisé del famoso ombú, para el afiche de la Dirección Nacional del Libro.*

**H.C.** Es cierto y no me canso de decirlo. María Inés estuvo siempre cerca de mí, me apoyó en muchos proyectos y participó en muchas concreciones, del mismo modo que ahora está patrocinando este trabajo o esta revisión de mi vida.

**C.S.** *Desde mi práctica de investigación de muchos años, me cuesta aceptar estos testimonios o me habrá costado entonces, a principios de los 80. Ahora, estamos todos persuadidos de la documentación fehaciente e irremplazable que permite la oralidad, pero reconozco que tu decisión pudo parecer impulsiva en aquella época.*

**H.C.** Al margen del trabajo de los talleristas, tuve confianza en la oportunidad que ofrecían los talleres para la comunicación en lugares perdidos por todo nuestro territorio. Que la gente apareciera como protagonista de su historia, me parecía la verdadera clave que en general es omitida por la historia tal como se la construye.

**C.S.** *También está inscripto en la cotidianeidad de las experiencias peculiares de cada lugar, en la indagación sobre la pertenencia que puedan expresar.*

**H.C.** En el caso de Trelew, todos los que iban a la biblioteca habían tenido relación con el ferrocarril a Gaiman, pero el tren había sido interrumpido diez años antes. Todos los testimonios que recogimos resultan muy expresivos en relación con la presencia vertebral del tren... allí como en tantos otros lugares.

**C.S.** *También se hacen evidentes los cambios sociales en la vida cotidiana que provoca la explotación del petróleo, en áreas hasta ese momento pastoriles. El librito sobre Palomo es conmovedor en ese sentido. Me pregunto si como historiadora de las ideas –que es el lugar donde más te gusta ubicarte– no pensás que, todo sumado, estabas ante un proceso de modernización muy claro.*

**H.C.** Lamento decirte que no llegué hasta ahí. Lo viví como una toma de conciencia, sentí que interveníamos para ayudar a su formulación en todo caso.

**C.S.** *Esto es otro ejemplo que aporta a la calificación que hago de tu tarea como la de una intelectual específica, como diría Foucault, en la medida en que los intelectuales orgánicos operan sobre la realidad con claves preestablecidas, con un objetivo teleológico previo.*

**H.C.** Reconozco mis fallas de sistematización y en cierto sentido

son como un broche para el trabajo que impulsé porque mi convencimiento iba más allá de lo intelectual y aplicaba todas mis energías al Plan de Lectura, segura de los resultados que producía aún cuando era imposible cuantificarlos: pertenecían a un orden más bien formativo o espiritual. Pero de todas formas, aquí estuvo el germen de mi interés por el campo teórico de la historia oral.

**C.S.** *Del trabajo expresado en estos libros surge que las experiencias de los protagonistas funcionan como reconocimiento de su alteridad, de conciencia de sí mismos y de la contingencia que están viviendo.*

**H.C.** Una vez alguien, con intención más bien aviesa, dijo que yo parecía más una escritora que una historiadora y realmente, cuando trabajo con las historias orales, lo siento así. Porque cada historia necesita un encuadre expresivo que le dé relieve al proceso de ir avanzando en la comprensión propia y en la del medio y porque, en última instancia, es una creación. Una construcción en la que los matices expresivos resultan esenciales. Esta es una tarea que, en general, el historiador evita cuando elige la documentación escrita como campo de investigación fehaciente.

**C.S.** *Hay un comentario muy favorable de este trabajo de la Dirección del Libro y de estas publicaciones en Todo es Historia (Nº 276). Lo escribió Sergio Pujol y hace una individualización de varios protagonistas y la relación de cada uno de ellos con la experiencia que había significado la incorporación a la vida cotidiana del pozo de petróleo, el Ford T, la incubadora, elementos que aparecen como claves, marcando una periodización de lo que sucede en cada lugar. Es decir, una apropiación de la experiencia que atraviesa las representaciones.*

**H.C.** Sí, el proceso claramente es así. Pero también pudimos recoger esa evidencia de la inseguridad, de la evocación de un tiempo pasado mejor, o con mejores esperanzas que van cancelándose en la medida en que prevalecen la inacción o el olvido.

**C.S.** *El artículo de la doctora Dora Schwarzstein enfatiza este aspecto que analiza también en los talleres realizados en barrios porteños pero*



*es un hecho que trabajar con estas poblaciones patagónicas aporta un mundo de novedad que habitualmente se ignora. Aunque también se señala como imperfección el hecho de que no aparecen las preguntas que impulsan la exploración, con lo cual se resta objetividad al documento.*

**H.C.** No me acordaba de esa objeción. Pero el comentario era tan minucioso y detallado y en términos generales aprobatorio que tuvimos una sensación de reconocimiento en un momento en que lo necesitábamos para seguir adelante. Ella tiene a su cargo la cátedra de Historia Social en Ciencias Sociales, y la dirección del Programa de Historia Oral para Graduados de Filosofía y Letras.

**C.S.** *Hay un trabajo que aparece después de tu partida de la Secretaría de Cultura, de la licenciada Diana Scialpi que también analiza muy ordenadamente todo lo que hicieron.*

**H.C.** Está bien que lo menciones. Para el caso es como una necrológica bien constituida. Diana es socióloga y estuvo a cargo del área que llamaríamos administrativa que exigía una penetración singular y un conocimiento profundo de las necesidades, los recursos y los lugares. También era necesaria mucha concentración para evitar confusiones. Ella tenía todo eso y actuaba con total idoneidad. La acompañaba Olga de la Vega, una mujer de una extraordinaria aplicación al trabajo, notable, con una mirada de afecto y de entrega que —en esa situación— fue un sostén muy valioso para mí. El resto del personal administrativo ponía el hombro en un trabajo que no daba tregua. Y todos fueron confiables y se plegaron a un ritmo de exigencia del que seguramente yo fui en gran medida responsable.

**C.S.** *El trabajo de Scialpi es un buen documento y 113 páginas no es poco decir, considerando que todas son novedades o diferentes enfoques sobre la actividad de los talleres. Empieza con una cita de Héctor Tizón, de su libro La casa del viento: “donde hay libros los libros aclaran la mirada y cuando el hombre prevé, los diablos desaparecen”. Y el itinerario que describe es bastante impresionante, con todos los talleres, las diferencias entre unos y otros y las características especiales que tenían los talleres para adolescentes.*

**H.C.** Sobre este tema contábamos con una experta, la profesora Corvata, que diseñó los contenidos y también escribió un libro donde deja constancia de todo este periplo y construye una lista de libros recomendados para los adolescentes.

**C.S.** *Por lo que dejan ver estos testimonios, la provincia de San Juan fue la menos visitada.*

**H.C.** San Juan ha llevado adelante la impronta de Sarmiento y te diría que este mismo trabajo se ha hecho casi desde siempre, de manera que creo que en este sentido es la provincia mejor administrada.

**C.S.** *Impresiona el alcance del Plan y la llegada a lugares tan extremos de nuestra geografía: Tartagal, San Antonio de los Cobres, Ushuaia, Río Gallegos, Vinchina. La pregunta es si el Plan tuvo continuidad y si Diana Scialpi pudo seguir con la experiencia desde la Dirección del Libro.*

**H.C.** Ahí viene la parte dolorosa: la utilización política que siempre se hace de estos cargos culturales. Supongo que su libro pudo ser una especie de carta de presentación frente a las autoridades que siguieron. Pero creo que ya te dije que, en cuestión de una semana, desaparecieron todas las carpetas y Scialpi fue girada hacia otras instituciones. Explicaciones no se dieron... menos mal que estamos en democracia. Y Luis Fucks, el nuevo director, fue rápidamente removido.

**C.S.** *La Memoria que vos dejás para el nuevo secretario de Cultura, Julio Bárbaro es del 7 de junio de 1989 y, además de un balance de tu gestión, hacés una invocación para seguir con la experiencia que podía llegar a ser un modelo en América Latina.*

**H.C.** Eso me dijo un experto en derechos de autor que trabajaba en Cultura desde toda la vida, el doctor Augsburguer que, a su vez, pertenecía a la Unesco. Él había impulsado la posibilidad de realizar estos talleres en bibliotecas de fronteras, y la Dirección del Libro de Brasil invitó a una reunión en Río Grande para ponerlos en práctica. También con Paraguay se llegó a organizar un encuentro... pero todo esto quedó trunco.

Hace unos diez años, cuando yo estaba empeñada en impulsar la

Fundación Otra Historia –que funcionaba en el subsuelo de la Librería Fausto de Corrientes 1316– el doctor Augsburguer me anunció que había presentado a la Comisión de Cultura de Unesco la posibilidad de refundar el Plan de Lectura. Desgraciadamente, murió en un accidente en California. Así que seguimos con la bandera de una historia hecha de *otra manera*, es decir no prescindiendo de la documentación pero sí haciendo eje en los actores de la historia. Esto implica una actitud independiente con relación a las vertientes de la historia historiada, ya sea académica o revisionista. Lo cierto es que nuestra postura tampoco era lo que puede suscitar un respeto a ultranza porque debía aceptarse esta otra modalidad, en torno a un eje que variaba según los protagonistas sociales y los lugares.

**C.S.** *Todo esto se conoce poco y, de hecho, cuando perdiste esa hora de difusión por ATC, empezó el silencio sobre lo que vos hacías. Esto se conecta estrechamente con la comunicación y con la importancia de que el Estado tenga un medio específico y propio para emitir su mensaje. Y así se deriva hacia la privatización de los medios de comunicación. ¿Cuál es tu opinión al respecto?*

**H.C.** Bueno, ahora están privatizados. Lo que es imperioso es que el Estado tenga un proyecto cultural que, lamentablemente, no siempre se ha enfatizado como corresponde o no ha tenido continuidad. Lo que quiero destacar es que yo aproveché cada oportunidad que tuve a mano aún en contra de mi tranquilidad, ya fuera por el tiempo que me exigía o por el nerviosismo antes y después, o por la necesidad de atravesar dificultades a veces inventadas. Nunca tuve la seguridad suficiente, siempre sentí que tenía que aprobar un examen. Y ésta no ha sido en general la conducta de los que se vincularon con los medios y la cultura. Había una lucha interna de signo político que trababa la gestión e impedía pilotear la nueva situación de poder que debía intentar jaquear la estructura anterior. Y me estoy refiriendo especialmente a ATC.

**C.S.** *¿Cómo reaccionaste ante la pérdida de todo ese edificio que habías tratado de construir?*

**H.C.** No te puedo explicar la sensación de vacío y de impotencia. Vinieron a verme ocho mujeres: las más próximas. Consternadas. Era

yo la que trataba de tranquilizarlas a ellas. Al fin de cuentas, el poder político siempre actuó así, impiadosamente, respecto de las gestiones anteriores, muchas veces destruyendo cosas positivas y en pleno funcionamiento.

No quiero seguir con este tema. Mejor vayamos a la Fundación Otra Historia que armé con toda la rapidez posible... y con la solidaridad de mi marido –porque costó de todos modos unos buenos pesos–. Se inauguró con el apoyo de la gente que me fue conociendo en la gestión y tuve el apoyo moral de los agregados culturales de España y de Italia, de la Fundación Antorchas, de escritores y amigos. Juan Ruibal fue el vicepresidente o algo así y Marilú Bou figuraba en el documento legal como secretaria.

Hubo un período incierto en relación con el programa educativo y eso conspiró contra la validez académica de nuestros cursos. Presentamos algunos libros notables, compusimos una serie de homenajes y fuimos sosteniendo nuestros objetivos. Pero no durante mucho tiempo. Librerías Fausto decidió utilizar las instalaciones que ocupábamos nosotros para el personal administrativo y tuvimos que irnos. Seguramente, podríamos haber buscado otro lugar pero ni lo intenté. Me cansé. Sostener una institución me resultó demasiado arduo, la gente que habíamos nucleado se fue dispersando y me fui quedando sola. Final. Quedé mochada, como sin pies y sin manos, y muy deprimida. Sentía como el pasaje gélido a cuarteles de invierno.

**C.S.** *¿Y cómo viviste frente al partido radical esta situación de vacío y no pertenencia?*

**H.C.** Yo nunca fui una militante de comité. Llegué al radicalismo por convicción en el orden de las ideas. Y después, se convocó a la gente a través de algo así como centros de participación que ideó Roulet, un político de excelencia. A mí me invitaron a participar y logré un espacio de respeto. Cuando Alfonsín ganó las elecciones, se pensó que podía hacerme cargo del Museo Histórico Nacional, cosa que se desechó por una complicación legal del momento. Me ofrecieron la dirección del Museo Roca y después, como quedó vacante el cargo de Director Nacional del Libro, el secretario de Cultura, Carlos Gorostiza, me lo ofreció.

**C.S.** *¿Cómo fueron tus contactos con el partido, después de tu gestión en la Dirección del Libro?*

**H.C.** Me parece que me han tomado en cuenta pero como presencia/ ausencia. Quiero decir, yo no he seguido militando en el partido pero sí sosteniéndolo con mis actitudes y mis escritos. De hecho, el mismo doctor Alfonsín me invitó a compartir un almuerzo que organizaba el Presidente del Uruguay para agasajar a Galbraith que había venido a dar unas conferencias. Quizá pensó que vendría bien que me hubiera especializado en historia de los Estados Unidos. El caso es que fuimos a Uruguay una mañana de sábado, y pasamos unas horas de fábula en ese campo que primero fue de Aaron Anchorena y ahora es del Estado uruguayo. Un momento inolvidable: gente amable, culta, una conversación apasionada sobre el Mercosur, un largo paseo en coche por el predio. No sé cómo habré impresionado a nuestro jefe espiritual, en esas situaciones siempre me retraigo y no estoy a la altura de mis expectativas ni de las ajenas. De todos modos, nunca entré en la estructura partidaria ni lo intenté. Creo que, en algún lugar, fui un rédito para la gestión, pero no pasó de ahí. En realidad, mi perfil fue borrándose, como si hubiera abandonado la pelea... o tal vez creen que tengo demasiados años. Recién volví a la gestión cuando María Sáenz Quesada fue designada secretaria de Cultura en el Gobierno de la Ciudad. Ella me pidió que fuera su asesora, junto con Juan Ruibal y el doctor Carlos Ure. De todas maneras, cada vez que solicitaron mi presencia, mi voz o mi responsabilidad para alguna tarea, estuve ahí, firme. Pero no tolero bien el estilo de la práctica partidaria aunque, eventualmente, creo que es necesaria. Sin embargo, la experiencia que he acumulado no me convence como estrategia. No hay un modelo ideal, ni siquiera en los partidos europeos y prefiero la ingenuidad de creer que el ascenso es por méritos. De todos modos, quedan mis libros sobre el radicalismo como testimonios de ese período de fervor que empieza con el descubrimiento del krausismo.

**C.S.** *Me parece que es importante discernir entre la estructura partidaria –cualquiera sea el partido– y los manejos subalternos de lealtades que pueden llevar a la parálisis ejecutiva. Hay también una*

*estructura tradicionalista dentro de cada partido, que hace valer la pertenencia familiar que han tenido originariamente participación política. Hay hijos y hay nietos de. Recuerdo la presentación exitosa de Marta Oyhanarte cuando se nominó candidata a diputada por el partido radical. Y ella se presentó como hija y nieta y sobrina de radicales de militancia activa y amigos de Alem. Necesitó presentar esa ascendencia para justificar, ante oídos radicales, la distinción que se le estaba concediendo. Después sabemos en qué terminó su voluntad de hacer por sí misma y decidir sin presiones...*

**H.C.** En realidad no conozco la entraña de esta cuestión pero, viéndola como espectadora, creo que cabe la reflexión. Y hay un comportamiento en la base partidaria que consiente esas decisiones de la cúpula.

**C.S.** *Pero tuviste otra vez un espacio propio cuando fuiste asesora de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad, cuando te llamó María Sáenz.*

**H.C.** La verdad es que lo sentí como una distinción. Y como una seguridad que yo le daba por mi capacidad de acción y mi actitud solidaria hacia ella. Pero la realidad fue muy diferente. Me vi poco estimada, como jaqueada en toda posibilidad de acción, de manera que mi gestión efectiva fue mínima, salvo colaborar en la edición de un cuaderno precioso sobre La Boca que tuvo un trámite bastante azaroso hasta que por fin salió editado, justo al final de la gestión. Sufrí mucho esa marginación y renuncié al cargo de asesora. No me gusta estar sin ocupación, no sentirme útil, infeliz. Con Liliana Barela, directora del Instituto de Historia de la Ciudad, que fue alumna mía en el profesorado, mantengo una muy buena relación como colegas y amigas. Ella fue la que me sacó del pozo de soledad y me pidió que hiciera algunas tareas en el Instituto que es un ámbito muy activo donde la investigación de barrios y de la ciudad se hace con criterio renovador. Colaboré en la edición de un cuaderno sobre el barrio de Retiro que salió muy bien. La verdad es que cualquier tema en el que uno se mete de verdad puede volverse apasionante: esa es una de mis conclusiones de la vida. El Retiro fue un edificio que se construyó para estricto placer del gobernador. Pero después fue arrendado por el Asiento

Inglés para *la trata* de esclavos y las constancias legales de ese comercio que duró tres siglos de crueldad brutal. Se incluyó también el tema de las estaciones de ferrocarril y el del Hotel de Inmigrantes y llegamos hasta los bares de los 60. Estuvo muy bien.

Embarcada en esa tarea, pude leer el Archivo Riglos que está siendo editado ahora bajo la supervisión de una gran investigadora, la doctora Graciela Lapido. Ya hablé de ella y la sigo admirando como cuando la conocí. El primer Riglos –que aparece como Riblos en los textos– fue el que construyó El Retiro y hay toda una historia incluida. Llegó a América a los 20 años, se casó con una viuda por partida doble, portuguesa y judía, que le doblaba la edad y era muy, muy rica.

También desde el Instituto, colaboro con la revista *Voces Recobradas* que sale cuatro veces por año y recoge las experiencias de talleres de historia oral y muestra los avances que está logrando el análisis de testimonios orales en el mundo entero. El último Congreso Mundial de Historia Oral se hizo en Estambul, donde la delegación argentina se encontró con tres tomos de 400 páginas cada uno: contenían los trabajos que se presentaron en el congreso auspiciado por la Universidad. Fue una experiencia intensa como pasa cuando uno siente que se amplían los horizontes y hay tanta riqueza de temas que puede abarcar la historia oral.

Quiero mencionar que la revisión de la Ley de Bibliotecas que se hizo en el primer tramo del Gobierno de Alfonsín permitió girar a bibliotecas un porcentaje del PRODE (Concurso de Pronósticos Deportivos). Por otra parte, la circulación de nuevos aires de libertad permitió poner en contacto a las bibliotecas entre sí en una gestión muy dinámica y creativa de la Comisión de Bibliotecas Populares. En realidad, yo había aceptado el cargo porque me importaba mucho fomentar la actividad de las Bibliotecas, como restaurar la memoria de la Biblioteca Juan B. Justo que había quemado la Alianza Libertadora en aquella noche fatídica de las iglesias y el Jockey Club. De hecho, bajo la dirección del doctor Secondi y de la licenciada Graciela Perrone, se llevó a cabo un trabajo de importancia vital.

**C.S.** ¿Qué otra área te correspondía desde la Dirección del Libro?

**H.C.** La Biblioteca Nacional: algo ciclópeo e imposible desde mi lugar.

Hacía más de veinte años que la construcción estaba detenida y aunque era el mayor objetivo de Carlos Gorostiza no hubo fondos para hacerlo.

**C.S.** *Acá tengo copia de la carta que le escribiste al nuevo secretario de Cultura, Julio Bárbaro, cuando te fuiste.*

**H.C.** No me acuerdo. Pero sé que estuvo dudando conmigo, como pensando en la posibilidad de que yo siguiera. Creo que, personalmente, me tenía alguna simpatía. No habrá podido. Y Fucks, que me sucedió resultó fatídico también para las Bibliotecas. Habrá sido el pago de alguna deuda política.

**C.S.** *Creo que hay algo que no subrayaste especialmente y es el trabajo en las escuelas.*

**H.C.** Sobre esto, recuerdo el trabajo espléndido que hizo Graciela Perriconi, doblemente graduada en letras y en filosofía. Llevó a cabo un programa muy abarcador en el complejo escolar de Villa Lugano que tiene miles de alumnos de distintos niveles, buenas bibliotecas y buenas posibilidades para el trabajo de taller. En poco tiempo, el trabajo de la biblioteca escolar se triplicó, los padres fueron a buscar libros y empezaron a intervenir en la experiencia, se hicieron videos, se produjo una cantidad de material que, a toda esa gente, debe haberle cambiado la óptica hacia los libros y la lectura. Perriconi ahora trabaja en El Ateneo.

**C.S.** *Me parece importante que destaquemos que tu gestión logró superar las limitaciones burocráticas y a los intermediarios que no debieron faltarte. Sé que te llevabas trabajo a tu casa y que escribías de noche las notas que al día siguiente despachaban las chicas de la Dirección. Estabas como el herrero en la fragua.*

**H.C.** En realidad, era feliz cuando llegaba a la Dirección con el montón de carpetas y el montón de cartas. Pero si quería adelantarme al ritmo opaco de la burocracia, no me quedaba otra.

**C.S.** *El otro día, lejos del grabador, hablábamos de un grupo de gente que ayudó mucho para la impresión de textos y de afiches. María Inés dijo que Brunoldi, el jefe de los talleres de impresión, era una especie*



*de gigante bueno. Por lo que ustedes me contaron, con él estaba su asistente, un argentino-chino, y los dos se comprometieron activamente con la gestión. Me dijeron que se los veía felices cuando podían colaborar desde los talleres gráficos.*

**H.C.** Me acuerdo de ellos como si los estuviera viendo, como si estuvieran aquí. Eran cordiales, confiables y generosos. Participaban en los proyectos como si fueran de ellos. Y aliviaron mucho el trabajo y los costos. Con una sonrisa, además, siempre. No me pasó lo mismo con los burócratas de la vieja guardia en Cultura pero cuando, al cabo del primer año, me tuve que internar por una úlcera que afortunadamente superé, creo que hicieron una especie de *mea culpa* y empezaron a tener otra actitud. A esta altura de mi vida, creo que las malas prácticas son una forma de defenderse de los asedios de los gobiernos sucesivos y de mantener la actividad misma como una estructura de poder que es obligatorio respetar. Al final, terminamos siendo amigos.

**C.S.** *Tuviste apoyo de la gente, también.*

**H.C.** Es cierto. En la medida en que no éramos invasivos y le dejábamos a la gente de cada lugar la posibilidad de optar. Además, estábamos volviendo de un autoritarismo que dejó marcas muy graves. También en relación con estos centros de información y de contacto que pueden ser las bibliotecas. Hablé de lo de Venado Tuerto y de Curuzú Cuatiá. También en Tartagal donde, a pesar de la buena voluntad del director de Cultura de Salta, el doctor Ashur, fuimos recibidos con reticencia por las autoridades. Impresionante, ese lugar, con el pico encendido del petróleo ahí nomás. Me acuerdo de la Biblioteca de Resistencia, que dirigía la hermana de Mempo Giardinelli: convocaba a gente de 100, de 150 km a la redonda, maestras, chicos jóvenes, chicos chicos, gente más grande. Todo el mundo participaba en esos talleres.

**C.S.** *¿Dirías que fue una utopía?*

**H.C.** No creo. Tenía una lógica absoluta: creer en la posibilidad de aprender con gusto, en la vocación de los que llevaban adelante los talleres, en el sentido de las bibliotecas en sí mismas.

**C.S.** *También llevaron una buena cantidad de libros, donados o comprados con fondos de Antorchas. Es importante subrayar esto porque cuando se habla permanentemente de la corrupción de los gobiernos y se va acentuando el descreimiento y el pesimismo, este tipo de realizaciones que no conoce nadie salvo los que lo viven en directo, te dan una medida no económica de la sociedad y su eventual progreso, sino de movimiento espiritual y de creatividad de la gente, sin demagogias. Con los resultados a la vista. ¿Cómo fue tu relación con Carlos Gorostiza?*

**H.C.** Era un justiciero. Sigue siendo. Le daba el mismo presupuesto a cada una de las Direcciones. No sé si controlaba los resultados pero, en mi caso, me dejó hacer con libertad. Creo que el esfuerzo cotidiano terminó enfermándolo y renunció. Lo sucedió Marcos Aguinis que había sido su subsecretario y no hubo innovaciones en relación con mi área. Quiero pedir disculpas por mucha otra gente que colaboró –Graciela Scheines, Hilda Guerra y también hubo algunos hombres que hicieron su trabajo con enorme compromiso como Pablo Medina, que es casi mítico en esto del libro infantil–. Me gustaría terminar esto con un pensamiento de Hegel que me parece significativo para sintetizar mi vocación de trabajo: “El hombre no es libre. Nació para liberarse”.



# La historia oral a la cabeza

---

12 de julio de 1999

**C.S.** *Estuvimos reflexionando, con María Inés Rodríguez, sobre el significado que tuvo para vos la salida de la función pública, en el 89, y quisiéramos recuperar con tu propia voz tu reflexión sobre esto. Nos parece que el libro que llamás Otro modo de hacer historia es emblemático de ese corte que experimentaste a través de los talleres sucesivos que se gestaron junto con el Plan de Lectura. Ahí incluís varios trabajos y está también Vivir en Versailles, una visión de tu segunda infancia muy ligada a la historia del barrio pero también al concepto de espacio que recogen tus memorias.*

**H.C.** Creo que el hecho mismo de reunir y editar esa compilación fue una muestra de la diversidad y de la repercusión que venía teniendo el ejercicio de la historia oral. Este quiebre acentúa mi interés por la inmigración y por la historia de las ideas que también implica el tema de la mujer. Además, el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires con el impulso de Liliana Barela había creado un

movimiento interesante en barrios o en ciertos lugares claves de la ciudad. En el Boletín N° 14 del Instituto, *Diez años de historia oral en el Instituto Histórico. La legitimación de una propuesta (1985-1995)*, hay un registro muy preciso que muestra el trabajo hecho.

**C.S.** *El libro tuyo es de 1992 y pone el acento en la didáctica de la historia y en la implementación de la oralidad. Dos profesoras de historia, que habían sido alumnas tuyas en el Profesorado, se prestaron a una experiencia sobre discriminación que pusieron en práctica en sus cursos y que se expone como posibilidad de trabajo para enseñar historia entendiendo hasta qué punto constituye el presente. También, el último capítulo revisa a grandes rasgos la trayectoria del Plan de Lectura y cómo a través de la comunicación que establecen los libros y sus comentarios surge la memoria personal como vínculo. Y el título en sí mismo es todo un programa. ¿Es así?*

**H.C.** Creo que sí. Tenía mucha energía, quizá como réplica al corte abrupto que significó la renuncia de Alfonsín. Es, además, una especie de develamiento de nuestra conformación histórica y de las diferencias que muy pocas veces se registran como tales. Porque se inscribe, al mismo tiempo, en la realidad americana. Cuando viví en los Estados Unidos, mientras estaba en Texas hice un viaje de pocos días a ciudad de México y apenas llegué, sentí que –con todas las diferencias– era un ámbito que me pertenecía o al que yo sentía que pertenecía. Allí mismo, decidí que ya había trabajado más de diez años con la historia norteamericana y que, en adelante, iba a dedicarme con todos los sentidos a la de Latinoamérica.

**C.S.** *Volviendo a Versailles y a la importancia de este período de tu vida, me llama la atención el lugar que le das a tu casa, como si diferenciaras su fachada del interior... muy moderna por fuera y precaria por dentro.*

**H.C.** Precaria no diría. Helada, más bien. Literalmente fría. El diseño de la fachada era moderno, lo que entonces se llamaba *futurista*. Muy vistosa, lo más nuevo en dos manzanas a la redonda por lo menos. Con un jardín en el frente, separado en dos por un corredor de mosaicos.

Ese era el espacio preferido de mi padre. Iba marcando el cambio de estaciones con canteros nuevos, arvejillas en la medianera, el jazmín que siempre daba flores. El pasto, en verano, era una especie de castigo porque mi hermana y yo teníamos que regarlo todos los días. El dormitorio de ellos dos estaba adelante y el escritorio de mi padre, que era como la joya de la casa, también. Con una biblioteca de pared a pared que había hecho mi tío Alfredo y todo el sol de frente. En invierno era una gloria, en verano un horno. Pero el resto de la casa era gélido. La cocina era angosta y oscura y la ropa se lavaba en una pileta, afuera. Y atrás, estaba la *quinta* que también supervisaba mi padre. Él dictaminaba el tiempo de plantar y trasplantar, punteaba la tierra. Después, todo quedaba al cuidado de mi madre. Tenía orégano, perejil, salvia. Y había matas de romero en la alambrada que dividía nuestra casa de la de los vecinos. Y también un galpón de chapas donde guardaba la guadaña, la pala y la zapa y también el carbón para la parrillita donde nos hacía el churrasco antes de ir a la escuela.

Cuando a veces se hacía de noche y faltaba carbón, teníamos que ir a buscarlo hasta el galpón y eso, a mi hermana y a mí, nos daba miedo... pero así nos hacíamos grandes.

**C.S.** *Tu padre también jugaba a las bochas en el fondo.*

**H.C.** ¿No hablamos de todo esto ya? Sí, se lucía jugando a las bochas. Cuando venía mi tío Alfredo y otro amigo que era mecánico de motores en el ferrocarril, armaban el partido y los bochazos se escuchaban desde lejos. Mi madre iba y venía cebándoles mate y hacía siempre unas masitas fritas que eran para chuparse los dedos, *sfiappe* se llamaban, doraditos, crocantes... Casi casi podía pasar por una cancha profesional y la había hecho él solo, como casi todo. Jugaba bien. Sobre todo porque era un tipo que no quería perder nunca a nada. Y ése era uno de los pocos momentos en que se aflojaba la disciplina de estar siempre haciendo algo. Si no, todo estaba regimentado. Y éramos estudiosas las hermanitas, mi hermana mucho más que yo. Aunque también nos íbamos al cañaveral... lo llamábamos así. Era un lugar a un costado de la quinta, atrás, en una hondonada donde crecían cañas... y en el verano era todo un programa irse ahí, a la sombra del *cañaveral*. Y

había árboles frutales, unas mandarinas que comíamos de a quilos.

Pero apenas mi madre me veía dando vueltas sin hacer nada, me daba una sábana para que le hiciera punto vainilla o un mantel para bordar. Hasta hace pocos años, todavía andaban por ahí.

**C.S.** *Por lo que contás, tu madre por un lado las incitaba a estudiar pero, por el otro, las embarcaba en trabajos bien caseros y tradicionales.*

**H.C.** Es cierto. Y me parece comprensible: ese era el mundo de mi madre, que también había sido el de su madre, y esa especie de lugar femenino múltiple que tenía ella para todos nosotros era tangible, concreto –tan del olor de la comida, del pullover tejido, de la ropa planchada– y absolutamente necesario. El otro mundo, el de los libros, el del *estudio* como ella lo llamaba, parecía abstracto. Pero también valioso para ella en parte porque le era inaccesible: ese era el ámbito del marido y sería el de las hijas que no iban a ser *burras* como ella. Pero libros sí y bordado también. Y en esa doble vertiente me formaron. Hubo una época en que hice cinco *robes de chambre* al hilo. Mi padre, de cerca y de lejos, era la autoridad máxima. Y yo le tenía más miedo que otra cosa. Porque sus estallidos de violencia eran imprevisibles y en general la que recibía las cachetadas era yo. Si me casé una semana después de cumplir los 19 años no debe haber sido sólo por amor: yo tenía que irme de ahí, cuanto antes. Porque Goyo me deslumbró, me abrió el mundo –te diría– pero también me dio el escape para ese horizonte cerrado que era Versailles y mi familia. Esto, por supuesto, lo veo ahora. En aquel momento, era impensable.

**C.S.** *Ahora tendríamos que seguir con la Fundación Otra Historia que organizaste a la salida de la Dirección del Libro con toda la urdimbre legal propia de una Fundación y con una perspectiva de trabajo muy rica, que incluía los talleres y la historia oral de lugares o instituciones, estudios sobre inmigración, seminarios... y un empuje para hacer funcionar todo esto que, probablemente, sea primo hermano de aquella disciplina que aprendiste en la infancia.*

**H.C.** La verdad es que conté con apoyos *morales* decisivos. Y yo para tener expectativas estoy mandada a hacer. Así que Dora Kaplan

dictó un curso sobre cómo hacer música en el aula, Isabel Ortega enseñó a enseñar matemáticas y contó historias graciosas sobre esa gente tan especial que es la que se dedica a los números, Obiols explicó filosofía a los adolescentes, Álvarez Guerrero presentó su libro *Las máscaras del poder*, Manuel Cruz el suyo de filosofía que le había editado Paidós y también organizamos una serie de homenajes. El que se le hizo a Sara Maglione de Jorge, la fundadora de editorial Lautaro, fue uno de los mejores, con mucha gente que puso en juego sus recuerdos para revivir toda una época. Graciela Scheines trabajó muy bien con adolescentes y presentó en la Fundación un libro que le había premiado Casa de las Américas. Pero tuvimos que irnos de ese lugar, como ya te conté antes. La verdad es que ya estaba cansándome de estar siempre en una especie de trinchera y ni siquiera intenté buscar un lugar alternativo. Además, Ruibal y Marilú tenían muchas otras cosas que hacer y no les quedaban ni tiempo ni energías para una actividad no rentada.

**C.S.** *¿La Fundación Antorchas te concedió algún apoyo?*

**H.C.** Sí. Fue para un proyecto destinado a las vacaciones de invierno que dedicamos al tema de *fronteras y migraciones* y un curso sobre *literatura para chicos* que dictó Lidia Blanco. Hubo una larga serie de proyectos que quedó interrumpida. Un contacto con el agregado cultural de España; otro con Ricardo Campa, del Instituto de Cultura Italiana, para explorar la influencia italiana en las distintas áreas del conocimiento, un tema que yo había tocado cuando trabajé sobre Ingenieros y revisé sus contactos con el positivismo italiano. En aquel momento, había escrito un trabajo que presenté en un congreso sobre la inmigración italiana en Argentina donde planteaba diferencias entre el positivismo italiano y el francés... en fin, líneas interrumpidas.

**C.S.** *Ya que estamos con la inmigración y la influencia italiana, ¿qué opinión tenés del emprendimiento de Gino Germani en relación con nuestro fenómeno migratorio y la composición social argentina?*

**H.C.** Me parece que es más una pregunta para sociólogos. Pero me atrevo a afirmar que puso un acento que hasta ahí estaba desvaído en la transformación que provoca la inmigración en nuestra sociedad. Y



destacó el problema de la discriminación en el cual tenía participación activa el sector patricio de ascendencia española y católica. Creo que Germani dio el encuadre teórico adecuado para esos estudios que prosperaron de manera notable a partir de entonces.

**C.S.** *La pregunta es si cabe el paralelo entre la inmigración en los Estados Unidos y la nuestra.*

**H.C.** No parece fácil contestar sin simplificar las cuestiones. En Estados Unidos, esos cuatro millones de personas que pueblan los trece estados en el momento de la Independencia tienen distintas procedencias y religiones. Nadie cuestiona la llegada de inmigrantes porque la ocupación de tierras es central para el desarrollo de los estados. Discriminaciones hubo, sobre todo contra católicos—el primer presidente de origen católico recién fue Kennedy en los 60— y también ha habido enfrentamientos entre los mismos católicos—los italianos y los irlandeses, por ejemplo, tenían una relación pésima—. Hubo que hacer venir a un prelado italiano hasta Massachussets porque los irlandeses no dejaban entrar italianos en sus iglesias. Pero la xenofobia tal como hoy la entendemos empieza su ascenso en la década de los veinte y en esto sí hay semejanzas entre los dos países. Es el momento del juicio a Sacco y Vanzetti, el refloreCIMIENTO de la política antinegra y del Ku-Klux-Klan como notas salientes de una política conservadora que reprime los movimientos sociales nutridos por el anarquismo y el socialismo. Nosotros, recién con el triunfo del radicalismo, en 1916, conseguimos el voto sin restricciones. En los Estados Unidos, sólo con bajar de los barcos entraban en los padrones y accedían al voto. Es cierto que esa posibilidad fue aprovechada por jefes de áreas que capitalizaban los votos para sus propios intereses. Pero, desde el punto de vista operativo, era una realidad que nosotros tuvimos mucho más tarde. O sea que, considerando el ejercicio legal de la ciudadanía, fueron realidades diferentes. Durante mi beca Fullbright, cuando estuve en la Johns Hopkins de Baltimore, hubo un seminario sobre la década de los veinte, a cargo de John P. Higham, un especialista en historia de las ideas y en el tema de la discriminación explícita o embozada que me hizo entender muchas cosas. Volviendo a Germani, creo que el impulso que él confiere a estos

estudios es valioso, aunque no pueda medirse cuantitativamente.

No es fortuito, por otra parte, que el primer Congreso Nacional de Inmigración tenga una fecha que se relaciona íntimamente con el cambio del poder. A un año de las elecciones que van a darle el triunfo al radicalismo, se hace este congreso con el auspicio de la Secretaría de Cultura de la Nación. Ahí presenté *El miedo a la inmigración* y cotejaba las diferencias y señalaba las arbitrariedades de una simplificación que se sustentara en el aporte inmigratorio importante en los dos países. Al año siguiente, el segundo congreso tuvo menos repercusión. Pero el trabajo que presenté tomaba la cuestión del puerto, la polémica Huergo-Madero y la presencia italiana en La Boca. Después lo edité en Letra Buena y le puse *Protagonismo de La Boca* pero, diez años más tarde, le di una vuelta más: incorporé historias de vida de gente que vivió y vive en La Boca y esta vez lo editó el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires. José Palmiotti, delegado comunal del área boquense, estuvo muy cerca de este proyecto.

Y otra cosa más. Cuando estuve en el Museo Roca creamos un Instituto de Investigaciones Inmigratorias que tomó mucho impulso a través de los Padres Scalabrinianos... sobre todo con la llegada del padre Luigi Favero, un cura irrepetible.

Se creó el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA) que funcionó primero en la parroquia de los Inmigrantes, en Catalinas Sur, que ahora está en Independencia 20, un edificio de origen extraño. Fue el lugar que la Marina Real Inglesa destinaba a sus marinos que corrían el riesgo de que los secuestraran para otros barcos, una práctica habitual en los años de gran tráfico exportador. Aquí hay una biblioteca especializada y se edita una revista calificadísima que ya lleva cincuenta números.

**C.S.** *Lo que noto es que cada vez fuiste volcándote más al tema de la inmigración, de la discriminación, de la historia popular, áreas en las que la utilización de lo oral puede ser una fuente insustituible.*

**H.C.** Sí. Mirá, en uno de los primeros Congresos de la Mujer me presenté con tres historias de vida de mujeres inmigrantes, llegadas de distintos lugares, que armé sobre el relato que ellas mismas me hicieron.

También se publicó un librito sobre la mujer italiana, que ideó Julia Constenla donde hay varias historias de vida... y una es la de mi madre. *Yo, italiana* se llama y se editó en 1996.

Leí muchísimo sobre todo esto. Edmundo D'Amicis tiene un texto impresionante que se llama *Oltre l'Oceano* sobre cómo viajaban los inmigrantes para llegar hasta aquí. Condiciones miserables. Después de esa impresión, D'Amicis se volvió socialista. Es evidente que la llegada no era un tránsito fácil sobre todo para los desamparados que no tenían parientes ni nadie que los orientara. La construcción del Hotel de Inmigrantes fue una decisión que se iba postergando. Edificios completamente inadecuados, condiciones de higiene menos que mínimas... hasta que los festejos del Centenario obligaron a mejorar el desembarco, por un lado, y a proyectar una construcción que, por lo menos en ese momento inicial de bajar y tomar contacto con este lugar nuevo, justificara ese viaje tan largo. Fue cuando se decidió la construcción del Hotel-Hospital que está en pie, al final de las dársenas del puerto, que hoy sigue siendo un proyecto de museo con la mirada puesta en Ellis Island.

Otro tema que me parece que hay que destacar, al margen de estas carencias de organización, es el de las leyes sobre la propiedad de las tierras que nunca deja de ser un conflicto. Creo que el libro de Cárcano es el único –y también el primero– que intenta recopilar textos legales y políticas para llegar a la evidencia de la falta de claridad y de cumplimientos.

Lo cierto es que en 1874 estábamos exportando granos y *la pampa gringa* era una realidad próspera con algunos episodios que hicieron historia, como el *Grito de Alcorta* que reclamaba una política clara y justa con la tierra y las cosechas.

**C.S.** *Sobre la política inmigratoria norteamericana no nos olvidemos que hubo leyes de exclusión de asiáticos, después de la Guerra de Secesión.*

**H.C.** Es cierto. Pero siempre hay un pero. Se estaban construyendo los ferrocarriles mineros y transcontinentales. La mano de obra china era mucho más barata y fueron las organizaciones obreras las que

presionaron para que fuera así. Por otra parte, no niego que hubo discriminación fuerte contra los chinos y después, contra los japoneses, en la costa del Pacífico, aunque la política con Japón siempre fue más cautelosa porque el Emperador protegía a sus súbditos y hacía reclamos frente a estas políticas. No fue el caso de China... De todos modos, hacia ese fin de siglo y hasta la segunda Guerra Mundial, la acción del Ku-Klux-Klan en el Sur estaba fundada en el miedo y el ocultamiento con el que aterrorizaban a las poblaciones sobre todo en áreas semiurbanas de un territorio todavía muy ligado a la agricultura y con una invariable discriminación al negro.

**C.S.** *También nuestro Martín Fierro es el paradigma de la injusticia que se cometía contra el gaucho y es un libro de 1872.*

**H.C.** Dos años después de la fiebre amarilla que promovió un cambio en la resolución del espacio del sur urbano, se vive un pico de inmigración muy alto. La construcción de la zanja de Alsina excluye al gaucho que queda asignado a trabajos de ganadería por un lado o a los fortines de frontera, por el otro. Es una figura demasiado cruda, es cierto, pero la prefiero a la pintura del gaucho con botas y aperos de plata, sombrero con ala y caballo con adornos que aparece en los libros de lectura. Pero sin contradecir el valor testimonial del *Martín Fierro*, sería bueno reflexionar sobre el tema de las carnes y el rédito de carnes y derivados en la economía de exportación, desde los primeros saladeros de Rosas, las descripciones de *El matadero* de Echeverría y las de Bialek Massé en su libro *Las clases obreras argentinas*, de 1903. Lo cierto es que, a lo largo del tiempo, esta gente estuvo excluida de cualquier salario pero a la vez ligada a la tierra por la papeleta de conchabo. El Estatuto del Peón que dicta Perón en el 45 no se vuelve a mencionar después del 55.

**C.S.** *Después nos asombramos de la sustanciación y perseverancia del peronismo.*

**H.C.** Nuestra elite patricia, generalmente de raíz hispánica y católica, resistió la presencia inmigrante, excepto la de los ingleses que rápidamente se adueñaron del comercio importante de la ciudad e invirtieron en tierras. Los irlandeses trabajaron en sus estancias, y por

ser ingleses o parecerlo se emparentaron con la elite argentina. Tanta era la admiración y el respeto que despertaba *lo inglés*. Y, por otro lado, la vida dura, la vida del fortín o del cuidado del ganado sucedía lejos de su escena. Estoy pensando en las cartas de Cané a su hija, que, en un punto, son conmovedoras pero en medio de tantas preguntas por la salud, el cumplimiento de los pedidos, el cuidado de la coquetería femenina, tienen consideraciones de muy otro tipo que le dan otra dimensión a la lectura. Pocos años después, va a ser él quien redacte la *Ley de Residencia* para los inmigrantes que no cumplan con el primer deber impuesto: la obediencia. Ricardo Rojas emprende, desde *La restauración nacionalista*, una recuperación de los atributos de la nacionalidad, sobre todo la lengua que los italianos –que ya forman una especie de submundo dentro de la ciudad en expansión– deterioran con el cocoliche. *El diario de Gabriel Quiroga*, de Manuel Gálvez tiene la misma fecha que el libro de Rojas, 1909, y es una especie de proclama nacionalista y de enumeración de reservas con respecto a la inmigración indiscriminada.

**C.S.** *¿Conectarías estas reflexiones con el antisemitismo? Porque aquí tenés un ensayo sobre Renan y la idea de Nación que plantea la relación del intelectual frente a la discriminación del judío.*

**H.C.** Renan fue autor de cabecera de nuestra elite pensante hacia fines de siglo, precisamente por su énfasis en la construcción de la Nación, ligada a la idea del Estado *que se construye todos los días, entretejido con la política*. Con esto, está postulando premisas de la Revolución Francesa, moduladas por la voluntad popular, a través del voto. Me pareció notable la forma en que Renan expresa su vínculo con la religión, que ofrece una opción posible como instrumento de gobierno y que, al mismo tiempo, da cuenta del respeto hacia los valores espirituales sin implicar una adhesión dogmática a ultranza.

**C.S.** *Vamos a volver sobre este tema del punto de vista de los intelectuales –me gustaría pensar en Joaquín V. González y en sus diferencias con Rojas o Gálvez–. Me parece que también es el momento de preguntarte sobre las alternativas de tratamiento de la cuestión judía en nuestra historia. Aquí, veo tu colaboración en un trabajo importante,*

*de dos tomos que hizo el Centro de Estudios Sociales de la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA) y que editó Planeta.*<sup>3</sup>

**H.C.** Sí, ese es un trabajo de relevamiento muy valioso y para hacerlo se formó una comisión de gente del pensamiento. Como en 1992 se levantó el secreto sobre los archivos públicos, esto dio la perspectiva de que en archivos de Relaciones Exteriores o de los diversos organismos relacionados con la inmigración podrían descubrirse documentos reveladores. Por otra parte, la antropóloga Estela Gurevich y el psicólogo Horacio Sporn trabajaron sobre la posibilidad de que, a partir de testimonios orales, pudieran aportarse nuevos elementos a la historia. Ellos me pidieron que trabajáramos juntos y durante varios meses nos preguntamos si era una indagación posible, en relación con las dificultades que había para entablar un diálogo verdadero con los testigos. Creo que ha sido mérito de Beatriz Gurevich y su equipo el ordenamiento del material y la supervisión de las diferentes áreas de consulta. Pero en medio de esta investigación se produjo el atentado a la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA); hubo que recomponer el espacio de trabajo y, finalmente, se decidió no continuar. Sobre todo, y eso fue lo que se comentó en la última reunión con el asentimiento de todos, sirvió enormemente para abrir un espacio de trabajo que permitió expurgar datos, confirmar pautas de análisis y darle consistencia a un tema siempre maltratado.

Hacia el final, apareció editado el libro de Roland Newton sobre el éxodo judío como consecuencia de la persecución nazi, respaldado por la gran cantidad de documentación que él descubrió en archivos europeos y norteamericanos, que cubría sospechas y avances que habíamos hecho nosotros.

**C.S.** *Me gustaría ahora traer el trabajo que mencionamos antes y que aparece en la revista Judaísmo Laico (1990, Nº 3). Cito un párrafo: "Mediante una crítica y un análisis original, Renan recorre rápidamente*

---

<sup>3</sup> *Proyecto Testimonio*. Tomo I, Revelaciones de los archivos argentinos sobre la política oficial en la era nazi-fascista. Prólogo y compilación, Beatriz Gurevich. Tomo II, Respuestas del Estado Argentino ante los pedidos de extradición de criminales de guerra y reos del delito contra la humanidad bajo el III Reich. Prólogo y compilación, Paul Warzawski.

*el devenir del pueblo judío dentro de la sociedad occidental y traza un perfil de la discriminación de la que fue objeto hasta llegar a una época más consoladora, ese siglo XVIII que proclamó por fin los derechos de la razón, los derechos del hombre, la verdadera teoría de la sociedad humana o sea el estado sin dogma oficial, el estado neutral en medio de las opiniones metafísicas y teológicas, momento en el cual los judíos consiguen igualdad con los demás ciudadanos...”*

**H.C.** Se trata de una enunciación clara de la presencia judía y la pertenencia a la Nación, desde el concepto de Estado, en un momento en que ya circulan fuertes corrientes racistas adaptadas a la teoría darwiniana, para justificar la segregación de *la raza diferente*. Entre una y otra posición, y para mayor complejidad, está la masonería, librepensadora, no religiosa, pero con premisas en torno a la razón, la ciencia, la construcción concreta que, de algún modo, tienen la fuerza del dogma. Las cucharas de albañil que vemos en profusión en los museos argentinos están marcando esa pertenencia. Cuando sucede el Caso Dreyfus y aparecen las montañas de acusaciones contra ese judío que se había atrevido a formar parte del ejército con una alta graduación –y por supuesto esas acusaciones toman un cariz genérico– en ese momento, entonces, se desata una vorágine de nacionalismo monárquico, antijudío, católico, antirrevolucionario, en el mismo corazón de la intelectualidad francesa. Charles Maurras, un escritor reconocido, muy influyente en toda una generación del fin de siglo y con seguidores en nuestra elite, y Émile Zola son datos antagónicos de esa realidad múltiple a la que los argentinos acceden... y por la que toman partido. La Ley del Voto, la presión social y política para ampliar la ciudadanía como eje de la transformación del Estado también se da en esa misma coyuntura. Puedo decir que, en cierto modo, soy testigo de esa circunstancia aunque me di cuenta después. El cura de mi parroquia de Versailles, Nuestra Señora de la Salud, resultó ser un sostenedor del nacionalismo católico que derivó hacia formas peligrosas y terminó siendo instructor de la Alianza Nacionalista cuyo antisemitismo fue una de sus banderas más importantes.

**C.S.** *El párrafo final de tu artículo dice: “todas las impugnaciones antijudías toman hoy, como punto de partida, el descrédito de la*

*Revolución Francesa y su credo igualitario y democrático, que permite a todos sentirse acreedores a la posibilidad de ser gobierno a través del voto, como expresión de la voluntad general”.*

**H.C.** Está formulada como dogma de la racionalidad en una sociedad democrática. Es un poco enfático, pero el dilema es ese, ni más ni menos. Y el judío viene a ser el resorte o el referente más delicado y contradictorio. La cuestión básica es decidir si se está con el cambio social o si la preservación del privilegio agotará una sociedad nueva posible. Aquí tengo una versión de la mesa redonda que coordinó Beatriz Gurevich, en el 95, cuando se cumplieron cien años del Affaire Dreyfus y se festejaron los sesenta años de la Fundación de la Delegación de Asociaciones Israelitas de la Argentina. Son los mismos razonamientos, en el sentido de que la cuestión judía viene a ser el convidado de piedra en el juego de la sociedad genuinamente democrática. Típico componente del prejuicio.

**C.S.** *Hay un artículo tuyo en la revista Desmemoria, Revista de Historia (Nº 12, septiembre-noviembre 1996) sobre “El Itinerario de los Argentinos y Manuel Gálvez”: creo que es la primera muestra de un nuevo posicionamiento tuyo, en relación con el vínculo de la historia y la literatura. “La reflexión sobre una historia ligada a los modos expresivos de la literatura no es la óptica habitual del historiador que busca una interpretación objetiva en documentos y repositorios...” y más adelante decís que “las ideas de época y sus personajes ofrecen un tejido a veces revelador de situaciones y ámbitos que, a pesar de las cautelas documentales, queda en evidencia.”*

**H.C.** Es una verdad flagrante pero se tarda en llegar cuando se recorre el camino de lo profesional o uno cree que lo está haciendo. Una cosa no debería excluir a la otra, por el riesgo de perder humanidad y transformar el oficio en una búsqueda despojada de sensibilidad. No quiero ser terminante: sólo mostrar que una vez que se adquiere este convencimiento, la literatura se nos vuelve tan importante como el documento. El caso de *El matadero*, de Echeverría, es paradigmático. Casi siempre se lo ve como texto literario, pocas veces se lo relaciona con la actividad central de nuestra economía que ocupaba un enorme



espacio al sur, con el límite del arroyo de la sangre, el Cildáñez, en el barrio de Mataderos. Y por otro lado, estaríamos jerarquizando el pensamiento como instrumento válido en la construcción social que normalmente aparece como supletorio. Y, en cualquier caso, el *Facundo* –leído como texto– es tan revelador en sus semblanzas que resulta el depurador de tanta literatura sectaria y retórica.

**C.S.** *Ya que mencionamos a Sarmiento, he leído unos artículos tuyos novedosos los llamaría yo, que aparecieron en la revista Lea de la Cámara del Libro como homenaje para el centenario de su muerte y también una nota en el Boletín del Instituto Histórico (Nº 7, 1982) que se llama “Punto de partida para la historiografía argentina”. Y ya que estamos recapitulando, hay otra más: “Sarmiento y la idea del progreso”, donde trabajás sobre la comparación con Estados Unidos y señalás ese estímulo que siempre va a sentir Sarmiento cuando los mira y propone la adopción de algunas pautas. Pero como una cosa lleva a la otra, me parece que también es el momento de nombrar otro libro tuyo, Las fechas patrias.*

**H.C.** Qué suerte que lo mencionás porque me ha dado muchas satisfacciones. Lo que quiero decir es que ha sido muy leído. Por las docentes, sobre todo, que me parece que encontraron aquí una aproximación diferente, ampliada te diría, a nuestros aniversarios.

**C.S.** *Es esta misma idea la que predomina en tu artículo sobre los puntos de partida para la historiografía argentina: dar cuenta de las dificultades reales que tuvimos y acentuar la fuerza de persuasión que se manifestó entonces y que después disimulamos ocultando la dimensión de cada emprendimiento.*

**H.C.** Se ganan ese lugar las batallas y los ejércitos pero no se corresponde con el origen transformador que hay en estos países americanos... Es una manera de alimentar la memoria con el reconocimiento de la dificultad vencida... o presente todavía.

El 9 de Julio, por ejemplo, aparece por lo general como fiesta subsidiaria del 25 de Mayo, y en realidad son tan importantes una como la otra o quizá más importante aún la del 9 de Julio porque marca la dimensión americana del conflicto y la situación real que tenemos que

superar a través de la creación de una nación cuyos límites se confunden con un espacio previo y que decide también la admisión de los indios para legalizar el gobierno que se va a establecer, un gobierno que represente a la primera población americana.

Las cartas de San Martín a Godoy Cruz son más que elocuentes. Te diría que son inolvidables. Después de leerlas, nadie puede pensar que San Martín es ajeno a Belgrano, en Tucumán. Es el camino para tener la verdadera dimensión de lo que significa la aprobación de Bolívar que está esperando la decisión para que la Guerra de la Independencia tenga legalidad frente a la monarquía restaurada en Europa y confabulada en la Santa Alianza para reprimir la insurrección colonial.

La omisión de la figura de Urquiza, marcada por la falta de documentación, está siendo recuperada recién ahora, con el trabajo minucioso de Beatriz Bosch hace años, y más cerca, con la aproximación a la documentación sobre el barón de Mauá que le permitió a Susana Rato de Sambuccetti escribir una investigación muy valiosa sobre Mauá y Urquiza. La dimensión del Mercosur, que estos dos hombres anticiparon, puede comprenderse cabalmente desde esta documentación que recién ahora adquiere la verdadera magnitud imaginada por estos dos pioneros.

No quiero olvidarme de un trabajo que hicimos con Susana Rato, que nos llevó mucho tiempo y mucho compromiso. La propuesta fue mía: publicar una serie de notas sobre interpretaciones conflictivas de hechos conflictivos o procesos poco claros. Fue cuando ella trabajó sobre la Revolución de Mayo –un libro excelente que le publicó Siglo XX–. Llevó este planteo a otras coyunturas que, lamentablemente, no se publicaron; yo me propuse investigar la documentación sobre el primer radicalismo, fascinada por su conexión con el krausismo que venía estudiando con Hugo Biagini. De allí arranca mi movimiento interno para escribir los libros sobre el radicalismo, *Trayectoria política* y *Nudos gordianos de su economía*.<sup>4</sup> Un grupo de investigadores fuimos develando los alcances del krausismo y del krauso-positivismo y esto

---

<sup>4</sup>*El radicalismo. Trayectoria política*. Buenos Aires, Siglo Veinte, 1983.

*El radicalismo. Nudos gordianos de su economía*. Buenos Aires, Siglo Veinte, 1983.

dio lugar a una serie de trabajos y de mesas de discusión. Se realizaron unas Jornadas, con cuatro personalidades españolas de relieve en este tema del krausismo pensado como anticipación del pensamiento democrático. Hubo una serie de trabajos publicados en una compilación que configuró ese infatigable historiador de las ideas que es Hugo Biagini<sup>5</sup> y este horizonte operó en mí como un descubrimiento volcado a otras áreas americanas que nos vuelve a vincular con el pensamiento español y su desarrollo, mucho más de lo que imaginamos.

En ese mismo orden de ideas, publiqué en la revista *Letras Peninsulares* (Michigan State University, “Sobre la formación de la ideología krausista en España”) un trabajo sobre la relación de Giner de los Ríos con su novia y la ruptura final, un vínculo cautivante por las razones de uno y del otro, ella con la capacidad de entenderlo a él pero él, con la imagen preconcebida y tradicional de lo que la vida familiar debía ser, estigmatizaba su estilo de vida y su pensamiento. Me gustó pensarlo y me gustó que se editara.

Me gustaría hablar de los trabajos sobre inmigración –más bien en el orden de las ideas– fueron varios y especialmente los que tomaron la llegada de españoles arrojados por la Revolución de 1868, que ubicamos como krausistas o krauso-positivistas. Durante la Restauración monárquica española, este sector operaba como una izquierda indeseable. Muchos de los españoles que se refugiaron aquí en esa época y también en este siglo, después de la caída de la República, tuvieron esa filiación ideológica. Se ha llegado a sostener que el krausismo ha sido para la gesta republicana de 1868 lo que el *Contrato Social* fue para la Revolución Francesa. Y esto me lleva a analizar la influencia del krausismo en el radicalismo porque la evidencia que se presenta de inmediato es que la visión doctrinaria del radicalismo está muy cerca del krausismo: es democrático, racionalista, defiende la educación, la

---

<sup>5</sup>*Orígenes de la democracia argentina. El trasfondo krausista.* Compilación de Hugo Biagini. Autores: Elías Díaz, José Luis Abellan, Enrique Menéndez Ureña, Pedro Álvarez Lázaro, Juan López Álvarez, Arturo Andrés Roig, Osvaldo Álvarez Guerrero, Hebe Clementi y Hugo Biagini. Fundación Friedrich Ebert. Buenos Aires, Legasa, 1985.

inteligencia, la libertad, la igualdad de la mujer. Creo que todos deberíamos leer por lo menos uno de estos textos doctrinarios para comprender cuál es la ruta que asume entonces el radicalismo político con pulso ciudadano.

**C.S.** *¿Es en este momento cuando descubriste, por así decirlo, la historia oral?*

**H.C.** Claro, fue ahí, cuando tuve la evidencia de que –en el ámbito inmigratorio– se había cumplido una enorme renovación y que allí la *historia oral* debía ser un instrumento muy valioso para captar el vínculo con la comunidad. También a partir de la historia oral se iluminó la documentación no utilizada hasta entonces y se dinamizó la recopilación de fotografías antiguas por parte de varias organizaciones. Fue, y es sobre todo, una manera democratizadora de incluir estas historias de comunidades todavía en formación pero sensibles a la percepción de que este marco de la oralidad implicaba una nivelación social.

**C.S.** *Repetís esos objetivos en tu trabajo La otra historia, y tratás de implementarlo a través de la Fundación Otra Historia. ¿Qué lugar intelectual tenía este tema de la historia oral en la tarea historiográfica?*

**H.C.** El trabajo mismo de los talleres y algunas lecturas –sobre todo de autores italianos en relación con su inmigración– me habían confirmado la validez de usar la historia oral. Por otra parte, se había creado una especialización en historia oral para graduados en Filosofía y Letras, con la dirección de Dora Schwarzstein. Vino a entrevistarme una ayudante suya, Patricia Funes, y ahí fue cuando me enteré. La misma Dora Schwarzstein –esto ya lo conté– comentó muy favorablemente en la revista del Ravignani los libros que editamos durante la gestión en Cultura con lo cual, en cierto sentido, relevó el uso de la historia oral en nuestro trabajo. Por otra parte, Liliana Barela, desde el Instituto Histórico de la Ciudad que dirigía, y con Mercedes Miguez, venían haciendo desde hacía tiempo talleres de historia oral en la ciudad para trabajar sobre la memoria barrial y la conciencia de pertenencia, material que después editaba el mismo Instituto. Después del Primer Encuentro Nacional de Historia Oral de 1993, el Instituto publica periódicamente una revista de historia

oral, *Voces Recobradas*, que es un referente fundamental en este campo.

Cuando surgió la idea de este encuentro, estuvimos de acuerdo en unir fuerzas. Se realizó en el Centro Cultural General San Martín, que puso varias salas a nuestra completa disposición y participaron tres autoridades muy destacadas. Dora Schwarzstein invitó a Roland Grele de la Universidad de Columbia que, en cierto modo, es el ámbito universitario iniciador de esta actividad en Estados Unidos; a Sandro Portelli, un italiano que enseña literatura italiana en los Estados Unidos y viceversa y que vino con los auspicios del Instituto Italiano de Cultura; y la doctora Mercedes Vilanova, editora de la primera revista de historia oral en lengua española, *Historia y Fuente Oral*. Los agregados culturales de la Embajada de España y de la Embajada de Italia facilitaron estos viajes. Vilanova estaba visiblemente encantada de estar aquí y el discurso inaugural dio cuenta de esto. Comparó el silencio imperturbable del Glaciar Perito Moreno con el ruido permanente y avasallador de las Cataratas, para instalar la calidad de la voz en el diálogo que busca la gente a través de la historia oral.

**C.S.** *¿Cuál fue el balance de este primer encuentro?*

**H.C.** Creo que fue un gran empujón y no hemos dejado de trabajar desde entonces, cada uno en distintas direcciones y todas buenas.

**C.S.** *Yo siento que el riesgo grande la de la historia oral está en los límites. Es decir, ¿cuándo realmente es historia?*

**H.C.** De esto se trata, en efecto. Si no existe una estrecha vinculación con la historia se cae en una simplificación patética o en un testimonio correcto que no llega a ser historia porque los puentes con el encuadre histórico no se establecen. Creo que nosotros hemos vivido mucha historia no oficial, durante la segunda mitad del siglo XX, que no ha sido procesada sino desde las instituciones y la política. Del trabajo que falta, la historia oral puede dar cuenta con documentación preciosa. De modo que, año por medio, siguen armándose estos encuentros de nivel internacional. A eso se suman las experiencias de enseñanza de historia en las escuelas primarias sobre la base de la oralidad –como el proyecto que lleva adelante Schwarzstein– y que aparece como una verdadera

cantera, y las constancias del Instituto Histórico de la Ciudad que ha sido pionero en esta tarea.

**C.S.** *En el último Congreso presentaste tu experiencia en La Boca a través de un video orientador. Después, se editó un libro con sello del Instituto Histórico, donde figurás como constructora, una palabra que preferís en lugar de la de autora.*

**H.C.** Es un relato largo dadas las características que tuvo el taller inicial. Allí, recluté gente e información, y pedí que escribieran sus memorias sobre alguna persona cercana, o sobre una experiencia propia, para trabajar después con ese material cara a cara. De hecho, algunos trajeron verdaderas *piezas*, llenas de originalidad y con una vivacidad notable en el recuerdo. Por otra parte, me secundó mucho alguna gente que participó del taller, gente con bisabuelos boquenses, y de allí surgieron historias de absoluta variedad que, todas juntas, dan una cartografía muy precisa del protagonismo de La Boca. Yo había trabajado antes con el área de La Boca que, de pronto, se me presentó como un espacio contestatario a partir de las extensiones de líneas ferroviarias que se acercaban al puerto de salida pero no conocían a ciencia cierta cuál sería la decisión final de las autoridades. Ese estudio fue sobre los ferrocarriles argentinos –y está editado por el Centro Editor de América Latina (CEAL), en 1993– y lo hice a partir de documentación del Museo Ferroviario, un archivo donde hay silencios muy expresivos. Después, me encontré con el tema del puerto y la polémica Huergo-Madero que es otro de los espacios sin voz para la mayoría de la gente. Con ese material, hice un libro que se llama *Protagonismo de La Boca* (Letra Buena, 1994). O sea que todo esto está en la semilla de este trabajo posterior. La verdad es que me sentí muy apoyada por Jorge Manuel López, un boquense con bisabuelo en La Boca a quien conocí cuando fui profesora en el Nacional Buenos Aires. López es el alma de la biblioteca del Colegio. En su oficina, hay dos cuadros boquenses que apenas entrás te cuentan el amor que tiene por ese lugar. Su ayuda fue, desde el principio, inestimable: me recomendó gente que podía participar en el proyecto, me sugirió conectarme con la Casa Esclava (*Nas-Dom*) donde conocí a Juana Merello –esposa de un pionero de la marinería boquense– y con su ayuda conseguimos un testimonio muy valioso de su trayectoria. Y muchas

cosas más. López se comprometió con este trabajo como si fuera suyo. No quiero seguir con las enumeraciones porque es mucha la gente a la que le estoy agradecida, por distintos motivos; me permitieron entrar en un ámbito entrecruzado por generaciones y con trabajos muy diferentes. Alguien dijo que La Boca era una *República* y esa calificación sigue teniendo sentido. Por eso, me pareció que el título propuesto por José Palmiotti, el jefe comunal, tenía la resonancia que buscábamos: *De La Boca... un pueblo*. Son 320 páginas de genuina *construcción* de materiales de primera agua que me dieron casi veinte testigos. Lo que no escribí es lo que falta, porque cada vida es de verdad una cartografía distinta que se articula con ese lugar medio mágico, donde todo está junto, como una semilla que fecundó al país entero y que, de todas sus experiencias, ofrece un testimonio vivo.

Creo que, en este encuadre, no corresponde hablar de cada uno porque tienen un valor específico en sí mismos. La crítica que me hago, y que cuadra, es que el texto es totalmente expositivo sin un argumento central. Puedo defenderme pero sé que esa limitación es cierta. Lo que sobre todo subrayo es que la experiencia de La Boca abarca la inmigración de todo el país. Esos inmigrantes que, como dice Alfonsina Storni, no miraron al río, sino a la tierra aunque fueron ribereños y *marinantes* confiados en el país que empezaba.

Para la gente que elegí, el tema de la pertenencia es constante y encuentra resoluciones particulares diferentes. Aquí es donde veo la importancia que tuvo para mí el estudio sobre Gálvez, porque él observa transcurrir los hechos y los cambios pero deliberadamente vuelve a las primeras convicciones que construyeron su personalidad y su lugar en el mundo. La inmigración es un accidente. Creo que nadie ha descrito como Gálvez el área del puente transbordador en La Boca, el movimiento de obreros del frigorífico y su vida tan dura. Pero eso, en el orden de la trayectoria del país, para Gálvez, no contaba. O, mejor dicho, no incorporaba ese segmento de pueblo del mismo modo que veía como ajenos a los provincianos de La Rioja, buenos para la descripción nostálgica. Es decir, como seres no históricos.

# Literatura e historia

---

19 y 26 de julio de 1999

**C.S.** *Queremos tomar ahora algunos trabajos de Hebe que tradicionalmente ubicaríamos en el ámbito de la literatura pero que nos parecen un intento expresivo de acompañar literatura y desenvolvimiento histórico, como confirmación innegable de la circulación de ideas que marca la evolución de nuestro pensamiento y participa del cambio de las elites y del horizonte impreciso de lo que pasa en el mundo.*

*Tu trabajo sobre Manuel Gálvez abarca toda su trayectoria como hombre de letras comprometido políticamente con el país. Después, veremos la biografía que escribiste sobre María Rosa Oliver que expresa su vida y la forma que elige para sortear las limitaciones de su condición y de su clase y, en tercer lugar, vamos a detenernos en el trabajo sobre Sara Maglione de Jorge, nuestra primera editora en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, cuando el comunismo tenía levadura para conmocionar multitudes. El cambio más fuerte estaba dado por la enorme reno-*



*vación científica y tecnológica mientras la perturbación más alta se instalaba en la política religiosa católica cerrando filas contra el pensamiento de la izquierda. Estas definiciones se combinan con la confrontación peronismo-antiperonismo que se vive en Argentina en un recorrido revelador por la obra de Gálvez y de María Rosa Oliver, y por la gestión de editorial Lautaro.*

*Mientras tanto, habías escrito una novela, Nacidos en el treinta... que me gustó mucho leer. No sé cómo hiciste para tanta diversificación.*

**H.C.** A mí también me dio gusto escribirla. Pero ahí quedó, para el incinerador. De ese trabajo sobre María Rosa surgió el otro, el de Sara Maglione. La hija de Sarita es abogada y fue albacea de María Rosa. De modo que, cuando leyó el libro, me llamó para decirme que ella tenía mucha documentación sobre su madre, Sara Maglione, que quería poner a mi disposición. Yo, a Sara, la conocí trabajando en International Editors, hace muchos años. Era amable, cordial, menuda y tenía una energía y una vitalidad notables para impulsar su editorial. Los diez primeros años de Lautaro fueron un momento de gloria.

Aunque parezca un poco confuso, no me parece mal presentar a estas dos mujeres de la cultura aunque todavía no hablamos de Gálvez. Son contemporáneos y antagónicos.

**C.S.** *Volvamos a Gálvez entonces, porque tengo la impresión de que tu trabajo atraviesa muchas dificultades que vas teniendo en tu gestión profesional. Por ejemplo, se publica en la revista de la Universidad de Belgrano un primer ensayo sobre el pensamiento de Gálvez cuando ya te habías ido –o te habían ido– de la Facultad de Filosofía y Letras, en 1966. En ese lapso y hasta el 85, cuando llega tu designación como directora del Roca, te vas a la Universidad de Belgrano, asumís el trabajo de las interpretaciones conflictivas, armás esos dos o tres libros sobre el radicalismo, trabajás en la novela, y seguís leyéndolo a Gálvez con la idea de presentar un panorama de las ideas argentinas desde principios de siglo. No es un trayecto fácil en la medida en que su producción es muy grande pero también va marcando la ruta del pensamiento patricio, católico y conservador, que es constante de Gálvez y representativo del sector de mayor poder en la Argentina.*

**H.C.** Seguir las alternativas desde el *Diario de Gabriel Quiroga* que Gálvez escribe (o publica) en 1909, implica consustanciarse con el pensamiento nacionalista, del estilo que persevera y triunfa en los años 30, católico a ultranza, que se planta en una posición contraria a la inmigración y que necesita también sentar opinión sobre los constructores de la patria, Mitre en particular. Es el mismo año en que Ricardo Rojas publica *La restauración nacionalista* donde también manifiesta su rechazo al inmigrante y la percepción del judío como enemigo de nuestra sociedad. Rojas acaba de volver de un viaje a Alemania, adonde lo ha enviado el Gobierno para investigar cómo ha trabajado Alemania con su pasado para instrumentar la enseñanza de la historia. Y en su texto se ven las opiniones que han predominado, pero también permite verificar cómo cambia este modo de ver la realidad, hasta el punto de que, en la *Historia de la Literatura Argentina*, Rojas logra enunciar la trayectoria de los argentinos desde el pensamiento y a través de todas las manifestaciones artísticas propias, de la manera más completa y menos ligada al marco historiográfico previsible, lleno de lucidez y sin límites ideológicos.

Gálvez, igual que Rojas, pertenece a un grupo de provincianos, hijos de familias ilustres, que se encuentran en una Buenos Aires donde se ha perdido el ordenamiento patricio y el castellano purísimo que hablaban sus mayores. Descubren una sociedad mezclada de inmigrantes de todas partes del mundo, que hablan mal, sobre todo los italianos con ese *cocoliche* que desnaturaliza el idioma. La primera reacción de este grupo es en contra de la deformación idiomática. La revista *Ideas*, desde 1903, expresa esta unión y estos sentimientos, como también una serie de programas que incluyen el futuro. Emilio Becher es la gran figura, muy respetada por todos, que escribe en *La Nación* unos artículos imperdibles y da largas charlas de café. Pero disienten frente a la Guerra del 14 y el grupo se dispersa. Sin embargo, Becher y Rojas van a establecer una alianza profunda entre ellos. Becher muere muy pronto. Gálvez, en cambio, va a recorrer un camino en cierto sentido inverso. Conoce a los Bunge, primero a Carlos Octavio y a Augusto, después a Delfina, la hermana de Carlos Octavio, que es muy hermosa, bastante inescrutable y publica poesías en la revista. Gálvez se enamora de ella. Pero Delfina parece dubitativa con respecto al amor, se pregunta qué significa de

verdad, escribe poemas, no le interesan las reuniones, es melancólica, aguda y a Gálvez le lleva años convencerla y por fin casarse con ella que es fuerte y genuinamente católica.

**C.S.** *A nosotros nos parece más que interesante este entrecruzamiento de posturas y filiaciones que van más allá de la pertenencia a un sector social y, en cambio, se identifican con las corrientes de época y la adhesión que logran en este medio.*

**H.C.** Claro. Tenemos el antecedente patricio en Gálvez y la ascendencia alemana profesional en el caso de los Bunge, que consiguieron un lugar de privilegio en la sociedad por su honorabilidad y su capacidad notable. Pero en esta familia se muestra toda una variedad de conductas: Carlos Octavio es vehemente y, ya antes de los treinta, nada menos que Unamuno lo homenajea en España por su libro *Nuestra América*. Después, cuando edita sus clases en la Facultad de Derecho, consigue un impacto de larga duración. Pero también está Augusto, que es de izquierda, y crea una editorial en la que Gálvez edita su primer libro sobre legislación obrera. Y está Alejandro que va a Alemania a perfeccionarse como ingeniero sin saber una palabra de alemán y vuelve laureado y casado con una alemana. Va a escribir un libro, *La gran Argentina*, que refleja una poderosa visión de futuro.

María Rosa Oliver, en cambio, vive en una casona en el centro de la Plaza Retiro, un lugar privilegiado, es hija y nieta de ministros de Roca, en su familia se ensalza la Revolución Francesa pero su madre es una católica devota, chiquita y muy graciosa que, después de su primogénita, María Rosa, tiene una larga fila de hijos e hijas. Con ellos, viven también los dos hermanos de la madre, especie de parásitos de lujo. Muchas veces, entre familia y amigos, son más de veinte personas las que se sientan a la mesa, y las discusiones son cosa de todos los días. El hermano nacionalista de María Rosa va a tener un lugar protagónico en estos debates... y en los recuerdos que María Rosa cuenta maravillosamente en su libro, cuando tiene 60 años y está cuidando a su madre enferma, después de una serie de viajes a Estados Unidos, a Europa, a Rusia, a China... Una trayectoria excepcional, desde todo punto de vista. Pero cuando María Rosa Oliver asiste al 17 de octubre de 1945

lo que ve en Plaza de Mayo la conmueve de una manera desconocida.

Sara Maglione, por su parte, es hija de un abogado prestigioso. Su abuelo había sido un polizonte que llegó a Argentina a los 12 años pero así eran las cosas en el país de aquel tiempo. Cuando Maglione ya tenía un nombre ganado en el circuito profesional, Julio de Vedia lo llamó para desempeñar un cargo al frente de la Secretaría de Trabajo. Maglione padre ha educado a sus hijos de la mejor manera, en particular a su primera hija, Sara que –igual que María Rosa Oliver– nunca fue a ninguna escuela. Vivió en Belgrano, en una casa que tenía jardín de invierno, una gran biblioteca con libros encuadernados en cuero de Rusia y todas las comodidades. Sara se casa con Faustino Jorge, un amigo de sus hermanos algunos años menor que ella. Es hijo de un médico acreditado, apasionadamente de izquierda y en la casa lo quieren mucho. Muy rápido y uno atrás de otro, tienen dos hijas y un hijo. Pero después Sara decide fundar una editorial cuyo catálogo refleje lo que está pasando en el mundo una vez terminada la Guerra. María Rosa es su amiga de siempre aunque se acercan más todavía a partir de 1936 que es una fecha clave para la integración generacional de los que toman partido por la República Española, contra el franquismo. En la tarea de reclutar fondos y víveres para los republicanos están juntas y con ellas está también Victoria Ocampo. Al poco tiempo, aparece la amenaza de la guerra en un momento en que París es el eje de las adhesiones y los rechazos. Sara Maglione va a radicalizarse cada vez más hasta adherir decididamente al comunismo, aunque mantiene su libertad de pensamiento y su capacidad crítica. María Rosa, junto con Victoria Ocampo, elige apoyar a América del Norte y juntas van a ciudades y universidades norteamericanas para explicar cómo y qué es Sudamérica en una gestión que el mismo Rockefeller diseñó con ellas. En el 45, María Rosa vuelve a la Argentina para encontrarse con la jornada del 17 de octubre y, tal vez por oposición a las críticas espantadas de los amigos que la agasajan, sale en defensa de *su pueblo en la fuente de Plaza de Mayo*. Es la primera reacción que después, cuando escuche la prédica de un cura tercermundista, De Paoli, se volverá más definida. María Rosa Oliver será traductora e intérprete de la Cuba revolucionaria. Es la única persona a la que ve Ernesto Guevara cuando vuelve de Montevideo, donde

se ha reunido parte de América Latina bajo la convocatoria de Estados Unidos. Después, trabaja para la Casa de las Américas en Argentina, contribuye en la selección de jurados para los concursos anuales que estimulan el acercamiento con Cuba, participa en las sesiones del Congreso por la Paz y participa en reuniones y luchas diferentes. Llega a recibir el premio máximo que otorga el gobierno soviético a los luchadores por la paz. Todo esto puede leerse en su libro de memorias, en un lenguaje coloquial, sin remilgos y sin *pathos*... omitiendo los problemas que tiene para moverse. Porque María Rosa Oliver está prácticamente anclada en una silla de ruedas desde los diez años, cuando tuvo un ataque de polio.

Son tres destinos diferentes y los tres están involucrados con el crecimiento interior de los argentinos y con la decisión de pensar la sociedad, de elegir en el tremendo cangrejal que es la guerra y los relictos que quedan. También son tres opciones de vida que, vistas desde cerca, resultan conmovedoras por su elocuencia y en la definición final.

En esta circulación de ideas, creencias, apuestas y recambios, sobresale la figura de Manuel Gálvez que atiende a algunas manifestaciones diferentes pero, en esencia, es fiel al revisionismo histórico. Escribe sin parar desde que, en *El mal metafísico*, encontró la manera de decidir su destino quizá como contrapartida de las desdichas de su personaje, envuelto en una nostalgia y una ansiedad irrecuperables para no hablar del alcohol que lo tiene atrapado. Desde ese momento, Gálvez va a editar sin interrupción en la editorial de su cuñado Augusto que lo quiere pero lo molesta por su inocencia política. Y cada libro lleva la fecha de inicio y la de terminación, como testimonio de la complejidad de su trabajo de la que, por otra parte, nadie duda. Es el mismo momento en que David Peña llena las aulas de Filosofía y Letras con sus conferencias sobre Quiroga y se atreve a analizar a esta figura excepcional, abriendo el cauce del revisionismo que, desde entonces, tendrá aquí constantes y vallas autoimpuestas.

En mi trabajo sigo cada una de las publicaciones de Gálvez, ordenadas por fecha y protagonistas. Señalo el año 1922 cuando acusa la fascinación que le provoca la vida barrial de Boedo: allí, en un potrero, se dirime el destino de nuestra cultura, alrededor de una larga tabla

puesta sobre caballetes. El enfrentamiento entre Florida y Boedo es la estrategia que siguen los *camaradas* tratando de profundizar el contorno social, y Gálvez escribe entonces su novela sobre el transbordador de La Boca que muestra el trabajo en el frigorífico y el encadenamiento de nuestra economía al mercado inglés... Me parece que la familia Bunge decide que es oportuno organizarle un largo viaje a Europa, como corresponde, y ahí va a tener la posibilidad de conocer a Mussolini y a Primo de Rivera que, por supuesto, lo cautivan en esos comienzos del fascismo ideológico común. A la vuelta, Boedo se ha convertido en un recuerdo. Publica una serie de artículos en el diario católico *El Pueblo*, con el título “Este pueblo necesita...”, que después edita en forma conjunta y que confirman este viraje.

En una página inicial dice: “El liberalismo no hace sino sustituir las formas antiguas de las supersticiones católicas y ofrecer nuevos ídolos al fervor fetichista de la multitud...” De esta manera, atribuye al liberalismo la causa de todos los males de la sociedad. Decididamente, es lo que hoy se llama una actitud *preconciliar* que, en aquel momento, se regía todavía por el *Syllabus* papal de 1860. Allí se enuncian todos los trágicos errores del liberalismo —el papel de la mujer, la escuela sin Dios, la posibilidad de ruptura matrimonial por nombrar sólo algunos—. Aunque en los textos se silencia, el *Syllabus* ha atravesado la acción de la Iglesia Católica en algunos lugares. Por cierto, Argentina es uno de ellos: la historia lo muestra y también lo evidencia el papel que ha jugado el pensamiento católico doctrinario en la década del 30 cuando se desemboca en la ruptura de las instituciones democráticas. Esto no excluye sino que *incluye* la adhesión del Ejército.

**C.S.** ¿Cómo es que te decidís a tomar a Gálvez como eje explicativo de la derecha católica, antes de haber leído toda su obra?

**H.C.** En parte fue una aventura, porque había leído *Nacha Regules*, *Este pueblo necesita* y sus *Memorias*. Me faltaba entrar en sus novelas realmente históricas que no hicieron sino confirmar esta primera apreciación. Por otra parte, toda su obra se leía muchísimo y se publicaba en el exterior y se traducía, así que es válido considerar a Gálvez como un despertador importante de la visión de una sociedad ortodoxa, sin

mezcla, patricia, selectiva, similar a la propuesta por los hermanos Irazusta desde *La Nueva República*, en la década de 1920: auspiciar un cambio educativo centrado en los idiomas clásicos y en la reparación de premisas conservadoras en oposición a la Ley 1420 y la escuela laica. En ese momento, José María Ramos Mejía –que en materia de educación, por su actitud y por su trabajo, puede considerarse como sucesor de Sarmiento– es separado de su cargo. Ya hablamos antes de la importancia del positivismo argentino, como apertura al pensamiento moderno que Ramos Mejía encarna a la perfección.

Por otro lado, el trabajo de Gálvez es ímprobo, incansable. Pensemos que *La maestra normal* es de 1914, una invectiva contra la escuela sin Dios, obviamente contra la Ley 1420, contra el director de escuela que oscila entre una sensualidad encubierta y un rigor absurdo. La maestra es un ser dulce e ingenuo que cae en las garras de un hijo ilegal, y mestizo, portador de consignas políticas revoltosas. Más la pintura poco grata que hace de la modesta convivencia provinciana, con una dureza casi despectiva, sin clemencia. En 1916, escribe *El mal metafísico*, una buena pintura de época no demasiado precisa donde el destino del escritor sin metas aparece tratado con conmisericordia. En 1917, *La sombra del convento*, muestra a la clase alta cordobesa en un encierro lleno de desprecio hacia *los otros* y aquí el liberalismo es un fantasma que ataca a la sociedad católica y aristocrática paradigmáticamente representada por la familia protagonista.

*Nacha Regules* es de 1918; es una novela que atrapa al lector. Hay escenarios distintos y el eje central pasa por esta mujer víctima de una sociedad cruel, un tema que Gálvez ya ha desarrollado en sus primeros trabajos con perspectiva sociológica.

En 1920, escribe *Luna de miel y otras narraciones*. En estos relatos hay una liviandad que marca una diferencia importante con respecto a sus otros libros. Es probable que su propia luna de miel y la situación que estaba viviendo hayan dado el tono general de estos textos.

En 1922, aparece *Historia de arrabal* que cuenta su cercanía con aquel grupo entre anarquista y de izquierda que nutría las veladas de Quinquela, de Alfonsina y de Quiroga.

El mismo año, escribe *La tragedia de un hombre fuerte* que, a mi

juicio, es una gran novela. Hay algo de los paisajes anteriores pero están centralizados en un hombre que espera cambios en su propia vida y en el mundo que lo rodea. Es una buena pintura del desconcierto de la gente honesta, que asedia al gobierno radical de Alvear y que, de mil maneras, contribuye al deterioro del poder establecido. Las Legiones Cívicas y los conciliábulos militares van minando el equilibrio y se hace evidente la inseguridad institucional y la falta de adhesión de los sectores altos.

**C.S.** *¿Cuál elegirías de todas estas novelas?*

**H.C.** Creo que *La maestra normal*, que está muy bien construida, es verosímil y expresiva en relación con la sociedad criolla, tiene una buena trama y esta cuestión de las maestras que tienen que enseñar *sin Dios* está bien aunque obviamente disiento con su sentido.

**C.S.** *Recuerdo haber visto muchas veces, sin cansarme, Nacha Regules con Zully Moreno y Arturo de Córdova. Creo que esa película contribuyó a construir el clima social en la época de Evita y de Perón. Muchos vivieron a Nacha Regules como la réplica de Eva.*

**H.C.** Es cierto. Después, Gálvez produce otros trabajos un poco retóricos, como *El cántico espiritual*, *El espíritu de la aristocracia*, *Miércoles Santo*, *Una mujer muy moderna*. Este texto es ambiguo pero, en algún lugar, recupera a la mujer independiente y aunque –como siempre– no es categórico, instala a su protagonista con simpatía.

Creo que esta es para él una época de intermediación, de espera. También de desconcierto. Recién lo vemos recuperarse con un gran trabajo, monumental, en 1928, *Los caminos de la muerte*, tres tomos sobre la Guerra del Paraguay que, hasta ese momento, nunca había sido abordada por la novela y mucho menos por la historia. Delfina Bunge, su mujer, lo ayuda a descifrar sobre los mapas la enorme geografía que esta guerra ha comprometido. A la visión de la sociedad correntina que es la escenografía donde abre la primera parte, se suma la segunda, con testimonios sobre la guerra en la tierra y en los ríos, planteados con una elocuencia notable y con documentación rigurosa. Gálvez muestra a un López descarnado, sin corazón ni misericordia, que está orgulloso



de su país, de la raza guaraní y de su pueblo que lo sigue hasta el holocausto del final. La última parte se detiene en las tratativas de paz, conjuntas y separadas, frente a la patética situación de los esclavos brasileños y la parálisis frente a la naturaleza. Gálvez reflexiona con espíritu equitativo... pero de tan equitativo no toma posición acerca de la guerra misma, no es crítico en su resumen final. Y sumando la dedicatoria del *Diario de Gabriel Quiroga*, en 1909, es posible pensar que no ha cambiado su posición. Pero en otro orden de cosas, en la llegada que tienen sus descripciones, en el juego de las emociones, en los momentos de cordialidad entre los soldados brasileños y argentinos, pinta un paisaje que podíamos intuir pero que, hasta el momento en que él lo escribe, estaba borrado del mapa. Cuando terminé de leerlo, estaba segura de que tenía que ser lectura obligatoria en la escuela, si no total al menos episódica. Y es más honra para Gálvez haber escrito esta obra en un momento en que la presión del Estado supervisor, en la vigilia del golpe del 30, extremaba sus posiciones.

**C.S.** *Me persuadiste con este diseño, totalmente. ¿Qué viene ahora?*

**H.C.** Es el seguimiento del gran diseño revisionista que se instala enseguida como academia censurando la historia oficial para implantar la versión católica, patricia, españolizante, y obviamente también rosista, que tiñe todos los momentos claves de nuestra historia. Pone la Revolución de Mayo bajo el palio institucional y la máscara de Fernando VII, aplica buena parte de olvido a lo que representó el 9 de Julio que pasa así a ser subsidiario del 25 de Mayo y patrimonio de las fuerzas militares, pondera la política exterior de Rosas. En fin... de verdad, otra historia. Que tiene una sola ventaja: la de ofrecer un contrapunto constante desde donde surgen algunas confrontaciones que son correctas –a mi juicio– como confirmando que la historia *también* pasa por la decisión de los pueblos. Esta afirmación me parece retórica pero el concepto diferente que se tiene y se mantiene en relación con los caudillos –ya no estigmatizados por la historia oficial– permite la lectura de intereses provinciales que, por lo general, se desdeñan.

En 1933, Gálvez edita *Fray Mamerto Esquiú*, el sacerdote que reconoce y abre las puertas para la aceptación de la Constitución en

algunas regiones renuentes. Es una especie de hagiografía, poco trabajada pero elogiosa, del intento de unidad que supone el reconocimiento formal de la constitución elaborada en Buenos Aires y aprobada por la Iglesia.

En 1936, se lleva a cabo el Primer Congreso del Pen Club Internacional, auspiciado por el gobierno de Agustín P. Justo, que es un alarde del alcance de la cultura internacional... y del propio gobierno. Victoria Ocampo es la figura rectora, hay mucha publicidad alrededor y mucha curiosidad generalizada. Ibaruren pronuncia el discurso de apertura y llega gente muy representativa, empezando por Stefan Zweig, a quien no se menciona y de quien mucho menos se dice que sus libros han ido a parar a la hoguera nazi. Todo indica que esa ha sido una ocasión muy esperada por Gálvez para obtener el reconocimiento que va a permitirle una eventual presentación ante la Academia Sueca. La resistencia que genera y la actitud de la gente que él consideraba amiga pero que se vuelve muy elusiva con relación a la posibilidad de apoyarlo en la candidatura al Nobel lo deprimen mucho. Esto lo cuenta en sus *Memorias*. Tuve la opinión de Ricardo Monner Sans en relación con esto y el propio Martínez Estrada, cuando fue postulado por sus amigos para la misma distinción, cuenta el episodio con su temible ironía habitual. No soy quien para terciar en ese *combate* pero creo que, para Gálvez, la herida más grande fue la evidencia de que, muchos de aquellos que él creía amigos, evitaron tomar partido a su favor.

Esto no significa que Gálvez aquiete su ritmo de escritura. En 1938, publica uno de sus mejores trabajos, *El hombre del misterio*, una cautivante presentación de Yrigoyen que, hasta ese momento, había sido una figura muy denostada. Y Gálvez toma a Yrigoyen, lo saca a la luz, lo rodea de un hálito de honestidad, de decencia, de valentía ante la oposición sinuosa que había enfrentado. Es una biografía muy documentada, con ese particular talento de Gálvez para descubrir Balvanera como barrio y como feudo del tío, Leandro Alem, que también está presentado con un vigor notable. Al final, resulta un libro que reivindica la gestión radical. No hay que olvidarse que es 1938, que ya estamos en la Segunda Guerra Mundial, que el cansancio frente al gobierno establecido en el 30 es grande y que no parece posible que

resista la coyuntura que se viene. Y de pronto este libro alcanza una cantidad inusitada de ediciones, restaura el prestigio de Yrigoyen y del propio Gálvez, repone la circulación del respeto por la democracia.

Era la portada de un cambio que, sin embargo, en el futuro, seguirá las pautas del poder.

En 1940, publica *Vida de don Juan Manuel de Rosas*, que no deja lugar a dudas sobre la línea histórica a la que adscribe: Rosas, Yrigoyen, y pronto Perón como la tercera opción. Como quiera que sea, el devenir y las oscilaciones de Gálvez, la pintura del barrio, la solidez y la elocuencia en la defensa de *la causa*, la entidad ética del radicalismo de Yrigoyen, la audacia de redimirlo en un momento de gran confusión, son méritos indudables de este Gálvez y más en ese momento crítico para las instituciones argentinas. Diana Cuatrocchi de Woisson, en la tesis de doctorado que presentó en la Sorbonne, articula un cuadro muy interesante del movimiento dentro del revisionismo, hasta ese momento rosista, que accede a incorporar a Yrigoyen al santuario y lo documenta con artículos de procedencia autorizada –como el mismo diario *La Época*, de filiación radical– en los cuales esa postulación aparece más de una vez. Vale recordarlo para iluminar un poco nuestras confusiones actuales o bien para el saludable borramiento de fronteras.

**C.S.** *¿Hay un radicalismo que podría calificarse de derecha?*

**H.C.** No diría tanto pero, en todo caso, profundamente nacionalista y defensor de lo criollo. No hay que olvidar los orígenes de los líderes y tampoco que su ascendiente se daba precisamente en sectores rurales tanto como barriales.

Halperín tiene un trabajo, *Una Nación para el desierto*, en el que plantea esto como el reverso del sueño y proyecto mitrista hacia una Unión Nacional que sacrifica todas las diferencias. La Unidad Nacional de 1862 a 1880 desacralizó a Rosas y ahora se intenta devolverlo al santuario de la historia. La idea de escribir este libro sobre Yrigoyen había sido resistida por su gente más cercana pero vino a concordar con el esfuerzo que hace Perón para conciliar su fuerza política con la del radicalismo de un Sabattini, y de hecho con más de un radical no-

table en el momento crucial de su acceso al poder. La estrategia de Gálvez es más que oportuna.

Sin embargo, en 1942, ya está en otra actitud porque se ha internado en una figura paradigmática del catolicismo a ultranza, la del líder ecuatoriano que gobernó Ecuador durante largo tiempo, con rigor y total adhesión ultramontana, Gabriel García Moreno.

Y después, también en 1942, aparece su *Vida de Aparicio Saravia*, otra figura heterodoxa en el diseño oficial de la historia uruguaya, que se planta con empaque de caudillo y perfil de gaucho montonero frente a las elucubraciones de un Battle, cuya asimilación del krausismo español a la situación del Uruguay está hecha con talento y pulso de estadista.

En 1945, *Sarmiento* presenta la contrapartida del *Rosas* que había publicado en 1940. Aquí, como efecto de esta contrapartida, se produce una reconstitución del tejido laudatorio hacia Rosas que parecía haber declinado en *El hombre del misterio*. Me gustaría contar una anécdota de esas que uno recopila para la memoria.

Cuando fue el centenario de la muerte de Sarmiento (a quien privilegio, aclaro, por si no se no notó hasta ahora), me invitaron con mucha anticipación a un acto que iba a hacerse en la Biblioteca Eduardo Madero, de San Fernando, donde Sarmiento, cuando iba hacia el Carapachay, siempre hacía un alto para conversar con el amigo Madero. La biblioteca es muy linda y está muy bien mantenida, con vitrinas donde se guardan los documentos y las *cucharas* de estirpe masónica. Dije algunas cosas, las bibliotecas populares siempre son un tema que me tienta, y también me estimula la comparación que supo ver Sarmiento frente a la realidad norteamericana, cuando fue a Estados Unidos, en 1848, para estudiar expresamente la educación popular por encargo del presidente de Chile, Manuel Montt. En ese momento, yo estaba a cargo de la Dirección Nacional del Libro. Al final de mi exposición, me preguntaron qué libro recomendaría sobre Sarmiento... y yo, tomada de improviso, en lugar de proponer mi erudición –que no es extraordinaria pero que me da como para salir bien del paso– dije: *para mí la biografía más cautivante y completa es la de Manuel Gálvez. Sólo es necesario revertir su inquina absoluta hacia Sarmiento para recobrar la inteligencia, la fuerza, la determinación, la justa intervención de Sarmiento. Es como*

*el reverso, pero tiene la cualidad sin par de no omitir ninguna de las acciones de Sarmiento, ni de las circunstancias en que hizo valer su temperamento, su fiebre de hacer lo que creía adecuado para el país.* Se produjo una consternación total, a la bibliotecaria se le cayó la mandíbula, pobre, toda pintadita: parecía una muñeca de paño lenci... no, definitivamente no les resultó para nada convincente mi teoría de que la biografía significaba un enaltecimiento nada académico pero con mucho de vivencia rediviva. Era un juego dialéctico pero fue inútil. Sin embargo, yo traté de rescatar la rebeldía de Sarmiento, siempre obnubilada por las consideraciones que lo enaltecen a ultranza cuando en el fondo se agita la construcción antisarmientina, falaz, presuntuosa y solapada. El hielo fue total. Y yo quedé medio desarticulada, pero ya estaba hecho. Rescato la buena intención y está todo mi registro personal para testimoniar mi estima absoluta por Sarmiento. Incluso en la Maestría del Mercosur, donde tuve a mi cargo hasta ayer el Seminario inicial para graduados, destaco la precencia de Sarmiento, leyendo y haciendo leer *Argirópolis*, un libro suyo que casi nunca se menciona y que él escribe en 1850, antes de Caseros todavía. Es un texto visionario, donde plantea la posibilidad que abren los ríos de concertar un puerto para todos en la isla Martín García.

Volviendo a Gálvez, su ensayo sobre *José Hernández* es de 1945 y del 46 su *Santito de la toldería*, un trabajo de investigación excelente sobre Ceferino Namuncurá que, sin embargo, no repara en la tragedia del santito que pasa envuelto en el manto de la sacralidad beata, sin asumir su condición indígena ni lo patético de su final. En ese momento, el libro aparece implicado con la eventual canonización de Ceferino que todavía es una cuestión pendiente...

Para entonces, Gálvez queda viudo y vuelve a casarse con una mujer que sabe mucha historia y que seguramente se ha convertido en gran colaboradora suya. Es posible que ella haya intervenido para que él decidiera emprender la caudalosa biografía de *Don Francisco Miranda, el más universal de los americanos*, que edita en 1947. Sin embargo, a lo largo de las 400 páginas que tiene el libro, no se alcanza a descubrir el sentido de la existencia de Miranda detrás de sus episodios cortesanos y sus aventuras. No queda claro si era un aventurero sin escrúpulos o un

hombre iluminado por el deseo de libertad para este continente. Y esta es una fisura grave que le quita entidad a un trabajo de tanta exigencia. Creo que la mentalidad de Gálvez permanecía ciega a la influencia de la Ilustración como si fuera antagonica con su configuración del mundo. Por eso, captar las expectativas de Miranda parecía imposible.

**C.S.** ¿No se te ocurrió pensar que estos libros tenían el objetivo de ganar algún puesto diplomático?

**H.C.** Es una posibilidad pero no tengo ninguna documentación en ese sentido. Sin embargo, seguramente puede pensarse. En cambio, a partir de 1948, va a seguir escribiendo novelas históricas como un poseso. Son novelas que llevan el sello de su confección con destino fijo: relatar hechos del pasado leyéndolos de nuevo, de manera que permitan ver lo que sucede con el gobierno argentino frente a la reacción de sus enemigos, locales o externos.

Su simpatía por Perón quedó expresada desde las primeras manifestaciones populares. *La ciudad pintada de rojo* (1948), *La muerte en las calles* (1951) que remite a las Invasiones Inglesas, y *Tiempo de odio y angustia*, que se refiere al período del 39 al 40 y a la reacción rosista frente a la opresión extranjera, pueden leerse como metáforas del enfrentamiento que el antiperonismo lleva adelante, en esos momentos, contra el gobierno de Perón. El paralelo es inteligente pero el diseño de las novelas es simplificador y tiene metas prefijadas que condicionan y limitan la potencia narrativa.

En 1952, escribe *Han tocado a degüello*, y en 1953, *Bajo la Guerra Anglo-Francesa*. De esta manera Gálvez configura la dupla Rosas-Perón que se manejó todo a lo largo del gobierno peronista y que el revisionismo histórico, con José María Rosa a la cabeza, cristaliza con el alarde impecable y único de su elocuencia y documentación instrumentada selectivamente.

Por fin, sortea este paralelismo que empieza a desdibujarse cuando el presente se vuelve inesperadamente amargo y su trabajo de 1954 es como un intento de escapar al destino. *Las dos vidas del pobre Napoleón* es un trabajito menor pero ahí Gálvez evita el borde del abismo que ha recorrido hasta este momento, forzando la comparación entre Rosas y Perón frente al asedio extranjero.

Pero en 1955 escribe *Uno y la multitud* que es una reivindicación enorme del buen escritor que hay en él. Una novela excelente que tal vez podría atribuirse a la realidad que está viviendo Gálvez en ese momento, cuando cae Perón ante el descrédito del sector católico en el que él se ha movido siempre. Tal vez sea la mejor de sus novelas porque se puede ver la trama trágica de una vida conmovida por el sacudón que atraviesa su visión del mundo. Las tropelías cometidas por las bandas nacionalistas que quemaron iglesias, incendiaron el Jockey Club y la Biblioteca del Congreso le resultan inexplicables. Y fue atroz, verdaderamente. La biblioteca era un lugar formidable, que controlaba el Partido Socialista, un lugar de convergencia para todo el mundo donde podía encontrarse una enorme cantidad de libros de toda clase y gente que atendía con dedicación y amabilidad. Todavía tengo la imagen del bibliotecario que nos atendía a mi hermana, a mí y a mi padre, que no teníamos ninguna pertenencia socialista.

**C.S.** *Eso es lo que cuenta Gálvez en otra novela suya, Tránsito Guzmán, que en realidad es el trabajo más completo que me ha tocado leer sobre la quema de las iglesias. Seguramente la documentación le fue proporcionada por la Curia pero, como sea, inventa una trama emocional a la que le suma este episodio horrible. ¿Y cuál es en ese momento su posición política?*

**H.C.** Toma el paso de la Iglesia Católica. Como siempre, te diría. Y en este caso, con mayor razón. Toda la Iglesia argentina se convierte en la primera y principal enemiga de Perón. Pero todavía va a escribir *La locura de ser santo*, un libro extraño, mezcla de indagación y de iluminación mística, cuyo sentido último no me queda claro. Y finalmente, *La casa de los Laris* que es el canto del cisne. Ya desde el nombre marca la prosapia, el genitivo del lar, y su casa, que se ha vuelto una casa vieja donde la vida y la alegría llegan sólo a través de una nieta. Cuando la policía entra en la casa y la invade —una representación de los últimos días del peronismo—, encuentran en la habitación de la nieta un libro de Freud y esto significa para el viejo un desconsuelo atroz. Que se vuelve peor todavía cuando descubre unas líneas donde la chica le confiesa a una amiga que se ha entregado a su novio. El mundo que el anciano

señor del Lar sostenía dificultosamente se cae a pedazos... y muere de un síncope.

Se sabe que, cuando murió Gálvez, es su mujer la que termina el trabajo de manera abrupta. Es posible que Gálvez le hubiera dado otro final.

De todas formas, como síntesis de este último período, queda la sensación de un mundo que se derrumba, donde al Gálvez de carne y hueso ya le resultaba imposible vivir. La muerte de Delfina debe haber sido una fractura enorme porque ella probablemente haya sido el eje a cuyo alrededor se organizó la vida familiar y la atención de los cuatro hijos... Su nieta, Lucía Gálvez, ha rastreado en los diarios de Delfina y hace poco editó un libro que articula un perfil de su abuela. Una vez le dije, medio en broma y mucho en serio, que Delfina no era una mujer, que era más una mística pero, finalmente, debió deponer esa actitud tan manifiesta al principio del vínculo con Gálvez.

Si tengo que elegir, entre toda la obra de Gálvez, me resultaría difícil porque, dejando de lado su carga ideológica que no comparto, tiene textos que recrean los ámbitos y la gente de cada tiempo de una manera notable. Pero me decidiría por el trabajo sobre la Guerra del Paraguay. Aún cuando su interpretación no es novedosa y toma puntualmente la de Carlos Pereira, un gran historiador que se ha *fugado* del México revolucionario para refugiarse en España como catedrático. Pero es una lectura que entra en la vida y el drama de una guerra que deberíamos conocer con alguna profundidad para salir de la ignorancia supina que tenemos sobre nuestros vecinos más próximos. La elección del punto de vista de Pereira tampoco es casual. Se ha radicado en España porque niega el México revolucionario del 10, los indios le parecen abominables y no entiende nada de la América poscolonial. En cuanto a Gálvez, si acepta la interpretación de la guerra, no explora sus motivaciones ni sus consecuencias pero acentúa la descripción de la vida cotidiana, en los diversos escenarios, como el hogar correntino o la confraternización entre brasileños y argentinos o la vida de los esclavos brasileños que fueron llevados al Paraguay con cadenas, o las tratativas de Mitre con los contendientes para llegar a un acuerdo, o la misma descripción de la geografía que tiene momentos de gran potencia. Creo que ahí hay un valor muy fuerte.



Faltaría hablar de sus *Memorias*. Son tres tomos que resultan fundamentales como registro de una época y un mundo, de un ámbito, y que, al mismo tiempo, dan cuenta de los deslizamientos de Gálvez y de sus omisiones. Y es también una galería de retratos de mucha gente que conoció, parientes, escritores, visitantes famosos, luminarias de la vida política o cultural que aparecen contados con una vivacidad y una penetración notables. No siempre sus recuerdos corresponden a una organización cronológica, por supuesto, pero eso está bien, le agrega un desorden, digamos, que acompaña su vitalidad.

Pero si se quieren conocer las alternativas del pensador-escritor comprometido con su época y su filiación de clase y religiosa, están todas sus obras.

Creo que dentro de poco tiempo va a salir un libro mío, *Gálvez transitando nuestra historia*, donde trabajo sobre todas estas cuestiones que son, en realidad y en buena medida, una visión de nuestro revisionismo histórico.

29 de julio de 1999

**C.S.** *Me gustaría volver sobre Gálvez con algunas reflexiones que he estado haciendo mientras escuchaba otra vez lo que grabamos el otro día. Creo que no destacás la novedad que implica, en nuestro medio, relevar la situación de la mujer y pronunciarse a favor de ella, como pasa en Nacha Regules, por ejemplo. Y en relación con El mal metafísico, me parece que no se subraya esa pintura de época donde se incluyen retratos de gente que tiene nombre y apellido. Me parece que hacés un juego permanente entre la presentación del trabajo y la ubicación del presente histórico del autor y su interpretación del pasado.*

**H.C.** Bueno, son tres cuestiones diferentes. Es cierto que no me detengo en el tema de la reivindicación femenina porque lo veo como demasiado romántico. Y extrapolado, sin interioridad y sin aspirar tampoco a construir un personaje complejo. Son protagonistas plañideros. Y no me convence el tratamiento que les da. Debe ser que no soy romántica. En cuando a *El mal metafísico* me parece que no fui bien interpretada.

Esa pintura de época y esa posibilidad que existe de dar nombre y apellido a algunos de sus personajes no alcanza a cubrir la oscuridad relacionada con el presunto *mal metafísico* oculto entre la noche y el alcohol. Hay una dosis de acusación velada y de desestima que, en algún lugar, puede justificar el alejamiento, su autoexclusión de aquellos episodios de la juventud llenos de lo que llamaríamos *idealismo*. El paso a la soledad, si querés verlo de otra manera.

**C.S.** *Una buena defensa. Pero sigo con mis observaciones. Las apreciaciones que hacés sobre la soledad y que atribuí en buena medida al trabajo de Scalabrini Ortiz sobre El hombre que está solo y espera excluye –a mi modo de ver– la reacción de los 30 contra lo que se vive y la aspiración a algo diferente. Estás negando a la gente del 30 la aspiración al cambio que nutre esa década. ¿Por qué esa parcialidad?*

**H.C.** Lo que intento es mostrar que la idea de soledad circulaba por el pensamiento de la época. Quizá haya un trabajo más específico sobre el tema, tratado desde la literatura. Yo intenté ubicar la sensibilidad reflejada a través de la obra de un autor que, hasta allí, había estado comprometido con el paralelo entre el pasado y el presente. Creo que puede asimilarse a la persistencia del mal metafísico. No creo en el espíritu de revolución de los que intentaban el cambio drástico en el 30 sino que venía siendo una reacción típicamente antidemocrática y dogmática. Que eliminaba la propuesta del radicalismo de abrir la sociedad a través de la educación para todos y la universidad reformada. Y en todo caso, también, a partir del voto que confirmara las expectativas genuinas de la gente. Parece un objetivo ingenuo pero yo creo que el reverso estaba en la mente de quienes emprendieron la presunta revolución de 1930. Sería bueno recordar aquella exaltada invocación de Lugones, en 1924, en Lima, a *la hora de la espada*. Son tantos los documentos que ratifican la intención de cortar de plano las bases de la democracia apoyada en el voto que, aunque parezca sectaria, quiero recordar que recién en 1916 se alcanzó esa conquista. Y esto despertó el debate que originó la reacción del sector oligárquico para recuperar el poder. Cuando se trata de conquistas democráticas, los avances son siempre lentos.

**C.S.** *La pregunta sería si, como historiadora, creés que también la derecha puede producir revoluciones.*

**H.C.** Me estás azuzando. Yo desde la historia que conozco te diría que la lucha contra el poder es constitutiva de nuestra historia occidental, una historia razonada y basada en reflexiones que sustituyen la arbitrariedad y la injusticia por la razonabilidad y la igualdad. Lo que pasa con Gálvez es que su creencia más firme es el dogma católico, Dios es bueno y su reino sobre este mundo está confiado a la voz de la religión.

**C.S.** *Me gustaría que explicaras las razones de tu interpretación de Ceferino Namuncurá que calificás de superficial.*

**H.C.** Temo ser reiterativa pero aquí sí voy a decirte algo que es casi un desafío. Gálvez no ve en Ceferino a un joven indígena inteligente y sumiso que acude a Roma y al Papa para ser un seminarista y acceder, eventualmente, a una jerarquía religiosa y volver con los suyos. Ese era el proyecto de Monseñor Cagliero que arbitra el viaje y esa fue, durante el primer tiempo, la idea de los Padres Salesianos. Lo que Gálvez no logra es impregnar ese argumento de la reacción interior de Ceferino, mostrar su desolación, su impotencia y su enfermedad. Creo que lo digo, no le asigna categoría de sujeto.

**C.S.** *Volviendo a la soledad de Yrigoyen, me gustaría que ampliaras la formulación que hacés con respecto a la decisión de escribir esa enorme biografía.*

**H.C.** Lo que intento decir es que el trabajo de Gálvez es señero, que toma la figura de este criollo que es Hipólito Yrigoyen y con una profundidad y una dedicación incomparables revisa su vida, pone de relieve su dignidad y su perseverancia y muestra a Yrigoyen hablando con aquella elocuencia que tenía; cuenta cómo fue conquistando la adhesión de la gente y también las articulaciones del poder acantonado en cada recodo del espacio y de la administración. Aquella emoción democrática despertándose que fue Mayo –por lo menos en las declaraciones– la renueva Yrigoyen en las generaciones jóvenes. Y eso puede comprobarse en los movimientos de las juventudes, similares a

los del Frontón de Florida, que se reiteran en todas las provincias, incluyendo el movimiento reformista universitario. Gálvez ha conseguido recrear esto de manera formidable y consigue algo más: reinsertar esa imagen en la conciencia colectiva. Mientras tanto, Gálvez ha asistido a las conferencias de Eugenio D'Ors, en la Universidad, que muy posiblemente han marcado el signo de esta búsqueda espiritual en la política. Y es seguro que su texto fue revelador también para el público multitudinario que leyó la biografía de Yrigoyen descubriendo el misterio de su silencio y de su ascenso. Si me ponés contra las cuerdas, tendría que hablar del krausismo —o del krauso-positivismo— que alimentó las aulas universitarias en Derecho, con libros como el Ahrens que es una especie de biblia del pensamiento democrático. Hay un momento en Gálvez que es de apertura, pero no es duradero.

No hay mucho más para decir. El pensamiento de otra conformación social posible, como lo tuvo en la década del 20 cuando la gente de La Boca y de Boedo estuvo tan cerca de ganarlo, ya no volvió a motivar a Gálvez. Se impone su pertenencia conservadora, su ámbito más propicio es el de las reuniones mundanas, la buena música, las lecturas. Lo cual no quiere decir que bajara la guardia de observador. Cuando llega el peronismo, él y Delfina ven desfilar a los obreros y a los dos los complace ese gesto de adhesión espontáneo, que no impone miedo como el puño en alto del comunismo. Y les parece una manifestación reconfortante para el futuro argentino. Del mismo modo, capta el cambio que el avance del peronismo va operando en las *servientas* que se reclutaban en el interior, marcadas hasta ese momento por la sumisión y la marginalidad. A partir de esto, Gálvez planta en sus textos más de una situación para señalar el desconcierto de los amos... y para sugerir su propia satisfacción por este nuevo estado de cosas que es una vía hacia la democratización de la sociedad.

De cualquier manera, quisiera dejar en claro que el espíritu democrático de Gálvez se detiene ante el diferente. Se movió y se mueve siempre en el mismo medio y si cambia, en parte, la óptica se debe a su mirada alerta que busca siempre una intención recta y una actitud de buena gente pero si es católica, mejor. Gálvez era, además, incansable en su búsqueda hasta el punto de que cuando carecía de documentación

para escribir su Yrigoyen, por ejemplo, acudió al testimonio oral como hizo Ramos Mejía con su historia de Rosas, una modalidad de trabajo que, en los años 30, era casi inimaginable si había que aplicarla al pasado.

**C.S.** *Parecería que Gálvez no se embarca en la cosa simplona de un revisionismo excluyente y, por otra parte, en sus Memorias escucha y trae el pensamiento de gente muy calificada. De todos modos, es cierto que en las biografías de las dos mujeres que elegís se ve claramente otra modalidad de pensamiento, otra búsqueda y otros horizontes.*

**H.C.** Lo que me resulta irritante de Gálvez es la manera que tiene de sugerir y de borrar enseguida, como su apreciación de la mujer independiente que dice que *lo cautiva* pero a la que no le da proyección.

**C.S.** *Lo decís en algún lugar de tus conclusiones: “la intención de Manuel Gálvez que eligió escribir antes que vivir”, que “ha convertido el estudio y el testimonio en objetivo central de la existencia y... a partir de su propio testimonio de vida y aún sin proponérmelo he admirado una y otra vez su tensión tan auténtica de describir, su pasta de esforzado trabajador intelectual, de buen soldado finalmente, vigía de una dirección apetecida, verdadero calidoscopio de contradicciones que cualquier argentino puede aprender a analizar a través de los personajes que Gálvez crea”. Y, por otra parte, es el tiempo de las grandes biografías, de Stefan Zweig, por ejemplo, o de Emil Ludwig, que atraviesan el presente sin los resguardos ni las cautelas que poco antes eran impensables.*

*Y, finalmente, me gustaría saber algo de aquella chica que bordaba y de la mujer que proveía al bienestar familiar.*

**H.C.** Creo que estoy a su sombra porque lo sigo haciendo aunque un tanto mecánicamente, porque ahora no hay apuros cotidianos ni urgencias para cubrir. Me parece que es una memoria de haber pertenecido y a veces me siento despojada y como un juguete a cuerda.

Ahora bien, estas biografías que mezclan el relevamiento de vida y la capacidad expresiva, han sido como un desafío y un placer cuando he quedado conforme... que no es siempre. Casi es un *work in progress* más que un proyecto acabado. De hecho, fue Félix Luna quien me propuso la biografía que elegí porque alguna vez había leído el segundo libro de

María Rosa Oliver y otra vez la había visto de lejos en la universidad, antes de una charla que seguramente ha de haber sido sobre el Che Guevara. Y es una escena increíble la que ella describe en *Mundo mi casa*, un título bello que compitió con la primera intención, que relacionaba la casa con el paraíso. Las definiciones que elige María Rosa –que se deja fascinar por el pensamiento de Waldo Frank cuando él visita la Argentina de la misma manera que se deslumbran Victoria Ocampo y su grupo– son también una fuente de reflexión. Por qué toma ese camino comprometido y azaroso, mientras estaba necesitando atenciones y cuidados, cómo viaja hasta Moscú cuando se celebra el Congreso para la Paz y sobrelleva las inmensas dificultades que acarrearán un transporte rústico y el ámbito helado de muchos grados bajo cero... todo esto resulta verdaderamente conmovedor.

**C.S.** *Tuviste que hacer una verdadera reconstrucción a través de fuentes orales, cartas, libros, cotejos con gente que la conoció, una lectura en profundidad de sus textos que muestran una textura social específica donde la cuestión del dinero no era banal mientras la fuente de ingresos fuera segura pero, en otro contexto, era vista como una exigencia y una violencia.*

**H.C.** Me gusta mucho la manera en que María Rosa discierne acerca de los inmigrantes tomando como punto de partida la figura del cuidador de la quinta de Merlo donde la familia pasaba los veranos, cautiva por su calidad y su hondura. Y la forma en que alude a la poliomielitis, y la conciencia paulatina de que va a ser tullida para siempre es dolorosa en su discreción y en la aceptación.

Y también es admirable por esa cualidad suya de no lamentarse, de abrirse al mundo y a las ideas renovadoras, de estar en contacto con lo más granado del pensamiento que pasa por la casa de sus tías. Ellas manejaban algo así como una Academia de Bellas Artes donde se les daba hospitalidad a artistas y pensadores de paso por Buenos Aires.

Cuenta tres viajes a Europa, que hace con toda la familia, con una gracia notable y una puntualidad que permiten una especie de radiografía sobre cómo la oligarquía argentina concebía Europa. Todo esto es antes del 36 porque a partir de este momento se despierta la conciencia so-

cial, la defensa de las virtudes de un estilo de vida genuinamente democrático, alertada por Waldo Frank y sobre cuyo diseño ella irá inscribiendo su propia experiencia en los Estados Unidos. Su definición equivale a optar por la participación política y la defensa de la resistencia. El papel que juega después, como una especie de representante no oficial pero autorizada de Cuba, es todo un tejido de habilidad y precisión.

En cuanto al nacionalismo, tiene un hermano que es un calificado nacionalista combativo, habituado a defender sus puntos de vista a los gritos en la mesa familiar. También está Samuel Oliver, el último de los hermanos, por quien María Rosa siente mucha ternura... y las tres hermanas.

La revista *Sur* nace de las charlas que tienen en Mar del Plata ella, Victoria Ocampo y Waldo Frank. Frank las entusiasma con la perspectiva de editar una revista continental donde se muestre el perfil de las ideas que están ganando el mundo. Después, ella visita China, saluda a Mao Tsé Tung y escribe un libro con la colaboración de L. Frontini que la acompaña en el viaje. Es un libro lleno de elogios a la revolución que está en marcha en China y revela con un trazo rico y muy variado la extrañeza de una occidental frente a esa sociedad singularísima.

El doctor Pérez Prado quiso que yo nombrara en el libro a la mujer que llevaba y traía la silla de ruedas de María Rosa, una gallega que la adoraba. Fui a ver a la hermana de Luis Salvasky que fue vecina y amiga de Oliver. Y hablé largo y tendido con Estela Canto que la conoció muy de cerca y me transmitió vívidamente cuánto de excepcional tenía María Rosa: curiosa, interesada, desentendida de sus limitaciones, respetuosa y reflexiva, nunca ingenua pero sí dispuesta a creer y peleando para que la verdad quedara siempre expuesta. No es extraño que se deje persuadir por el discurso de los curas tercermundistas, episodios que cuenta con cuidado pero que, en lo que a mí me toca, me introdujeron en esas zonas tan poco trabajadas sobre el ordenamiento de las décadas del 60 y del 70 entre nosotros.

***C.S. A través de tu construcción y de la gente con la que tuvo contacto más estrecho, armás un escenario de ideas y una circulación de expectativas, totalmente renovadoras en el clima de las décadas posteriores al 50.***

**H.C.** Es verdad. Su correspondencia y su relación con García Lorca, que coincide con las puestas teatrales que él viene a hacer en Buenos Aires, con éxito inusitado. Su vínculo con Romain Rolland, con Vinicius de Moraes, con Jorge Amado, con Juan Carlos Onetti, la muestran en una actitud de apertura constante, de contacto y encuentro permanente con gente que le importa. También con el brasileño Prestes guarda una relación estrecha cuando se decide, finalmente, a afiliarse al Partido Comunista cosa que después olvida, en cuanto la convocatoria de la República Española cede en intensidad. En adelante, su gestión será más como defensora de derechos y no tanto como perteneciendo a ningún partido en especial. Ramiro de Casasbellas, que estuvo casado con la sobrina más querida de María Rosa (ella murió trágicamente junto con sus hijos) leyó el trabajo y estuvo de acuerdo con mi diseño de la personalidad que tracé y, pensando que la había conocido, esto me dio seguridad. Yo había leído las cartas que su hermano Samuel le mandó a María Rosa mientras estuvo en Estados Unidos y cuando fui a verlo, él me esperaba sentado en un sillón... mientras hablábamos, miré el tapizado y le pregunté si no era el mismo que María Rosa describía en su libro... y sí: era el mismo. Fue emocionante pensar que en ese sillón, ella...

**C.S.** *Entiendo la dificultad que te plantea interiormente evitar generalizaciones que están como gastadas a esta altura de los hechos. Pasemos a Sara Maglione de Jorge que te llega desde la primera experiencia tuya en International Editors y a través de la relación con los papeles de María Rosa que te facilitó la sobrina. Es la misma que la acompañó en todos los viajes, ¿no?*

**H.C.** Sí, es ella. Pero tomemos a Sara a partir de la creación de Lautaro porque de su vida anterior ya hablamos antes. Cuando crea la editorial la secundan dos personajes notables del pensamiento argentino de ese momento: Manuel Sadosky en ciencias y Gregorio Weinberg en pensamiento argentino, más todo un grupo de pensadores, poetas y escritores. El catálogo es impresionante y más todavía cuando obtiene, a través de María Rosa Oliver, el derecho de traducción y edición de las colecciones científicas de Penguin Books que, en la forma más accesible, dan a conocer los adelantos más notorios de las ciencias en esa segunda



mitad del siglo. Mi trabajo no es por supuesto una biografía de Sara Maglione a secas sino que se va construyendo como un paisaje intelectual de la época, alimentada por aquella llama interna que es la ilusión del triunfo de la democracia en momentos en que se ha derrotado al nazismo, funcionan las Naciones Unidas y la Unesco como umbrales de las mejores esperanzas... Y en el libro se asiste a esos momentos de plenitud y de ilusión, con amigos que, si han viajado, le mandan cartas a la amiga que quieren. Aráoz Alfaro, Amorim, Neruda, los González Tuñón, Eleodoro Roca y muchos otros son huéspedes de la gran casa que primero Sara alquila y después compra en el Totoral.

**C.S.** *Mi madre la conoció en Córdoba. Y le tenía mucha simpatía. Comentaba siempre que el lugar donde vivía era respetado pero también en el pueblo lo conocían como El Kremlin.*

**H.C.** Sara Maglione estaba llena de coraje para persuadir a sus mecenas, para editar textos que le parecían valiosos (le editó a Yanover sus primeras poesías, recién llegado a Buenos Aires desde Córdoba) y con lo que editaba siempre estaba desafiando la vulgaridad y la pacatería. Faustino y ella deciden separarse y él se va a vivir a Chile pero a sus hijos les escribe permanentemente. Hay una carta para una de las chicas que lo describe bien: "...si algo puedo entonces aconsejarte es que trates de dividir tus inquietudes en dos etapas, una primera dirigida a la adquisición de los valores permanentes de la literatura y el arte, sin descuidar al hombre a través de la historia y la filosofía, una segunda parte a afirmar los de la primera etapa y orientar decididamente el conocimiento serio y profundo que tu vocación te marque..."

**C.S.** *No está mal para ser un padre distante...*

**H.C.** Es un padre lejano pero es también un intelectual gramsciano que reformula constantemente las primeras premisas. El hijo de Sara, Eduardo Jorge, va a ser un joven brillante, distinguido, que decidirá su futuro ligándose con la gestión de Gelbard, cuando el peronismo vuelve al poder en 1973. Ya se sabe que esto no dura pero en lugar del exilio –que es el camino que siguen casi todos– decide convertirse en ganadero improvisado en la misma Córdoba de los veranos. Tiene una muerte

absurda y trágica. Pero antes ha discutido con su madre todas y cada una de las alternativas de Lautaro y también las que provoca la Unión Soviética en Europa con la invasión a Rumania o los comentarios que hace Sara por carta sobre cómo vive la gente en Estados Unidos, donde descubre que han logrado articular una sociedad razonablemente pareja.

**C.S.** *En tus originales contás que el hijo escribía los editoriales de Cristianismo y Revolución, es decir que había elegido una de las publicaciones más conflictivas del momento, peronista, cristiana y revolucionaria.*

*Este tema del peronismo y del comunismo se vincula con la enorme polémica entre nacionalismo y comunismo, tema que se sigue planteando a pesar de la caída del comunismo y que, en todo caso, está referido al avance o la afirmación del pensamiento libre, de la sociedad democrática como la opción valedera. En tu trabajo se ve que la editorial Lautaro sobrevivió con dificultad, en un país marcado por un peronismo perseguidor del pensamiento diferente y un militarismo posterior que fue muy temido por libreros y autores. No es casual el éxodo de tanta gente durante el período que empieza en el 66. Lo que contás acerca del libro Las estrellas son neutrales, que Lautaro edita en su primer momento, y que es requisado en la primera Feria del Libro. Después, llegan el temor y la auto-censura, la quemazón indiscriminada en la que caían Nicolás de Cusa, Voltaire, Hegel, Aristóteles, Rousseau, Durkheim... no se salvaba nadie.*

**H.C.** En Lautaro, Gregorio Weinberg comienza la edición de esos textos preciosos que entran en una historia del pensamiento argentino, proyecto que luego sigue y completa en la colección de El Solar, que ahora es un clásico, una gloria editorial argentina. Weinberg no estuvo muy expresivo cuando lo entrevisté... en cambio, Manuel Sadosky había preparado un cuaderno muy prolijo, escrito con su letra chiquita y clara, donde estaba detallada paso a paso toda la tarea hecha, incluyendo algunas traducciones de libros comprados a Penguin Books. Lautaro publica a Martínez Estrada en el 55, cuando cae el peronismo. *Qué es esto*, se llama ese texto que anticipa mucho del debate oscuro que, a partir de ahí, tuvimos que enfrentar los argentinos y que, me parece,

sólo muy recientemente hemos conseguido disipar en parte. Aunque, por supuesto, es un proceso largo, con signo inverso al que sostuvieron los militares en el poder a partir del 76.

En algún lugar, la memoria de la revista *Pasado y Presente* que edita en Córdoba Pancho Aricó es la visión sociológica más depurada de este tránsito de las ideas que une a Sara con algunos ejemplares del comunismo intelectual argentino. Son los que incorporan la enorme decepción ante el bolchevismo ruso invasor y, finalmente, se inclinan por Gramsci y el comunismo italiano que ha sido siempre heterodoxo y que, desde la construcción gramsciana, califica a la cultura como componente básico de la democratización y sortea los rigores ortodoxos. Hay, por supuesto, una cantidad de entretelones vinculados con la vida privada que revelan la modalidad cautivante y generosa de Sara y, también, la amistad de un grupo de gente muy próxima en el afecto y en las ideas.

# El Mercosur, hoy y después

---

10 de febrero de 2000

**C.S.** *Vamos a trabajar algunos de los últimos ensayos de Hebe sobre el Mercosur y su concepción de la historia que encuentra, aquí, una continuidad operativa. Tomaremos una serie de trabajos de estos años que son como una síntesis de tus investigaciones anteriores a las que vas y volvés para seguir pensando los engarces con el presente. Veo dos problemáticas fundamentales que, para mí, recorren estos textos: una es la de este nuevo presente que tiene que ver con la posmodernidad y se relaciona con dos puntos centrales –la ideología liberal y los procesos del Mercosur, con la presencia de Brasil y su historia–. El otro eje es la vigencia de lo que llamaremos culturalismo, que se renueva con la tríada modernidad-posmodernidad-nacionalismo, insinuada en tus trabajos a través de la óptica de nación-estado y que encuentra, en el multiculturalismo, un punto de fuga. ¿Por cuál querés empezar?*

**H.C.** Cualquiera de ellos puede ser leído bajo esas claves. Aunque deseo

acotar dos cosas: cuando decís que mis primeros trabajos están adscritos al liberalismo, no quisiera volver a generalizar. Pensar la historia argentina desde la historia de las ideas argentinas y desde la investigación precisa hecha en cada uno de estos trabajos, me permitió elaborar esa certeza y ratificar esa pertenencia. Entonces, el liberalismo al que adhiero es genérico, es la capacidad de pensar sin un dogma previsto que sólo cierra las ventanas del entendimiento y se adscribe, en cambio, al positivismo científico, no al dogmático. Ese es el liberalismo que sigo y expresa mi filiación partidaria, que tampoco ha sido una militancia activa sino en la medida en que pude poner en práctica una acción que acordaba con estas premisas. Si me rotulás como *liberal*, y se escucha como se usa en estos días, me estás crucificando.

**C.S.** *Vamos a tomar primero Configuración poblacional de la Cuenca del Plata, vista en su dimensión histórico-espacial. No sé si es previo a Dimensión cultural del Mercosur, trabajo que aparece en la compilación orientada por vos y editada por el Centro de Estudios Avanzados de la UBA y después por Eudeba.*

**H.C.** No, lo escribí después y está referido al núcleo inicial que formaron Buenos Aires-Asunción. Mi trabajo en la compilación *Dimensión cultural del Mercosur* está centrado en la relación de ese espacio con la historiografía que *tacha* las presencias vecinas y por eso lo llamé *Hacia una nueva historiografía*. Ahí proponía ver la historia no desde las fechas onomásticas sino desde los primeros pasos de la expansión europea, marcados por la ignorancia del siglo, la mentalidad de la conquista, la interpretación difícil del mundo desconocido e indígena, la trata de esclavos, las fronteras internas, cosas que no se plantean en la historiografía común, al menos no de manera concurrente, cerrando así vías de acceso al conocimiento de la realidad americana. En esa compilación hay trabajos de Aldo Ferrer, Elena Chiozza, Mirta Lischetti, Lucila Pagliai y Lucía Gálvez, cada uno con su especialidad. Primero, lo editó CEA –el Centro de Estudios Avanzados de la UBA– y la segunda edición es de Eudeba.

**C.S.** *Esto es algo que volvés a traer en El ombligo del Plata, que editó el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.*

**H.C.** No, *El ombligo* venía recopilándolo desde antes y tiene la intención de mostrar el papel de Buenos Aires en la configuración del espacio rioplatense, como puerto y como *hinterland* productivo, como centro de la política institucional española y luego nacional, de la formación de los barrios, de la incorporación de inmigrantes... creo que es una buena recopilación de fuentes expresivas, de lectura reveladora, buena para chicos y grandes. Un trabajo de difusión que sigue pareciéndome estimable, que está lejos de ser infantil o fatalista. Lamento su escasa difusión. Obviamente remata con el tema del Mercosur y algunos testimonios válidos en ese sentido. Este otro trabajo sobre la configuración poblacional tiene como objetivo central mostrar esa unidad de los ríos y de la historia que llevó a Ayolas y a Irala a fundar Asunción y también la primera ciudad de Santa Fe, Cayastá, como un cierre de aquel impulso inicial. Yo estuve en Cayastá, con un grupo de alumnos del doctor Molina, y la cuestión del espacio se me apareció en toda su dimensión, como la vegetación casi tropical a los costados del camino. La documentación la encontré en el libro de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y en la *Crónica Florida* de Salas, además de otra documentación sobre el universo guaraní y la primera presencia española que registra muy bien el libro de Florencia Roulet, entre otros.

**C.S.** *¿Leíste la biografía de Juan de Garay?*

**H.C.** Conozco bien el libro de Paul Groussac, que lo confronta con Mendoza y es una crítica pionera a la historia oficial.

**C.S.** *Aquí creo que el dato central diferente es la red que une los sucesos a partir del elemento lingüístico aunque para la periodización recurrís a los hechos de la Conquista, como la fundación de Asunción.*

**H.C.** Es que todo lo que sucede desde la primera llegada está marcado por esa distancia imposible de gobernar centralmente –y de hecho Hernandarias lo divide en dos provincias– y por la afluencia de población guaraní en permanente interacción con los conquistadores. Ese mundo que después van a *civilizar* los misioneros jesuíticos no vuelve

a mencionarse hasta la hora de pelear contra los bandeirantes o en el momento en que los jesuitas abandonan América por orden del Vaticano. Se escurre aquí mostrar la unidad del área, los vínculos previos –que son materia de estudio de antropólogos y no de historiadores– y que recién ahora, a través del Mercosur, empiezan a ser evaluados y recuperados en su unidad.

Quiero decir también que esa unidad del mestizaje se difunde en toda el área, incluyendo el Chaco y a los tobas que tienen el mismo origen inicial, en el área amazónica. El punto de vista cultural no lo marca ni el espacio ni las alternativas propuestas por el imperio español o portugués, sino toda una historia previa que ha humanizado esa área virgen y la ha convertido en región, marcando un futuro posible, juntos.

**C.S.** *Lo que yo objeto es que el presente se aparta de ese proceso poblacional que tuvo lugar en el siglo XVI y que tu enfoque no menciona. Me gustaría saber cómo llenás ese hiato, como historiadora.*

**H.C.** Yo no lo propongo como algo esencial e invariable, sino que intento mostrar cómo esa presencia guaraní extendida por toda el área permite que el español se asiente, cuente con tribus *amigas* y no corra la misma suerte que tuvo Mendoza junto con las 2.500 personas que acompañaron su aventura. No creo en situaciones inmodificables aunque el lenguaje a veces traiciona los sentidos pero lo que no desdeño es el punto de partida de la convivencia que hizo posible el mestizaje. Este trabajo es –o me parece a mí– en cierto modo un bautismo de la cuenca aunque la historia institucional explícita del Paraguay no la conozco bien pero quise mostrar los inicios comunes en la conquista del espacio y el asentamiento *pacífico*. El aislamiento de los primeros españoles se hace también evidente cuando llega Alvar Núñez pero su intromisión es resistida, tanto que lo devuelven a España en un barco construido en la misma Asunción, al que llaman Comuneros, un nombre que revela una decisión implacable de autonomía.

**C.S.** *No quiero ser reiterativa, pero vuelvo a dudar sobre que, si se retrotrae el origen al núcleo poblacional expansivo, se reafirma esta idea del germen o núcleo que después se desarrolla, se cierra la cuestión de*

*las contingencias que devienen y se borra así la creación histórica.*

**H.C.** No lo veo como contradicción sino como un rescate de su importancia. Y lo que finalmente destaco es que el Mercosur deja de ser una zona geográfica para convertirse en lo que es realidad, una *región*, donde se funden la naturaleza y la historia, con las rémoras que no hemos sabido superar con el tiempo.

**C.S.** *Mi objeción –que vengo reiterando– es que no hay solución de continuidad en tu planteo porque vas del origen a la actualidad sin analizar lo que pasó en el medio. La fragmentación del territorio es también un proceso histórico.*

**H.C.** Me parece que lo que nos falta es conocer la historia de estos países que fueron creciendo, en forma conjunta, apreciativamente, y no desde las cuestiones limítrofes y las guerras explicadas solamente desde la estrategia militar o los tratados de paz donde siempre están en cuestión las fronteras de un área que, por ser como es, resulta esencialmente unitaria.

Los mapas, en todo caso, no dejan lugar a dudas y explican más que mil volúmenes de querellas. A los que se inscriben en la maestría, les hago leer la *Argirópolis* de Sarmiento, un texto de 1850, es decir, escrito antes de la caída de Rosas, en 1853. Allí se reitera, con la visión de un estadista americano, esta unidad que aportan los ríos y la gente del área y se propone que en la isla Martín García se instale el puerto común de confluencia, libre del dominio de Buenos Aires y su puerto único; creo que es una forma de abordar el multiculturalismo sin imágenes mediáticas y con perspectivas concretas y posibles.

**C.S.** *Este tema de la hibridación racial y cultural se muestra muchas veces como una moda.*

**H.C.** Es lo que debiera ser, y llegará a ser seguramente, por fidelidad a la realidad confirmada por el desarrollo histórico. Con esto no estoy negando las historias particulares pero creo que todas necesitan esa suerte de *purificación* temática de exaltación militarista que no da lugar a vertientes históricas inmanentes, como son el espacio y la población.

Es un proceso que está cumpliéndose en Europa, con la creación



del Mercado Común Europeo, un logro que llevó siglos de luchas no sólo entre naciones sino entre regiones. Ejemplos sobran y los manuales de historia moderna están llenos de esos datos de dinastías, de guerras, de sustituciones, es decir, una historia del poder que nos concierne de manera muy relativa, si se tiene en cuenta a América en sí misma y no como dependencia de imperios europeos. La idea de unidad estaba, sin duda, entre los deseos de Carlos V, o en las guerras de Bonaparte, o –yendo más atrás– en las intenciones del Vaticano con relación al mundo cristiano. Hoy, después de dos guerras mundiales que marcaron el siglo XX, parecen bienvenidas esas unidades que respetan las individualidades y no resultan utópicas sino refrendadas por esa primera presencia americana.

**C.S.** *Aquí tenés otro texto sobre los Orígenes del Mercosur. Lo presentaste en unas jornadas que realizó el Municipio de Mar del Plata, junto con la Universidad y otras instituciones, a las que asistieron especialistas chilenos, mendocinos, historiadores de la negritud. Tu trabajo vuelve sobre el tema de las fronteras, es una vuelta de tuerca del propio Turner y los problemas de nuestro espacio enlazados a los horizontes culturales y las perspectivas posibles para verlo como un problema de fronteras internas, como en cierto sentido las hubo en las épocas coloniales. Las intervenciones de geógrafos y sociólogos de la Universidad de Mar del Plata enfatizaron en esa ocasión la posibilidad que ofrece el espacio argentino a partir del puerto de Mar del Plata y el recorrido hasta el Pacífico, de manera que el tema fue debatido con lujo de aportes específicos.*

**H.C.** Tengo dos o tres trabajos más, que muestran la utilidad de las comparaciones de nuestras historias, hasta donde sean posibles. Un día, tal vez los edite aunque lo que más me atrae y desconozco es la evolución de las ideas a través de la literatura... no es ninguna novedad pero es siempre reveladora. Antonio Cándido es para mí una lectura muy rica, y una guía segura.

**C.S.** *Aquí tenés otro trabajo que titulás Alternativas de la abolición de la esclavitud en Brasil. ¿Cuándo lo escribiste?*

**H.C.** Fue cuando se organizó una Jornada con la intermediación de la Embajada de Brasil y el Centro de Estudios Brasileños. Vinieron profesores universitarios que investigan el estudio comparativo del tema Brasil y Argentina. Reuní testimonios procedentes de diversos estados brasileños, oponiéndose al proyecto de la abolición, aludiendo a cuestiones de organización y de paz social, que –por un lado– muestran la inagotable postergación común en estos casos y –por el otro– la fuerza de lo que habrá de constituirse como *federalismo* brasileño. De hecho, cabe decir aquí que la abolición se decide militarmente o por presión de los militares que regresan de la Guerra del Paraguay e imponen al Emperador esa medida que venía postergándose o bien restringiendo en sus alcances. Un mes después, el Emperador debe renunciar a su trono y viaja a Portugal. Ha nacido la República del Brasil, con el lema de Paz y Progreso, de filiación claramente republicana y con una fuerte influencia del pensamiento masónico. Aquí, me gustaría recordar un trabajo que hice comparando dos libros de 1903 que toman la misma temática, América, uno brasileño y el otro, argentino. Uno es *El parasitismo en América*, de Manoel Bomfin, escrito en París, seguramente frente al asedio que, en esos momentos, Europa le está haciendo a Venezuela por deudas impagas. El tema es, en el fondo, la esclavitud que hace parásitos al amo y al esclavo como el mal brasileño y americano. Bomfin es médico y ha sido jurado del concurso oficial sobre una historia general del Brasil. Es una personalidad que se me ocurre similar –o comparable– a la de José Ingenieros por la prosa viva, por el contenido social de sus páginas, y obviamente también por la posición que asume contra la esclavitud. Al mismo tiempo, diré que la procedencia suya de Ceará es todo un sello de pertenencia porque es el Estado de Brasil que abogó más sistemáticamente por la abolición.

El libro de Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América*, es del mismo año y Bunge, en ese momento, es muy joven y ambicioso y tiene un talento discursivo que lo lleva a afirmaciones prohispanicas y a detractar a mulatos y mestizos... hasta incluir un listado de virtudes y defectos que, obviamente, derivan en una idea de sociedad selecta, blanca y católica. Esa posición, además, será la de buena parte de la elite argentina. La fecha es válida, porque 1903 es también el año del abrazo

del Estrecho, cuando cancelamos el conflicto con Chile en la zona austral, es el año del reconocimiento de Panamá como nación –a pesar de haberse segregado de Colombia– y, finalmente, el del asentamiento de Estados Unidos como *dueño* del Caribe, aspiración que venía siendo resentida por América y que acentuó sin duda la derrota de España en Cuba, en 1898.

**C.S.** *En este orden de ideas, me parece que entra tu trabajo sobre Federico Rahola y su libro Sangre nueva, que remite a los deseos de expansión de la industria catalana, enriquecida por los aportes de quienes vuelven a España después de la derrota de Cuba...*

**H.C.** Es cierto, porque coincide con ese impulso que toma España para recobrar América Latina como mercado cautivo, enriquecido por la presencia de una clase media de ascendencia española y, en especial, catalana. Hay una tesis de doctorado de un argentino, R. Fernández, que detalla rigurosamente esta cuestión, sobre todo la que se refiere a la producción de comestibles –vinos, aceites, aceitunas, turrón, jamones, embutidos, cosméticos, etc.–. Por otra parte, Rahola preside la Corporación Industrial catalana y llega aquí con todos los honores: cuando desembarca, lo recibe el Vicepresidente argentino y al día siguiente, entrevista al propio presidente Roca. Rahola viaja por todo el país durante seis meses y se radica en casas cercanas a los lugares donde los españoles tienen intereses pero advierte que *hay mucho registro de presencia italiana* y propone esa *sangre nueva* que no será para el dominio sino para la *confraternidad*. Estos mismos criterios se juegan en la literatura de procedencia *patricia* en toda América Latina que se reconoce, ahora, hija de la España (que ha ido perdiendo terreno) mientras antes la calificaba de *madrastra*. Todo un nuevo orden de ideas que va a ocupar varias décadas de nuestra propia historia y a mezclarse con la posición *patricia* que desprecia a la inmigración pobre. Por lo demás, la inmigración española *liberal* que llega después de 1868 ha sido bien recibida, por su cultura, su idioma, su procedencia: los que llegan ocupan cargos importantes en bancos, periódicos, teatros y se constituye una verdadera escuela del pensamiento filosófico idealista o positivista, en grados variables. De allí también proviene el krauso-positivismo y la

escuela krausista –o con su ascendiente en ella– aplicada a la educación y a la enseñanza del derecho no sólo en nuestro país sino en todo el espacio americano. El arielismo es una cumbre de esa modalidad, en todo caso, y confluye con una re-apreciación genérica de América Latina como unidad cultural.

**C.S.** *Es bien interesante esta manera de introducir esta vuelta de tuerca del nuevo siglo en torno a América Latina. Manuel Ugarte está entre los nuestros que alcanzó un relieve continental.*

**H.C.** De hecho, la invención del término es de procedencia francesa. Francia, desde su fallida intervención en México, está empeñada en exaltar esa unión *latina* con el continente y, de paso, postularse en lugar de la influencia sajona y especialmente norteamericana. En el fondo, está también, como un limo fertilizante, el ideario revolucionario que no se olvida.

**C.S.** *Aquí tenés un ensayo importante titulado La Guerra del Guano y la solidaridad americana, que quizá podrías vincular con estas últimas reflexiones.*

**H.C.** Por supuesto, aunque se trata de una situación decididamente anterior, de la década de 1860, que revela con claridad las intenciones españolas del regreso. Para mayor diaphanidad, es la Marina española la que toma la directiva y, con la excusa de un incidente sucedido en una plantación, ocupa las Islas Chinchas con toda su flota, incluida La Numancia, la nave más moderna. En estas islas se explota el guano como fertilizante inmejorable que Europa, ocupada en la agricultura científica, compra a buen precio. Perú ha encontrado otro Potosí. La ocupación genera problemas con los buques de otras banderas y Perú llama a la realización de un congreso –ya convenido de antemano y que se reúne en 1864– propiciado calurosamente también por Chile que se ve afectado en todo su litoral pacífico y se niega a alimentar a la flota española con carbón chileno. La expedición trae el rótulo de Expedición Científica que Europa entera practicó varias veces pero un diario de uno de los científicos asegura que no han estado en suelo americano más de 100 horas en total, a lo largo de muchos meses. La expedición se

detiene en Río de Janeiro donde es agasajada y luego se queda en Buenos Aires para una larga estadía en cuyo transcurso Bartolomé Mitre los homenaja y obtiene algunas seguridades a propósito de que España por fin va a reconocer la Independencia argentina. Lo cierto es que los trámites legales en ese sentido han sido poco estudiados pero en la mayoría de los casos ese reconocimiento no se ha dado todavía. En Perú, por ejemplo, hay intereses creados muy fuertes y poco explicitados y el poder central mismo está debilitado por estos cruces. En cuanto a Chile, la reacción popular y oficial es totalmente opositora, cosa que hará también Domingo F. Sarmiento que, en ese momento, es representante argentino en Chile: acude al congreso y con su vehemencia característica manifiesta su repudio al atentado mientras es desacreditado por su propio gobierno porque carecía de la expresa autorización para tomar partido. Mientras tanto, las cancillerías argentina y brasileña no aceptan la propuesta del enviado peruano para participar de una unidad del área contra *cualquier estado americano que incida o transforme los límites del otro*. La guerra contra Paraguay, la guerra tripartita, como va a llamarse, estaba ya en ciernes por el lado del Atlántico pero, mientras tanto, en el Pacífico se encendía el sentimiento americano, sobre todo en la prensa y en la opinión pública chilena, a tal punto que la flota española acabará bombardeando Valparaíso, un ataque desmedido que genera un fuerte repudio general, en especial por parte de Estados Unidos. La flota, mientras tanto, para avituallarse debía correrse al norte hasta la costa mejicana, o bien al sur, atravesando el estrecho de Magallanes. El comandante Pareja, que había llegado tan seguro de su eficiencia, termina suicidándose vestido con su traje de gala y dejando la indicación expresa de que su cadáver no sea echado en aguas chilenas. Tanto era su rechazo a los mestizos –decía– un rechazo que se originaba, seguramente, en el hecho de que su padre había sido magistrado de categoría en el Perú colonial.

**C.S.** ¿Cuándo presentaste este trabajo?

**H.C.** Fue en unas Jornadas Argentino-Chilenas que se hicieron en el Centro Cultural San Martín, con más de cincuenta profesores de historia y geografía y como continuidad de un trabajo conjunto que vienen haciendo desde hace varios años y en los que María Inés Rodríguez

participó activamente. Yo conocía bien el tema porque había sido tema de investigación en un curso, cuando fui adjunta de la cátedra de América Contemporánea que llevaba el Prof. Julio César González. Y en mi viaje a los Estados Unidos, había descubierto *el* libro, más completo y más histórico de J. Davis, *The Last "Conquistadores"*, que sigue todas las alternativas de la expedición en sí misma. Hacía poco tiempo, además, el doctor Edmundo Heredia –por quien siento mucho aprecio– me había hecho llegar un ejemplar de un libro suyo sobre la Guerra del Guano y yo le había escrito un comentario crítico incluso con cierta rabia. Porque se trataba de un relevamiento muy prolijo realizado en las cancillerías y con las documentaciones de los diversos países involucrados, pero dejando de lado el juicio crítico sobre los hechos mismos que determinaron la indignación de tantos americanos. Heredia es muy ordenado y nadie duda de su capacidad. Pero este tema es uno de los menos mencionados en la historiografía habitual porque se confunde con la década en que Europa en general y España en particular se lanzan sobre América con la certeza de que Estados Unidos no podrá aplicar la doctrina Monroe ya que está comprometido con la Guerra de Secesión. No contaron con que en algún momento iba a terminarse... Y, por otra parte, no faltaban elites americanas patricias que podían llegar a ver con muy buenos ojos el retorno de España frente a las dificultades que les tocaba atravesar. Santo Domingo hace un expreso pedido a España, en Perú no están claras las idas y venidas ante la presencia de la flota y así otros. Tuve oportunidad de volver sobre este tema con Heredia, gracias otra vez a María Inés, que promovió una reunión en su museo donde tuvimos ocasión de discutir a fondo nuestras posiciones. Lo cierto es que yo registré la *emocionalidad* chilena, rápida y directa, por eso lo presenté en esas jornadas, en tanto que el trabajo de Heredia es un muy buen repositorio de las tratativas que enlazaban la ocupación de las islas con los derivados diplomáticos en cada país que participaba del área. Trabajo minucioso y válido pero que no está dentro de mi sentir histórico, aunque por supuesto– rectificué mi enojo inicial: no tenía sentido.

**C.S.** *Aquí hay otro ensayo titulado La negritud en la historia americana. ¿Cuándo lo presentaste?*

**H.C.** Fue en un simposio organizado por la doctora Dina Picotti, filósofa de muy buen cuño que ha escrito un libro completísimo sobre los africanos en Argentina. Está casada con un negro y tiene un bellissimo hijo medio africano, buen músico y estudiante de ingeniería. Me pidió que relatará mis fuentes de trabajo en *La abolición de la esclavitud en América Latina*, que fue un libro inicial en el tema. Junto conmigo estuvo la doctora Pila Vela, que dirige el Centro de Estudios Afro-Asiáticos en la UBA y que se benefició con una buena beca en el 58, con la que pudo estudiar en Francia el tema del África en la historia. Yo había ido con mi beca a Estados Unidos, para estudiar la abolición *in situ*. Ya hablé de esos seis meses que tienen que ver con mi condición de aventurera a medio camino, segada por la ausencia de mis hijas sobre todo y mi incomodidad conmigo misma, dicho de otra manera, a pesar de tener todo el día para estudiar y trabajar, me sentía culpable de ausencia.

Aunque no venga mucho al caso, es verdad. Tan verdad como que encontré al negro argentino y al americano-latino, mientras estudiaba al negro en los Estados Unidos. Lo único que había visto en este sentido había sido el libro extraordinario de Elena Studer, sobre la trata en el Río de la Plata. Y alguna que otra mención más bien anecdótica. De manera que, a mi vuelta, traje una bibliografía importante. Esa carencia nuestra hoy está en buena medida resuelta y el instituto que dirige P. Vela ha dado muy buenos frutos. Marta Goldberg y Silvia Mallo han hecho buenísimos trabajos sobre fuentes notariales o documentación testamentaria y hay otros que, con la estrechez de medios que tenemos, ofrecen sin embargo el fruto de investigaciones notables. En esa oportunidad, hablamos de aquellos comienzos que hoy parecen realmente prehistóricos. Ese simposio está en trámite de publicación.

**C.S.** *Aquí marcás dos ideas interesantes... América es desde el momento de su descubrimiento un territorio de confluencia cultural y ha habido desde siempre esas tres raíces originales, robustas y subsistentes cuya presencia cultural incide en la formación de toda América, sea en su propio sello antropológico o en la música, las comidas, el baile, quizá trasvasado en el folclore de algunas provincias. Si se lo quiere negar porque no hay documentos escritos o restos arqueológicos, sobran datos*

*culturales, en toda la América española, que por otra parte está plagada de silencios, borrones y tachaduras. Y hay tres trabajos breves, tres ensayos que abordan este cruce de culturas. Uno es Función social del historiador, otro es El papel de la mujer en la historia y el tercero, Revolución, contrarrevolución y continuidad. Y hay otro más, que habla de La significación de América en la Revolución Francesa.*

**H.C.** Empecemos por este último. Lo presenté en una mesa que organizó la Alianza Francesa para celebrar el segundo centenario de la Revolución Francesa. Estaba el agregado cultural de Francia y el profesor Gregorio Weinberg. Fue un momento bastante contradictorio porque precisamente el agregado cultural fue muy tibio en su manera de presentar la Revolución. Weinberg, con su profesionalismo habitual, citó textos de algunos de nuestros hombres de Mayo a propósito de la Revolución Francesa, no en relación con el combate sino en el orden de las ideas, el Nuevo Régimen en oposición al Antiguo monárquico. En esa misma época, de rememoración de 1789, hubo otra mesa en el Instituto Goethe, con filósofos franceses, alemanes y argentinos, y resultó evidente que eran mucho más entusiastas los argentinos y los alemanes que los franceses. Sobre todo en relación con los ecos de esa revolución que se vincula con las revoluciones del 30 y del 48 cuyos efectos en Alemania y en Europa Central fueron tan importantes. Por detrás de los hechos históricos, estaba también la proyección del positivismo y sus variantes. Por mi parte, creo que hablé de la influencia de la Revolución en la configuración de los estados nacionales americanos.

**C.S.** *Vos conectás el tema de la Revolución Francesa con la caracterización que hace Croce de la modernidad, atravesada por el romanticismo y el nacionalismo. También hablás de las Juntas que se instalan en América organizadas con el modelo español que, a su vez, reúne el espíritu de convocatoria revolucionaria con viejas tradiciones de fueros del pueblo.*

**H.C.** Es todo un tema que, en realidad, no desarrollo allí demasiado pero me parece que estuvo bien para abrir significados.

En cuanto a *El papel de la mujer en la historia*, sería bueno ponerlo



aparte por mis propias características y también por la dificultad psíquica que encuentro para lanzarme al tema. Debe haber sido una ponencia en algún curso. Lo que sé es que es soy bastante remisa a proclamarme *feminista* porque siempre encuentro que es la sociedad entera la que se organiza como sumisa al poder. Claro está que las mujeres sufren doblemente esa condición.

El trabajo *Revolución, contrarrevolución y continuidad* (1880-1930) tiene un título pretencioso y fue expuesto en una mesa formada por Natalio Botana que tomó la cuestión de la continuidad, por Félix Luna que habló de contrarrevolución y por mí que hablé de la revolución. Fue en unas jornadas de la Academia de la Historia, que se hicieron en Rosario hace tres o cuatro años. Fue uno de mis fracasos más sonados, en mi yo interior y frente a la gente. Creo que me cohibió sobre todo la presencia de Botana porque con Félix Luna tenía más confianza. En realidad era un muy mal momento porque había huelga general y Rosario estaba totalmente paralizada. De todas maneras, hubo una buena audiencia. Primero, habló Botana. Después Félix Luna hizo un planteo de repudio al golpe del 30, como un episodio nefasto que había detenido nuestro crecimiento institucional. A mí, me tocó hablar de revolución. Y hablé del espíritu revolucionario del radicalismo que llega al poder después de la Ley del Voto, de las premisas de la doctrina radical obviamente calcadas del krausismo ortodoxo, de las cualidades del liderazgo de Yrigoyen... todo en diez minutos porque había que apurarse para volver al hotel. Yo llevaba un buen trabajo, hecho con mucho cuidado porque, de alguna manera, lo vivía como un juicio público ante autoridades que me estaban juzgando... total que fue un horror, que dije la mitad de las cosas, que me enredé en mi propio discurso, que no leí porque no había tiempo y que aparecí, a mi modo de ver, como una militante de cuarta. Hubo algunas preguntas sobre la gestión económica del radicalismo que me hizo de puro buena amiga Girbal de Blacha, pero mi respuesta no pudo escucharse porque ya había que irse. Así que nos fuimos, yo primero que nadie, atravesé todo el recinto casi volando, bajé las escaleras como si me llevara el viento, llegué a la avenida de la costa, y al hotel, pedí un remise y me volví a mi casa desde Rosario. No quisiera juzgarme por esta situación tan mal vivida que no fue la primera

ni será la única en mi vida pero la verdad es que el trabajo mío es bueno y puedo o debería editarlo al menos para darme el gusto de leerme en un tema tratado sistemáticamente y con solidez. Claro que fue la última vez que la Academia de Historia me invitó.

**C.S.** *Me parece que el trabajo más novedoso es el de Función social del historiador, como si pasaras a otra temática. Aquí proponés la consideración del multiculturalismo y los cambios específicos del fin de siglo y el nuevo milenio, en donde el cambio del concepto de nación por el de nacionalidad y el de Estado por el de mercado, más los cambios de redes comunicacionales que sobrepasan las fronteras tradicionales y la ampliación de los espacios, el satelital, el biológico, y otros universos que determinan esos cambios estructurales de la ciencia, la técnica y la cultura en la posmodernidad.*

**H.C.** Yo creo que esto sólo podemos intuirlo, sobre todo viviendo en algunos lugares centrales como puede ser una gran ciudad norteamericana, europea o japonesa. Desde aquí, sólo podemos razonar sobre sus posibilidades y los cambios que tendremos que afrontar.

**C.S.** *Yo creo que tu reflexión es importante pero no terminás de perfilar todo el peso que deberías poner en el multiculturalismo frente a culturas que nos resultan ajenas pero que también son propias de nuestro ámbito. Te falta desarrollar estos temas que son novedosos y, en cambio, volvéis al tema de la abolición de la esclavitud.*

**H.C.** Aquí creo que diferimos totalmente. La novedad es que se está viendo que, a través de la historia, hubo una sistemática negación del diferente. En cuanto a nosotros, se minimizó la existencia del negro esclavo y nos pensamos más blancos que todos los latinoamericanos cuando en realidad Buenos Aires fue el ámbito de ingreso negrero más importante de América del Sur. Hoy, en Brasil, los obreros reconocen a Getulio Vargas como quien les otorgó presencia, y esto se comprueba a través de la historia oral. En cierto modo, es el eje de la perduración del fervor peronista, aunque Perón aludió aquel 17 de octubre a los *oscuros de la tierra*, los criollos se sintieron aludidos y la voz *cabecita negra* tuvo una doble semántica que aún pervive. Gino Germani, a quien tanto le

debe la sociología argentina –para decir lo menos– advierte este hecho e interpreta la eclosión del peronismo desde lo cultural.

**C.S.** *La dificultad del planteo es llevarlo hasta el presente... como una práctica social.*

**H.C.** No sería imposible si existiera realmente la voluntad de cambio. La reforma universitaria de la segunda década del siglo XX dio la posibilidad de crecer intelectualmente a los hijos de inmigrantes que luego pudieron volcarse a la política. Hoy se habla de una reforma educativa que guarde relación con los adelantos de la comunicación global y las nuevas vertientes del saber... se está en un momento de tránsito y, sin embargo, estamos intentando lograrlo sin la confianza necesaria para conseguir un verdadero avance. Si yo vuelvo al pasado, a cada momento, es porque pretendo explicar nuestro retraso y palpar las vías de cambio que debemos poner en práctica. Y, de todas maneras, no alcanzo a ser escéptica ni indiferente sino –en todo caso– convencida y dolorida pero con reservas para seguir en la brecha. La última vez que estuve en Estados Unidos, en el Boston College, experimenté esa sensación de estar en una gran ciudad, en un clima de convivencia muy aceptable: en la calle circula el mundo entero, está lleno de gente joven de los lugares más diferentes que asisten a cinco universidades distintas en la misma ciudad, y todos conocen las leyes que los preservan y los protegen, y saben cómo actuar en cada caso. El multiculturalismo se mueve en un territorio intermedio entre la doctrina prescindente de *juntos pero separados* a la simple tolerancia y el mestizaje más evidente, sin que preocupe la asimilación o la absorción que antes preocupaba. Es un cambio enorme, que puede asociarse a la globalización en su aspecto más positivo, en un marco conciliador de las diferencias.

Pero pensando en América Latina, en nuestro Mercosur posible, en la realidad que se vive en nuestros pueblos al interior de las ciudades me parece que es un salto en el vacío, que estamos muy lejos de esa realidad. Por ejemplo, yo cito en ese trabajo la definición de cultura que da Emilio Lamo de Espinosa, en su libro sobre *Culturas, Estados, Ciudadanos. Una aproximación al multiculturalismo en Europa* (Alianza, 1995). Y te la leo porque me parece importante:

“Cultura en su sentido antropológico y sociológico es el conjunto de maneras de obrar, pensar o sentir, específicas a un grupo humano. Se trata pues de repertorios de conductas, aparentemente reguladas por repertorios de normas relativamente unificadas e integradas y sustentadas en un conjunto jerárquico de valores que legitiman y hacen comprensibles y razonables esas normas de conducta y las prácticas que a ellas responden”.

Se me ocurre que es una definición tan cautelosa, tan recortada, hasta el punto de punto que él mismo agrega enseguida que “en definitiva una cultura no es sino un conjunto de prácticas legitimadas y por supuesto institucionalizadas... y ese tipo de cumplimiento es el que se da a una religión que es casi siempre el núcleo de una cultura y como marco de referencia de la conducta en su espectro más amplio”. Estamos como cuando empezamos. La cultura, salvaguardada por premisas religiosas.

**C.S.** *Yo creo en el multiculturalismo como una manera de que no sigan siendo ajenas las culturas menores. Pero hay al principio de tu trabajo una crítica a la historia que conocemos, asentada específicamente en la historia europea y, por otro lado, hay una crítica a la definición de historia que se nos dio al principio de la carrera, era el estudio de documentos escritos de una realidad pasada que, a través de estos documentos, dejara conocer la intención de los actores en el pasado, con lo cual los pueblos ágrafos quedaban afuera... Y también citás el libro 1492 de Jacques Attali, y decís que es un iluminador de este tema del encuentro de culturas.*

**H.C.** Es un libro colosal que él escribió cuando se cumplieron los quinientos años del descubrimiento de América. Y Attali, despojado de citas eruditas, plantea ese marco de encuentro de culturas de una manera completamente novedosa y además proyecta a Europa no sólo hacia América sino hacia África y Asia, vinculadas entre sí por la gestión española y portuguesa pero seguida desde muy cerca por Inglaterra y Holanda. Al mismo tiempo, las diferencias con el Imperio Otomano aparecen con esa ductilidad filosófica del pensador oportuno, que trasciende las luchas entre protestantes y católicos con que nos atosigan en las escuelas secundarias y ofrece un horizonte cautivante. Diferente.

**C.S.** *Estaríamos volviendo a la definición de Lamo de Espinosa porque “la convivencia en un mismo espacio social de personas identificadas con culturas variadas”, muestra un mestizaje cultural que expresa y procura la convivencia.*

**H.C.** Es por eso que te decía que a veces siento estar hablando siempre de lo mismo. El respeto por la otra cultura puede producirse solamente sobre un terreno de igualdad al menos en la práctica política que es por donde se empieza para derivar después hacia la realidad social como una práctica cotidiana.

Se me ocurre un ejemplo de diversidad cultural que encontré en un libro sobre la diáspora sefaradí en el Mediterráneo, a partir de 1492. La autora es Helena Dubcovsky y le llevó más de seis años recoger testimonios de gente que había vivido en los lugares más diversos, respetando sus costumbres atávicas, las tradiciones religiosas, los modos de vida, las comidas, las diversiones y los festejos, hábitos que no variaban desde Marruecos, Túnez, Chipre, Grecia, Turkestán o Constantinopla. Todo un universo que no había entrado en la historia conocida, al menos no con esa vitalidad que tiene la buena historia, donde el ser humano es el protagonista.

Creo que algo así sucede también en los Estados Unidos donde –aparte de los negros que, después de arduas confrontaciones, viven en un territorio de igualdad legal que se respeta– se incorporan muchas otras comunidades. Los *hispanos*, por ejemplo, que suman treinta millones, están exigiendo que las leyes sean bilingües para poder respetarlas. La Comunidad Europea está estudiando adoptar un criterio extensivo para dar a conocer las leyes de su ámbito en tres idiomas. Queda excluido el italiano, por ejemplo, que por su mayor cercanía con el latín –el progenitor lingüístico, diríamos– podría expresar su fastidio. Y lo mismo les pasa a los catalanes que hicieron grandes esfuerzos para conseguir la escritura universitaria catalana y ahora quedan excluidos.

Si pensamos en el Mercosur y en su futuro será una realidad la dimensión sin fronteras y un idioma que ligue, que vincule, que puede ser o es ya, el portugués y otras variables que se producen en las áreas donde prevalece el guaraní.

**C.S.** *El otro día leí que en Norteamérica se ha hecho un relevamiento de las mezclas del español y el inglés, institucionalizadas, en un diccionario específico, de manera que la celeridad de este proceso es notable.*

**H.C.** El libro de Lamo de Espinoza muestra este problema del rechazo al multiculturalismo en la propia Europa, bajo la designación de población extracomunitaria, manera de designar a argelinos, nigerianos, turcos, etcétera. Lo que pasaba hace unos siglos con el judío, hoy, se dirige contra el diferente étnico, y cuando más oscuro peor es la discriminación. Entre nosotros no se ha hecho una política activa de desactivación del prejuicio. Nunca, diría. La inmigración masiva sufrió ese rechazo, desde lo cultural por el idioma (cuando no hablaban español) y desde lo social por la pobreza forzosa que padecían. En los Estados Unidos que, en la misma época de nuestra inmigración masiva, recibía por millones cada año a los pobres de Europa, se asumía esta situación como necesaria. La población de California a partir del descubrimiento del oro –contemporáneo de nuestra *conquista del desierto*– aumenta un 600% hacia fines del siglo XIX. Nosotros, en cambio, no alcanzamos a poblar ese espacio que representa el 40% del territorio argentino más que con un millón de personas que oscila según el mercado laboral.

**C.S.** *En Chile, el mestizaje es más que evidente pero he estado bastante tiempo en Patagonia y no he visto una presencia chilena importante ni tampoco indígena.*

**H.C.** Durante el tiempo que llevamos adelante el Plan de Lectura pudimos trabajar en reservas indígenas y fue conmovedor el interés que despertaban nuestras *lectoras* y los libros que llevábamos. Además, la población de las ciudades es muchas veces oriunda de otras provincias argentinas.

**C.S.** *Como vos, creo que es un desafío fundamental lograr ese respeto por la otra cultura para que puedan surgir voces silenciadas que no pueden dejar de imprimir un sesgo peculiar a la sociedad en general.*

**H.C.** Ese es el trabajo del historiador, el de construir la historia con los documentos a su alcance, e interpretarlos, darles un sentido. En tu

caso, por ejemplo, corregíme si me equivoco, estudiaste la gestión empresarial en relación con el sector terrateniente y ganadero. Pero ha quedado la historia de los peones sin escribir todavía...

**C.S.** *Me consta que preferían al inmigrante porque sabía cómo tenía que trabajar. El gaucho no estaba acostumbrado a horarios o coyundas disciplinarias y esto lo muestra muy bien Martín Fierro. Pero aunque disiento, reconozco que es otro orden de ideas que cabe en el panorama histórico trazado.*

**H.C.** Claro que esta actitud tiene un costo. No se puede estar en todas partes. Y la imagen del intelectual se deteriora, aunque no es mi preocupación pero –al mismo tiempo– me sorprende a mí misma, llegando siempre a las mismas conclusiones que, en el fondo, expresan esa necesidad de libertad y de respeto a los que todo ser humano tiene el derecho de acceder.

**C.S.** *Se trata de que no te canses y sigas en la lucha. Empezála de nuevo.*

**H.C.** Ahora no tengo fuerza. Yo me limito a mostrar el pasado para que se entienda el presente y se lo pueda ver como un avance en relación con aquellas primeras condiciones, marcadas por la servidumbre o la esclavitud, y hoy, en cambio, asediado por una legión de nuevos riesgos que no advertimos o de los que no nos defendemos.

**C.S.** *La verdad es que estas reuniones nos han servido para extraer conclusiones acerca de nuestras verdades intrínsecas, son experiencias de honestidad hacia uno mismo y, a partir de estas conversaciones, se sale con la sensación de haber trabajado con la verdad de la historia y con la propia. También me parece que en tu caso, al menos, al no estar en lugares académicos que te vinculan a confrontaciones directas, te hace perder el rumbo de ciertas indagaciones, o la medida de tu coherencia.*

**H.C.** Tenés razón. Aunque también hay un sedimento muy alto de inseguridad en mí misma que está disimulado pero sigue ahí. Siempre, en las situaciones de mayor exigencia, yo me siento fuera de lugar, ya

desde aquel discursito que les hice a mis compañeras de promoción, en el Liceo 2... y eso está igual. Pero como quiera que sea, reitero mi convencimiento de que la unidad nos hará fuertes, en la medida en que sepamos superar las discriminaciones que tenemos instaladas en las sociedades latinoamericanas. Como argentinos no somos diferentes. La equidad será la base de una sociedad solidaria y no habrá globalización ni multiculturalismo si no se superan esas impostaciones prejuiciosas y si no ganamos una genuina operatividad que permita cruzar por encima de rémoras para capitalizar de una vez por todas nuestros bienes económicos y espirituales.





# La abolición de la esclavitud

---

26 de abril de 2000

**C.S.** *El otro día pensábamos con María Inés sobre cuál sería la manera de encarar tus dos libros referidos a la abolición de la esclavitud que editaste simultáneamente poco después de volver de Estados Unidos. Pensamos también en el efecto que seguramente produjeron y nos gustaría saber en qué contexto se dieron las ediciones. Concretamente, nos preguntamos si la discusión se inscribe en alguna institución que apoya el debate o bien si tiene que ver con las reglas de cómo se construye.*

**H.C.** Es una cuestión difícil cuando se produce en un medio político e institucional tan débil como el nuestro. Pongámosle fecha. En el 66 –esto ya lo dije– defendí mi tesis de licenciatura sobre el eco que tuvo aquí la abolición en Norteamérica el mismo día en que Onganía tomó el poder. Por eso, renuncié a la Facultad y al Nacional Buenos Aires. Seguí ligada a la Asociación de Estudios Americanos donde alterné con profesores de varias universidades del país y creo que fue en Río Cuarto donde nos reunimos y yo expuse un trabajo sobre el voto de la mujer en Estados Unidos. La

agregada cultural de los Estados Unidos, la doctora Córdoba, me ofreció una beca por nueve meses, me mandó los papeles a casa... estaba más decidida ella que yo a ese viaje. Al final me fui, con la condición de que sólo iba a estar seis meses. Mi proyecto inicial era trabajar sobre el período de la Reconstrucción, los diez años posteriores a la Guerra de Secesión, obviamente conectados con la abolición de la esclavitud. Volví, en efecto, a los seis meses con un enorme acopio de material que había elaborado con mi maquineta de escribir, en la pensión, después de pasarme diez horas por día en la biblioteca. Simultáneamente, fueron apareciendo datos sobre la esclavitud en América Latina. Ese era un tema que yo prácticamente ignoraba porque, salvo el libro de Elena Studer sobre la trata en Buenos Aires, no habíamos tenido ningún acercamiento a esta cuestión. Aunque leí varios trabajos sobre el conflicto entre la economía de la plantación sureña y la construcción de ferrocarriles, por ejemplo, y las diferencias con el avance industrial del Norte, en realidad me concentré en el tema institucional y la resistencia que ofreció el Sur, con algunas peculiaridades regionales, pero en general con puntos de vista antiyanqui –odio a los del Norte, para decirlo claro– y también proesclavistas, en una profusión de fuentes impresionante porque la historiografía norteamericana es copiosa y prolija.

**C.S.** *La pregunta es otra, porque es una dicotomía tuya –una aporía– que no podés resolver. Lo académico, como dice María Inés, se da cuando uno acepta normas y se ingresa en un circuito institucional y hay un círculo de colegas que decide si lo acepta a uno o no.*

**H.C.** Puedo darte una respuesta. O mejor, dos. En primer lugar, mi limitación interna, mi permanente inseguridad que se acentuó con mi pérdida de lugar. Me había quedado fuera de todo circuito institucional. Aunque supongo que me atuve seriamente a lo que calificaría de nivel universitario, fidelidad a las fuentes, etc. De hecho, fue una sugerencia de quien estaba a cargo del sector premios en la Secretaría de Cultura, que me instó a presentarme... y yo presenté los dos trabajos. Me premiaron el de América Latina, con un tercer premio. El primero fue para el padre Bruno y la *Historia de la Iglesia Argentina* y el segundo, para Olga Latour de Botas, que presentó un manual folclórico muy completo.

**C.S.** *¿Te reincorporaste en el 73?*

**H.C.** No. No, porque era un momento de fuerte componente político

(montonero, te diría para mayores precisiones) y supe que en una especie de tribunal me habían exonerado. El dictamen decía que yo enseñaba cosas no conocidas pero que la revolución que quería hacerse tenía que radicalizarse con otros enfoques. De manera que no me reintegraron a la cátedra y yo me quedé en el rincón. Volví, sí, al Nacional Buenos Aires... pero por poco tiempo. Y dejo constancia de que esos años –hasta el 76– fueron de grandes dificultades para la docencia... para no hablar de lo terriblemente difíciles que fueron después. Además, tenía el turno de la noche. Los dos libros salieron juntos, en noviembre del 74. Son simultáneos.

**C.S.** *¿Cómo que son simultáneos?*

**H.C.** Sí, yo volví con el material documental más o menos elaborado.

**C.S.** *Nos parece que hay una gran distancia entre un libro y otro. Porque en el caso norteamericano, hay un sostén heurístico muy importante y abre perspectivas muy interesantes mientras que el otro tiene altibajos documentales. Por ejemplo, para Uruguay y para Paraguay mencionás muy pocas fuentes.*

**H.C.** Me defiendo porque la idea del libro es centrarlo en los lugares cuyas historias nacionales abordan esta cuestión, si bien limitándola al negro. Diría también que el tema del mestizaje indígena brilla por su ausencia. Lo que no se menciona, no existe. Entonces, mi trabajo es un toque de atención. Y no conozco otro equivalente, por lo menos hasta ese momento. En cuanto a lo que señalás sobre Uruguay, la verdad es que tiene una historia complicada, hay que pensarlo en función de lo enredado que está con la nuestra... y para Paraguay, es cierto: me limité a la bibliografía sobre el tema que –salvando a la doctora Pla– era inexistente. Esto va a cuenta de las carencias que tenemos sobre la historia del área.

**C.S.** *En el libro sobre Norteamérica aclarás las razones por las cuales tomás el período de la Reconstrucción, en un prólogo muy expresivo.*

**H.C.** Creo que ahí planteo la presencia de nudo gordiano que, en Norteamérica, se intenta cortar y en América Latina, no. Las razones están inscriptas en nuestra escasa conexión con la presencia de indígenas y negros y sus respectivos mestizajes. Es algo que no se menciona casi nunca. Y, al mismo tiempo, en ambos casos, la base de la

indagación se remite al concepto de igualdad que necesariamente tiene que existir en una sociedad democrática. La aspiración a que el liberto sea un ciudadano que acceda al voto espanta a norteños y a sureños en aquella extraña *Reconstrucción* que, según los críticos, intentó recomponer la situación previa a la guerra.

**C.S.** *Eso queda claro en el pormenorizado recuento de medidas abolicionistas ligadas a situaciones locales y, sobre todo, a la organización del Estado Nacional, a las formas de apropiación de la tierra y al tránsito de la propiedad pública a la privada.*

**H.C.** Creo que, en el fondo, el tema de América Latina es el poder del señor de las plantaciones –como es el caso de Brasil, por ejemplo– o las apropiaciones de las tierras de frontera y la propiedad que se asigna, la dificultad de alcanzar el voto sin restricciones... todas marcas de limitaciones que, en el caso norteamericano, al menos en el aspecto legal, quedan expresamente resueltas sobre la base de las premisas de igualdad y ciudadanía que establecieron los *Padres de la Patria*.

**C.S.** *Precisamente, creo que al no analizar el tema del imperialismo aparece como un agujero tuyo. Ni siquiera para defenestrarlo. Mostrás el proceso histórico concreto en sus alternativas pero ponés en última instancia lo que yo hubiera puesto primero. Un estado de la cuestión que, simplemente, tome lo que pasa en Estados Unidos como totalidad.*

**H.C.** No me parece. Justamente el libro sobre los Estados Unidos abre este debate básico para mi entendimiento y posición como historiadora. No desconozco el imperialismo pero me estoy ocupando del problema específico del período de la Reconstrucción, cuando el respeto por los derechos civiles preside toda la posguerra y cuando el debate máximo es reconocer al liberto como ciudadano. Es una batalla que, en realidad, recién queda saldada en la década de 1960 con la resistencia negra, liderada por Luther King pero nunca tuvo retroceso... Además, uno no escribe un libro para polemizar. En todo caso, propone un tema y lo desarrolla y en esto va su entendimiento, su documentación y su punto de vista. Yo quedé en medio de la corriente y, cuando salieron los libros, hacía casi diez años que no estaba al frente de una cátedra. Salvando ese desliz mío del 69, cuando acepté ser secretaria académica –cosa que, al cabo de pocos meses, demostró ser un error garrafal–. Pero esto no tuvo nada que ver con mi trabajo. Tal vez esto, mi ausencia

quiero decir, explique mi inercia o mi desvalimiento. El reconocimiento me llegó más tarde, en muchas ocasiones, sobre todo en relación con América Latina. Lo de Norteamérica, lamentablemente, no es un tema que, en términos generales, les interese a nuestros estudiantes. Lo tienen resuelto antes de conocerlo...

Y lo que quiero aclarar es que también en la historiografía, en la historia norteamericana, aunque no falta documentación para ningún aspecto que se quiera investigar, también hay silencios porque el debate sigue. Por ejemplo, de lo mucho que he visto y he leído sobre el tema, encontré un solo libro con los *códigos negros* transcritos que evidencian cuántas rémoras se ponían para una liberación efectiva... y los castigos en caso de evasión. Pero hubo figuras notables en defensa de lo que se estaba construyendo y en el ámbito de la educación, como base de sustentación real del cambio. La presencia de mujeres que se lanzan a la pelea y después son las primeras feministas a fin de siglo, tiene en Elisabeth Cady Stanton un personaje emblemático.

**C.S.** *Un segmento importante de estos trabajos es cómo establecés la conexión del tema con la formación de la nacionalidad. Decís que hay un nacionalismo de tipo intelectual que asume sus contenidos de principios políticos de la independencia, que tiene bases ilustradas y racionales, y otro nacionalismo que arranca de contenidos emotivos generalmente ligados a modos de vida prestigiados hacia los cuales existe una adhesión imprecisa y de carácter emocional. El primero tiene que ver con las ideas de ciudadanía —expresadas por los Padres de la Patria o con premisas del racionalismo ilustrado— y el segundo se asienta en estructuras sociales de cada pasado, a las que se dota de una memoria emocional movilizadora que siempre es parcial. A pesar de que este es un concepto tan fundamental, tan articulador, no lo desarrollás en estos trabajos.*

**H.C.** No es mi tema específico. Pero estoy contrastando los hechos y las posiciones del Norte y las defensas del Sur. Se me ocurre que, para el caso de América Latina, es mucho más extendido este criterio de nacionalidad, basado en la familia patricia e hispánica. No hay más que apelar a las fuentes. Uno lee a Iburguren, recordando a su madre, la casona, los muebles, las mesas, los manteles para la iglesia de los que se hace cargo, ...o lee a Cané escribiéndole a la hija, desde París o desde donde esté, esas cartas en las que todo está dedicado a preservar

un mundo femenino delicado de vestidos, accesorios y cuidados y cuando vuelve, ese mismo tipo, redacta la Ley de Residencia que, a los luchadores sociales, si eran inmigrantes les imponía la expulsión del país. Hay diarios de mujeres sureñas, por ejemplo, que siguen día a día el proceso de quienes eran sus esclavos hasta ayer y registran esa mezcla confusa de repudio y de temor, frente a las tropas del Norte que encuentran buena compañía entre las negras jóvenes, y el temor al descalabro de toda la sociedad. Conviene acordarse de que Lincoln fue asesinado poco después del fin de la guerra, precisamente por ese fanatismo en contra de la abolición.

**C.S.** *Me pregunto qué ciudadanía podrá ejercer el negro que sufre una resistencia tan grande por parte de los blancos en esta cuestión de ser aceptado como un igual.*

**H.C.** Yo diría que la aparición de nuevas circunstancias –como van a ser las comunicaciones y la revolución industrial– desajusta ese difícil equilibrio y hay una elite sureña que está muy dispuesta a extenderse hacia el Caribe y la Amazonia. Hay que leer *King Cotton Diplomacy* para advertir hasta dónde llega esa idea expansiva, de Estado separado además. Y, por otra parte, palpar esta situación, el estudio del operativo de Walker en Nicaragua, y las conexiones con la Cuba de mediados de siglo (aunque tal vez sea mejor decir con los plantadores cubanos que ven en la alianza una posibilidad de eludir el control español y expandirse). El compromiso de Missouri, de 1825, en un momento de gran crecimiento del Oeste había impedido la propagación esclavista hacia el Norte y, por otra parte, junto con la Guerra de Secesión y después, hubo un gran desarrollo norteamericano en México, con trazado de ferrocarriles y explotación minera. Mientras tanto, Abraham Lincoln repite que *la casa dividida no es una casa*, y no particulariza ataque alguno contra el Sur en sí mismo sino en contra de la esclavitud, en tanto países europeos intentan aprovechar la situación de la guerra que impide a los Estados Unidos aplicar la Doctrina Monroe. Se lanzan operaciones sobre México, sobre Santo Domingo –donde España pierde 21.000 soldados y 5 millones de su moneda– más la peregrina intervención de las Islas Chinchas. Total, que en estas circunstancias es dudoso que pudiera haber una última palabra sobre si la esclavitud era redituable o civilizadora, tal como podía ser caracterizada a partir de los discursos sureños. El caso es que el nuevo siglo traía una dinámica imparables. Es –como diría Lin-

coln, cuya lectura es siempre aconsejable ya que nunca simplifica las cosas— el rescate del concepto de civilización, y de construcción de la ciudadanía sin los cuales no podía esperarse igualdad o equidad alguna.

**C.S.** *Parecería que tu interpretación apunta a una perspectiva gramsciana porque enfatizás la usina de las ideas como fundamento del abolicionismo.*

**H.C.** La verdad es que no me disgusta que lo digas. Gramsci me cautiva pero no estoy pensando en él sino en el acuerdo entre la teoría y la práctica de la construcción del gobierno del pueblo, dándole a esta palabra la extensión que cabe. Como dice José Nun, hay una democracia del pueblo y una democracia de los políticos. En este caso, hay una consustanciación que tiene adhesiones ideológicas (utópicas, dirán algunos) y, en esa creencia, trabajan por su realización. Es todo un movimiento que deja secuelas que vuelven a florecer en el *New Deal* de los 30. Me gustaría dejar bien sentado que el proceso es muy complicado, que está lejos de ser uniforme, como tampoco lo ha sido la expansión del oeste, con la prédica y la acción de un rudo *destino manifiesto*, las exclusiones y las diferencias por doctrinas —contra los mormones, por un lado, o entre los irlandeses y los italianos, por ejemplo— pero en última instancia, se va hacia una sociedad más igualitaria, y el voto sigue siendo la piedra de toque, aunque también lo sean los acuerdos y las presiones.

**C.S.** *La Oficina del Libertero y sus expectativas aparte de acciones muy concretas a favor de las comunidades indígenas y las reservaciones, son intentos decididos de encarar la rectificación de situaciones conflictivas. La figura de Carl Schurz es un ejemplo que sería bueno recordar.*

**H.C.** La situación política y la presión de los Estados ciertamente no ayudan para que esos políticos tan organizados tengan sólo un éxito relativo. Como si la intención hubiera bastado. Hay cambios políticos que son los que superan ese estado de transición, y de ahí las críticas al período de la Reconstrucción, cuando las exigencias de los Estados gravitan y el presidente que asume a la muerte de Lincoln consiente. Al mismo tiempo, los cambios en la explotación, los ferrocarriles transcontinentales, el aumento sideral de la inmigración empañan estos emprendimientos de organización interna de la sociedad. Leerlo a Faulkner, en cualquiera de sus novelas, es un ejercicio imperdible para



captar toda esta diversidad y también esta atonía. El papel de la mujer en la dinamización de estas perspectivas fue notable pero sólo he encontrado un libro –la autora se llama Filler– que privilegia la acción de las mujeres a través de la guerra y después, en la educación y atención de estas minorías, que más tarde desplazan hacia la condición femenina, el trabajo, el voto, etc. Diría que hay mucho trabajo hecho, para cuando empieza a circular el socialismo también por estas áreas americanas. García Merou, miembro de nuestra embajada en los Estados Unidos, informa ceñidamente a Roca sobre el trabajo que se diseña en las reservaciones para que intente lo mismo con los indígenas del Chaco y de Formosa que acuden al general Victorica de a cientos en busca de trabajo. Y unos años después, cuando es agregado en la Embajada en Brasil, escribe una serie de observaciones muy inteligentes sobre el tema de la abolición de la esclavitud que se pretende llevar a cabo, con las objeciones de los *tenentes*, la presión de los oficiales del ejército... mientras que las memorias del embajador Quesada se limitan a exponer la cuidadosa etiqueta del palacio y las atenciones que le dedica el Emperador como signo de deferencia.

**C.S.** *¿Los códigos negros asimilan la situación del esclavo liberto a la manera de las leyes abolicionistas en América Latina?*

**H.C.** En cierto modo son muy similares. Se trata de postergar todo lo más que se pueda la tutela del esclavo y de su prole, regular su venta, su casamiento con blancos sin consentimiento. Creo que de eso se trata la abolición en América Latina, donde la distancia entre la legislación y la realidad es inmensa. Como además tiene estrecha relación con las coyunturas que en cada área –en cada nación en ciernes– están ocurriendo, me pareció posible mostrar las alternativas que se conocen y pueden documentarse en las declaraciones oficiales de abolición. Lo demás es imposible de documentar, salvo por la realidad que persiste en tanto lugar americano *latino*.

**C.S.** *Creo que esta problemática le cabe también a la historia latinoamericana, en las universidades y en el contexto académico. Es una historia tristemente opacada por el debate ideológico o profundamente institucionalizada en lo jurídico.*

**H.C.** Bueno, esa es la cosa. La lucha sigue siendo y los frutos están a la vista. En la medida en que la inclusión va dando paso a un ejercicio

más pleno de ciudadanía, la discriminación va disolviéndose a través del accionar concreto del liberto como persona. Es el drama de América Latina, por otra parte, porque la situación que Magnus Mörner bautizó como *pigmentocracia* hablando de la época colonial, en muchos casos, en muchos lugares no cambió nada.

**C.S.** *¿De qué se habla cuando se menciona el multiculturalismo? La pregunta es: ¿cómo puede calificarse de ciudadano a quien no aceptás ni considerás tu igual?*

**H.C.** Precisamente, creo que Estados Unidos ha estado dando avances en el orden institucional y concreto, que los negros se han instalado debidamente en la sociedad, a través del trabajo, el estudio y el tesón. Es como otra historia, pero me parece que es mucho más ancho el camino hacia la igualdad.

**C.S.** *En el libro sobre Norteamérica, mostrás cómo se va construyendo la identidad, en un capítulo que llamaste “Desarrollo histórico de la población negra hasta 1850” donde se pone de manifiesto la simultaneidad de llegada de negros y colonos migrantes. Decís que en el Norte la presencia del negro era de un 10% sobre la población total pero no mencionás cuál era el porcentaje en el Sur.*

**H.C.** Estamos volviendo a lo mismo. La estructura esclavista y patriarcal de la plantación dependía del poder del plantador para extenderse y mantenerla. Su pretensión de tomar otros espacios puede verse en las sucesivas incorporaciones que Estados Unidos realiza hacia el suroeste y también se ve el protagonismo del Sur en la expansión hacia el Caribe. No diré que fue un protagonismo absoluto pero estuvo muy cerca de esas decisiones. Lo muestro en el libro, en sucesivas coyunturas, y en el razonamiento de Calhoun, una gran figura del esclavismo irredimible. Pero, de hecho, la economía de plantación resultó allí menos degradada que en América Latina en general, hasta tal punto que un área como Virginia se dedicó a procrear negros sobre todo cuando avanzó la política patrocinada por Inglaterra de acabar con la trata. Lo que no quiere decir que no hubiera ingresos ilegales, sobre todo en los golfos caribeños con destino a Texas. En mi trabajo sobre *El mito agrario en la historia norteamericana* –trazado sobre el eje de la tesis de Turner– me refiero a la expansión en el Norte y en el Oeste que estuvo acompañada por leyes que fijaban la posibilidad de acceder a la propiedad.

*Buy yourself a farm* era el lema en la época de Jackson. Mientras que el Sur iba endeudándose con Inglaterra que le compraba el algodón, le construía los ferrocarriles, le vendía pianos y lujos europeos para las grandes mansiones de los hacendados. Y, al mismo tiempo, había comenzado la explotación del algodón en la India. La gran mayoría de plantadores, en el Sur, disponía de cinco o seis esclavos con lo cual hacían *vida de negros* con la diferencia de que eran *señores* y ese *common man* sureño va a oponerse a la abolición. Se diría que, cuando termina el siglo, son los que aceptan la operación del Ku-Klux-Klan.

Recuerdo que, cuando volví, di un seminario sobre la abolición de la esclavitud en América Latina, en la Facultad de Filosofía y Letras. Eran alumnos que estaban terminando la carrera. La discusión, en lo esencial, fue que yo no era lo suficientemente marxista y buscaba definiciones y entrelazamientos que no se correspondían con la clave económica que ellos privilegiaban. Los demás, se callaban. Yo sostenía –y sostengo– que la pigmentocracia discriminatoria lesiona el tejido social y otros ámbitos de conducta social o individual y peor todavía porque no se reconoce la diferencia en forma consciente. Quizá sea una idealización por parte mía pensar que este cambio es posible. Cuando María Inés nos invitó a presentar en el Museo Roca el libro *Migración y discriminación en la construcción social* estaba Félix Luna y lo primero que dijo fue *que la discriminación existe y no se puede cambiar*. No es mi punto de llegada. Pienso que es cuestión de la igualdad social visible, de la equidad instalada por la educación y el acceso a ocupaciones *inteligentes* que coinciden con mi esperanza de humanizar la historia. También acepto que parece utópico, frente al abuso, la brutalidad y la ignorancia que hay alrededor de esta cuestión. Pero por eso mismo presentarla a través de la historia es como alertar acerca de la posibilidad de que esto cambie, que está en cada uno de nosotros alcanzar esa equidad.

**C.S.** *La historia ha sido la enumeración de castigos de señores o cuenta de cabezas de ganado o los anales despersonalizados de instituciones. Romper estos circuitos me parece que es el capítulo que no termina de consumarse en la historia latinoamericana.*

*No fueron distintos los que formularon la historia como profesores que privilegian la cronología, la obsecuencia a códigos institucionales, el silencio ante los conflictos que subsisten.*

## ¿Y qué del género?

---

Febrero de 2000

**C.S.** *Hebe trajo una carpeta con diversos trabajos sobre la mujer. Vamos a interpretar el orden de esta carpeta que, antes que nada, como primera página, tiene una nota para Remigia, su mucama desde hace más de cuarenta años: "...los fideos, ensalada de radicheta con cebolla picada y tomate. Las berenjenas, como ayer, para la noche. Deje un poco de zanahoria rallada, caliente el pollo y después lo sirve en una fuente con pedacitos de limón. De mí, olvídense". Esto está en primer lugar, después aparece la traducción de un trabajo de Passerini sobre la mujer (que también hizo Hebe) y otras cosas que enumero: La familia urbana argentina, La mujer argentina, ¿cuál de ellas?, La historia oral como método útil para la cabal interiorización en la estructura de la familia, Historias de vidas de mujeres inmigrantes. Creo que este mensaje para Remigia habla de vos más que muchas otras cosas porque muestra la multiplicidad de lo que hacés pero también las constantes que mantenés desde siempre*

*como tu diligencia para traducir lo que interesa de tus lecturas –como hacía tu papá– pero sobre todo está ese olvídense de mí que queda resonando.*

**H.C.** Bueno... esencialmente quiere decir que no prepare nada para mí, yo almuerzo pocas veces y además, me las arreglo sola.

**C.S.** *Pero da cuenta de que también ante tu familia querés pasar inadvertida.*

**H.C.** Si te escucharan mis hijas te ligarías una puteada. Digamos que ellas y yo tenemos ópticas diferentes sobre este punto. No, más bien creo que se trata de que me atiendo poco y tampoco quiero que se preocupen demasiado por mí. Pero que quiero cubrir todos los frentes, seguro.

**C.S.** *Esto de La familia urbana argentina está traducido al inglés.*

**H.C.** Sí. Fue para una reunión de la Fundación Kellogg's que ese año –creo que fue en el 84– hizo la convención en Buenos Aires. Y fue Carlos Balan el que se acercó al Museo Roca para invitarme. Me ayudaron en la traducción pero el texto trató de hacer un paralelo con nuestra historia, con los diversos sectores poblacionales y de explicar, también, por qué nos faltaban muchos trabajos específicos.

**C.S.** *Lo curioso es que sigas usando el término mujer cuando toda la historiografía viene utilizando el término género y porque hablar de mujer implica que hay ciertos a priori como la diferencia biológica, la naturalidad de ser madre o de ocuparse de los quehaceres domésticos y esto es una constante también en tus otros trabajos.*

**H.C.** Es cierto. Por un lado, no me considero teórica del feminismo. Y, por el otro, hablar de *género* es igual que hablar de clases sociales como clave interpretativa. No las discuto, las encuentro viables pero no me resultan otra cosa más que abstracciones que homologan las complejidades y, en cierto punto, desrealizan las peculiaridades de cada espacio y de cada época. Por otra parte, cada trabajo de los que figuran en esa carpeta medio deshilvanada ha sido fruto de alguna intervención que me pidieron. Están hechos a conciencia pero son siempre reflexiones

enlazadas con la historia y el devenir, enfatizando la situación americana, también, más bien como despertadores de esta conciencia que como discurso feminista. Con lo cual no desestimo lo que se hace –y muy bien hecho– en este sentido. Pero no lo siento mío.

**C.S.** *Es como si estuvieras siguiendo los planteos de Simone de Beauvoir y como si la problemática del género te fuera ajena. Género es una categoría analítica que permite construir el objeto en estudio. La mujer no es un ente abstracto igual a través del tiempo, sin variables salvo las diferencias biológicas.*

**H.C.** No te lo discuto pero arrimo mi convicción de que no puedo separar la condición *mujer* de la sociedad a la que pertenece, sé que no es la manera de participar en la lucha del movimiento feminista pero creo en cambio que estoy insertando a la mujer en la historia habitual, reflexionando sobre el papel cumplido y las actitudes asumidas con una visión de cuestiones que pueden y deben reformarse en la sociedad de pertenencia. Y es como una radiografía de mi propio trayecto... No es que esté cantando loas a la familia sino que trato de mostrar la dificultad de mantener los cuidados que los hijos necesitan –y aunque no hablo de los maridos, los incluyo– como una tarea que no puede delegarse. Recuerdo que Tomás Moro en su *Utopía* ubicaba a los chicos en la sumisión y la obediencia a los mayores. Y no sabemos cómo funcionaron los falansterios, pero estoy abierta a novedades mejores. Me parece que en uno de los trabajos hago un buen contrapunto entre el Antiguo Régimen y el Nuevo Régimen, a la luz del peso que la religión católica ejerció sobre la mujer. El texto del *Syllabus* papal de 1862 es un catálogo del deber ser de la mujer, la madre, la hija, en relación con el hogar, el marido, la sociedad, la Iglesia. Y las feministas italianas han exhumado recomendaciones de la Iglesia a los maridos, en el 1500, que te ponen la piel de gallina. Está transcrito en uno de los trabajos. No es que no esté informada, yo leo, incorporo y valoro los trabajos que van apareciendo. Pero hay mucho para explicar sobre el funcionamiento de la sociedad en su conjunto que quizá quede más claro, o más facilitado, a través de un relato histórico que evalúe personalidades, cambios, discriminaciones, pertenencias. La discriminación al aborigen, al mulato, al

mestizo es aceptada y consentida por la mujer, un tema que retomo en *Migración y discriminación en la construcción social*. Destaco también el trabajo pionero en educación y la participación femenina en el Congreso Pedagógico de 1882, y a las mujeres que abrieron el campo político, intervenciones –todas ellas– cuyo primer paso fue tomar distancia de la presencia omnímoda de la Iglesia.

**C.S.** *¿Hubo mujeres en la masonería?*

**H.C.** No sé si había un impedimento formal. He visto el protocolo de la Logia San Martín de La Boca del Riachuelo que dejó de funcionar en 1936 y no vi a ninguna mujer. Quizá el espíritu del hogar fuera masón, cuando el marido lo era. Pero no siempre. He conocido gente que se casó por iglesia y el padre asistió, pero se quedó parado cerca de la puerta...

Me parece que la historia oral puede ser un enorme instrumento para conocer el comportamiento de la mujer y un vínculo hacia la reflexión de género y la valoración de su papel. Creo que la dificultad esencial en la mujer es que pueda llegar a desvincularse de la cotidianeidad y pensar en el afuera, en la sociedad donde se ubica, sin miedos, y con el resorte de concebir las cosas por su cuenta. También es cierto que las familias patriarcales –que han convivido hasta ayer con las educaciones universitarias o con los divorcios de los hijos– tienen una perduración increíble y similar a las normativas del Antiguo Régimen... por eso instalo el tema de la inmigración en nuestra sociedad, porque la mujer inmigrante –por mínima que sea la educación que trae– cuando llega a un medio diferente, consigue una cierta autonomía que ciertamente no podía desarrollar en el hogar campesino paterno. Ahora bien, la disposición a aceptar al diferente, en un medio que desde arriba lo desestimaba, es una rémora que se suma a la de los sectores patricios y su indiferencia hacia los ajenos. La ciudad, en ese sentido, es un marco más abierto y posible. Por eso mi reflexión sobre la familia urbana. Creo que la heterogeneidad es nuestro signo, acentuado por las políticas de indiferencia desde el Estado. Y hacia allí apunto en mis trabajos.

**C.S.** *Como siempre, estás mezclando las cuestiones. Hacés un buen planteo inicial y, mientras lo desarrollás, lo vas cerrando, sin resolverlo.*

**H.C.** No sé si tanto. Y además estoy describiendo, no resolviendo. Yo creo que es importante describir los procesos y las alternativas. En ese trabajito sobre *Mujeres radicales* también digo lo mismo, o casi, pero lo que indico es que, desde la teoría básica del radicalismo, a la mujer le corresponde un territorio de absoluta igualdad que parte de la educación. Y Krause insiste en que la educación tiene que ser la misma. Dice Krause *que se han perdido siglos por no haber consentido a la mujer una educación equivalente a la del hombre*. Y lo cierto es que ya hay un pensamiento *liberador* en Stuart Mill, como lo hay en Kant. De modo que la conclusión es ruda pero correcta: es la alianza del Poder con la Religión, en cada caso, lo que hace perseverar en la opresión a priori de la mujer. El primer instrumento es la ignorancia y el segundo, la sumisión al ordenamiento que la Iglesia consiente. Así de simple.

**C.S.** *Aunque no me convence, acepto tus consideraciones. Y leí el texto del cura italiano. Es desopilante. Lo cual no te exige de aquel olvídense de mí. Es lo mismo que decir soy una sombra, y actuás siempre de esa manera.*

**H.C.** No es así. Creo que tenemos que empezar de nuevo. Cuando reúno a toda mi gente, cuando están todos alrededor de la mesa (y ahora *todos* son más que antes) me lleno de felicidad. No siempre sale bien, a veces inclusive sale muy mal, pero cuando sale bien, cuando todos podemos reírnos de nosotros mismos, de las historias, cuando estoy segura de que la comida me salió rica, de que nos queremos, entonces es extraordinario.

**C.S.** *Pero antes hiciste la comida, arreglaste todo, estás cansada. ¿No podrías sentarte y hablar con ellos? ¿Por qué sentís que tenés que hacer la comida? Es preferible que la compres hecha, estarían más contentos todos en lugar de verte tan exigida. El amor también se puede demostrar sentándose y escuchando al otro.*

**H.C.** Sabés, hay algunas comidas que yo hago que para ellos son como una leyenda. No quiero darme dique pero es así... puedo sentirme insegura de casi cualquier cosa pero no de esto. Los mostacholes con salsa blanca, la sopa de verduras, el pastel de papas, las ensaladas que



hago, un arroz especial, el postre de vainillas... eso no se compra en ninguna parte. Y parte de la alegría que a veces se da en la mesa tiene que ver con eso, con que yo haya preparado alguna de esas comidas. Sería otra cosa con milanesas compradas, pero a mí me gusta *esta cosa*. Me canso, es cierto, y también es cierto que no dejo que me ayude nadie, me mortifica que se levanten o quieran lavar los platos. Pero eso forma parte, todos saben que soy así. Incluso los reproches que me hacen y cómo yo les contesto, todo eso es parte de la gracia. Para lo otro, para comprar la comida en el restaurant de la vuelta, ya habrá tiempo.

**C.S.** *Lo que faltaba. Ahora vas a decir que la familia es la estructuración más valiosa, que ni la militancia, ni la tecnología, ni las aspiraciones profesionales pueden compararse en la vida de cada uno. La familia no es una estructura invariante.*

**H.C.** Eso no es lo que yo digo. Estás teorizando sobre supuestos. Yo me he acomodado a los cambios. Sólo que duelen aunque uno los entienda.

**C.S.** *El artículo de Luisa Passerini que no terminaste de traducir, Historias y subjetividad, ¿tiene que ver con esto?*

**H.C.** Creo que sí. Me pareció una buena fusión entre los requerimientos espirituales del individuo y una presunta identidad que luego el lenguaje muestra como identidades posibles convergentes con lo cual ya estamos en una posmodernidad donde Passerini encuentra la historia del género.

**C.S.** *Bueno, Foucault habla de las identidades, no de la identidad, y no son fijas. Estos otros trabajos, Las familias argentinas y La mujer argentina: ¿cuál de ellas?, reiteran este tema de la ceguera frente a la fragmentación social a los patrones del poder. Y de Biale Massé arranca, en 1903 (¿?), la descripción del trabajo de la mujer en áreas rurales, que finalmente manda a sus hijas a la ciudad para trabajar como sirvientas, única salida visible... Creo que esto está cambiando pero es bueno reconocerlo. Y aunque acepto tus puntos de vista, en tu vida personal,*

*me parece que has seguido el mandato de tu madre, aceptás un ordenamiento patriarcal, estás bajo la sombra del hombre, te quedás contenta cuando le dejás la comida lista... y recién entonces te podés ir...*

**H.C.** Tu lectura es simplificadora. No estoy de acuerdo. Hay algo de eso y de muchas otras cosas más. Le dejo la comida lista para quedarme tranquila yo, y muchas veces para poder irme a hacer lo que tengo ganas. ¿Estructura patriarcal? No creo que mucho. Hay, seguro, una cuestión generacional. Y el modelo de mi madre sin duda tuvo un peso considerable. Pero yo también he sido una gran desobediente. En todo caso, también el *género* no deja de ser una categoría de análisis que hace abstracción de muchas cosas... y sobre todo de las singularidades.



## Los que nos precedieron

---

**C.S.** *Concluidas las entrevistas con Hebe, quisiéramos relevar algunos trabajos sueltos que, por su naturaleza, nos parecieran valiosos para ser incluidos en aquí. De paso, mencionamos algunos de tus últimas publicaciones. No queremos abrir nuevos frentes porque creemos que ya tenemos un surtido completo de tus inquietudes. El Ombligo del Plata y De La Boca... un pueblo, ambos editados por el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, nos parecen dos trabajos donde tus inquietudes por el Puerto de Buenos Aires, por la historia de los barrios y especialmente La Boca, y por la historia oral te permiten un relevamiento de historias de vida que es ilustrativo y elocuente de la realidad del área.*

*Tenés tres trabajos que son obituarios de profesores que has tratado y querido en los cuales conseguís una elocuencia y una reflexión válida y conmovedora. El del profesor Julio César González, que titulaste Profesar la historia y que leíste durante unas Jornadas de Historiografía expresa un registro de la modalidad de investigación que él desarrolló, trabajada sobre el tejido*

*de su responsabilidad, su búsqueda puntual, su honestidad y una modestia insobornable. Fuiste ayudante de él varios años y te ibas a presentar al concurso de profesora adjunta cuando llegó el golpe del 66 y renunciaste. El otro lo dedicaste a Antonio Pérez Amuchástegui. Habías trabajado con él en la época en que fuiste secretaria técnica del Departamento de Historia, desde el 61 al 66 cuando Amuchástegui era profesor asociado del doctor Arocena en su cátedra de Introducción a la Historia y después, cuando Arocena se fue a Austin, Texas, él quedó como director del Departamento. A él lo presentás en su mejor modalidad, como profesor, como colega, y también como maestro que sabía vincularse con sus alumnos, les prestaba libros, los recibía en su casa, mostraba siempre una veta de simpatía y solidaridad. También es un texto muy emotivo. Tiene el título que propuso la misma Academia de la Historia, Una semblanza para cuidar la desmemoria que publicó la recopilación de artículos sobre Antonio Pérez Amuchástegui, 1921-1983.*

**H.C.** Yo lo apreciaba mucho como persona. Y lamenté tener que alejarme de él cuando renuncié. De hecho, cuando después nos cruzamos por una u otra razón, no me saludó. Pero conservo los buenos recuerdos y eso es lo que traté de decir. Me acuerdo que cuando tuvo que dictar Historia Social Argentina, una especie de *cuco* para los historiadores clásicos que en el cuatrimestre anterior había dictado el propio Halperin –lo cual era un antecedente difícil de por sí– Amuchástegui se esforzó mucho por encuadrar el programa tal como apareció después en su libro *Las mentalidades argentinas* y cada semana traía al Departamento el capítulo que había escrito para que yo lo leyera y se lo comentara. A mí, así, por fragmentos, me parecía cautivante. De hecho, el libro lo es. Aunque la cohorte de metodólogos tuvo reparos, me parece que fue la única oportunidad que él se dio para dejar correr su escritura y expresar su conocimiento de muchos comportamientos *criollos*. Su proyecto de vida había sido inicialmente incorporarse al Ejército pero un defecto en la columna se lo impidió, herida que nunca acabó de curar en su modalidad ni en el circuito de sus amistades de esa época. Nunca lo sentí sectario aunque parece que, después, ese rasgo se fue acentuando. Pero yo no tengo testimonio de esto.

**C.S.** *Parece que hablaras de él con añoranza y también destacás cómo la mujer y la suegra le aseguraban un ámbito de respeto y de estudio en la casa... se me ocurre que esta visión refleja también eso que vos no tuviste.*

**H.C.** Es posible. Pero también sabían divertirse. A menudo nos invitaban a comer loco, si había un congreso o unas jornadas, lo habitual era ir a casa de Amuchástegui para cerrar con un festejo.

**C.S.** *No alcanzó a ser académico.*

**H.C.** No sé siquiera si fue propuesto, aunque seguramente habría llegado a serlo. Era muy buen profesor de multitudes, la gente lo quería y a mí me había ganado el corazón hasta que supe que en la casa, después del 66, había colgado un poncho rojo. No lo vi, sin embargo. Estas son las cosas que lastiman en la politización que no había manera de eludir. Su *Introducción a la Historia*, que escribió con el doctor Cassani, es un texto impecable para la concepción que había entonces –no sé si ahora– de los contenidos de la Introducción.

**C.S.** *El tercer obituario, que quizá sea el más expresivo y vital, es el de Enrique Barba, que te ofreció la cátedra de Historia de América Latina Contemporánea. En ese momento, era director del Departamento de Historia de la carrera de Humanidades en la Universidad de La Plata y que después fue decano. El título que aparece en la compilación es Enrique Barba, en memoria. Estudio de su historia. Es una edición de la Fundación del Banco Municipal de La Plata, de la Academia Nacional de la Historia. Lo extraño es que aparece en este volumen con una serie de autores, todos académicos. ¿Qué pasa con Hebe Clementi académica?*

**H.C.** Estás cambiando de tema: esto es algo de lo que no quiero hablar. Lo que sé es que el día que se presentó fue tal la recepción que me hicieron todos y cada uno, que no sabía cómo responder. Creo que nunca abrí el libro y ni sé dónde lo dejé. Pero encontré el original el otro día. Y creo que la emoción de *los otros* tenía que ver con que caractericé a Barba como un *junador de hombres*, un tipo que hacía frente a María Santísima si llegaba el caso y que estaba lleno de un imperio legítimo. Imperio en el sentido etimológico. Un tipo que sabía y que conocía bien

a la gente. Había defendido a profesores peronistas porque eran buenos y los había mantenido en el Departamento. Tenía una colección excepcional de libros norteamericanos sobre América Latina, cosa que yo misma comprobé aunque los tuviera guardados en su trastienda. Fue uno de los pocos que defendió a la gente, a su gente, en la época de la dictadura. Era valiente y astuto a la vez, como buen criollo. Sus trabajos trasuntan esta misma agudeza y sus clases eran seguidas religiosamente por alumnos de toda la vida.

**C.S.** *¿Qué pensás que no cumpliste como para que no te postularan como académica?*

**H.C.** Creo que no estuve a la altura de las circunstancias cuando me propusieron participar de una mesa con Natalio Botana y Félix Luna. Ya hablé de esto... un episodio que puso de manifiesto mi inmadurez y que todavía me da vergüenza. Salí escapándome o poco menos. No me volvieron a invitar, salvo el doctor Bazán que me aprecia y que me invitó a unas Jornadas donde presenté un trabajo sobre la *Función social del historiador*. Ahí hice buen papel y tuve buena respuesta. Eso, creo, fue unos tres años después del papelón.

**C.S.** *Creo que en la época del doctor Barba se produjo una verdadera apertura de la Academia.*

**H.C.** No sé. Y la verdad es que tampoco me interesa demasiado. Nunca fue un norte en mi vida, sentía que me dispensaban una preferencia cuando me invitaban pero nunca pensé –salvo en esa coyuntura– que pensarán en mí como en una posible académica. Me parece que mis textos desencuadran las aspiraciones expresivas de la Academia.

**C.S.** *Tenés un muy buen trabajo sobre ferrocarriles, en la colección de Historia Popular que publicaba Boris Spivacow en el Centro Editor de América Latina (CEAL); ¿Dónde te documentaste? Porque es evidente que tus reflexiones son originales, en la concepción del espacio y de la gente.*

**H.C.** Estuve más de un año yendo al Museo Ferroviario donde

consulté todo lo que había. No era mucho porque la debacle que se armó después de la venta permitió salvar pocas cosas. Pero es un trabajo al que le tengo una profunda simpatía. Creo que en el otro trabajo que hice sobre las estaciones de Retiro también sigo esa veta y en *El protagonismo de La Boca* extraigo la seguridad de mi planteo en torno a la extensión de los ferrocarriles, con respecto a la decisión del gobierno en cuanto a la ubicación del puerto que sería la definitiva después de enormes discusiones en las que toda la opinión pública se involucra. Te diré que los genes ferroviarios me impulsaban para hacer esas investigaciones. Ese clima ferroviario que había sido el de mi infancia me marcó. Y también fue introductorio de mi interés por La Boca y por Barracas.

**C.S.** *Es interesante cómo te vas aproximando al espacio, el agua por un lado, el territorio por el otro. Pasemos ahora a ese ensayo sobre Jefferson en el Río de la Plata, que presentaste en la XXVI Jornada de la Asociación Argentina de Estudios Americanos, en noviembre de 1993. En realidad, es una relectura de Brackenridge, muy acertada, con una visión de la sociedad y de las cuestiones de la época, y los pensamientos de Jefferson como impulsores de cambios oportunos. Y también el accionar reflexivo y seguro, como por ejemplo en la compra de Luisiana. Fue una buena oportunidad para advertir un paralelo posible entre Jefferson y Belgrano y, en todo caso, para apreciar la visión de ambos norteamericanos respecto de nuestro futuro y nuestras fuentes de riqueza.*

*En el número 7 de la revista Estudios Sociales, en 1994, hay una participación tuya. Se plantea una interrogación sobre ciertas claves de historia de las ideas a varios especialistas y ahí estás vos, contestando, junto con otros colegas como Hugo Biagini, Fernando Devoto, Gregorio y Félix Weimberg y otros más. Vos en tu respuesta hablás de Gregorio Weimberg de quien fuiste ayudante cuando asumió por primera vez la cátedra de Historia del Pensamiento Argentino que era materia común de Filosofía y de Historia de la UBA.*

**H.C.** Yo aprendí mucho a lo largo de dos años de trabajo con él. Después, viene la quebradura y nos hemos visto poco. Pero también



siento que Gregorio Weimberg no puede deponer conmigo esa sensación de estar perdiendo el tiempo. No sé, no estoy segura, pero no creo equivocarme. Yo, para él, soy una improvisada... o me parece a mí. De todos modos, estoy agradecida a los hermanos Herrero que editaban esa revista en Rosario, y me pidieron que contestara ese cuestionario. Chartier me elogió la respuesta porque hablo de la oposición que se vivía por parte del profesorado tradicional frente a la novedad de la Historia Social...

**C.S.** *Hay otros trabajos tuyos referidos al pensamiento de algunos norteamericanos notables. Uno sobre La educación de Henry Adams que es una caracterización muy puntual de un brahmin norteamericano.*

**H.C.** Claro, era hijo y nieto de presidentes norteamericanos, y aspiraba al mismo destino. Pero se encontró, en cambio, con la transformación que sobrevino después de la Guerra de Secesión impuesta por los ferrocarriles, el petróleo, el acero, la máquina en una palabra. Y toma el paradigma de la Virgen como símbolo de la época anterior, frente a los tiempos que corren. Él escribe en 1893, en momentos en que una crisis mundial de la economía tradicional empobrece a la clase alta y da paso a los recién venidos, de modo que se retira de la lucha política. Es otra generación. Lo presenté en una de esas famosas jornadas, creo que en 1968, sobre la base precisamente de un libro clásico en la literatura histórica norteamericana, que se llama *La educación de Henry Adams*.

Y hubo otro trabajo, que presenté en unas jornadas posteriores, fue *William James*, que fue fruto de una investigación bastante larga, sobre la familia, todos los James, incluido Henry y Alice, la otra hermana. William, con una educación europea de muy alto nivel—estudió medicina en Alemania—, dotado para la música y la pintura, es el preferido de su padre. Henry se las compone para vivir lejos de Boston y vivir de su oficio de escritor mientras William retarda su diploma y su primer libro, *Principios de Psicología*, que edita con el escepticismo de que *nace muerto* aún cuando no explica razones. Sin embargo, es un libro de consulta mundial. Me falta saber cuánto de ese libro tiene el de Ingenieros, con un título similar. Es una intuición que cargo... Esto es una rapidísima

visión de una vida y un recorrido realmente notable, de un *brahmin* también, que se desplaza hacia Alemania y Europa siguiendo los deseos del padre, de una educación superlativa... Se lo verá muy compenetrado del destino de su país y de la evolución de la democracia cuando se planteen, en 1898, la eventual guerra con España por Cuba. Él sale a la palestra, defendiendo esencialmente a la República que creen ser y augurando que, de esa intervención, resultará un imperio, con todos los errores que la república inicial ha estigmatizado. No hubo demasiado eco, por cierto, pero me interesa destacar su coherencia. Lo cierto es que los James, incluidos el padre y la hermana, cuentan con una bibliografía documental importantísima.

**C.S.** *Tenés otro trabajo por el cual el Comité de Ciencias Históricas y el doctor Armando Bazán te invitaron a la Universidad de San Juan.*

**H.C.** Sí, se llama *Tres revistas norteamericanas que abren la cabeza* y es una excusa, a mi criterio, para recorrer la circulación de las ideas a través de tres revistas honorables –la *Handbook of Latinamerican History*, la *Spanish American Review* y la *American Historical Review*– cuyos momentos de edición comparo en el trabajo y voy señalando la conexión de las fechas con la marcha del crecimiento de la nación norteamericana, la intención de ganar espacio ante los intelectuales latinoamericanos, la evolución de los estudios específicos en cada revista, y la crítica de libros, propios y ajenos, sobre la misma temática. A veces, puramente erudita, otras ligada a los acontecimientos del momento. La vinculación entre temas, autores y época en que se inscriben estas publicaciones me parece que da como resultado una lectura bastante reveladora.

**C.S.** *Aquí hay un artículo que se llama “Réquiem para la Biblioteca Lincoln” que es bien emotivo.*

**H.C.** Quería destacar la memoria que me queda de ese espacio y la alegría genuina que sentía cuando encontraba lo que buscaba y podía llevarme a casa los libros específicos para investigar los distintos temas que iban interesándome dentro de la historia norteamericana. La biblioteca se cerró y ha pasado al edificio de ICANA, adonde no fui nunca.

Uno va cerrando puertas y es evidente que duele pero el recuerdo queda.

**C.S.** *Hay otro trabajo, bastante largo, "Cuba y los Estados Unidos, 1898", que presentaste en una especie de Congreso sobre el tema que organizó el Instituto de Historia de Buenos Aires, el Museo Mitre y el FEPAI.*

**H.C.** Es un planteo sobre la diversidad de las reacciones norteamericanas ante el acoso español a Cuba. La costumbre es tomar la decisión política del estado norteamericano, como si fuera unívoca y descartar la diversidad de opiniones que nos revela un cuestionamiento profundo, en el sentido de asentar el imperialismo sobre el Caribe, o proteger a los cubanos en su afán independentista, o, como William James, asumiendo una herencia democrática que no se respeta. Creo que es un buen trabajo, que en la mesa que se leyó suscitó discusiones, especialmente por parte de un periodista cubano que simplificó el tema. De todos modos, en otro trabajo que tengo sobre Martí, analizo su trayectoria, su conexión con el movimiento de ideas que tiene origen en el krausismo universitario español. Martí emigra a España como refugiado a los 15 años y luego sigue un recorrido considerablemente azaroso a lo largo de década y media cuando vive en los Estados Unidos, es cónsul honorario de Argentina, periodista de *La Nación*, traductor y escritor hasta que decide regresar a Cuba y defender su libertad o morir. El acoso estuvo dado por la misma reacción que se había generado en la propia Cuba, por parte de los plantadores locales. Otro tema que resulta urticante para el castrismo pero se corresponde con la verdadera historia. Lo siento. Entre la voluntad imperialista y la antiimperialista, está la compleja realidad de cada país y especialmente las cuestiones interminables que plantean los cubanos refugiados a lo largo de décadas en los mismos Estados Unidos de Norteamérica. La ligazón de la historia cubana con los Estados Unidos viene de lejos y, por lo visto, sigue gozando de buena salud. La verdadera debacle antiimperialista habrá de darse cuando la víctima sea Filipinas, donde se organiza una rebelión y que claramente no tiene para Estados Unidos otro propósito más que el de poner pie en las aguas de Asia. De esa coyuntura se tomarán las declaraciones que

firman James y gente de su mismo nivel social y cultural. Cuba tuvo y sigue teniendo en el imaginario colectivo norteamericano un papel importante y único. Hay verdaderas cadenas de vínculos que también incluyen a los españoles que emigran luego de la derrota de España y que enriquecen, sobre todo, la actividad industrial y capitalista catalana, una vertiente que está siendo estudiada con resultados insospechados. El Rahola que nos visita en 1903 es un paradigma de esa intención catalana de aprovechar el mercado latinoamericano.

**C.S.** *En Estados Unidos es también la época del Capitán Mahan y su planteo de la expansión marítima, como señalamos en alguna otra ocasión.*

**H.C.** De hecho, es el libro de cabecera de Teodoro Roosevelt que emprende la campaña contra Cuba y España, desembarcando a sus soldados que mueren tres veces más por contaminación y calor. Mientras tanto, el parlamento español está discutiendo la venta de Cuba a los Estados Unidos que los beneficiaría como para poder pagarles a los dueños de esclavos la liberación de sus negros con lo cual acabarían con ese estigma de la trata que han instalado tardíamente y a contramano del control británico. La muerte de Martí es patética y dolorosa, en un momento en que el arrasamiento de la idea de Cuba libre será una consecuencia del ataque norteamericano, tanto de la desorganización de las fuerzas revolucionarias cubanas.

**C.S.** *Habías visto algo de esto en el tratamiento de la abolición de la esclavitud, porque la de Cuba es una abolición tardía que presentás a través de una abundante bibliografía que, supongo, te ha dado base para armar este trabajo con conocimientos sólidos.*

**H.C.** Creo que sí. Además, amo a Martí y he leído gran parte de su obra, y también lo que escribe sobre Estados Unidos. De modo que, indudablemente, es un mártir de la revolución cubana pero nos importa destacar estos entretelones que son los que dan densidad a lo histórico. Y, en todo caso, destacan mejor todavía su heroicidad.

**C.S.** *¿Este entreteloneo lo viste tratado efectivamente en algún trabajo o lo armaste sobre la base de tus informaciones y tu búsqueda?*

**H.C.** Son de mi cuño genuino. No sé si hay bibliografía específica. Esta conexión de España finisecular con el destino de América me parece, por otra parte, el tema menos tratado en la historiografía nuestra y española. Por otra parte, en algún lugar que no tiene nada de doctrinario sino de constatación, diré que Martí tenía un maestro liberal y libertario, krausista, que fue expulsado de su cargo y por el que Martí fue torturado. Hasta su último día llevaba la cicatriz de los grilletes en los tobillos. Sólo pudo sortear el castigo por la situación de su padre que era guardián de cárcel. No es que insista en esta condición de krausista, es que para entonces implicaba ser republicano, democrático, y obviamente, no monárquico. Hay que leer los trabajos escritos en los Estados Unidos sobre las instituciones norteamericanas, sobre el negro, sobre la negación del racismo, sobre Emerson y su doctrina y tanta otra cosa genuina y espléndida en su elocuencia y su persuasión. Dardo Cúneo ha hecho una excelente antología de ese momento de la vida de Martí.

**C.S.** *A la justificada pregunta que nos hacemos de cuándo terminan tus trabajos, creemos que el mejor cierre que podemos darles es nombrando un ensayo tuyo que es una apuesta a la utopía, un texto con un fuerte contenido de esperanza, La utopía como instrumento de una historia viva y Una esperanza que no se abate.*

**H.C.** Un poco obra del buen azar. Mientras trataba de identificar la obra de Enrique Vera y González, un español emigrado que perteneció a los círculos áulicos de la política argentina finisecular, encontré en la Biblioteca Nacional su libro, *A través del porvenir. La Estrella del Sur*, una utopía llena de voluntad de futuro y fe renovada en los adelantos científicos como reaseguro de bienestar y optimización de medios. El futuro de Buenos Aires como cabeza de impulso regional, visto en la proyección de un siglo, calculando el festejo del Segundo Centenario como la ocasión para visualizar ese adelanto. Aunque la estructura esté montada en las mismas articulaciones del *Looking Backward* de Bellamy, lo cierto es que la descripción de ese futuro ultramoderno, culto, refinado, igualitario, despejado de sus rémoras de comunicación y sociabilidad, es cautivante. Cuando volví a buscarlo a la Biblioteca Nacional ya no pude volver a encontrarlo en medio del proceso de mudanza en que

estaban. Me lo facilitó Jorge Manuel López, que lo tenía en la biblioteca del Nacional Buenos Aires. Ahora, acaba de editarlo el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, a la luz del nuevo milenio y como presencia inherente a la Ciudad. Mi prólogo pensado, de quince páginas, recorre alternativas y situaciones vigentes en el momento de la publicación, en 1903, cuando Bartolomé Mitre juega todavía un fuerte protagonismo que, a su vez, focaliza toda una perspectiva del país futuro. Es un trabajo que presenté hace unos años ante un simposio sobre utopía, en el Instituto Italiano de Cultura que luego integró un volumen editado en 1994. Valga este broche como expresión de mi voluntad firme de mostrar la presencia de la historia en el tejido social y su necesaria participación para configurar un proyecto de convivencia plenamente participativa.



# Síntesis bio-bibliográfica de Hebe Clementi

## PRIMERA ETAPA

Recién egresada del Liceo N° 2, empieza a trabajar en International Editors' Co., una incipiente oficina de gestión de derechos de autor. Parte de su tarea es leer libros en inglés, francés, italiano y resumir sus contenidos para interesar a editoriales. Es un momento de gran crecimiento (año 1943) de la industria editorial argentina. Accede a mundos culturales desconocidos: A. Schnitzler, Ferenc Molnar, Leo Perutz, J. Roth, Vicki Baum, Stefan Zweig, Lion Feuchtwanger, Max Brod, Franz Kafka. Conoce además buena parte de la obra de los escritores italianos posteriores al fascismo.

Casada en 1945, traduce textos de *Grandes Poetas* y *Grandes Novelistas*, ambos de Henry Thomas y Dana Lee Thomas, editados en Buenos Aires por Juventud Argentina; *Los diez mandamientos*, de



Thomas Mann; *Niñera último modelo* (que fue también una divertidísima película); *Dragonwyck*, de Anya Seton, una novela histórica sobre la presencia holandesa en el área americana próxima a Nueva York.

Escribe contratapas e introducciones para libros editados por Siglo Veinte, especialmente textos históricos como *Civilizaciones de Occidente* de Mc Nall Burns, en el cual añade el texto referido a la independencia latinoamericana. Colabora en la búsqueda de ilustraciones y comentarios para la serie *Historias de Revoluciones: la inglesa, la francesa, la norteamericana y la rusa*, en cuatro importantes volúmenes.

## SEGUNDA ETAPA

Diez años después de casada, con tres hijas, se inscribe en 1955 en la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. En 1961 se gradúa con diploma de honor y obtiene la Licenciatura en Historia de América en 1966, el mismo día que la Casa Rosada es tomada por las fuerzas del general Onganía y cae el gobierno del doctor Illia.

Para entonces era ayudante en la cátedra de Historia Americana Contemporánea del profesor Julio César González y en la de Introducción a la Historia, a cargo del doctor Luis Arocena. Es secretaria técnica del Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras y accede a una cátedra de Historia Antigua en el Colegio Nacional de Buenos Aires, luego de serle asignadas tareas docentes en los cursos preparatorios para el ingreso en la Facultad de Filosofía y Letras, área de Cultura Histórica.

Ya estaba investigando sobre lo que sería su trabajo de tesis de licenciatura: “El eco de la Guerra de Secesión en el Río de la Plata”, tema que la condujo a la historia norteamericana, mediando la excelente provisión de libros de la Lincoln Library. El profesor norteamericano Roland T. Ely daba por primera vez en Argentina clases de historia norteamericana y durante su estadía de dos años, el Departamento de Historia le asignó la tarea de “ayudante-traductora”.

Como consecuencia del golpe militar de Onganía y por solidaridad con quienes confrontaron la brutalidad cometida en “La noche de los bastones largos”, queda fuera del Nacional Buenos Aires y de la Universidad de Buenos Aires. A partir de allí dividirá su producción en tres líneas diferentes. La primera de ellas referida a la historia norteamericana y su conexión con la nuestra, siguiendo las incitaciones de la tesis de licenciatura y los trabajos posteriores. Otra relacionada con la historia de las ideas en general, en cierto modo buscando luz en las situaciones conflictivas que se vivían, orientada a investigaciones sobre el positivismo, el revisionismo, el nacionalismo y sus etapas, el krausismo y su conexión con el radicalismo, el pragmatismo norteamericano de William James, el positivismo italiano y su relación con el nuestro, etc. La tercera enfocada a la elaboración de los trabajos que presentaba año tras año en las Jornadas de la Asociación Argentina de Estudios Americanos, a partir de 1966 hasta 1990 más o menos, asociación creada por la mediación de Rolan Ely por la Comisión Fullbright y el compromiso de los institutos de Investigación Histórica Dr. E. Ravnani y de Literatura Americana (con la mediación de Delfín Leocadio Garasa), que se realizaron en casi todas las universidades nacionales argentinas: La Plata, Córdoba, Mendoza, Tucumán, Bahía Blanca, Río Cuarto, etc., trabajos que alertaron sobre numerosas vías de encuentro de la historia americana en general en documentados enfoques comparativos.

De esta actividad surgiría –sin haberlo solicitado– el ofrecimiento de una Beca Fullbright por seis meses, en el año 1972, que le permitió acceder a cursos en la Johns Hopkins University en Baltimore y asistir a la Biblioteca del Congreso y del Latin American Center de Texas.

Al regreso, el Dr. Enrique Barba, director del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata, le ofrece dictar Historia de América Contemporánea, que hasta el momento no se había dictado allí. En el ínterin, antes del viaje, había escrito *Rosas en la historia nacional* (que debió llamarse: *Rosas en la*

*historiografía nacional*). También escribe algunos temas para una enciclopedia infantil de cinco tomos, de buen tamaño, ilustrados por Ajax Barnes (a quienes le encantaron los textos), agotada rápidamente en venta privada.

En este activo espacio “vacante”, escribe artículos para *La Gaceta de Tucumán*: “La Primera Frontera” (Jefferson), “La Sociedad Científica Argentina”, “La Guerra de Secesión”, reseñas de libros, etc. También para el diario *Clarín* una serie de homenajes a actores de nuestra historia o en ocasión de efemérides (San Martín-Belgrano) o sobre la frontera en América. Colabora en la revista *Todo es Historia*, a pedido de la profesora María Sáenz Quesada, en diversas ocasiones, con comentarios de libros y algunos artículos largos: “Ingenieros en Italia”, “Homenaje a Las Marcas”, “El país de mis ancestros”, “Nueva guía para el nacionalismo argentino”, “Las bibliotecas populares”, entre otros. Escribe varios artículos para la revista *Estrategia*, dirigida por el general Guglielmelli, sobre Brasil especialmente.

## PRIMERA ETAPA

1968

“Panamá y América, 1903”. *Actas de las Terceras Jornadas de Investigación de la Historia y Literatura Rioplatense y de los Estados Unidos*. Universidad Nacional de Cuyo, 10 y 11 de octubre, Mendoza, pp. 85-104.

1970

*Rosas en la historia nacional*. Buenos Aires, La Pléyade, 284 pp.

1971

“En torno al revisionismo histórico comparado”. ANGLIA, Anuario Estudios Angloamericanos. México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 133-136.

1972

*Formación de la conciencia americana*. "Tres momentos clave: Walter el filibustero y el Destino Manifiesto; La agresión europea y la Guerra de Secesión; Panamá y América, 1903". Buenos Aires, La Pléyade, pp. 196.

1973

*Frederick Jackson Turner. Los fundamentos de las ciencias del hombre*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 119 pp.

1974

*Enciclopedia educativa infantil*, 5 tomos. Ilustraciones de Ajax Barnes. Buenos Aires, La Pléyade.

1982

"Precisiones en torno al positivismo argentino". *Actas de las Primeras Jornadas de Historia del Pensamiento Argentino*, organizadas por FEPAI, bajo la dirección de la Dra. Celina Lértora Mendoza. Buenos Aires, octubre, pp. 23-43.

1984

*Las fiestas patrias*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 159 pp.

*Conflictos de la historia argentina*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 130 pp.

1986

*La Patagonia*, colección pensada para una historia regional, con ilustraciones de Marcia Schwartz. Declarada de interés provincial en la provincia de Río Negro. Buenos Aires, Libros del Quirquincho, 143 pp.

## SEGUNDA ETAPA

1970

“Aduana y política”. Revista *Polémica*, Nº 14, julio. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, pp. 94-112.

Noticia bibliográfica: Cline, Ph D., Howard, F. Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani, T. XXX (2ª Serie), Año XIII, Nº 22-23, Buenos Aires, pp. 320-335.

1972

“Población brasileña. Su problemática”. Revista *Estrategia*, julio-agosto, Año 3, Buenos Aires, pp. 71-88.

1973

“La personalidad intelectual de Richard Hofstadter” Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”, T. XIV-XV (2ª Serie) Año XIV-XV, Nº 24-25, Buenos Aires, pp. 211-219.

1974

*La abolición de la esclavitud en Norteamérica*. Buenos Aires, La Pléyade, 220 pp.

*La abolición de la esclavitud en América Latina*. (Tercer Premio Nacional de Historia.) Buenos Aires, La Pléyade, 213 pp.

1982

*Los ferroviarios. La vida de nuestro pueblo*. Nº 16, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

“Puntos de partida para una historia de la historiografía argentina”. Boletín del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Año IV Nº 7, Buenos Aires, pp. 49-57.

*Juventud y política en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo Veinte, 152 pp.

*El radicalismo, nudos gordianos de su economía.* Buenos Aires, Siglo Veinte, 201 pp.

1983

*El radicalismo, trayectoria política.* Buenos Aires, Siglo Veinte, 219 pp.  
“La revolución de septiembre”. Revista *Entrelíneas*. Año IV, Nº 20, Buenos Aires, octubre.

1984

“La mujer, la política y el partido radical”. Revista *Entrelíneas*. Año IV, Nº 23, Buenos Aires, abril, pp. 15-18.

1985

“El miedo a la inmigración”. (Comparación entre Argentina y EE.UU.)  
*Primeras Jornadas nacionales de Estudios sobre Inmigración en la Argentina*, patrocinadas por la Secretaría de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia, 5 al 7/11/81, Buenos Aires, Eudeba, pp. 173-213.

1986

“Una clave para comprender la historia americana”. Diario *Río Negro*, 24 de agosto.

“La capital, una de nuestras rémoras históricas”. Diario *Río Negro*, 31 de agosto.

*La frontera en América. Norteamérica, México, América Central e Islas del Caribe*, V. 2, Buenos Aires, Leviatán, 255 pp.

1987

*La frontera en América. Una clave interpretativa de la historia americana*. V. 1, Buenos Aires, Leviatán, 205 pp.

*La frontera en América. América del Sur, Venezuela, Los países andinos: Ecuador, Perú, Chile, Bolivia, La guerra del salitre*, V. 3, Buenos Aires, Leviatán, 196 pp.

“Manuel Gálvez y la historia argentina”. Revista *Ideas en Ciencias Sociales*. Nº 6, Buenos Aires, Universidad de Belgrano, pp. 1-18.

1988

*La frontera en América. Argentina, Brasil*, V. 4, Buenos Aires, Leviatán, 202 pp.

“La inmigración abordada desde la cultura política”. Diario *Río Negro*, 6 de octubre.

1989

“El trasfondo krausista” en *Orígenes de la democracia argentina*. Fundación Fridrich Ebert. Comp. Hugo Biagini. Autores: Elías Díaz, J. L. Abellán, Osvaldo Álvarez Guerrero, Hugo Biagini, Arturo Roig, Pedro Álvarez Lázaro, Juan López Álvarez, Enrique M. Ureña, H. Clementi, Buenos Aires, Legasa, 227 pp.

1991

“Positivismo y krausismo” en *Inmigración española en la argentina* (Seminario 1990). Comp. R. Cortés Conde, F. Devoto, A. Fernández, J. M. Ruibal, N. Siegrist de Gentile, O. Pianetto, R. Güenaga, H. Clementi, H. Biagini, D. Schwarzstein, R. E. I. Iglesia, S. Pujol, L. de Sagastizábal, J. Delgado, H. Rodino Lalin, N. Nascimbene. Buenos Aires, Oficina Cultural de la Embajada de España, pp. 174-200.

1994

“El tren del Oeste”. *Revista de Historia Bonaerense*, Buenos Aires, Instituto Histórico de Morón. Nº 4, septiembre, pp. 15-16.

1996

“Nuestro mar y nuestras playas”. *Revista de Historia Bonaerense*, Buenos Aires, Instituto Histórico de Morón. Año II, Nº 8, diciembre, pp. 32-33.

Historiografía argentina: la década de 1980. En coautoría con Hugo E. Biagini y Marilú Bou. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 99 pp.

“Vivir en Versalles”. *Revista de Historia Bonaerense*, Buenos Aires, Instituto Histórico de Morón. Año III, N° 10, julio, pp. 48-51.

1997

“Los modos de la memoria argentina”. *Revista Síntesis*. Buenos Aires, FUALI, septiembre, Año 4, N° 10, pp. 6-7.

### TERCERA ETAPA

Por la renovación de contenidos históricos que suponen los meses transcurridos en las ricas bibliotecas del Norte, los incentivos de la temática sobre frontera y abolición de la esclavitud, esta tercera etapa tiene una fuerte definición desde 1970 cuando aparece en su horizonte el “descubrimiento” del radicalismo político ligado al conocimiento del krausismo al que llega a través de historia de las ideas. El seguimiento de los trabajos editados es bien explícito de esta concurrencia de estímulos, que signa su trayectoria posterior.

1979

“La frontera en la historia norteamericana”. *Revista Estrategia*. N° 59, Buenos Aires, pp. 87-104.

1981

Prólogo de *Mi vida y mi doctrina*. Hipólito Yrigoyen, Buenos Aires, Leviatán, 139 pp.

1982

Prólogo de *Cristianismo y judaísmo*. Ernesto Renán, Buenos Aires, Leviatán, 93 pp.



1983

“Los jóvenes y la política”, en: *Formación política para la democracia*, Nº 26. Redacción, Buenos Aires, pp. 401-404.

1984/1987

Colaboraciones quincenales en el diario *Río Negro* como Directora Nacional del Libro, sobre temas culturales.

1985

“La identidad nacional y la frontera”. Cuadernos de Historia Regional, publicación cuatrimestral de la División de Historia y Geografía de la Universidad Nacional de Luján, Buenos Aires, pp. 87-104.

“José María Ramos Mejía. 1849-1914”, en: *El movimiento positivista argentino*. Comp. Hugo Biagini. Buenos Aires, Universidad de Belgrano, pp. 388-398.

1988

“Sarmiento y su modernidad. Rescate de la figura del visionario maestro a partir de su trayectoria de vida”. Revista *Lea*. Buenos Aires, Cámara Argentina del Libro, agosto.

1989

“Las dos Españas”. Fundación para el Estudio del Pensamiento Argentino e Iberoamericano. Boletín de Historia, año 7, Nº 13, Buenos Aires, FEPAI, 1er. Semestre, 38 pp.

“Historia ideológica del control social” (España - Argentina siglo XIX y XX). Coord. Roberto Bergalli y Enrique E. Marí. Colección Sociedad y Estado. Promociones y Publicaciones Universidad S.A. Presentado en la Consejería Cultural de la Embajada Española en la República Argentina el 1/3/90.

1992

Compilación y prólogo de *Otro modo de hacer historia*. Buenos Aires, Leviatán, 125 pp.

1993

“En el principio fue el puerto: una mirada a los orígenes” en: *X Jornadas de Historia de la Ciudad de Buenos Aires*. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 1 al 3 de diciembre, Buenos Aires, Dirección General de Publicaciones del Honorable Concejo Deliberante de la Ciudad, pp. 13-23.

1994

*La contradicción argentina*. Conversaciones con Marcos Aguinis, Hebe Clementi, Marco Denevi, J. L. de Imaz, Fermín Fevre, Víctor Massuh, Juan J. Sebreli, coordinados por Patricio Lóizaga. Buenos Aires, Emecé, 219 pp.

1997

“El negro en América Latina” en: *Discriminación y racismo en América Latina*. Comp. Ignacio Klich y Mario Rapaport. Instituto de Investigación Económica y Social. Facultad de Ciencias Económicas, UBA. Buenos Aires, Grupo editor Latinoamericano. pp. 37-51.

## CUARTA ETAPA

El acceso al cargo de directora del Museo Roca (1984) y luego a la Dirección Nacional del Libro (1985) la sustraen del estudio exclusivo. Pero a la vez se instala en la acción cultural con fuerte impulso a través del Plan Nacional de Lectura, cuando se la designa Directora Nacional del Libro, cargo que le da atribuciones sobre las Bibliotecas Populares del país, desde donde desarrollará un dinámico trabajo sobre la lectura en todo el país.

Esta entrega la mantendrá lejos de la cátedra y en 1985 el Dr. Francisco Delich, entonces Rector de la Universidad de Buenos Aires, le ofrece el retorno jerarquizado a la Universidad. Ante su negativa, es nombrada miembro del Centro de Estudios Avanzados de la UBA, en el ámbito de la Cátedra José de San Martín de Historia de las Ideas Latinoamericanas, desde la cual impulsará el Mercosur cultural cuando se crea la Maestría en Estudios Regionales en el CEA, dirigida por el Dr. Aldo Ferrer.

Es una década que transcurre entre el regreso de los Estados Unidos, la cátedra en Historia de América en la Universidad de La Plata y la producción de libros que urgían ser escritos, cada uno con su peculiar incentivo. En esta cuarta etapa conviene dividir los temas porque así fueron saliendo, hasta que la fusión de puntos de vista y la mirada más cercana a la América Latina, darán otros alientos.

También tuvo a su cargo varios años la cátedra de Historia de la Historiografía Argentina en la Universidad de Belgrano que le ofreció el Dr. Félix Luna, quien dirigía la carrera de Historia. Fue una buena ocasión para trabajar con el tema de su preferencia: la circulación de ideas.

## **QUINTA ETAPA**

Con la arbitrariedad de las censuras estrictas, lo cierto es que quedar privada de la noche a la mañana del accionar de la Dirección del Libro, donde con el apoyo de un hábil personal administrativo y de especialistas entrenados en la implementación de talleres de animación de la lectura, cubrimos todo el país, fue una durísima realidad. La renuncia del Dr. Raúl Alfonsín puso final abrupto al emprendimiento, que no fue seguido por las nuevas autoridades.

La opción de crear la Fundación Otra Historia, que funcionó durante dos años en el subsuelo de una librería capitalina, pareció consentir un seguimiento, que lamentablemente debió interrumpirse. Sin embargo, estas tareas permitieron la apertura hacia la Historia Oral, sobre cuya

base se construyeron historias de lugares con las memorias de sus habitantes (tarea en la que fue pionera la profesora Marilú Bou, acompañada de la profesora Élide Repetto). Esta actividad la acercó a la directora del Instituto de Investigaciones Históricas de la Ciudad de Buenos Aires, licenciada Liliana Barela, que ya venía realizando programas de Historia Oral, con informantes de nuestros barrios y en cuidadas publicaciones.

Asimismo, la doctora Dora Schwarzstein, quien conducía desde la Universidad de Buenos Aires esta especialización en el área de postgrado, iniciaba cursos sobre esta aplicación de la disciplina y apreció los frutos logrados en el programa.

Desde estas tres áreas y a partir de un mismo interés: la Historia Oral se convoca a un Primer Congreso Nacional de Historia Oral, en el cual participaron autoridades reconocidas mundialmente: Mercedes Vilanova, de la Universidad de Barcelona, Sandro Portelli, profesor de literatura italiana en EE.UU. y de literatura norteamericana en Italia, Roland Grele, titular del área en la Columbia University (primera universidad en adoptar esta asignatura en su currículo). Fue una convocatoria inolvidable que reiteró ese marco y dio notorio crecimiento a la actividad histórica y antropológica.

## **CUARTA Y QUINTA ETAPAS**

1984/1987

Programa de una hora semanal en Canal 7, con el título “Leer es crecer”, lema del Plan de Lectura impulsado a nivel nacional.

Colaboraciones en diarios: *La Opinión*, *Clarín*, *La Gaceta*, Revista *Todo es Historia*, *El Libro*, etc.

Colección Nuestro pueblo, mi pueblo. A partir de fuentes orales, durante la gestión como Directora Nacional del Libro, se editaron varios libros que llevan su prólogo: *Los que perdimos el tren*, *Historia de Rincón de los Sauces*, *Relatos del Chubut Viejo*.

1986

“Museología e identidad”. Documento de base, Com. I, Tercer Encuentro Nacional de Directores de Museos, Mar del Plata, diciembre, pp. 95-98.

“Argentina: un perfil histórico”. Segunda Circular. XIV Conferencia General del Consejo Internacional de Museos (ICOM). Buenos Aires, 26 de octubre al 4 de noviembre.

“El positivismo italiano”. Congreso de Historia de la Inmigración Italiana en Argentina, realizado en Tucumán.

1988

“El museo regional en América Latina”. V Encuentro Nacional de Directores de Museos, Com. IV, Doc. 9, Córdoba, noviembre, pp. 319-323.

1992

“Les desmemòries argentines. El *cabecita negra*, una semantica específica per a argentins” L'AVENC, *Revista d'Històire*, N° 159, Barcelona, pp. 32-38.

“El viaje y la ventura” en: *La aventura como emigración*, comp. Luigi Volta. Buenos Aires, Instituto Italiano de Cultura, pp. 59-70.

Una historia de pueblos con museos. Mercosur-Icomsur. Plan de Estudios. Técnico en Museos. Curso latinoamericano. Programación Trienal: 1992/1995.

1993

*Yo, italiana*. Historias de vida de mujeres inmigrantes. Tiempo de Ideas. Buenos Aires, Patronato Inca / GGIL, pp. 1-39.

“Del memorialismo a lo histórico” en: *Redescubriendo un continente. La Inteligencia en el París Americano en las Postrimerías del Siglo XIX*. Comp. Hugo Biagini. Exma. Diputación Provincial de Sevilla, Sección Historia, Quinto Centenario de América, Sevilla, pp. 67-113.

1993/1994

“Sobre la formación de la ideología krausista en España”.  
Letras Peninsulares, V.6.2 y V.6.3, Michigan State University, EE.UU.,  
pp. 345-362.

1994

“Utopía española para la América del siglo XXI” en *Utopías*, comp.  
Vita Fortunati, Oscar Steimberg y Luigi Volta. Universidad de Bolonia,  
Universidad de Buenos Aires e Instituto Italiano de Cultura de Buenos  
Aires, Buenos Aires, Corregidor, pp. 195-207.

“El protagonismo de La Boca”. II Congreso Nacional sobre  
Inmigración en Argentina realizado en 1984 Buenos Aires, Letra  
Buena, 102 pp.

“La enseñanza media y la reformulización de contenidos en Ciencias  
Sociales” en el Congreso propiciado por el Ministerio de Cultura y  
Educación.

Encuesta sobre Historia de las Ideas (II parte). Dossier. Estudios  
Sociales *Revista Universitaria Semestral*, año IV N° 7, Santa Fe,  
agosto, pp. 151-158.

“Enfoques particulares” en: *Enrique M. Barba. In memoriam*. Buenos  
Aires, Estudios de Historia, pp. 43-50.

1995

*Migración y discriminación en la construcción social*. Buenos Aires,  
Leviatán, 143 pp.

“Sufrir del pasado y del porvenir”. Comentarios sobre el viaje a China,  
en ocasión de la IV Conferencia Mundial de la Mujer realizada en  
Pekín. (CEA) Centro de Estudios Avanzados de la UBA.

Prólogo de *Para una crítica de la violencia*, Walter Benjamín. Buenos  
Aires, Leviatán, pp. 77.

“Una semblanza para curar la desmemoria”, en: *Antonio J. Pérez  
Amuchástegui (1921-1983). In Memoriam*. La historia como cuestión,  
Buenos Aires, pp. 21-28.

Prefacio de *Historias de inmigrantes toscanos en Buenos Aires*. Cuadernos de la Inmigración N° 1. Buenos Aires, Associazione Luchesi e Toscani nel Mondo.

1996

“La implacable presencia de la historiografía”. Boletín de la Biblioteca del Congreso de la Nación, N° 119. Buenos Aires, Fin de Siglo, pp. 141-153.

1997

“Recuperación de lo obvio”, en comp. *Perspectivas de la Democracia y sus problemas*. Prondec, Programa Nacional de Democratización de la Cultura. Buenos Aires, 395 pp.

“Una suegra que se las trae... o ¿suegras eran las de antes?”. *Revista de Historia Bonaerense* del Instituto Histórico de Morón. Año IV, N° 13, abril. Buenos Aires, 33 pp.

*La mujer en la cultura democrática. La cultura en la sociedad democrática*. Encuentro Nacional de Pensadores. Coord. Leticia Manauta, exposición conjunta. Organizada por la Dirección Nacional de Acción e Industrias Culturales. Biblioteca Nacional, 24 de noviembre, Buenos Aires.

1998

Prólogo de *Las artes y la arquitectura italiana en la Argentina*, S. XVIII y XIX. Buenos Aires, Fundación Proa.

Prólogo de *El largo viaje de madame Soulie*. Ana María Lasalle, Mercedes M. Lassalle y Julio A. Colombato. Universidad Nacional de La Pampa, 204 pp.

“1898 desde Estados Unidos” en *La guerra de Cuba desde el Río de la Plata*. Actas IV Jornadas de Historia, Buenos Aires, FEPAI, pp. 25-53.

“Retiro, testigo de la diversidad. El Retiro como vestigio y como

memoria. Hotel de inmigrantes. La estación Retiro. Algunas precisiones sobre los inmigrantes de países limítrofes”. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Cuaderno N° 3, Buenos Aires, 109 pp.

*Historia como cultura*. Buenos Aires, Leviatán, 156 pp.

1999

“Desafío de la cultura ante las nuevas identidades”. Segundo Encuentro África - América Latina (Malí 2000), 7º Seminario ICOM Argentina, Buenos Aires.

La Revolución Francesa a los doscientos años. Con motivo de esa conmemoración, diferentes presentaciones ante Alianza Francesa y otras:

I. Las naciones

II. Periplos

III. La revolución llega a América

IV. ¿Cuál ejemplo lo de seguir Argentina?

V. El tema de la igualdad y la Revolución Francesa a los doscientos años

“La clave de la frontera revisitada” en *Carlos S. A. Segreti. In Memoriam. Historia e historias*. Tomo I. Córdoba, Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S. A. Segreti, pp. 313-321.

2000

“Cómo se llega a esto de la discriminación”. Revista *Historia Bonaerense* del Instituto Histórico del Partido de Morón. Año VII, N° 22, Buenos Aires, pp. 4-7.

“La clave de la federalización”. Jornadas realizadas en el Museo Histórico Sarmiento. Intervención en la Mesa “Espacio, sociedad y economía”, junto a Fernando Rocchi y Gustavo Brandariz, 28 y 29 de septiembre, Buenos Aires.



“La legitimidad de los orígenes”. *Actas del Encuentro Internacional Cinco siglos de presencia judía en América 1492-1992*. Buenos Aires, Sefarad 92, pp. 335-340.

2001

“Diccionario de los argentinos. Hombres y mujeres del siglo XX”. Diario *Página 12*, Buenos Aires, julio.

“San Martín. Su legado espiritual a la luz del nuevo milenio”. Boletín del Museo Histórico Nacional, Buenos Aires.

*Manuel Gálvez transitando nuestra historia*. Buenos Aires, Leviatán, 297 pp.

2002

“Globalización, un viaje de ida. Pasado, presente y Nación”. Revista *Encrucijadas*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Nº 17, pp. 30-37.

“El genocidio armenio y los argentinos” en *Los derechos humanos y la vida histórica. Actas del Segundo Encuentro sobre genocidio en Buenos Aires*, Buenos Aires, Centro Armenio, pp. 76-78.

Trabajos presentados en la Asociación Argentina de Estudios Americanos, a partir de 1966, por acuerdo entre la Universidad de Buenos Aires y la Fundación Fulbright, que dio lugar a la presencia y trabajos de investigadores norteamericanos en América Latina y a la participación de investigadores en Historia y Literatura de casi todas las universidades nacionales:

1966. La clave de frontera en la historia norteamericana

1967. La utopía agraria en la historia norteamericana

1968. La abolición de la esclavitud en América Latina

El pragmatismo. La historia de la idea (William James)

Apologética ferroviaria (los constructores de FF.CC., yanquis en América Latina)

Guía del nacionalismo argentino. Enfoque comparativo con el enfoque sureño

En torno al revisionismo histórico

La educación de Henry Adams

Paralelismo y diferencia. Reflexiones finiseculares a propósito de los cien años del Primer Congreso Panamericano

La inmigración europea en los Estados Unidos y la Argentina

Hoover e Yrigoyen. Paradojales coordenadas

El voto femenino en los Estados Unidos

Jefferson en el Río de la Plata. (La visión de los Brackenridge)

La guerra de 1898 y la reacción en Norteamérica

La presencia de José Martí en los Estados Unidos

La historia norteamericana desde la perspectiva latinoamericana

Columnista en la revista *Voces Recobradas*, centrada en la problemática de la Historia Oral. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires. Dirección: Liliana Barela.

### **Revista *Todo es Historia***

1978

“Guerra del Paraguay. Distintos enfoques”. Nº 138, noviembre, Buenos Aires.

“Consecuencias de la Triple Alianza” Nº 138, noviembre, Buenos Aires.

1979

“Chile y Bolivia en guerra”. Nº 141, febrero, Buenos Aires.

“Bolivia y el destino de América”. Nº 142, marzo, Buenos Aires.

“Argentina y EE.UU. frente a la ocupación del territorio indígena”.

Nº 144, mayo, Buenos Aires.

“El cristo de los Andes”. Nº 145, junio, Buenos Aires.

“Latinoamérica en los libros”, en colaboración con José Luis de Imaz y Ana Medina. Nº 146, julio, Buenos Aires.

1981

“Ingenieros en Italia (1905)”. N° 173, octubre, Buenos Aires, pp.54-62.

1982

“Antisemitismo en la Argentina”. N° 179, abril, Buenos Aires.

“Los cambios inadvertidos. Ideología y realidad”. Edición Extraordinaria 15 años, N° 180 / 181, mayo / junio, Buenos Aires, pp. 27-37.

1989

“En memoria del Dr. Enrique Barba”. N° 261, marzo, Buenos Aires, pp. 57-58.

“Inmigración e intolerancia. La Argentina intolerante», N° 262, abril, Buenos Aires.

1991

“El cruce de opiniones de ocho especialistas”. N° 292, abril, Buenos Aires, pp. 76-93.

1992

“Las buenas bibliotecas. La Argentina de las buenas cosas”. N° 299, Número Aniversario 25 Años, mayo, Buenos Aires.

## ÚLTIMA ETAPA

Es la más difícil de caracterizar porque siguen estudios sobre inmigración italiana y española en particular y en relación con la evolución de nuestras ideas. También el tema de la mujer argentina, más en su aspecto de sujeto histórico que en relación con el tema de género, reflexiones sobre los museos latinoamericanos, sobre patrimonio, artículos basados en el tema de la oralidad y la memoria, contribuciones

en compilaciones sobre krausismo o sobre la negritud en América Latina, sobre la discriminación ligada al tema de la inmigración en Latinoamérica, etc. Y por fin y en modo muy especial, los trabajos sobre el Mercosur, donde confluyen todas estas cuestiones en la construcción histórica de su unidad, preocupación constante que inspira diversos trabajos, algunos vinculados a la historia de las ideas pero también a temas que trae la globalización, la discriminación y las pautas de convivencia.

### **La creación del Mercosur**

Compilación de investigaciones anteriores con enfoques renovados

1997/1998

*Dimensión cultural del Mercosur*. Comp. y autora del trabajo "Hacia una nueva historiografía". Colaboran: Aldo Ferrer, Lucila Pagliai, Mirta Lischeti, Lucía Gálvez, Elena Chiozza. Primera: Centro de Estudios Avanzados, UBA. Segunda: Buenos Aires, Eudeba, pp.104.

"Maua y el Mercosur". Presentación del libro *El barón de Maua* de Jorge Caldeira, con el que se inició el trabajo cultural del Mercosur, vinculado al CEA de la Universidad de Buenos Aires y el Centro de Estudios Brasileños.

1998

"Mercosur, una historia para la integración" en Seminario llevado a cabo por la Municipalidad de la Ciudad de Mar del Plata y la Universidad Nacional de Mar del Plata.

"Dos visiones de América". Preliminares de una concepción de la Historia de Argentina y Brasil respectivamente. Manoel Bomfim, "O parasitismo social e evolucao de América" y "Nuestra América" de Carlos Octavio Bunge, 1903. Presentado ante Jornadas de Inmigración, en IDES.

1999

“El Mercosur de siempre”. Revista de FUALI dedicada al Mercosur. *Buenos Aires ombligo del Plata*. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 283 pp.

“Mercosur cultural. La gesta inconclusa”

2000

“Elementos constitutivos de un circuito cultural en la Vuelta de Rocha”

“Los espacios vacíos” en *Mercosur*, comp. Dr. Gregorio Recondo.

“Una historia común para la Integración”, Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), T.I, Buenos Aires, 238 pp.

2002

“Paraguay como paradigma americano”. Presentado en el Museo Roca en presencia del Embajador del Paraguay en ocasión del Aniversario de la Revolución Paraguaya.

## **EL TEMA DE LA MUJER**

1984

“Ya no seremos impávidas penélopes”. Revista *Cultura*, dirigida por Patricio Lóizaga, Buenos Aires.

1992

*María Rosa Oliver*. Colección Mujeres argentinas, Buenos Aires, Planeta, 210 pp.

1994

“La historia y la política” en: *Capacitación política para mujeres*.

*Género y cambio social en la Argentina actual*. Comp. Diana H. Maffia y Clara Kuschnir. Buenos Aires, Feminaria, pp. 135-149.

1997

“La mujer y la historia de los argentinos” en Simposio realizado en el Centro de Estudios Avanzados, de UBA. Buenos Aires, *Revista de Historia Bonaerense*, Instituto Histórico del Partido de Morón. Año IV, N° 15, pp. 9-12.

1999

*La mujer en la cultura democrática*, vol. I. Encuentro Nacional de Pensadores pp. 144-146, Secretaría de Cultura de la Nación, Buenos Aires, pp. 226.

2001

“Herland, la utopía del género femenino” en: *En el viaje y la utopía*. Comp. Vita Fortunati y Oscar Steimberg. Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, el Departamento de Literaturas Extranjeras Modernas de la Universidad de Bolonia y el Instituto Italiano de Cultura. Buenos Aires, Atuel, pp. 55-67.

## ARTÍCULOS VARIOS

1987

“El liberalismo” en Revista *Siete Días*, mayo.

1990

“Tres viajeros españoles en la Argentina: Ortega y Gasset, Posada y Rahola”

“Sobre las fuentes doctrinarias del radicalismo y su vigencia”

1995

“La antinomia palestino-israelí desde una óptica inusual” en *El Tiempo Argentino*.

“El libro español y la cultura argentina”. Presentación en la Feria del Libro de Buenos Aires, en ocasión del Día de España.

1996

“El itinerario de los argentinos y Manuel Gálvez”. Revista *Desmemoria*, N° 12.

1998

“La dinastía Coronel”. Investigación oral de una familia de mujeres paraguayas (entre 30 y 40 años) radicadas en la Argentina desde los 12 años. Presentado ante el IV Congreso Internacional de Historia Oral y publicado en sus Actas.

Comentario al libro *El nacionalismo liberal y tradicionalista y la Argentina inmigratoria: Benjamín Villafañe (h) 1916-1944*, de Mario Nascimbene. Revista *CEMLA*, N° 35.

2000

*De La Boca... un pueblo*, con el concurso de documentos y talleres orales realizados con gente de La Boca de antigua radicación. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 320 pp.

2001

“Las raíces de lo impensado”. Diálogo con Horacio González, orientado por Pablo Dreizik. Revista *Tres Puntos*, septiembre.

2002

“La lectura comunicada” en la Feria del Libro de Buenos Aires con motivo de un acto conjunto de organizaciones dedicadas a la animación de la lectura: SUMMA, ALIJA, etc.

“Don Segundo Sombra. Apología del gaucho sin lanza y la pampa sin gringos” en Jornadas sobre Güiraldes que tradicionalmente patrocina la Comuna de San Carmen de Areco, junto a un grupo de universitarios que se dedican hace años al tema.

“El ferrocarril y la nostalgia”. Mensuario de Cultura *Loft*. Número Aniversario, Año VI, N° 60, julio, Venado Tuerto, Santa Fe.

## PRESENTACIONES EN JORNADAS DIVERSAS

Memorias y poder

La cultura en época de crisis

El circuito del mito y de la realidad americana. Apuntes en torno al gaucho.

A siglo XX cumplido. Una ojeada desde la historia y la cultura

Sobre la formación de la ideología krausista en España

Autoridad y autoritarismo

Revolución, contrarrevolución, continuidad (1915-1930)

La visión del siglo

Cómo entender la historia

La esclavitud femenina de John Stuart Mill

## OTRAS PUBLICACIONES

*El negro en la Argentina*. Dina Picotti (comp.), Buenos Aires, CEAL, 510 pp.

“La abolición de la esclavitud en América Latina”. Síntesis preparada a solicitud de Unesco, para publicación conjunta.

“Variables congeladas en un pasado omitido. Inmigraciones latinoamericanas”. Seminario “La migración internacional entra en un nuevo milenio”, organizado por la Asociación Internacional de Sociología (ISARC 31). Buenos Aires, noviembre 2000.



“Función social del historiador”. Jornada organizada por el Dr. Armando Bazán, en UCA, Buenos Aires, 1998.

“La Guerra del Guano”. III Encuentro argentino-chileno de Estudios Históricos Museo Roca.

*A través del porvenir, la estrella del sur, Enrique Vera y González, español refugiado.* Prólogo. Utopía que conecta las esperanzas de modernidad de Buenos Aires como la gran ciudad de América del Sur, prefigurando los festejos del 2010. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 138 pp.

Con motivo de los trabajos que ha presentado en diversas publicaciones relacionadas con la presencia judía en nuestra historia, sobre el Sefarad americano, sobre los atentados a instituciones judías o presentando libros referidos a la temática de la discriminación participó en el Consejo Académico que asistió al emprendimiento que aparece bajo el título: *Proyecto Testimonio*, tomos I y II, revelaciones de los archivos argentinos sobre la política oficial en la era nazi-fascista, dirigido por la socióloga Beatriz Gurevich y equipo. Planeta, 1998.

## TRABAJOS INÉDITOS

La mujer argentina en la historia, 70 pp. introductorias al tema, estrechamente vinculadas a la sociedad argentina y americana.

Sara Maglione de Jorge, nuestra primera editora.

Nacidos en el treinta, novela.

Mis décadas y mis decálogos.

La configuración poblacional de la Cuenca del Plata, vista en dimensión histórica. Aproximación al tema de la presencia indígena, desde el primer momento, sus diversidades y coyunturas en el área de la Cuenca. 1998.

Lina Beck Bernard, una émula de George Sand en Santa Fe. Liniers de la frontera. Historia barrial. En curso de edición por el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.



# Sumario

---

Prólogo	7
Estudio preliminar	11
La primera infancia. Y un poco antes	17
Las estribaciones de la infancia	23
Adolescencia en Versailles	33
El trabajo y las perspectivas. Del barrio al matrimonio	47
Al abordaje de otros mundos	75
Cultura como preludeo y clave	91
A propósito de las fronteras	113
La historia latinoamericana. La cátedra	133
El acceso a la política. El radicalismo en versión personal	145
La lectura como alternativa	163
La historia oral a la cabeza	189
Literatura e historia	209
El Mercosur, hoy y después	237
La abolición de la esclavitud	259
¿Y qué del género?	269
Los que nos precedieron	277
Síntesis Bio-bibliográfica de Hebe Clementi	289



A M I G O S

Instituto <sup>del</sup> Histórico  
de la Ciudad de Buenos Aires

A S O C I A C I O N C I V I L



Instituto Histórico  
de la Ciudad de Buenos Aires

Esta obra se terminó de imprimir en el mes de julio de 2004 en Melenzane S.A.



*Hebe Clementi. Una vida de historia* contiene una serie de entrevistas que indagan sobre la vida intelectual de esta prolífica historiadora.

A través de su relato se entrelazan su experiencia de vida como mujer y como intelectual, su compromiso como docente y su acción pública.

Una trayectoria ética y profesional que la transforman en una protagonista de la vida cultural y política de nuestro país.



Instituto Histórico  
de la Ciudad de Buenos Aires

SUBSECRETARÍA  
DE PATRIMONIO CULTURAL  
SECRETARÍA DE CULTURA

**gobBsAs**